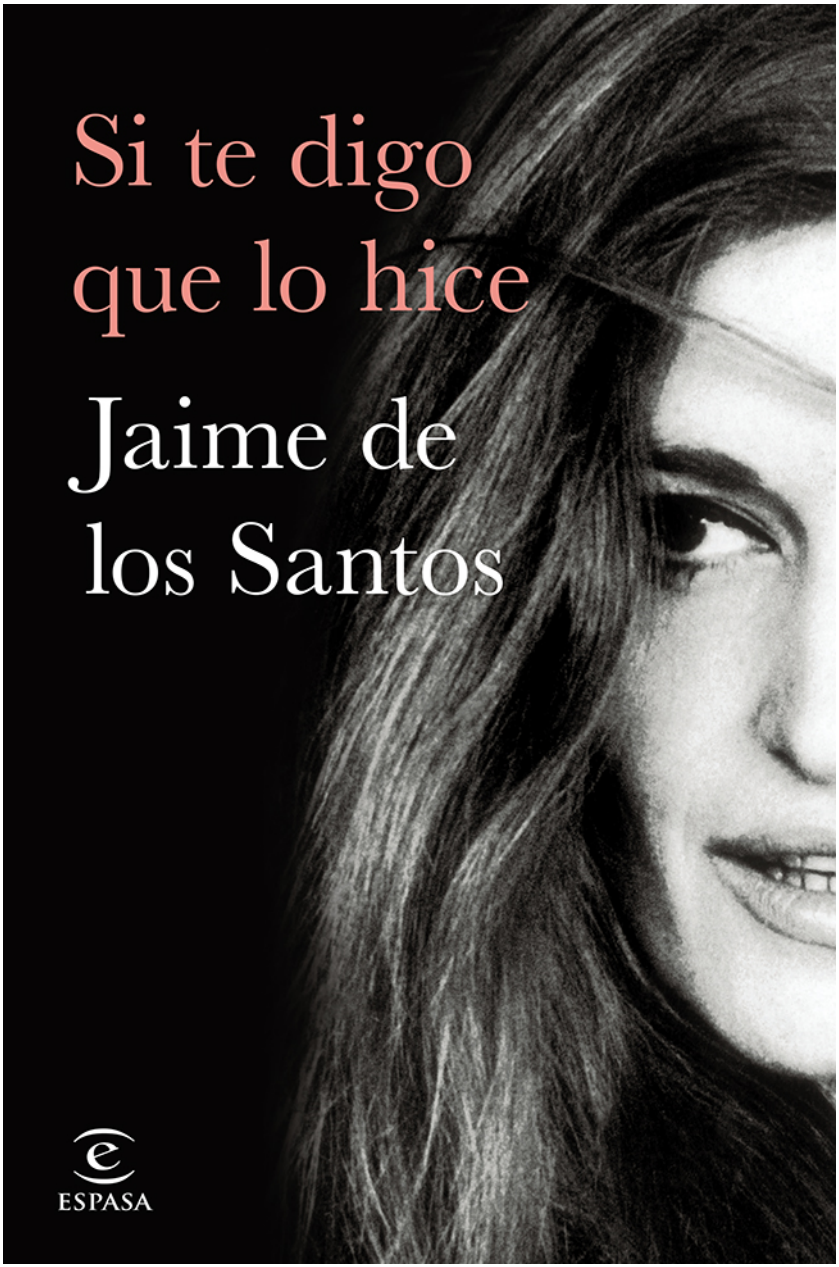
Si te digo que lo hice

Jaime de los Santos



ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Citas
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
Agradecimientos

Notas
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

«Así era. Así es. Ocupamos roles por el simple hecho de ser como somos y no por quien en verdad nos sentimos. Todo está organizado para que, cada uno, nos mantengamos fieles a lo que de nosotros se espera; a lo que, porque sí, decidieron unos hombres. Siempre hombres. Hombres con miedo al color. Que visten de oscuro para esconder sus cinturas, para ocultar sus ideas. Que borran las señales de su carne y solo dejan que, sobre el pecho, luzcan los símbolos de su fe colgando de una cadena o de un trozo de cuerda. Hombres que nos imponen ligaduras que provienen de algún lugar indefinido entre su cabeza y su hiel, allí donde arraigan la fatiga y la vergüenza, la duda y el desamor». Esta voz, llena de verdad, que habla sin tapujos, con tristeza, de la educación represora de la posguerra, pertenece a Elvira, la narradora y protagonista de esta novela, pura poesía en prosa. Que a sus muchos años se confiesa. Y se culpa. Porque, a pesar de sus deseos y sus amores, acabó formando parte de los que miran sin comprender, aterrados por convertirse en los personajes de una particular parada de «monstruos»: mujeres, homosexuales, borrachos, locos, rojos…

Si te digo que lo hice, debut de Jaime de los Santos en el arte de la escritura, es una radiografía íntima y certera de una enfermedad contagiosa, hereditaria y difícil de curar: no haber aprendido a ser querida. Ni a querer.

Si te digo que lo hice

Jaime de los Santos

A mi madre.
A las madres.

El hombre nace libre, pero en todas partes se encuentra encadenado.

JEAN-JACQUES ROUSSEAU

Todo lo que es de algún modo terrible […] es una fuente de lo sublime; esto es, produce la emoción más fuerte que la mente es capaz de sentir.

EDMUND BURKE

La belleza salvará al mundo.

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

1

—¿Dónde está mi padre?
—Enfermo.
Nada más. Ni una palabra más.

Llueve. No estás. Llueve. El agua se estrella en los cristales como la sangre parece torpedear mis sienes en esta tarde helada. Una y otra parecen empeñadas en arrasar lo que encuentran a su paso. Al otro lado, todo es blanco y negro. Será el frío. O la pena. El caso es que, el mundo, mi mundo, ha perdido el color. Acerco la cara al cristal. El intenso aguacero desdibuja las fachadas. Parecen perdidos los esbeltos vanos que, abrazados por blancos sillares, han desfilado allí desde siempre. Nada queda de su porte armonioso. Ni de las filigranas en hierro de los balcones, en otro tiempo cuajados de flor. Es la lluvia. Y son mis ojos. Tengo el rostro helado. Siento como si siempre hubiera sido así, como si el frío de mi niñez se hubiera instalado en mí muy profundo. Tan profundo que no soy capaz de olvidar aquellas manitas mías plagadas de sabañones. El frío corta, rompe la tierra y se instala en el alma. La adormece. Como el dolor, que te parte más allá de la vida y deja sus huellas en ti. Apoyo la frente en el vidrio. Gélido. No hay nadie en la calle. No son las siete y media de la tarde y las aceras ya están vacías. Solo el brillo de las farolas reflejándose en los charcos, mezclándose con la oscuridad.

La soledad es caprichosa. Se instala en el corazón y te hunde en su amargura. Te confunde. Te acompaña. Y, da lo mismo si tienes uno o un ciento de amigos, su sabor amargo te despierta por las noches. Te persigue. Creo que si tuve cinco hijas fue para plantarle cara. Cada una representaba una victoria. O, al menos,

eso creía yo. Con cada alumbramiento sentía como si la vida me estuviera compensando. Había llegado la hora de enterrar el miedo a que se cerrara una puerta y que, por mucho que gritara, no hubiera nadie para consolarme. Ahora, eran esos cinco pedazos de mí los que lloraban y yo, silente, confusa, quien estaba allí para quererlos, para apretarlos contra mi pecho denso. «Nunca estarán solas», me decía. Esa era mi revancha. Por mucho que se empeñara el silencio no alcanzaría a mis niñas.

Dicen que nacemos y morimos solos. Desde muy pequeña esa imagen me atormenta. Nunca he comprendido por qué el mundo anda instalado en esa idea, como si todo no fuera, ya, bastante trágico, suficientemente traumático. Además, es una enorme mentira que anula la grandeza de ser madre. Estoy segura. Si alguna vez me sentí realmente acompañada, fue el día que nací. Allí estaba ella. Esa mujer que, a pesar de los años, no he borrado de mi memoria; que he fijado en lo más profundo de mí sin darme un instante de tregua. Mi madre. Por mucho que se empeñen todos, no es mentira que conserve esos instantes. Es posible que, en lo estético, anden confundidos con retratos e historias; con recuerdos robados a mis hermanos. Pero su esencia está ahí. Lo sé. Lo siento. No se entiende que esa imprimación desaparezca, que el primer contacto con la vida no deje una profunda muesca. Hay quien dice, incluso, que, en parte, somos lo que sintieron nuestros ancestros, el resumen de todo aquello que dejó verdadera huella en su existencia. Conocí a mi madre un 6 de septiembre justo aquí, en esta habitación de donde acaban de llevarse a Gonzalo. Hacía frío. En la chimenea de mármol blanco ardía un débil fuego. Su pobre fulgor bañaba de oro cada uno de los detalles labrados sobre la fría piedra. Los pequeños acantos encaramados en cada voluta. La venera que coronaba el hogar. Las ovas y los dardos que recorrían el friso níveo. Y a mi hermano Miguel.

Aparto mi cuerpo de la ventana. Empiezo a sentirme entumecida. Es como si la humedad de la calle se hubiera incrustado en mí. Doy media vuelta. Ahí siguen la chimenea y sus regodeos en piedra; testigos mudos del tiempo. Es verdad que yo nací entre estas cuatro paredes. Es justo aquí, bajo las mismas

molduras, donde acabamos de velar a mi hermano. Ya no queda nadie. Sé que muy pocos entienden por qué insistí en traer su cuerpo a este lugar cuando podría haber comenzado su viaje desde uno de esos asépticos tanatorios. Tan civilizados. Tan muertos como quien los mora. Uno de esos «vicios del mundo moderno» que propugnaba Nicanor Parra. El cáncer lo condenó a nacer en un hospital; para cuando llegó, mi madre estaba ya muy enferma y pasaba más tiempo en aquella mole de Atocha que en nuestra depauperada casa. Fue privado de nacer donde lo habían hecho sus tres hermanos mayores y yo misma; en este triste cubículo hoy anegado de muecas invisibles. Sentía que al menos era aquí donde debíamos decirle adiós.

Las despedidas son muy importantes. Medio mundo anda empeñado en simplificarlas, en, dicen, someterlas al bienestar de los que se quedan. Haciéndolas pequeñas, breves, insignificantes. Un mero trámite. Misas tan cortas que apenas se sienten. Flores de plástico. Un puñado de rostros que no saben qué decir y que, en el mejor de los casos, te aprietan la mano. Como si de algo sirvieran sus gestos graves, sus frases hechas, planas. Hay momentos en los que nada es capaz de templar un corazón desierto y, a veces, pienso que no sería honesto si fuera de otro modo. Si algo hemos significado en vida, tienen que llorarnos. Es justo que nos lloren. Justo y necesario. Purificador.

Un portazo me devuelve a la realidad. Tengo frío. Y estoy sola. Quiero estarlo. Ya no quedan más que un montón de sillas dibujando un círculo, en el más absoluto silencio. Un puñado de sillas y mis recuerdos. Gonzalo se ha ido envuelto en un paño de lino blanco, dentro de su caja de pino. Ya no quedan ni las pocas flores que le engalanaban. Como él, han dejado esta casa camino de la Sacramental de San Isidro. Ranúnculos. Liliums. Rosas blancas. Algo queda de su esencia, sí, pero mezclada con el olor de las velas. Acre. Las paredes ya no tienen aquellas sedas púrpuras de siempre, ni están los listones de madera fina que las ajustaban. Tan solo el mismo espejo reposando en la chimenea. El tiempo y el sol del mediodía han matizado el brillo del Macael, lo han hecho más asequible, menos grandilocuente. Ya no queda ninguno de los

muebles que allí campeaban. En realidad, ya no queda nada además de ese espejo que ha ido perdiendo el azogue y se muestra cansado, vetusto, con sus roleos a punto de perder los últimos restos de pintura sobredorada. En parte, mis manos son como ese espejo. El paso del tiempo ha devorado su blancura, las ha dejado exhaustas, llenas de manchas. El tiempo y la artrosis, un mal tan nuestro, de los míos, como la pena. Supongo que casi sesenta años cosiendo no han dado tregua a una enfermedad que tuvo mi abuelo, que tuvo mi padre. Hay noches que el dolor no me deja dormir. Sordos crujidos van retorciendo mis dedos y mis manos ya no son mis manos. No sabría explicar en qué se han convertido, pero he dejado de sentirlas como propias. Gonzalo se ha ido con las suyas entrelazadas, amarrado a un rosario de madera. Que le acompañe en su marcha.

Siempre me he sentido profundamente atraída por una pequeña tabla que conserva el Museo del Prado. Tiene un gran río que parece dividir la tierra en dos y, en su opaco y denso curso, a flote, una sencilla embarcación que lo surca. En su interior, Caronte y el alma de un justo navegan. Sus ojos contemplan cómo el fuego arrasa lo que queda de una ciudad, de un mundo que parece consumirse pasto de las llamas. Casi una ruina romántica. Del otro lado, en la otra orilla, hay paz, serenidad, sol. Una luz límpida desciende sobre un bosque primigenio, sobre el agua de un meandro interior; se refleja en la bulbosa cúpula de cristal que cabalga, prodigiosa, al fondo de la escena. Cada vez que siento miedo me refugio allí, entre sus árboles. No es posible que Caronte arribe en otro lugar. No sería justo. *Joachim Patinir. El paso de la laguna Estigia. 1524.* Así reza la cartela. Nada más. Pienso en la obra y, durante unos segundos, noto cómo su magnetismo me lleva más allá de sus celajes, a un horizonte que es intensamente azul. Y me siento aliviada.

La muerte hay que mirarla cara a cara. Por mucho que nos empeñemos en huir de sus efectos ahí está ella, impertérrita, acechando sin tregua. No nos persigue. Espera paciente a que, sin más, la vida se acabe. Y te roba el color.

No recuerdo qué hora era cuando decidimos volver a casa.

Llevaba todo el día postrada ante la respiración de un hombre que luchaba por no irse. Angustiosa. Entrecortada. Cada bocanada de aire hinchaba su pecho en una trágica cadencia. El pulso no era ya más que un tenue zumbido. No quedaba nada por hacer y me fui. Ya estaban rezadas todas las oraciones, todas las plegarias que había aprendido siendo niña, en el colegio. No alcanzaba a entender qué lo retenía en esta orilla, por qué insistía en una lucha que, desde hacía mucho, tenía claro vencedor. Me despedí con un beso y me llevé conmigo el frío de su piel. No hubo más. En medio de uno de esos suspiros se marchó para siempre. Tan solo como había estado la mayor parte de sus días. Y yo no estaba. Habían decidido que ya no hacía nada allí, que no tenía sentido dejar pasar los minutos frente a aquel hastiado cuerpo.

—Quiero quedarme a su lado. Para que no esté solo —les decía.

—Es mejor que vayas a casa, a descansar.

—No quiero descansar. Quiero estar con él.

El cansancio y mis hijas me habían sacado de aquella habitación con la tristeza instalada en el alma y su frío clavado en los labios. Poco después llamaron al teléfono. Me estaba quitando las medias. Había terminado todo. Mi hermano acababa de morir y yo estaba quitándome las medias. La noticia de su muerte me dejó sumida en un silencio del que todavía no me recupero. Una especie de mordaza que, sin embargo, me ayuda a vivir y que, como la soledad, me acompaña.

En estas horas que han transcurrido desde su marcha, me han visitado todos mis temores, mis frustraciones, cada uno de mis sueños rotos. Sin faltar uno. He peinado sus cabellos. Me he afanado porque su cuerpo no pareciera un fardo. Le he enroscado en los dedos ese pequeño rosario de madera que siempre llevaba en el bolsillo, que exprimía cada vez que no podía más. Que lo utilice de moneda de cambio al llegar a la Estigia.

Quiero estar sola. Porque no soporto la compasión. La he sufrido tantas veces que me exaspera. Esas miradas vidriosas que suspiran a tu paso, que lavan su conciencia con frases cortas y no hacen nada por rescatarte. Las recuerdo de niña, cada vez que

pasaba de la mano de mi padre. Desde que enviudó, su porte se había diluido, a partes iguales, entre lágrimas y alcohol, y cada día, amanecía más encorvado. Sería el peso del llanto. Yo lo apretaba fuerte porque estaba segura de que, también él, notaba la inquisición de sus ojos, de los de aquellas mujeres ramplonas que habían formado parte de su vida, que decían ser amigas de mi madre y que, ahora, lo observaban sin un resquicio de piedad, mientras que a mí dirigían toda su conmiseración. Eso me hacía odiarlas más; todo lo que una niña liviana era capaz de odiar. Subíamos la escalera de casa ante el silencio de ese pelotón de lenguas afiladas que, ávidas, esperaban el traspiés de un pobre hombre que vivía en desventaja. Si tenía suerte y aún no había pasado el mediodía, la escalada era digna, un pie delante de otro; cuando caía la tarde y los vapores del alcohol andaban en mixtura con los efluvios de su cuerpo, aquel corto tramo se retorcía en cientos de quiebros que hacían imposible culminar con honores. Ya en casa, empapado en sudor, se desplomaba sobre la misma cama que me había visto nacer y rompía a llorar. Dejaba que su cuerpo se deshiciera mientras yo, su hija de solo seis años, lo abrazaba sin descanso. Quería esconderse, encerrarse para siempre, salir huyendo. Hubiese preferido morir a sufrir esa condena. No existía consuelo para un hombre que había perdido la fe. Le habían enseñado a creer en Dios pero no quedaba espacio en su pecho para tamaña abstracción. La pena lo había arrasado todo. Y, a su lado, yo. Solo yo. En el más absoluto de los silencios. Tratando de exorcizar aquellos demonios.

Creo en Dios. Lo sé porque siempre que siento miedo me acuerdo de Él. Han sido tantas las veces que en mi vida he sentido miedo que casi ni las recuerdo. Me protege. Me calma. En esta noche de mutismo y soledad, me acompaña. Lo sé. Lo he sentido siempre. Pero, ahora que se han llevado a mi hermano y me he quedado aquí, a solas con Él, me asusta lo que pueda reprocharme. A pesar de los años no he conseguido zafarme de esa imagen terrible del Juicio divino con amenazantes figuras blandiendo espadas y cuerpos devorados en el lago de fuego y azufre. Una imagen cruenta, mitológica, atávica, que nada tiene que ver con mi

Dios. Que me grabaron en lo más profundo de mi ser. Si no te portabas bien, ibas al infierno. Si no decías la verdad, ibas al infierno. Si tenías un mal pensamiento, ibas al infierno. Si vivías en libertad, ibas al infierno. En el envés, junto a la *luz*, san Miguel esperando como Caronte, dispuesto a pesar tu alma y darte, o no, paso a la eternidad.

Aquí y ahora, no estoy segura de merecerla. Pienso que podría haber hecho más, que no debí conformarme. Cuando supe que mi hermano andaba por las calles, durmiendo en albergues, comiendo de la caridad, era ya demasiado tarde. No quedaba nada de él. El alcohol había erosionado su piel. Como el frío, el alcohol quema, arrasa la carne, seca los huesos. Mata. Cada domingo veía cómo se consumía y no podía hacer nada.

—¿Cómo estás?

—Cansado.

El pelo ralo. Aquellos ojos ceniza al fondo de unas gafas tan ruinosas como su vida. La boca entreabierta, haciendo un esfuerzo por respirar, y esa barba transparente. Las manos temblorosas, pálidas, apoyadas una sobre la otra.

—Muy cansado.

No recuerdo cuándo empezó a beber y a veces pienso que siempre lo hizo, que jamás estuvo sobrio.

Llevo sentada en esta habitación casi una hora, en la más absoluta soledad. Empiezo a sentirme un mueble más. Polvoriento. Arrinconado en esta casa con olor a alfombra vieja. Se han llevado a mi hermano y me resisto a abandonar esta tierra; que es mía. Creo que, si lo hago, lo perderé para siempre.

Desde que murió mi madre me siento rodeada de fantasmas. Ahora Gonzalo es uno más. De niña, en esta misma casa, me parecía verlos por todas partes. En el gabinete del abuelo, reflejados en el armario de luna del vestidor, en el interminable pasillo. Pero aprendí a vivir con ellos y dejé de correr aterrada en busca de los brazos de mi padre. Hubiera dado cualquier cosa por haber podido seguir haciéndolo. Hundirme en su ser. Ser parte de

su naufragio. Pero él ya no estaba. Ellos seguían allí pero a mi padre lo habían encerrado. En Ciempozuelos. Se acabó el consuelo. Un día, sin más, aquel minúsculo hombre había desaparecido. Con los años he aprendido que las cosas pasan así, sin más. Yo esperé horas a que volviera, junto a aquella boca de metro.

—Cariño, he olvidado una cosa. Espérame aquí —me dijo. Y allí estuve hasta que uno de mis hermanos me obligó a volver a casa.

Hubiera estado el resto de mi vida esperándolo. O eso creía yo. Me arrastraron calle abajo mientras sentía que abandonaba al ser más importante de mi ser. Lloraba con todas mis fuerzas. Me resistía. Y, mientras preguntaba por su destino, solo recibí una bofetada que se me clavó en el alma. Lo encontraron cuarenta y ocho horas después abrasado por el sol y con pedazos de pan duro en los bolsillos. Estaba exhausto, desorientado. No era capaz de recordar ni su nombre. Estaba loco. «Loco y borracho», eso me dijeron. Nada más. Ni una palabra más.

Lo llevaron al manicomio. Nadie se dio cuenta de que no era locura sino pena lo que tenía su alma. Una pena honda que no le dejaba vivir, que entumecía sus miembros rotos. Solo el alcohol conseguía rescatarlo de aquel pozo que se antojaba más y más profundo cada mañana. Con la muerte de mi madre se había diluido toda expectativa de futuro. Ella lo había sido todo y, ahora, no tenía más que un inmenso dolor que no le dejaba dormir. Se había ido para siempre y no podía soportarlo. Él sería un loco, pero ellos estaban ciegos y no querían ver la realidad. Prefirieron recluirlo que luchar. No alcanzaban a entender cuán hondo puede morder el dolor humano. Pero, para ellos, no era más que un loco y un borracho, y resultaba más fácil esconderlo. Hoy, sigo sin saber qué fue a buscar mientras me dejaba al albur del miedo. En una boca de metro. Tal vez su corazón.

El mío late acompasado. A pesar de tantas horas de vigilia, sigue bombeando bajo este pecho fatigoso. No es la primera vez que me abandono a mis recuerdos, y apenas se sobresalta. Es más, hace las veces de parca sintonía. Suena el timbre. Uno de esos botoncitos blancos orlados por una plancha de bronce, tan antiguo

como esta casa. Me obliga a levantarme. Recorro el pasillo escasamente iluminado hasta llegar a la puerta. Como yo, parece desperezarse en medio de un ronco crujido.

—¿Vienes? —Es mi hija Ángela.

—Ahora mismo bajo. Solo un momento más.

Ángela se llamaba mi madre. Le puse ese nombre a la última de mis hijas. No me atreví a hacerlo antes. Me costaba decirlo en alto. Era el que repetía mi padre entre sollozos.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No, no hace falta, de verdad. Ya bajo.

El vestíbulo está en penumbra. Apenas lo ilumina la luz que llega de la sala del fondo y que se mezcla con la que se cuela por las rendijas de la puerta. Deshago mis pasos. El pasillo recorre toda la casa. Una a una, cada estancia cuelga de su infinitud y lo alimenta con el poco aire que llega desde dos sombríos y deshumanizados patios. Al fondo está la sala, única pieza dotada del sol de mediodía, con sus viejos sillones desvencijados y, hoy, improvisado y fúnebre anfiteatro de sillas de tijera. Ya no quedan ni uno de los cuadros que cuajaban sus paredes, apenas sus huellas mohosas. Ni el Cristo tallado en madera que, sin brazos, presidía la escena. Nunca he olvidado el perfil geométrico del hijo de Dios; ausente, apoyado sobre un torso famélico, las costillas devastadas sobre el nogal y una incisión a modo de llaga de la que nunca brotó sangre.

Hace frío. Al otro lado de la calle veo una luz encendida, exigua, amarillenta, como de velas. Una de las ventanas de enfrente ha decidido, repentina, abandonar su negrura. Me pregunto quién vivirá allí, cómo será su vida. Empiezo a divagar, a inventar mentiras, historias maravillosas. Justo las que yo no pude vivir. Me enredo en fantasías que, durante un instante, hacen de esta noche un lugar menos abrupto. No me había dado cuenta pero ha dejado de llover. Mis hijas me esperan abajo. Apago la luz y, antes de salir de la sala, vuelvo a mirar la ventana de enfrente. Me cubro con el abrigo y comienzo a enfilar este pasillo que, más que nunca, se presenta interminable. Los desconchones de las paredes lo hacen parecer rendido, desmayado. Ni rastro del porte

aristocrático de otro tiempo. Como yo. Termino de abrocharme, respiro hondo y comienzo el descenso al mundo real. Allí están mis hijas.

Al salir del edificio me recibe un aire húmedo que recorre mi cuerpo y me obliga a despejarme. Siento cómo entra y llega a mi estómago.

—Mamá, ¿no tienes frío?

—No. —Es evidente que no me cree. Se quita un pañuelo que lleva al cuello y me lo acomoda sobre los hombros. Un pañuelo largo, de terciopelo de seda negro, cuajado de topos beis. Tengo la lluvia tan dentro que apenas noto su peso.

—Venga, se hace tarde —dice.

Son casi las nueve de la noche. Lo que era lluvia detrás de los cristales ha dejado la calle sumida en el mayor de los abandonos. Por más que aprieto los ojos no alcanzo a ver a nadie. Ni un alma. Es como si el agua hubiera arrastrado, con su impulso creador, todo lo que encontraba a su paso.

—¿Qué has hecho tanto tiempo sola?

—Nada. —Es evidente que no me cree. Mueve la cabeza condescendiente. Tiene el pelo oscuro y me mira con cariño.

«Tanto tiempo», dice. No hace ni veinticuatro horas que yo estaba quitándome las medias sentada en la cama y llamaron al teléfono. Me parecía ridículo estar ahí, medio desnuda, mirando el vitíligo de mis piernas, a punto de abandonarme al sueño, mientras Gonzalo expiraba. Solo ha pasado un día y tengo la sensación de llevar siglos despierta. Una eternidad de pensamientos, confesiones, viajes. De preguntas sin respuesta.

—¿Estás bien?

—Sí —digo. Es evidente que no me cree. Y calla.

2

Partimos cuando nacemos,
andamos mientras vivimos.

JORGE MANRIQUE

La lluvia ha cesado dando paso al mayor de los silencios. En las aceras se juntan el agua y los restos de un otoño que toca a su fin. Hojas amarillas, amontonadas, inertes. Víctimas del tiempo. Huele a carbón. El cielo pesa, se arrastra, y parece enredarse en las fachadas de ladrillo de la iglesia de San Antonio. Todo parece más triste cuando despunta el invierno. El templo se yergue en la suma de dos calles, adaptándose al capricho urbano del macadán. Sobre su puerta, discreto, el santo vigila en piedra. Contempla las vidas de hombres sin esperanza que acuden cada día en pos de un poco de caridad. El viento juega con sus barbas, se las enreda, las mezcla con el frío de la noche, con el hambre. Cada cuerpo es una historia. Pura desesperanza. El decano es un hombre enjuto, lampiño, de mirar franco. Cojea. Siempre lleva un transistor. Solo escucha una canción. *Cucurrucucú paloma*. Muchas noches duerme en la calle. Dice que fue taxista, que tiene hijos pero que, ahora, es cuando se siente verdaderamente libre. Empieza a lloviznar y ahí siguen ellos. Y él. El agua cae, se cierne amenazante sobre sus almas y no se inmutan. Para cuando descarga toda su ira, nosotras ya estamos dentro, sentadas en uno de los bancos de madera que miran al sagrario, sepultadas por tanta belleza. Ni un rincón de esta iglesia sin esquinas ha quedado exento del genio creativo de algún pintor. Las figuras, rotundas, absolutas, diligentes, parecen enroladas en cuitas dogmáticas. Están por todas partes. Se

retuercen. Vuelven sus rostros afectados. Se llevan las manos al pecho. Su cielo es azul, aquí siempre es de día. Resulta paradójico pensar en los desheredados que fuera, envueltos por la noche, esperan un plato de comida; ni siquiera caliente.

Mi hija Adela lleva un vestido verde. No quita los ojos del sacerdote, casi ni parpadea. Pero no es fe. Teme mirarme. Encontrarse con mi pena y no ser capaz de contener el llanto. He tratado de enseñar a mis hijas a ser fuertes, que no se llora. Ahora me arrepiento. Nadie me dijo nunca cómo educar a un hijo. He improvisado cada uno de los castigos, de las recomendaciones. He pasado noches despierta esperando su regreso, velando sus fiebres. He procurado que fuesen felices, que no se parecieran a mí.

—Señor Jesús, tú que eres la resurrección y la vida para los que han muerto, ten piedad. —Las palabras del sacerdote me devuelven a la realidad. Hay un ligero aroma a incienso.

—Señor, ten piedad —contesto. Tantas veces lo busco que debe de estar harto de mí.

He oído que cuando mueren tus padres solamente te resta querer, entregarte a los demás. Yo los perdí siendo tan niña que mendigué cariño por todas partes hasta que nació mi hija primera. Ana Isabel colmó mi vida. Con su llegada supe que todo había cambiado. Me necesitaba. Era la primera vez en mi vida que sentía que alguien requería de mis cuidados. Gonzalo nunca tuvo en quien descargar su amor. Vivió sumido en un eterno invierno. Desierto. Glacial. El alcohol templaba sus vísceras, le daba fuerza, pero la vida se le fue. Y estaba solo.

—Por sus familiares, por todos cuantos lloran la muerte de Gonzalo, que hallen en el amor de Dios el ánimo que necesitan. Roguemos al Señor.

—Te rogamos, óyenos. —Están mis hijas y estoy yo. Nadie más. Seis mujeres arrodilladas ante el santo, entregadas a la oración, en medio de una iglesia vacía de conocidos, de sabedores. Sesenta y nueve años de existencia y ni un solo amigo que le llore. No imagino mayor pobreza.

Fuera sopla el viento. Los que no tienen nada siguen a cuestas con su hambre. Al raso. Uno tras otro. La razón me falla y, por un

momento, me gustaría ser uno de ellos. Uno de esos seres autónomos, indolentes, ajenos a toda regla, que viven sus días sin el peso del mañana. Llevo tantos años pensando en el mañana que se me han secado los ojos. Y me pican; tanto que me los sacaría para, así, aliviar el escozor. A veces tengo ideas extravagantes, sí. Como cuando pensé que mis cinco niñas nunca se irían, que podría retenerlas siempre a mi lado. Las miro. No se han ido del todo. Siguen en mí. Pero ahora soy yo quien las necesita a ellas. Incluso más de lo que nunca ellas me necesitaron a mí. El vestido de Adela es verde, plisado, largo hasta la rodilla, con mangas estrechas. Es recto y se ajusta a la cintura con una cinta de raso negro. Me recuerda a los Fortuny de Proust. Y a su Albertine. Como ella, también Adela es lesbiana. Pero nunca ha huido. Yo sí que lo hubiera hecho, muy lejos, cuando una tarde cualquiera, en la mesa de un pequeño café, me confesó que quería a Virginia. «Mamá, quiero a Virginia». Con un hilo de voz. Sin más. Quise volar, huir. Escapar de allí. Perderme como lo hizo mi padre. «Pero ¿qué piensas?», insistía. «No pienso. Te quiero», le dije. Y era cierto, no quería pensar. No estaba preparada. Y la quería. Opté por dejar pasar el tiempo, salir de aquel lugar y regresar a casa. Cuando quise pensar, no pude. O no supe. Tenía miedo de mí, de mis prejuicios, de mi honda ignorancia. No quería herirla ni en el silencio, no me lo perdonaría. Lo fui asimilando. Me acostumbré. Lo incorporé a mi vida. Daba igual lo que quisiera para mi hija. Yo no decidía. Tampoco a ella le habían enseñado a ser lo que era. Ni una palabra. Desde muy niña su mirar era distinto. Unos ojos profundamente verdes que diseccionaban cada fragmento de realidad de una forma matemática. Que buscaban la belleza y el tiempo perdido casi de modo obsesivo. Confeccionó un mundo a su medida que plagó de sueños, de esperanza y también de trampas. Trampas para que nada ni nadie pudiera hacerle daño. Lo aprendió todo sola. Se erigió en única guía de sus días y forjó un carácter duro, contestatario. Luchó por hacerse un hueco y ser la mujer que es hoy. Consiguió ser libre. La observo. Es preciosa. Y hoy lleva un vestido verde. Y unos zapatos negros de tacón.

Recuerdo mis primeros zapatos de tacón. También eran

negros. Habían sido de mi madre y la piel estaba devastada por el uso. Me separaban muy pocos centímetros del suelo pero hacían de mí un bosquejo de mujer; más segura, más sólida y más alta. Casi tanto que podía tocar el cielo. Los llevaba ella y los llevé yo. Eran como una prolongación de su ser y adoraba tenerlos puestos. Daba igual si me apretaban, si parecían viejos; encarnaban todo lo que a los dieciséis años deseaba ser. Ella. Mi madre. Me miraba al espejo y buscaba vehemente en mi rostro sus ojos, su boca, su cara, pero no hallaba nada. Yo era mi padre. Su mismo mirar profundo, apretado. El pelo claro. Los hombros secos. Una Cárdenas de los pies a la cabeza. Hasta el mismo arrastrar de ideas. Así que solo me quedaban aquellos zapatos que iban perdiendo el color. El tiempo es así, no respeta nada, ni el color de unos zapatos ni mucho menos el de la piel. Pasa y acaba con todo, lo arrasa. Sin darte cuenta amaneces un día cubierto de arrugas, con el cabello nublado y el sueño exiguo. Tengo las manos llenas de manchas, agotadas. Las aprieto fuerte. No soy más que un retazo de lo que fui, una caricatura grotesca, el final de una historia. Y después, ¿qué? Con un poco de suerte, el cielo. ¿Será como este? Límpido, brillante, plagado de ángeles y arcángeles.

Lo peor de mentir es que sienta un precedente, un nuevo orden de cosas. Mientras que Adela jugaba a ser quien no era, yo imaginaba mundos donde ella vivía mi vida o, al menos, la vida que a mí me hubiera gustado tener. Una vida plácida, ajena al dolor. Desde aquel «mamá, quiero a Virginia», todo se había venido abajo. No alcanzaba a entender ninguno de sus pasos y, sin quererlo, me alejé. Seguía a su lado, aferrada como la buena madre que creía ser, pero algo en mi interior se había extinguido. Era como si me hubiesen robado algo tan grande que me sentía hueca. Y, en verdad, así era. Me habían robado mis sueños. Los míos. No los de ella.

Cada vez duermo menos. Dicen que es normal, que los viejos dormimos poco, pero en mi caso es porque aprendí a no soñar. La miraba y sentía pena, una pena profunda, indescriptible, que me taladraba. Pero no era su cariño por Virginia lo que me angustiaba, no. Sufría pensando en ella y en la maldad de los demás. Todo en

la vida es de por sí tan abrupto que aquello me parecía un obstáculo insalvable, otro más, uno que yo, además, era incapaz de procesar. Entonces, ¿quién cuidaría de ella? Pero la equivocada era yo, una estúpida que no había sabido ver. Me había preocupado por lo que ocurría en las habitaciones y había descuidado el interior de los pechos. Aquel corazón suyo era enorme, sólido, aguerrido. Quizá no hubiera de qué preocuparse. Quizá yo solo fuera una pobre mujer que no sabía de nada. Quizá Adela es infinitamente más feliz de lo que yo nunca lo he sido. Me incorporo. Las rodillas me matan. Desenlazo las manos y las apoyo en un misal. He pedido al santo que no se olvide de mí, que me de fuerzas. Gonzalo espera en su caja. Una caja pequeña para un hombre pequeño. Arrinconado en una sala fría. Un ser insignificante, anónimo, que no aprendió nunca a cargar con la vida. Creo que no debí quitarle las gafas. ¿Y si no es capaz de encontrar el camino tampoco ahora? No volveré a verlo, como tampoco volví a ver a mi padre. Todos, papá, mamá, Gonzalo, no son más que recuerdos, ilusiones, silencio. Se fueron y no me preguntaron si yo los necesitaba. Siempre demasiado pronto. Me abandonaron a mi suerte. Porque sí. También necesito a mi hermano, a ese ser minúsculo, fútil, que no encontró el camino, que tal vez nunca quiso encontrarlo. Un pedazo de mí.

A veces pienso que si no me hubiera ido de aquella boca de metro, si hubiera permanecido allí, las cosas serían distintas. Me obligaron a volver a casa, me encerraron y no dedicaron ni un segundo a consolar a una niña que no sabía estar sola. Recuerdo que me faltaba el aire en aquella celda abierta a un patio. Recuerdo la angustia, el llanto, el desconsuelo. El único sentido que por entonces tenía mi vida parecía consumirse. Si mi padre volvía y yo no estaba allí, estaría perdido; si no me tenía a mí, nunca encontraría el camino.

Suenan las campanas. Las diez de la noche. Demasiado tarde para casi todo. Abandonamos la iglesia en silencio, con la mirada perdida. Una procesión de hembras cansadas, con los ojos gachos. De nuevo el frío y esa lluvia fina que empapa cuerpo y alma. Ya no hay nadie esperando comer. Se han ido marchando poco a poco,

confundiéndose con la ciudad. Los hay que juegan a ser libres y optan por la acera, por un banco, dejando que la oscuridad los meza; los más, pasan la noche en albergues, a salvo de sí mismos. En uno de esos reductos vivió sus últimos meses Gonzalo. Dormía con la radio puesta, por miedo a despertarse y no sentir nada. Con los zapatos puestos. Con un sufrimiento hondo. Allí se conjugan todas las pobrezas del mundo, en especial las de espíritu. Literas baratas para hombres sin esperanza, vasos de plástico, vidas rotas. Un ir y venir de aflicción, de peleas, de llantos mudos. Cada mañana, temprano, vuelta a la calle, en su caso, a un parque próximo, a dejar pasar las horas. Con su radio. Un viejo que nunca dejó de ser un niño, indefenso, dolorido. Uno de esos niños que no miran de frente por miedo, que esconden las manos. No pensaba en el futuro, no creía en él, ni tampoco en el pasado. Había decidido borrar toda señal pretérita y conjugaba su existencia siempre en presente. Era un apátrida del tiempo. Siempre muy abrigado. Con un ridículo gabán tan precario como su cuerpo, largo hasta los pies, se asomaba a la vida desde ese parque yermo.

«Tengo frío por dentro», me dijo. Era domingo, el último. Había creído que uno puede elegir siempre, que en la vida no hay consecuencias. Y se moría. Esa es la única verdad. No reparé en ello, era un domingo más, uno templado a pesar de ser noviembre. La costumbre anestesia tanto o más que el dolor y no caí en la cuenta de que ese niño viejo estaba a punto de apagarse. Allí sentados, muy juntos, en silencio, debíamos parecer grotescos, un dibujo de Daumier. Su tez macilenta, caduca, mi bolso de piel y la radio. «Me acompaña. Hay noches que abro los ojos y creo estar muerto, sepultado por tanta oscuridad. Todo parece acabado y hace frío. Tengo la boca seca. Me duele todo. Pero no hay Dios, ni luz cegadora, ni paz. Y siento miedo. Mucho miedo. Entonces, oigo la radio y me recuerda que estoy vivo. Y vuelvo a creer».

Iba mucho al cine. Supongo que la radio vino a remplazar aquel mundo, casi siempre superlativo, que descubría desde el fondo de la sala. Allí dejaba que pasaran las horas, en plena exaltación del yo, imbuido en vidas que no le correspondían, que le hacían olvidar la suya. Tardes de mentiras, de ensoñación, de

esperanza. Una sucesión de historias rotundas, a veces dulces, casi siempre dramáticas. Tenía cierta inclinación por los dramas, hacían que su existencia pareciese menos grave.

En ese parque se conjugaban la vida y la muerte, el pasado y el presente. El futuro es siempre incierto. Se daban la mano la desesperación postrera de un hombre acabado y la aquiescencia de una mujer, yo, que se rendía a la certeza de que nada se podía hacer ya. Hubo un tiempo en que hubiera podido ayudarlo, pero no alcancé a ver la magnitud de su amargura, de aquellos surcos negros que apretaban sus ojos. Hubo un tiempo, inmediatamente posterior a ese, en el que realmente lo ayudé, pero era tarde. Hice mucho. Lo rescaté de los más sórdidos tugurios envuelto en bilis. Lo cuidé. Me convertí en su madre. Todo para que nuestra historia acabara allí, en un banco de madera municipal. Dicen que la vida está dividida entre lo horrible y lo miserable. Debo llevar instalada en lo horrible tanto tiempo que no solo no recuerdo cuánto, sino que ha dejado de parecerme tan malo. Quizá nunca fue tan horrible. Quizá la vida es así y yo ando empeñada en perseguir un ideal. Quizá, por todo ello, he sentido tanta insatisfacción. Porque inventé un mundo. Quizá, si no lo hubiera hecho, no me habría roto la frente por conseguirlo y hoy, no tendría nada. Una lucha que ha determinado quién soy, quiénes son mis hijas.

3

> Porque los muertos viajan deprisa.
>
> GOTTFRIED AUGUST BÜRGER

Es de día. Debí de conciliar el sueño poco después de llegar a casa, con el sermón del párroco aún intacto. Literalmente no podía con mi cuerpo. No recuerdo haber soñado. Una de esas noches perdidas, clavada a la cama. Sin nada que recordar. Tengo hambre. Ayer no probé bocado. Si acaso algo de agua. Y café. Con dos azucarillos. Me encanta el café, su perfume, su sabor intenso, áspero. Me hace sentir viva. A Gonzalo, sin embargo, tenemos que enterrarlo para siempre y, eso, eso es mucho tiempo. Tengo la cabeza llena de silencios vagos, frágiles, que retumban. De ideas extrañas. De callejones sin salida. De recuerdos. Me visto. Un vestido en crepé de lana color negro. No queda ya mucho por hacer, solo enterrarlo, dejar que se deslice su caja hasta lo más profundo de la tierra. Alejarlo para siempre de tanto tormento. Para cuando termino de abrocharme el abrigo, todo un sacrificio para mis consumidas manos, me espera mi hija Áurea en el salón. Quieta, bonita, sola. Ha pasado conmigo la noche. Apretada en el sofá, vigilante. Su pelo bien cortado, la boca breve. Es bonito ver dormir a las personas que uno ama. Cada hijo duerme de un modo distinto. Abrazado a la almohada. Recostado sobre un lado y casi en equilibrio. Con el cuerpo abierto. Áurea parece mecerse a sí misma, con las rodillas muy cerca del pecho, en comunión con su más íntimo yo. Abre los ojos. Me examina. Ahí estoy. Un poco más vieja. Un poco más sola. Un poco más triste. Con mi abrigo negro y

los labios secos.

«¿Qué hora es?», le digo sin mirar. Sé que son las nueve y veinte. Que en poco más de una hora acabará todo con Gonzalo en el fondo de un pozo, cubierto de tierra; pero no se me ocurre ninguna otra cosa que preguntar. «Todavía pronto», me dice. ¿Pronto? Pero si ya es tarde para casi todo. Para reír. Para creer. Para soñar. Para pintarme las uñas de coral. No creo que falte mucho ya. Un puñado de días y podré cerrar también los ojos. Y me iré. Y serán otros los que amarren a mis manos las cuentas de un rosario, los que compongan mi pelo, los que enciendan velas. Y ya no seré yo. Me pareceré a los muertos que anegan mis noches. Seré polvo. Si pudieran comprender lo que ha sido mi vida, verían que está todo empezado, que la lucha me tiene exhausta, que no es pronto para nada. Bueno, sí, para enterrar a Gonzalo. Aún queda más de una hora.

Muriéndonos estamos todos desde que nacemos, y es esa la única certeza con que cargamos durante todo nuestro existir; que llegará el día en que todo se habrá acabado y no seremos más que un suspiro, un vago recuerdo, nada. Y ese mismo día se instalarán en nuestras vidas, frente a los escenarios donde alguna vez fuimos algo, otros seres igualmente insignificantes condenados también a desaparecer. Y las mejorarán, o no, pero tampoco nadie se acordará de ellos. Tal vez mi casa siga en pie. Con sus cornisas acanaladas y el mismo rechinar de puertas. Junto a la misma capilla donde seguirá consumiéndose la cera de otros cirios colocados por nuevas manos llenas de antiguos anhelos, esos que solo se le confían a un santo. Pero no habrá nadie que se acuerde de mí, ni del papel pintado del despacho del abuelo, ese que dibujaba flores de cardo sobre un fondo añil. De mi abuelo no recuerdo más que sus dedos ganchudos, extremadamente delgados, y de cómo con ellos se acariciaba la cara pálida, doliente. Sentado junto a la mesa de nogal que llenaba todo, se dejaba ir. Se ofrecía a un hoy que cada vez le parecía más incierto, donde apenas quedaba rezar y soñar. Y a rezar le habían enseñado, pero soñar, soñar es cosa bien distinta. Aquel viejo dormía. Como yo. Desde que acabó la guerra pasaba los días así, entre amarillentos papeles

que, muchas noches, mudaban en soporte de su aliento entrecortado. Y allí amanecía. Recostado sobre viejas palabras. Con el corazón en un puño y restos de tinta sobre la cara. Su figura dibujada sobre el azul de las paredes, coronada por esas flores de cardo —aunque hubiera preferido laureles o palmas y no esos imbricados bulbos—. Siempre helado. En la penumbra de su despacho. Envuelto su cuerpo en un viejo edredón. Lo quería y no sé por qué. Supongo que porque era el padre de mi padre y ya en aquellos días eso lo era todo para mí. Y porque se molestaba en pasar la lendrera por entre mi pelo antes de hacerme la misma trenza parva. Mechón tras mechón, conjugaba mi escasa melena en una suerte de urdimbre apagada. Una mañana, mi padre le puso un lazo negro. Al final. Mi abuelo había muerto y me dejaba como herencia la trenza del día anterior, su última obra. Ojalá me la hubiera cortado y guardado para siempre. No mucho después volvieron a anudarme el mismo crespón al final de mi testa. Negro oscuro. Era mi madre la que ya no estaba.

A Gonzalo lo he peinado yo misma antes de amortajarlo. Un lino blanco por toda etiqueta. Sobre la caja reposan los ranúnculos y las rosas blancas, los liliums y toda la amargura de un mal vivir. Ahora toca ver cómo es tragado por la tierra, como resbala asido por sogas hacia la eternidad, como se pierde, para siempre, en el fondo de su tumba. También negra. Infinita. Tengo frío. A mis pies, la nada. Una grieta que amenaza con devorarlo todo, a todos. De grietas como esta se creía que vendrían los males del mundo; que, trepando por sus siniestras paredes, se alzarían las criaturas condenadas al averno. Hembras núbiles de infinito cabello tinto y abultadas caderas. Bocas vacías. Caras sin rostro. Seres olvidados por Dios, cetrinos, deformes, calcinados, implorando clemencia con sus manos desplegadas. Una legión de muertos abrasados por la culpa y el miedo, con la esperanza de apropiarse de la vida de los vivos. Sus ojos, provistos de todos los pecados, rezumando terror, conscientes de haber sido condenados por siempre; condenados a la nada. El universo se creó de la nada hace catorce mil millones de años. Antes, ni espacio que medir ni tiempo que contar. Nada. Nadie puede vivir sabiendo que camina hacia la nada. Son las

once. Llevo un abrigo negro de tafetán, escote a la caja y cuello vuelto. En el bolsillo derecho, medio caramelo de regaliz. Toca desandar el camino. Volver atrás. Aunque no lo suficiente.

Un cementerio es un lugar extraño. A mis ojos, a esta hora del día, un depósito de lágrimas, un rincón abrupto entre una verdad y otra, cuyas puntas, las de los gabletes de algunos de sus edículos, parecen mezclarse con el infinito. Como los cipreses, tan amargos como quien plañe bajo su bruma, colgando del cielo. Frente a mí, alineados, montones de nombres, de fórmulas ancestrales, en mitad de un mar de lajas blancas enmohecidas por el tiempo. Y el olvido. Yo no te olvido y, aunque no contestas, a pesar de que no escuches nada, no dejo de emitir ruidos, de enlazar palabras que ni para mí tienen sentido. En pleno desierto. Frente a ti. Lo que de ti queda. Sí, sé que no estás y, a pesar de todo, te sigo hablando. Y podrán llamarme loca, quizá lo esté, pero no me resisto a gritarle al mundo que un día fuiste, que, aunque ya no estás, estuviste, y que, por mucho que se empeñen, no dejaré de pensarte.

Las reinas de Francia, cuando enviudaban, mudaban toda su pompa en inmaculados lienzos blancos. Un *deuil blanc* que las envolvía tras el óbito confiriéndoles su última dignidad, conscientes, como eran, de que, tras la muerte del esposo, del ungido, todo había terminado en aras de un nuevo rey, de un nuevo tiempo. *Le roi est mort, vive le roi!* Confinada en lo más oscuro del Louvre, despojada de toda autoridad, María Estuardo despertaba a otra vida, la de reina viuda, la de reina de Escocia, vestida de blanco; blanca la cofia, blanco el velo, pliegue sobre pliegue, blanca la piel. Hábitos blancos para un futuro ignoto, sembrado de muerte. Un velo de viuda blanco brotará también de su frente el día que todo acabe, cuando se enfrente al tajo con el último hálito apenas esbozado. Vestida de púrpura. Yo empiezo el mío, mi luto, mi particular ronda hacia el patíbulo, con el mismo abrigo negro, el mismo jersey de algodón y la pena intacta. Y camino entre sombras, la mía propia y las de todos aquellos que, como yo, han peregrinado hasta aquí, hasta este lugar olvidado.

Vuelvo a casa. Desde el coche veo cómo la gente se amontona, poco a poco, sobre las aceras. Cómo llena las plazas,

cómo se convierte en testigo de un mundo que casi nunca es justo. Gente que arrastra a otra gente. Gente que corre en busca de un sueño, que espera una oportunidad, que, incluso, la implora. Gente rugiendo. Gente en silencio. Gente que solo pasea, que mira, que vive. Gente que llora, que ríe. Gente sin más. La veo pasar como a un pelotón de seres anónimos que se asoman a mi vida mientras, yo, instalada en el interior del coche, trato de zafarme de sus ojos. Ninguno de ellos piensa en Gonzalo, ni mucho menos, en la pena que me atraviesa. En verdad, ni siquiera me miran. Cuando llego, me encierro en mí misma. Solo me siento a salvo tras los muros del silencio y, en lo más profundo de mi alcoba, dejo que el tiempo pase. Cada mueble, cada pensamiento, se tornan improvisados pero férreos barrotes de esta prisión a la que me entrego. Ascética, vuelvo la vista al cielo. «¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Quién me hará olvidar tanta angustia, tanto miedo, tanta desesperanza?». Pero no estoy segura de no haber merecido ese castigo. Desde siempre he creído que el pecado condena, extingue. Y claro que he pecado. De todas las formas posibles. Con mi hermano, en especial, de omisión. «Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa», me repito. Y cada sílaba retumba en mi pecho con tanta energía que, por un instante, siento que me falta el aire. Una bocanada profunda me devuelve a mi cuarto, a este día funesto en el que parece que todo está terminado. Sentada frente al espejo, con un pesar inmenso, miro a mi alrededor. Todo continúa igual. He enterrado una parte de mí y, sin embargo, nada parece distinto. Los libros siguen apilados sobre la cómoda; cada foto en su marco; la misma colcha de ayer, de siempre. Es posible que nada sea tan trágico como parece, que principio y fin no sean más que dos verdades insignificantes que se solapan, que juegan al despiste con cada uno de nosotros. En la mesilla, junto al vaso de agua de la noche anterior, donde parecen haberse depositado todas las lágrimas de dos mil años de duelo, hay una imagen de la Virgen de la Soledad con su manto de terciopelo negro y el corazón acuchillado. La miro a los ojos, dos bolitas de pasta vítrea de un extraño color verde donde vierto toda mi fe. Resulta ridículo ofrecerte sin más a un par de simples canicas, depositar tus más

íntimos deseos en algo tan vacuo, tan absurdo. Pero ahí estoy yo, reflejada en esos ojos, transformada por lo convexo de su mirar. Una criatura deformada en busca de respuestas que, paradójico, no es capaz de articular palabra. Y es entonces cuando me pierdo entre lo que fui y pude ser, entre lo que es cierto y mera ensoñación. Me dejo arrastrar, huyo, y consigo escapar de esta cárcel, de este encierro voluntario «en que el alma está metida».[1] No es éxtasis, solo debilidad. Una debilidad que se hunde en los huesos, que no descansa. Ya en el colegio sentía como las piernas se me dormían de tanto rezar. Arrodillada, los calambres que trepaban por mis muslos no eran otra cosa que ejemplos de devoción, pequeñas demostraciones de una santidad mal entendida. No conocía otra forma de llegar a Dios. Nadie me lo había explicado y contemplaba el cilicio como ese extraño placer que conducía a la perfección. Pero el dolor no hace grande, solo deja cicatrices. Tengo una encima de la ceja, de varicela. También el hambre de aquellos días se convertía en ofrenda con la que expiar pequeñas faltas y, mientras mermaba nuestros talles, nos abría las puertas del cielo. Vuelve a tronar. Hace frío. Apenas entra luz en este fugaz retiro. Otra vez yo. La misma cara en el mismo espejo. Los labios entreabiertos, a punto de hablar, de gemir, de gritar. La misma mueca de dolor, de abandono. La misma mujer pero mucho más cansada.

Algunas veces, cuando menos te lo esperas, surge una luz que te da la vuelta, un trueno, como el de hace un segundo, que te cambia para siempre. Aquellas horas del colegio, en constante oración, no me trajeron la inspiración. Por más que apretaba los párpados, por más que hundía los codos en el reclinatorio, nada, ni un cambio. Sobre el altar reposaba un crucifijo, una de esas piezas que se salvaron del destrozo de la guerra. Clavado a una cruz de troncos, Cristo moribundo. Un hombre joven de exultante belleza prendido a un leño. Su cabeza, sin corona de espinas, colgaba sobre el pecho. Impertérrito, me observaba en su enormidad, cada día. Yo buscaba una señal, algo que confirmase que cada minuto gastado en esa capilla enlucida no era tiempo perdido. Pero nunca la obtuve. No era yo Teresa de Ávila, ni Juana de Arco. No había

sido elegida. Cuando, años después, vi lo que Dreyer había hecho con la pasión de la de Orleans, lloré. La congoja de esa cara se me clavó en el alma. Transida de dolor, la santa se imponía en todo su sufrimiento con planos asfixiantes, con el pelo casi al cero. La pantalla se llenaba de aquel rostro inmenso, de aquella expresión pausada, ausente. Frente a sus ojos, prácticamente deshechos, seres sin alma no dejaban de bramar. Ridículas tonsuras abrazadas a su fe que juzgaban a una niña. Las voces que escuchaba, le dirán, no eran las del verdadero Dios sino las de otro negro y oculto. Es fácil abusar del débil, de un niño, de un borracho, de un loco. Yo era una niña que vivía con un borracho que se había vuelto loco, que seguía esperando un milagro y que hubiese querido ser hombre. Como Juana la doncella, como Juana de Francia, Juana la heroína, santa Juana, Juana la bruja, la hereje, también yo nací en mitad de una guerra que enfrentó a todos con todos. No fui consciente, hasta mucho después, de que el hambre, el frío y los zapatos rotos no eran otra cosa que las consecuencias de aquel desgarrador conflicto. No conocía nada más. Cada día, uno tras otro, la misma escasez, el mismo par de guantes, el pan duro. Hasta el sonar de tripas formaba parte de tu personalísimo sentir y, sin embargo, no tenías la menor idea de que toda aquella miseria era producto de la barbarie. Ni siquiera eras consciente de que aquello fuese miseria. Solo era una niña. Le dices a los adultos lo que ves, lo que oyes, lo que sientes, pero ellos no quieren saberlo, no eres nada. Por mucho que grites que quieres ver a tu padre, no encuentras respuesta en el eco del presente. Supongo que mientras Juana imploraba por su vida, con el fuego alcanzándole la carne, también se acordó del Padre, pero tampoco ella obtuvo respuesta.

Gonzalo iba mucho al cine. Devoraba las películas desde la oscuridad de su vida, en la penumbra de la sala, disfrutando de una paz que le había sido negada. Se sentía espectador y no protagonista, lo que le confería cierto descanso, cierta dignidad. Asistía a la grandeza del mundo desde aquella ventana donde la verdad se ofrecía en pequeñas dosis. De no mucho más de dos horas. Con un principio y un fin. Donde llorar era catártico. Purificador. Un lugar en que perderse. Después, vuelta al hoy, a la

pertinaz negación, a la ginebra barata. Podría decirse que alcohol y cine, más alcohol que cine, hicieron de la vida de mi hermano un extraño paraje por el que, a sus anchas, seguía transitando aquel niño que, en realidad, no fue, pero que, aun así, se negaba a dejar escapar. Creció de golpe. A golpes. Hubiera querido ser Bruno, de la mano de su padre, recorriendo la ciudad. Pero ni había padre ni bicicleta, solo la misma desesperanza. Le obsesionaba *El ladrón de bicicletas*. Se sabía los diálogos. Siempre que la proyectaban, hacía cola para enfrentarse a la que, en parte, era su vida, la de un hombre sin futuro. De Sica había conseguido dibujar un mundo casi exacto al que vivíamos aquí, en este descolorido Madrid de posguerra. Su Roma era nuestro Madrid, el Berlín de Rossellini, el de todas las víctimas de matanzas. Mismas calles sin asfalto. Misma ruina. Mismas familias sin agua corriente. Mismos hombres sin trabajo. Mismas mujeres haciendo cola para todo, destrozándose el cuerpo y las ilusiones. Restos de un mundo que había llegado a su fin precedido de muerte y rabia. La frustración de Antonio era la nuestra, la de todos. Su gesto ansioso, el de la mayoría de los que amanecían con la esperanza de llegar a la noche. Él, detrás de su bicicleta, nosotros, en busca de un mañana. Nunca llegaría a encontrarla como, tampoco nosotros, dejaríamos el ayer. Rápidamente se transformó en hoy y, más rápido aún, en nunca. El tiempo es así, pasa, se escapa, y lo hace con tanta urgencia que, cuando quieres darte cuenta, apenas queda. Todavía me pregunto qué fue de Bruno, de Antonio y la bicicleta. Cómo serían sus vidas más allá del metraje de la cinta. Las nuestras fueron enfilando días, uno tras otro, como las cuentas de un rosario a cuya cadencia te acostumbras sin fijarte en lo que tus labios sisean. Una agotadora sucesión de lunes sin un solo domingo que terminó por moler mis huesos, los de toda una generación. Cada vez que trato de reunir los fragmentos de aquel tiempo, me topo con aquellas imágenes, con cada una de esas caras, con todos los que vivirán, por siempre, en esa historia.

Hay quien vive para siempre en las páginas de un libro, en retratos

de aparato, en canciones eternas, en el haz de una medalla, de una moneda, en una larga inscripción. Orlada de flores y acanto, la reina Amalia contempla a quien la mira. Los ojos muy abiertos, como de lechuza, la boca cerrada con arrogancia. Coronando, la *buena muerte* se adapta al marco. La *buena muerte*… Sin duda un eufemismo doloso para quienes, como yo, han sentido la inclemencia de su aliento tantas veces, tan cerca; una suerte de Cronos barbado, de mirar entornado, caviloso, con un reloj de arena sobre una mano, la diestra, mientras con la siniestra aprieta fuertemente una hoz. Hace diez años que se tomó su presa y, por eso, ahora parece ensimismado mientras la observa. La reina se ofrece conscientemente bella. Segura. No dedica un instante al obligado compañero, solo a la historia. Trascender puede que sea uno de los principales deseos de todos aquellos que, alguna vez, fueron algo, que se sintieron alguien. Ser hoy pero también mañana. Escapar del ominoso olvido. Sobre sus hombros, liberados ya de la carga que es vivir, descansa el armiño de su dignidad. Sobre su testa, una pequeña corona. Así colgaba de una de las paredes del comedor de aquella casa donde empezó mi vida, de un oxidado clavo, abrazada por un marco de roble. Abstraída. Participando de todo lo que allí acontecía. Para celebrar su existir, quiso el rey, su esposo, Carlos III, recordar su muerte con esa estampa donde rebosa vida y nobleza. La amaba profundamente. Nunca la sustituyó. No había razón de Estado que justificara tal ignominia en su corazón. Y se mantuvo solo. Inmaculado. Tampoco mi padre lo haría. Pero él acabó con sus huesos en una de aquellas salas para «tranquilos» del hospital y presidio que era el manicomio de Ciempozuelos.

El amor es trágico. En el mejor de los casos, corrompe tus sentidos hasta que dejas de ser tú. Escapa a cualquier entendimiento y dibuja en tu rostro otro distinto. Mueve el mundo, dicen, pero, en su traslación, deja víctimas que jamás se recuperan. Mi padre fue una de ellas. El amor te hace grande, lo sé, te enciende, te completa. Hace los días más breves y gran parte de las noches

eternamente blancas. En plena excitación, lo transforma todo. Te da vida. Pero el precio que se cobra no es bajo: tu libertad. Amarrado por fin a su yugo, sometido a su tutela, enamorado al fin, suele aletargarse, tiende a vacilar, juega contigo, se va. Se inaugura, entonces, otro orden de cosas, otra vida donde no queda sitio para grandes frases. Solo rutina. Amamos la idea de amar mucho más que a quien hemos querido amar. Nos enredamos en perífrasis de sueños sobre cómo sería nuestra existencia en compañía del ser perfecto y, justo ahí, invertimos nuestra fe. En el mundo de las ideas no hay espacio para el tedio. Pero, a veces, sucede que, sin esperarlo, viene la muerte y te hace libre de nuevo, pasa frente a ti y vuelves a estar solo. Te roba al compañero.

En un instante así, con la muerte aún rondando el cuarto, mi padre se volvió loco.

4

> En la pared hay un agujero blanco, el espejo.
> Es una trampa. Sé que voy a dejarme atrapar.
>
> JEAN-PAUL SARTRE

Hacía viento cuando, por vez primera, recaló en el piso de la calle Espronceda. Amparada en la oscuridad de la escalera, vestida con el negro del luto por sus muertos, más parecía una de las beatas que acompañaban al san Antonio que peregrinaba por los rellanos del edificio, encerrado en su urna de cristal polvoriento, que una recién llegada; a Madrid y a la vida. En torno al óvalo de su cara, la blonda de un velo que le confería cierto aspecto de Virgen niña. A sus pies, el saldo de una vida, la anterior, encerrado en las tripas de su maleta. Mi madre. Fue conducida al comedor. Allí sentada, justo en frente de la mujer del cuadro, la reina Amalia, aflojó su miedo. La magnificencia de aquel rostro fue un bálsamo para unos nervios que, a fuerza de recomendaciones, se habían vuelto un nudo en su pequeña cabeza. Todo lo tenía pequeño, el talle, las manos, la ambición. Una de esas niñas frágiles que se sorprenden al escuchar su voz, tan distinta a la de su pensamiento, tan poco utilizada. Un ser diminuto que se perdía entre la rocalla de la seda que fajaba los muros, mientras se hundía en una de esas sillas regencia que, alrededor de la mesa y apoyadas en la pared, lo llenaban todo. Era como si en esa casa siempre se esperaran legiones de individuos dispuestos a ocupar sus asientos en medio de gran expectación. Como si, de cada uno de esos respaldos,

fuesen a descolgarse profundos coloquios. De momento solo estaban ella y sus pensamientos, también pequeños, y todas esas sillas vacías. Desde el fondo del pasillo llegaban las voces de la casa mezcladas con las que trepaban desde la calle y se colaban por los grandes vidrios.

—Buenos días, Ángela. —Una voz grave precedía a la señora de la casa. Envuelta en su chal, con un tocado triangular del que pendía un velo negro y que le daba cierto aire de beatería, seria, María Soledad Celada de Menchaca se erguía frente a la puerta con sus ojos blancos. Otro velo la apartaba del mundo, ese que, apenas tres años antes, se había tejido apretado por entre su mirar y la tenía viviendo en tinieblas. Su presencia era enorme, lo llenaba todo. Una forma de dignidad que, junto a la voz de contralto, le conferían una fuerza inaudita. Allí puesta parecía la Erda de Wagner. Sabia. Inmutable. Fría.

—Buenos días, señora —susurró mi madre cada vez más diminuta.

—He mandado llamarte para que me ayudes con mis cosas. Me han asegurado que sabes leer y que no tendrás inconveniente en pasar un tiempo con nosotros. Ahora, puedes retirarte. —No hubo más, solo un silencio que la acompañó hasta su cuarto y que se hizo más chocante al cerrarse la puerta de un golpe.

Había sido llamada a convertirse en lazarillo, en la *Marianela* de aquella especie de Tiresias que conducía su ceguera a base de orden militar. Mientras fue perdiendo la luz, nació en ella una obsesión por el futuro que contravenía, en parte, sus credos, pero que la investía de una autoridad profética. Si los demás se dejaban llevar por el ruido de las cosas, ella recalaba en la verdad. Cuando no hay distracciones, todo se reduce a su esencia, y es allí donde están las respuestas. Pero, aun así, ensimismada en otra esfera, urgía de una mano que la condujera entre las sillas, una mano que apretar en las noches de insomnio.

Durante esas vigilias, era mi madre quien escapaba del sueño y recorría sus pasos hasta alcanzar la sala. Sentada en el sillón, *cantilaba* unos versos que, a fuerza de repetirlos, parecían conjuro más que plegaria. La observaba. Intentaba ordenar sus frases en

busca de algún sentido y acababa seducida por el continuo rumor, cayendo rendida a su lado. Ambas con los ojos cerrados. Una, entornados, la otra, con ellos vueltos hacia dentro. Desde ese hirsuto pozo podía fijarse en lo que realmente importaba, también en las criaturas que, al margen de la realidad, habitaban su cabeza y acudían solemnes. Al despertar, ni rastro de sus gibas, ninguna de sus advertencias, solo un cierto picor de ojos.

Tenía una peculiar forma de escuchar, a los vivos y a los que no existían, con la cabeza echada hacia delante, con la espalda dibujando una hipérbole. La gran dama convertida en uno de los gatos pintados por Goya. Pero lo enigmático de su naturaleza no era más que ignorancia de quienes la observaban a la zaga de ocultos dones, de quienes estaban más ciegos que ella. Lo que su cerviz quebrada buscaba, puro automatismo, era captar hasta el más recóndito quiebro de un chillido, de una boca. Para cifrarla. Para encontrar en ella la verdad. Ese era su don. Un interés obstinado por los demás. Una locura de conocimiento.

Era cierto que mi madre sabía leer o que, al menos, manejaba los rudimentos básicos de la lectura. Lo que desconocía era el alcance de las palabras, una detrás de otra, en las páginas de un libro. Bastaba con bucear entre sus cosas para descubrir que, como única lectura, hasta la fecha, se encontraban el Antiguo y el Nuevo Testamento de una edición desvaída de principios de siglo. Un recital de historias que, más allá de apuntalar la fe, podían haber encendido la imaginación del espíritu más pacato pero que, a fuerza de teología, se habían convertido en simple catecismo. Ni un instante para encontrar en Judith algo de culpa, un resquicio de arrepentimiento manchada aún por la sangre de Holofernes. Para ver en la reina de Saba verdadera pasión. Esa tabula rasa de quince años, que nada sabía de la vida, estaba condenada a desenterrar la grandeza de otros mundos, a encontrar otras verdades igualmente eternas. Historias que a una mujer le estaban vetadas, que permanecían fuera de su corto entendimiento, pero que, al amparo de esos techos, de aquel gigante felino, se revelaron como experiencia única. Si, queriendo emular a Dios, Eva introdujo el pecado en la tierra a través del conocimiento, otra mujer, en otro

espacio, en otro tiempo, sin saberlo, desafiaba de nuevo las normas. Ahora, de las ramas colgaban Flaubert, Zola y Clarín. Tolstói, Gógol y Galdós. James, Moore y Unamuno. Nuevos frutos de un mismo árbol prohibido cuya serpiente era solo una mujer que, al no ver, había decidido mirar a través de otra voz. Pasó un tiempo, no muy breve, hasta que la acción mecánica de leer en alto se convirtió para mi madre en verdadero goce. Representaba lo escrito con sus pertinentes pausas, con sus giros melódicos, con la justa intención en cada pregunta. Movía la boca sin alcanzar a entender lo que allí ocurría. Leía sin más. Y, daba igual lo que aconteciera, sus labios simplemente jugaban con el aire para que el resultado fuese agradable al oído de tan entregado auditorio. Insuflaba de vida esa noche perpetua pero, también y sin darse cuenta, iba formando su propia razón, su sentir. Su yo. Quizá fuese *Madame Bovary* quien la sacó de aquella obsesión seca por mantener las sílabas en su perfecto tono. Encontró en la inclinación de esta por las cosas de Dios, trasunto de sus quereres, en sus precoces lecturas, casi un autorretrato y, por vez primera, se dejó llevar. Se abría una ventana al mundo y, con cada nueva historia, sintió una oportunidad para crecer. Vendrían Ana Ozores y Fermín de Pas. Anna Karenina, Tula Varona, Nora Helmer y la historia de Salomé. Pero también toda la hagiografía de Jacopo della Voragine, que contrarrestaba la incipiente modernidad de tantas mujeres marcadas por el pecado. Sin embargo, era la mancha lo que hacía atrayente esas memorias, lo realmente adictivo. Cuando te has asomado una vez al precipicio, resulta casi imposible escapar a su poder. Su fuerza te arrastra y, ya en caída libre, te dejas hacer. Es otro tipo de amor, de pulsión, de realidad superior que te eriza la piel. Que envenena las horas. Pasaron días, semanas y meses dedicada a su lectura, volcada en esos fragmentos de vida, llenando el corazón de ideas nuevas. Una mujer «de bien» debía saber leer y escribir, música y baile, algo de costura y arte pero, bajo ningún concepto, debía tener ideas. Y mucho menos nuevas.

Apoyada sobre un brazo. En actitud pensativa. Con el mirar

ausente y perdido en algún punto del infinito. Sujetando displicente un abanico. Las manos forradas por unos mitones de tela transparente, las piernas envueltas en seda. Nada quedaba, ya, de la dicción retraída ni del aire pueril de los primeros meses. Ni un ápice de remilgo. El enorme interés por las letras había terminado por consumir a la niña, y un tiempo nuevo, anunciaba a la mujer nueva, una mujer ilustrada. Una *rara avis* en esa España acomplejada que intentaba sacar rédito a la Gran Guerra del mundo. En Versalles se firmaba el primero de los tratados de paz y en Madrid se evitaba hablar de nada. La exigua mayoría de Maura lo dejaba todo en suspenso. Se decidía el futuro pero nadie, ni en París ni en la carrera de San Jerónimo, parecía creerlo. Autocomplacientes, unos parecían humillar a Alemania mientras aquí, todos se humillaban entre sí. El mundo había cambiado y mi madre también.

Al no escuchar al débil, al vencido, la paz firmada en Versalles nació muerta. Era tiempo de venganza y, sin darse cuenta, sin quererlo, los invictos establecieron las bases para más guerra. No se puede construir sobre insidias ni, mucho menos, cerrar los ojos. No se puede sentenciar a toda una generación. En diciembre de 1918, los fallecidos por «gripe española» superaban ya a los de la guerra. Las iglesias, de un lado y de otro, se llenaron de réquiems, de rostros hirsutos cansados de tanto llorar. Pero ahora tocaba festejar «el fin de todas las guerras», como proclamaba Lloyd George, la paz del mundo y, aquí, en Madrid, la vuelta del hijo pródigo. Treinta años después, el hombre amanecería con la infamia de los campos de concentración, con el terror de la bomba atómica.

La señora de la casa, ese gigante ciego de mirar insolvente, tenía un único hijo, José. Un varón criado entre remilgos que siempre sería el mismo de siempre. El mismo petimetre enamorado de sí mismo que regresaba a su vida, la de antes, a la casa familiar; a la misma rutina de largas siestas e interminables noches, a los mismos inflamados versos. Eso sí, con un nuevo mostacho a modo de trofeo. El periplo que todo joven de «la sociedad» debía cumplimentar, en su caso por tierras vascas, solo le había bruñido

la piel y, un bigote como de húsar, le invadía, ahora, su imperceptible boca. Una casa en la que también todo andaba exacto a excepción de esa mujer que no paraba de leer y se peinaba con un moño a la altura del cuello, mi madre. Tenía la belleza de las cariátides. Paseaba por las frases con el peso de cientos de historias en su alma y parecía que nada, ni nadie, podría nunca perturbarla. Una belleza reposada, segura, frágil. Una belleza inteligente.

Hacía calor cuando aquel atildado joven cruzó la puerta del salón del fondo, el de la chimenea; el típico bochorno del Madrid que anuncia tormenta. Se encontró a sí mismo en el espejo y, durante un segundo, disfrutó de su reflejo. Narciso a su pesar. Justo al otro lado, mi madre sostenía su abanico, donde podían verse flores de crisantemo y lo que parecía una grulla. Tenía algo oriental, como sacado de la *Madama Butterfly* de Puccini. Lo agitaba lentamente sobre su pecho emitiendo un zumbido que llenaba el aire. Se cruzaron sus ojos a través de la luna. Se encontraron. Allí estaban y estarían por siempre, llegaron a creer. En la imagen que les devolvía el azogue. Proyectados uno sobre el otro, como Felipe IV y Mariana de Austria al final de *Las meninas*. Un simple «hola» y un caer de ojos se impuso a ese instante. Provenía de lo más profundo de ese hombre, pero sonó a cristal roto. De fondo, el fragor del agua y los plátanos de sombra de la calle. Por respuesta, poco más. Casi un eco, otro «hola» que se fundió con el viento, con las primeras gotas de lluvia.

Narciso murió por los ojos. A fuerza de belleza. Al enfrentarse a su imagen, a la que de sí mismo le ofrecía el agua clara y que, sin embargo, él aún no conocía. Un cuerpo que existe en el momento que alguien se detiene a mirarlo, cuando es percibido, cuando es pensado. Cuando es amado. Lo que hizo Eco, amarlo.

La rutina de lectura y homilía se vio interrumpida por el constante fantasear de aquel joven que, enredado siempre en inverosímiles tramas, parecía dispuesto a cambiar el ritmo de una casa acostumbrada al placer de la calma. Las sillas volvieron a llenarse, la enorme vajilla de Cardiff recobró sentido y por allí desfiló lo más granado de una sociedad que entonaba un callado e

inconsciente réquiem. De fondo, como tramoya, mi madre y su pertinaz abanico observando con cierta mezcla de deseo y suficiencia. Era como la mujer del cuadro, como la reina Amalia, dispuesta a ser vista pero sumida siempre en el más absoluto silencio. José no dejaba de buscar su gesto, aquella belleza clásica, sus dedos y el brillo de su piel. Ella permanecía inmóvil. Pero lo que parecía aplomo no era otra cosa que miedo, temor por todo, por todos y, en especial, por no hallarle al fondo del espejo. Erguida, parecía custodiar la mente de su señora que, convertida en falsa chamana, trajinaba con los anhelos de quienes perseguían respuestas de sus labios resecos. Sumando divertimento y superstición, llegaban hasta ella crédulos y sedientos. Era una atracción más, creían, un juego, otro motivo para patear la alfombra de aquel salón. María Soledad escarbaba en sus adentros hasta enunciar lo que esperaban oír. Sentenciaba frases vacuas, verdades eternas y universales, mientras por sus tripas corría una mezcla de mofa y compasión. Todos esos hombres y mujeres que no encontraban ya donde asirse, que hablaban mucho y muy alto, se abrazaban a la idea de una guía, de un faro, de una nueva religión en la que ella emergía como suma sacerdotisa. Cuando el presente es borroso, son necesarias otras vías de entendimiento, nuevos lugares donde, agazapado, aguardar. Cuando pocas cosas quedan ya en las que creer, se inventan otras nuevas por muy extravagantes que estas puedan resultar.

Un mundo en el que la idea de Dios resultaba cada vez más abstracta, si es que eso es posible, donde el poder residía en hombres descreídos, era un mundo en descomposición. Aquel verano de la paz, que había reunido a Clemenceau, Wilson, George y Orlando en Versalles, a Alfonso XIII, Maura, Dato, Sánchez Guerra y de la Cierva en casa de la condesa de Casa Valencia, y a José Cárdenas Celada de Menchaca y mi madre bajo el cobertor de la habitación del final del pasillo, no caería en la sima del olvido. Un verano mojado de los que oprimen el pecho a golpe de sol, de los que abrasan la cara. Con las aceras desiertas y el ánimo enteco.

Después de alcanzarse en el espejo, dibujaron mil pretextos para oírse, para siquiera rozarse, para dejar que sus vidas se fueran

tejiendo. Todo dejó de importar y, como al principio, las lecturas de mi madre volvieron a ser un canto sin alma pues esta, su alma, andaba arrebatada con la idea de ese amor que, a fuerza de ser el primero, no le dejaba vivir. Y aunque le aventajaba en todo —se había esfumado ya toda señal de la niña criada en el atrasado campo español—, creía morir si no le tenía, si escapaba. Quizá por eso consintió. Quizá por eso, con embestidas torpes, permitió que entrara en ella. Físicamente, pues ya se sentía colmada. Hondo. Quizá por eso supo que hay alientos viscosos, que la carne cede y se eriza el pecho, que el vientre resuena. Quizá por eso le dejó pasear por su cuerpo; y notó aquel bigote arañándola entera, aquellos dedos de niño pellizcándola, abatiéndola. Quizá por eso. O por placer. Por el placer de sentirse abrazada, completa. Por el placer de saberse soñada. Por el placer de ser más libre que nunca. Jamás pude preguntarle qué sintió la primera vez que notó su peso, cuáles fueron las palabras que brotaron de su boca seca de alientos, de su tez abrasada y, tal vez, no fuera tan terrible. Ni tan denso. No pudo serlo. Fui yo quien lo convirtió en oscuro. Mi moral la que intentó esconderlo, desechando que, quizá, aquel acto no era otra cosa que pura y poderosa belleza. Su primer y único amor.

Desde el púlpito, en el confesionario, se me inocularon ideas terribles sobre el sexo. Se nos prohibían palabras, pensamientos y obras impuras. La ociosidad, el regalo y las miradas libres. Las palabras deshonestas y cualquier familiaridad peligrosa. Todavía recuerdo a la ramera de Babilonia que emergía de entre las páginas de la Biblia que heredé de mi madre. Desgastada por los años y la curiosidad de todos los que habíamos recalado en ella, la mujer fatal galopaba sobre una bestia cuyas fauces, siete, parecían exhalar lo peor, lo más abyecto de su naturaleza. El rojo de la túnica, fallo del grabador, había invadido su piel confiriéndole una especie de rubor que acentuaba lo libidinoso de su esencia. Era el mismo púrpura de su manto, de sus labios, de mi vergüenza. Del fuego que podría llegar a consumirnos y de cuya existencia me habían convencido.

Tras aquel primer encuentro, hubo otros igual de breves y clandestinos pero mucho más gozosos, como los misterios del

rosario. Lo suyo era un amor intenso, tan irreflexivo como el de cualquiera que empieza a vivir, pero en cierto modo asimétrico. Nunca se quiere de igual modo, y mientras ella desgranaba el día pendiente de él, José, siempre insustancial, jugaba a ser mayor. Seguía con cierto interés, siempre menos del que su apostura infería, lo que de nuevo pasaba, y asentía cadencioso ante cualquier noticia que llegara de palacio. Su padre, también José, era uno de los acérrimos defensores de la idea monárquica y vivía aquellos tiempos con la preocupación de quien va perdiendo la esperanza. Cada vez se hacía más arduo convencer a muchos de la inviolabilidad del monarca. Que su poder residiera en derechos hereditarios, por mucho que estos derivaran del mismísimo Hércules, era algo incompatible con la cada vez más patente modernidad, y los disturbios de Barcelona anunciaban lo peor: que el sistema se agotaba. Estaban el problema catalán y el vigor sindicalista. Las batallas políticas y los endebles gobiernos de coalición. Además, el desastre de Marruecos, con cientos de cadáveres amontonados bajo el sol de Arruit, acabó sumiendo al país en el mayor de los abismos. Por más reformas que se iniciaron, una especie de fuerza centrípeta parecía atraer todo, y a todos, hacia un final que, paradójico, ninguno alcanzó a ver. Una década más y la reina Victoria Eugenia de Battenberg, con su mirada transparente y el pelo cobre, con alguna de las «joyas de pasar» hilvanadas al talle, como un moderno Boabdil, ofrecería su última audiencia sobre un risco de la Casa de Campo, lejos del sutil brillo de sedas, del rumor de fuentes, rodeada por apenas un centenar de los suyos, en plena ronda al exilio.

Fue una mañana cualquiera que mi madre sufrió un vahído, dando su pequeñez contra el suelo del salón. Había algo de romántico en aquello, algo de drama, de poesía. El cuerpo, pensó, claudicaba al amor y, abandonado a la inconsciencia, cedía. Le amaba tanto que le dolía todo. Las rodillas, el pecho, la garganta, los dedos. Además, un insistente zumbido atizaba durante la noche sus sienes para, después, transformado en náusea, abordar el nuevo día.

«¿Estás bien?», le preguntaron. «Cansada», contestó ella.

«Fea», pensó. Después de esa pregunta, nada. No hubo nada. Ese día no leyó. No tuvo a quién. El Tediato de Cadalso tendría que esperar. Lo que nunca imaginó es que sería tanto.

Desde la cocina, más fuertes que nunca, llegaban los olores más diversos. Col, cardo y apio. Gallina y jamón dulce. Huesos. No hacían más que redoblar la sensación de asco en su boca, la pertinaz arcada. A los tintes violáceos que enmarcaban sus ojos, venía a unirse, ahora, una mueca de desazón, de angustia. Recostada sobre uno de los canapés de la sala, repasó su corta vida, consciente de que no solo su espíritu se había henchido en aquel tiempo, sino que también su cuerpo era distinto y, ahora, más que nunca. Por un momento se olvidó de ella y, en ese estado que precede al sueño, conectó con un yo desconocido, omnisciente. Freudiano. Fue, entonces, que sintió esa cosa tan grande que arañaba su interior. Eso que invertiría el orden de todo. Que, sin estar, ya había encerrado a la que se convertiría en mi abuela, agorera invidente madre de José, en un silencio oscuro y, a mi madre, en la mayor de las contradicciones. En ese instante, prendida aún del sueño, consciente al fin, comenzó a llorar. Un llanto lento, átono, hondo. El de una niña que se sabe sola. El de una amante que se cree abandonada. Lloraba de miedo, de desesperación. Mucho. Endeble. Más que el día que dejó su casa, que cuando amortajó a su padre. Pero también lo hacía de pudor. Sin duda, enfrentarse a su vergüenza y a la de toda esa familia era lo más doloroso. Tocaba explicarles a todos, también a Dios, la naturaleza de su falta y cargar con la sanción que le fuera impuesta. Con la sal de su pena en los labios, tomaron sentido las palabras de Espronceda: «Tu fuiste cristalino río, manantial de purísima limpieza; después torrente de color sombrío, rompiendo entre peñascos y malezas».[1] Cuando las leyó por vez primera no podía imaginar que, un día, resumirían su vida, que se erigirían en personal y larga penitencia.

Mi hermano Miguel, su primer hijo, llegó en un tiempo ilegítimo para la moral, mucho antes de que se pudieran sellar los votos ante los ojos de Dios. En el más absoluto secreto. Un tal Federico García Lorca acababa de estrenar su *Maleficio de la*

mariposa. En el Teatro Eslava. Frente a las orejas perforadas de mi abuela. Que no pateó. Que sintió la poesía en su oscuridad redoblada. Aquel José advenido del norte, el del bigote ridículo y la imperceptible boca, era el padre de su nieto. También el mío. El mismo que un día me pidió que le esperara junto a una boca de Metro. Sus últimas y opacas palabras.

Las de Narciso «lamentaron la inutilidad de su amor, y Eco las repitió, como repitió el adiós último que aquel se dijo a sí mismo».[2]

5

> Allí donde estuviera ella estaba el paraíso.
>
> MARK TWAIN

Quiso llamarme Elvira, como la hija del Cid, siendo él, como era, calco del de la «Triste Figura». Aquellos molinos que desollaron a este, no eran en mi padre más que ruido de fondo, un sonar constante que se instalaría para siempre en su cabeza y, por ende, en la de todos los que nos arrastrábamos a su lado. Elvira. Un gran nombre para una insignificante criatura. Elvira. Así me sentía yo a los cuatro años y, en parte, me sigo sintiendo ahora, cuando estoy a punto de cumplir ochenta y dos. Elvira. Recuerdo mi nombre en su voz de niño. Cierro los ojos y aún le puedo oír susurrarlo, con mi carita apretada entre sus manos, con su aliento en mi piel. Elvira.

Vine sin que nadie me esperara. Sin casi despegar la sábana, la matrona convino en que a mi madre le quedaban muchas horas y que permanecer junto a ella constituía una enorme pérdida de tiempo. Cobraba por parto y, con el hambre amontonado en todas partes, cada barriga representaba un palmo de esperanza. Salió de mi casa y, tras persignarse tres veces, pura superstición, dejó a mi madre y a mi hermano Miguel en un silencio casi reverencial. Delgado. Casi rubio. Simulando quietud pero sin dejar de mover su pierna derecha. En parte guapo; esos guapos con aire de locos, como de drama existencial. Con los ojos castaños. Sin más trato con hembras que el del contacto fortuito en uno de los estrechos pasillos construidos para ganarle vidas a la barbarie. Con ideas

raras sobre la mujer. Era en esos refugios para la guerra donde, hacinados, los cuerpos entraban en contacto víctimas del terror, donde, por vez primera, vio un pecho, el de una mujer que alimentaba a un niño. Generalmente de noche, dispuestos a esquivar la muerte, hombres y mujeres corrían hacia esas galerías de ladrillo sin apenas ropa. Su llanto se mezclaba con el tronar de las bombas y hasta el más valiente temblaba sabiendo que, en cualquier momento, podrían matarle desde el aire. Ahora, allí sentado, frente a su madre, sentía la misma cosa. Un miedo que debía ocultar por pundonor y hombría. Que le habían enseñado a esconder, pero que paralizaba su cuerpo. Una farsa donde cada contracción de mi madre se ocultaba entre suspiros, con miradas de aliento. Donde el miedo de Miguel se escondía tras de sí. Una escena propia del absurdo que yo, nonata por poco, no estaba dispuesta a prolongar.

«Lo siento, hijo —gemía mi madre con la voz entrecortada—. No puedo aguantar más». El dolor era tal que superaba cualquier pudor que pudiera sentir, dejando, sin remedio, que su cuerpo cediera, que, sin más demora, se abriera en canal. Todo se volvió rojo. Había visto cruentos sacrificios en montones de cuadros, en casi todas las iglesias, incluso en los *Disparates* que el abuelo José guardaba en una edición de 1864. Había sentido la muerte durante un bombardeo en la plaza del Callao mientras corría a ningún sitio presa del pánico, pero aquello, aquello lo superaba todo. Habían pasado más de setenta años desde que Courbet pintara su *Origen del mundo.* Quienes se apostaban frente a él fingían hacerlo con la distancia del que no conoce y observa con lascivia o interés antropológico. Aquel lienzo representaba un desacato, sí, pero, al no tener rostro, no pertenecía a nadie. Sin embargo, lo que se ofrecía ante la vista de mi hermano, en esa cama deshecha, era pura verdad: su madre dando vida. Debería haber gritado el nombre de alguna de las vecinas que, seguro, tendrían sus sentidos al quite de lo que allí pasaba, pero no lo hizo. Prefirió formar parte de la historia, de mi historia, manchándose las manos de sangre y sebo. Un recién nacido no es más que un amasijo de carne cubierto de un manto opaco, un principio de algo que pelea por ocupar su

lugar. Me contó los dedos, como si en el trascurso de semejante esfuerzo hubiera podido perder uno. Veinte. Estaban todos. No dejaba de observarme, de escudriñar en mí la verdad, el principio de las cosas. Ya no existían ni mi madre ni el pudor. Se le había desvelado la razón de todo y nada era tan importante. La guerra le había acercado a la muerte pero la vida nunca la había sentido tan cerca.

Las mujeres se deforman al ser madres. El cuerpo cede, pierde blancura y se irrita. Aparecen los primeros signos de pasión. Sangre, sudor y muchas lágrimas. Se pierden dientes. El centro de todo se desplaza, abandonando el *yo* por un *él* mayestático. Crece el miedo. Las noches se alargan pendientes de un ruido, de una señal, de un lloro. De la cerradura de una puerta que se abre. De una llamada de teléfono.

Llegué a la vida con las marcas de la guerra todavía supurando odio, con las heridas literalmente abiertas. A base de hierros, alambres y primitivas férulas se iban componiendo rostros, devolviendo caras. Sin más analgésico que la aspirina, se improvisaban curas para devolver cierta dignidad a una sociedad rota. Pero Madrid era una sombra, un nicho, un pedazo del mundo donde chavales famélicos alzaban su brazo, donde clérigos hambrientos imponían su credo. La diosa Cibeles parecía luchar por superar su encierro y asomaba su cabeza entre un montón de sacos de arena como la Winnie de Beckett. Pero aquellos no eran *días felices*. Por más que todos se empeñaran en recuperar la ansiada normalidad, las fosas estaban demasiado llenas y los estómagos demasiado vacíos. La ciudad era un lúgubre escenario donde cada uno interpretaba su papel en un tono muy bajo, casi inaudible. Nada debía desentonar ni escaparse del plan prefijado. Las mujeres corrían despacio entre sus casas y el colmado. Los hombres hundían sus manos en enormes bolsillos siempre con la vista baja. Sentían sus vidas congeladas, pendientes de un destino

que, como sus llagas, no acababa de cerrarse. Tocaba empezar de nuevo. Fabricarlo todo. Hacer de muda comparsa. Se fueron retirando los ladrillos de las ventanas del edificio Telefónica, también del de Nuestra Señora de Correos; para dejar que el aire volviera a correr libre. Se limpiaron las calles de muertos, de escombro, de pena. Repicaban las campanas despertando conciencias, anunciando un tiempo nuevo. Uno en el que Madrid aprendía a vivir de puertas adentro, retraída, con el miedo abierto al ruido de metralla. Pocos meses antes, cuando los niños de un bando rezaban, pedían al cielo que sus padres vencieran, que volvieran a casa. Del lado opuesto manaba la misma cosa. Otros niños con los mismos deseos. Y, a Dios, ¿qué le quedaba? ¿Qué podía hacer? Supongo que llorar. No es posible hacer nada más mientras ves como tus hijos se destruyen entre ellos.

En mi casa se sentían desheredados, unos parias. La República les había arrebatado toda autoridad mientras que el nuevo régimen amenazaba cada uno de sus proyectos. El abuelo José, un diputado monárquico, que no tenía ni rey que defender ni escaño al que aferrarse, malvivía con los restos del pasado, releyendo disposiciones y con la vista puesta en el Gran Hotel de Roma donde también Alfonso XIII agonizaba. La idea de soledad, de no pertenecer a nadie, les era tan nueva a ambos como asfixiante. Durante la guerra creyeron que Franco restauraría el «trono de la Plaza de Oriente», que todo volvería a su sitio. Pero las mismas gentes que, seguro, hubiesen aplaudido la regia entrada, idénticas a las que encontró «el Deseado», aquellos que no hacía tanto habían amparado con sus votos al Frente Popular, se agolpaban en las calles para vitorear al Caudillo. Celebraban el final de la lucha, la esperada paz, con sus trajes de domingo y unas sonrisas nerviosas que mezclaban optimismo y terror. Erguidos, más parecían parte del decorado, ese a base de cartón piedra que formaba un megalómano arco del triunfo bajo el que se disponía todo el nuevo poder. Ese «día de la Victoria» mi abuelo guardó cama. No estaba dispuesto a participar de lo que, para él, representaba un desacato. Se cerró con llave y nada se supo. Yo nacería unos meses después, pero siempre he tenido la sensación

de que nunca salió de allí. Ni de los pasillos del Congreso. Ni del Salón de Columnas.

Ocupé una cuna a los pies de la cama de mis padres, la misma que había acogido a la abuela Soledad. Hacía unos años que había muerto pero su leyenda permanecía intacta, especialmente en mi madre. Había sido como su tiempo. Contradictoria. Escéptica. Con ganas de saber. Libre. A pesar de sus ideas, parcialmente conservadoras, celebró que, en 1933, la mujer accediera al voto, que, por fin, tuviese opinión. Sonreía levemente cuando, en su presencia, se citaba el nombre de Clara Campoamor y su defensa a ultranza de la entrada en política de «esa mitad del género humano». No habría entendido que, poco después, todo acabara entre vítores y enseñas castrenses, que yo, mujer, naciera de nuevo amordazada. Murió mientras dormía, entregada a una de sus pasiones; soñar. El sueño es una segunda vida, un juego. Un lugar donde tomamos conciencia de quien en verdad somos, de lo que pudimos ser, de lo que todavía podremos hacer. Se acostó y, a la mañana siguiente, simplemente ya no estaba. Se apagó en medio de su ceguera. Callada.

Aquella cuna de sus primeras horas, que mantenía la estructura en pino barnizado pero casi nada del encaje de entonces, fue mi primer hogar. Con un pequeño escapulario prendido al pecho, respirando el aire viciado de una habitación sin ventana, comenzaba mi vida. Naces y todo es lejano. Vives para seguir viviendo y no hay nada que no seas tú. Por eso no guardas recuerdos. De aquel tiempo no tengo nada, como si nunca hubiera existido, pero estoy segura de que fue entonces cuando se fraguó gran parte de mi carácter. En brazos de mi madre. Recibiendo su calor. Entre sábanas de hilo amarillento y las miradas de mis tres hermanos, Miguel, Rafael y Gabriel, fui creciendo. Era la primera mujer que entraba en esa casa desde que lo hiciese mi madre con cara de beata y, para todos esos hombres, debía representar algo exótico. Me veían tan frágil que no se atrevían a tocarme. Ni siquiera Miguel que, hacía poco, me había llevado orgulloso hasta la pila a limpiarme del primer pecado. Dicen que no lloré ese día. Permanecí hecha un ovillo, cubierta por el lienzo blanco que me

investía como auténtica cristiana, con el agua escurriendo por mi frente. Unos años que no se han borrado porque existieron para ellos, no para mí. Mi memoria arranca el día que nació mi hermano Gonzalo o, más exactamente, el día que ocupó la misma cuna a los pies de la misma cama en la que mi padre ya dormía solo. Lo depositaron en su fondo y volvieron al hospital donde mi madre, cada vez más hinchada, peleaba con la muerte. Solamente yo lo miraba. Un fardo inquieto al que nadie prestaba atención y que adopté como parte de un juego. Yo era su madre pero él, un vasallo, un súbdito que, en mi delirio infantil, estaba obligado a rendirme pleitesía. Mis débiles miembros me impedían cogerlo y lo más que conseguía era rozarle su carita con la punta de los dedos. No estoy segura pero, probablemente, esas fueran las únicas caricias que recibió. Se alimentaba gracias a la supuesta piedad de una mujer que, habiendo perdido a su hijo, necesitaba extraer su leche por no acabar enferma, y que cobraba a mi padre lo justo para comprar pan. Cada mañana, cada tarde, cada noche, se sacaba sus enormes senos llenos de leche e insuflaba algo de vida al escaso cuerpo de Gonzalo. Todo ocurría de forma mecánica. Sin un ápice de ternura por su parte. Ni siquiera hablaba. Imagino que su pena, cada vez que otra boca succionaba su cuerpo, no era menor que la que asolaba a los míos, mientras pensaba en su bebé muerto. Así, mezclada con su savia, iba toda la amargura de a quien no le queda nada, el tormento del que se conforma con respirar.

La muerte de Carlos III dejó inacabado el ambicioso edificio proyectado por Sabatini, ingeniero preciosista, como hospital general de Madrid. De la que hubiera sido una de las más soberbias fábricas de la ciudad, quedaba construido un gran patio guarnecido por interminables crujías donde, en los siguientes años, se amontonarían enfermos de diversa naturaleza. Arcos de medio punto y pilastras de granito. Óculos y claves. Infinitos corredores de piedra y yesos cuarteados. Extraídas del mundo clásico, sendas parejas de rostros mohínos escupían agua desde sus pedestales de piedra dando lugar a cuatro flujos que, en mitad del jardín,

recordaban a los ríos del paraíso. Pisón, Gihón, Hidekel y Éufrates. Allí recaló mi madre en pleno epílogo de su vida. Bajo sus bóvedas colmadas de miasmas. Cada habitación contenía, al menos, tres camas de hierro donde, indefensas, aguardaban las pacientes. Tendidas sobre sus miedos, no apartaban la vista de la enfermera, del médico o, la mayor parte de las veces, de la cruz de metal que pendía de la pared frente a ellas. Trataban de repartir su fe entre ciencia y Dios, entre progreso y tripas; de allí abajo procedían sus creencias, de las mismas vísceras, entre dos verdades igualmente invisibles. Si una prometía vida, el otro, eternidad; si la primera salud, Cristo, salvación. A mi madre le habían practicado una mastectomía tan radical que casi llegaba al cuello. Que comprometía media espalda. Tenía vendados el torso y los brazos y, aunque no podía moverse, sonreía en cada visita de mi padre. Volvía a ser la heroína de una de sus lecturas pasadas, la aguerrida Jo March, mientras él, enfermo de ausencia, era incapaz de ocultar su temor. La miraba fijamente y dejaba de verla entre sus propias lágrimas. No podía soportar su rostro hinchado ni tampoco sus manos inertes. Lo hubiera dado todo por volver al pasado. A los encuentros clandestinos al final del pasillo. A las caricias furtivas. A descubrirla, de nuevo, en el espejo, agitando su abanico. Para escapar del llanto salía a la galería y encendía un cigarrillo. Lo apuraba al máximo para alargar su huida. Desde arriba, paseaba su mirar por entre los árboles, de copa en copa. Observaba a quienes, como él, aguardaban un final. Imaginaba el después, cuando ya no estuviera, cuando el cáncer lo hubiera consumido todo. Y quería morir. Sin ella no era nada y nunca sería nada. Pensó en saltar, en dar con su anatomía en el fondo del patio. Para escapar. Para evitarse un sufrimiento que sabía que no podría aguantar. Pero carecía del valor de Sardanápalo, del joven Werther. Suicidarse implicaba grandeza, y mi padre era un hombre pequeño. Así que optó por beber, por matarse poco a poco. Lanzarse al vacío hubiera sido elegíaco, más propio del ideario romántico que de una mente pacata como la suya. Si Dante tenía razón, quien se mataba a sí mismo, además, acababa devorado por harpías, en el séptimo de los círculos de su *Inferno*, transformado en árbol, sin posibilidad de

redención. Pero, por si no era así, por si el precursor del renacer de las letras se equivocaba, al suicida le enterraban lejos, en un cruce de caminos, asegurándose de que no encontraría la forma de volver a casa, que no ensuciaría a los suyos con su pecado. Mientras llenaba sus pulmones de humo pensaba en eso y en mi madre, y en si, a partir de entonces, la vida merecería o no la pena; si, por más terribles que fueran los castigos, no compensaba acabar con ella. A nosotros, sus hijos, no dedicaría, sin embargo, un pensamiento, ni uno solo, hasta pasados algunos días del óbito. Estaba tan obcecado, tan deprimido, tan loco, que era incapaz de todo, incluso de querernos. Pasó tiempo, un tiempo extraño, como átono, hasta que mi padre se percató de que existíamos. Fue después de anudar un lazo negro al final de mi trenza. Cuando mi madre se había marchado.

Como si de una tela de araña se tratara, mi madre quedó atrapada entre los intentos de sanarla y la necesidad de experimentar de unos hombres que no veían que, bajo esas llagas, había un ser humano, una mujer indefensa y asustada. Es cierto que las personas necesitamos que otras personas nos miren, pero aquellas embestidas atentaban contra lo más íntimo de su ser. Era un objeto donde probar fórmulas, teoremas y, como si no le perteneciese, en medio de ese umbrío cuarto, su cuerpo se convirtió en razón para todo. Cuando descubrían su piel, entre el repicar de instrumentos metálicos, el hedor ascendía hasta provocarle una náusea. Era su propia carne la que se descomponía, su sangre la que brotaba parda. Intentaban limpiar aquellas laceraciones, hacer desaparecer los terribles dolores, pero ni ellos eran san Pedro ni mi madre santa Águeda. Sobre la mesa, una jofaina de peltre se erigía en símbolo mudo de su martirio. Allí sumergían las vendas que aplicaban en su piel. Con los ojos abrasados por la fiebre, mi madre observaba aquella vejiga como si de su falsario vientre fuese a brotar la milagrosa cura. Pero ni allí, ni en las plegarías que cada tarde repetía uno de los tristes capellanes de la clínica, estaba el remedio. Dejó de comer. Palideció hasta parecerse a uno de los santos de Tahull. Era como si su ser hubiera decidido dar carpetazo a tanta lucha, como si se

hubiera resignado a los designios de Dios. Así, llegó un día en que, carcomida por la enfermedad, se desvaneció para siempre. Habían sido semanas de sufrimiento. De dolor. De pena. Días de angustia, de terror. Un calvario que lo había anegado todo y que llegaría a cada uno de nosotros, de sus cinco hijos, a través de un padre que jamás recuperaría la luz. Murió sin ser ella. Corrompida. Mas, cuando expiró, un aroma a flores lo inundó todo.

Donde entonces morían cuerpos, hoy cuelgan pedazos de alma que se han transformado en arte. Expresiones de un sentir que, en ocasiones, no consigo entender, pero que me atraen de forma abisal. El viejo hospital se ha convertido en museo, alejando así la sombra del derribo de sus altos muros. Durante un tiempo se jugó con la idea de terminar con su imponente perfil, de acabar para siempre con los sueños de un rey y los recuerdos de todos los que algo tuvimos que ver con su historia. No se consiguió. Se llenaron, entonces, sus salas de otras vidas, de experiencias sentidas por hombres y mujeres que soñaban con cambiar el mundo, que intentaban reflejar lo que a su alrededor acontecía. Muchas veces, gritos desesperados por escapar de la injusticia; otras, denodados cantos de libertad. Cada vez que regreso a ese lugar a mirar yo también el *Guernica*, hoy en mitad de un densificado paraje donde las gentes se confunden, me detengo un instante antes de cruzar la puerta. *El pueblo español tiene un camino que lleva a una estrella* se alza ante mí. Parece querer contar algo. Una historia de esperanza. La que ya no tendría mi padre. La que tantas veces yo he creído perder. Un tótem que, en parte, denunciaba el horror de la Guerra Civil pero que, a la vez, planteaba un futuro donde, siempre, habría espacio para una estrella.

6

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más.

ANTONIO MACHADO

A mi madre la enterraron en un humilde nicho con una inscripción al frente donde rezaban su nombre y el año en que nació. Fue mi padre el que se opuso a que, el momento del óbito, el más triste de su vida, de la de él, quedara grabado por siempre en forma de números sobre el mármol. ¿Para qué recordarle al mundo que un día se quedó solo? ¿Para qué castigar sus ojos? No. Había que recordarla viva. Conservar su esencia. Su memoria. Para siempre. Si contabas desde abajo, ocupaba el quinto puesto de una macabra sucesión de breves plegarias que remataba una enmohecida cornisa de aire clásico. Allí encumbrada, estaba más cerca de Dios, más cerca de su madre. También ella se había visto privada de los besos, de las caricias, del calor de una madre. Ahora, desde ahí arriba, le sería más fácil buscarla y, al fin, recuperar un tiempo que nunca existió. Tampoco mi padre consintió que un par de operarios del camposanto empujaran el cajón con sus restos. Solo él podía hacerlo. Nadie más. Y mientras arrastraba aquel peso yerto se fue destrozando el alma. Después, con las uñas ensangrentadas, se abrazó a sí mismo. Pensó en los días y en las noches, en su rostro atrapado para siempre en el espejo, en la entrega absoluta de una niña que lo había llenado todo. Con cada recuerdo se le iban las pocas fuerzas que conservaba, se esfumaba el escaso juicio que aún tenía, hasta el punto de acabar de bruces contra el suelo. Un suelo frío. Cubierto de tierra y lágrimas.

No había dinero para muebles, apenas para comida, pero el mundo entero seguía invirtiendo en cajas de muerto. Había que enterrar los restos de la gripe, del hambre y la desesperación, a las víctimas de una guerra que, de nuevo, había enfrentado a todos; a quienes, sin esperarlo, habían dejado todo sin terminar. Hasta San Isidro llegaban, diariamente, decenas de esas cajas. Unas llevadas por mulas, otras, las menos, precedidas de negros corceles y entre velas y sollozos. Era como si los ricos lloraran más o, al menos, más alto. Como si su pena fuera más honda. Ahí estaban las viudas, las madres del nuevo Madrid aristocrático, de riguroso negro y semiocultas tras velos, tan distintas a esas otras que, acostumbradas al duelo, guardaban silencio. A estas, su guerra diaria les había proveído de una pátina de resignación que podía pasar por cruel indiferencia. Una vez sorteada la tapia, los pobres ocupaban sus cubículos escarbados en la tierra, mientras, los otros, hacían su entrada, casi triunfal, en las capillas familiares que, exultantes, mantenían intacto el orden social.

Mi madre nos esperaba en un patio tan seco como la muerte, tan callado; un cuadrángulo porticado con pies derechos de madera podrida, apoyado sobre uno de los muros de la vecina ermita, de los tres, el más antiguo. Cada viernes y cada lunes, agarrado de mi mano, mi padre recorría la distancia que separaba nuestra casa de aquel umbroso lugar con perpetuo olor a lluvia. Era como si yo cuidara de él, como si fuese yo quien remolcaba su dolor a través de un Madrid que apenas reconocía de ebrios como tenía los ojos. Atravesábamos las calles como quien sigue a un santo, en silencio. Cada parada en nuestro particular vía crucis era un pretexto para saciar su llanto en aguardiente. Yo me encontraba en las lunas de aquellas tascas alicatadas de roña, en el reflejo de mí misma, y también me convertía en Narciso. Recorría cada milímetro de mi niñez mientras jugaba con la idea de comer castañas, de convertirme en princesa. Enamorada de mí. Mi cerebro de seis años había creado un mundo en donde yo lo era todo, una hipérbole de mi vida donde encontrarme y ser feliz. Huyendo del sol de mediodía, nos apostábamos tras las sombras que despedían los edificios de la plaza de Santa Bárbara y, desde

allí, enfilábamos la calle de Hortaleza donde, al fondo, podía distinguirse la iglesia de San Antón. Antes de afrontar su penumbra, yo remojaba las manos en el agua que bullía en las bocas de dos delfines que parecían descolgarse por uno de los vértices del edificio, mientras mi padre lo hacía en la benditera de la entrada. Junto a la cabecera, en el lado de la epístola, bajo un manto de viscosa oscuridad, pintados por Goya, todo un friso de seres anónimos asistían al milagro de la comunión, de la de san José de Calasanz. De rodillas. Con las manos juntas y el rostro macilento. Con la expresión consumida a fuerza de años. Tocado por la luz de Dios. Cubierto de negro. Inclinado ante el destino, ante quien le ofrece el «pan de vida», el santo se dobla como una giba. Cada una de las sombras que lo envuelven parecen repetir las del propio templo. Mas allá del hoy, del aquí. Solo el púrpura del almohadón donde reposan sus desgastadas rótulas y el blanco orlado en oro de la casulla del celebrante, refulgen. Allí, solapadas, se suman todas las vidas posibles o, al menos, cada etapa de esas vidas. El santo no ve porque no tiene ojos. Los tiene vueltos hacia dentro, como la madre de mi padre. Hacia el lugar donde, suponían, reside la verdad. Le cercan rostros imberbes, maduros, las fauces de ancianos exhortos. De entre todos ellos apenas un joven se vuelve y parece mirarnos, con la boca entreabierta, sorprendido por nuestra muda presencia. Nuestros pasos le han despertado, le han sacado del letargo de la oración y, ahora, es él quien lucha por discernir si en verdad somos, si estamos. Frente al cuadro, nos hemos convertido en óleo. El óleo en carne. Se han roto todas las normas y, lo que parecía real, no es más que pura ilusión. Doy otro paso. Quiero fijarme a la tela. Convertirme en pintura. En siempre. Participar de ese instante en el que Dios ha roto su inacción para, benigno, mezclarse con sus hijos. Desde dentro puedo ver a mi padre. Tembloroso. Se ha sentado en uno de los bancos de madera que preceden al altar y masculla la que debe ser su plegaria. No es tan distinto a estos otros, a los que ahora me rodean y, como ellos, concentra su vista en el suelo. Entonces no lo sabía pero, allí dentro, de algún modo, era como estar en la cueva de Platón. Atada a mi credo, contemplaba del mundo lo que de

este me habían querido mostrar, el reflejo de esa luz cegadora que, ahora, se abría paso desde el cielo.

De vuelta a la calle se me llenaban los ojos de sol. Con el mirar acostumbrado al gran lienzo, al murmullo que allí respiraba, regresar al día me parecía un triunfo. Calle abajo, deambulando entre pereza, retomaban nuestros pies el rumbo silente. Los toldos de los comercios nos hacían ahora de palio, una especie de interminable pabellón multicolor que protegía nuestras cabezas de la canícula hasta alcanzar Pica Lagartos. Siguiente parada. En medio de la calle de la Montera, erguida sobre la acera, la taberna parecía dispuesta a atrapar a todo el que atravesara su puerta. Del mostrador de zinc escurría un débil hilo de agua, de las paredes toda la mugre de años de olvido. En las mesas, jugadores de mus. Por el suelo, serrín empapado en vermut. Eran los mimbres perfectos para acelerar la caída. Una asamblea de hombres abrasados en busca de nada, con quienes, sin embargo, mi padre parecía solazarse. Imbuidos en sus lances, no reparaban en nadie, ni siquiera en mí; la compañía perfecta para el que no quiere ser visto. Invisible, al fin, mi padre bebía despacio el morapio, como alargando su sed, con una mano siempre en el bolsillo de la chaqueta. Al otro lado de la barra, botellas superpuestas y un vaso roñoso con una pareja de nardos, platos de loza blanca y una mujer de tez verdosa. No sonreía. Se le había secado la mueca y apenas le quedaban encías. Pero no creo que fuera esa la razón para aquel gesto grave. Había algo más hondo en sus pupilas, más trágico. Algo que podía confundirse con demencia pero que, en verdad, era lamento. Se llamaba Blanca, extraño nombre para quien representaba lo más oscuro de aquel lugar. Había perdido a sus hijos durante la guerra sin ni siquiera saber de qué bando estaban, cuál era la causa que defendían. Se culpaba por haber inoculado en ellos la simiente de Marte. Desde su facistol, una cocina de hierro con un par de fogones, había aullado justicia sin percatarse del alcance de su discurso. Derramaba su ira sobre todo el que, a su mirar, era artífice de aquel infierno, y si por la mañana el culpable era el rey, al que tiznaba de cobarde, a mediodía lo eran Azaña y toda aquella ralea de políticos que no sabían más que fingir.

Militares, curas, intelectuales, todos eran responsables del hambre y el dolor. Y qué le importaba a ella si eran nacionales o republicanos. Entre todos habían sentenciado a más de una generación. Toda esa inquina que manaba de su boca, seca de tanto parlamentar, y de la de miles de madres como ella, encontró en sus vástagos sesos donde anidar. Uno tras otro, encendidos por la idea de servir a su patria, fueron abandonando sus casas convencidos de que regresarían con la miel del triunfo. Los suyos nunca volvieron ni jamás, nadie, le dijo dónde rezarlos. Siguen en su cuneta.

Bendecido por Baco, coronado con los pámpanos de la vergüenza, mi padre recuperaba a su guía y, juntos, como siempre durante esos meses, salíamos de aquel tugurio y descendíamos entre el tronar de gente. El dédalo de vías que es Madrid se volvía menos claro cuanto más nos adentrábamos en su esencia, en lo que de viejo le quedaba a esta ciudad nueva. Calles más angostas, el sentir nublado y una niña, yo, que empezaba a rezagarse. Adoquines, mendigos y criadas. Beatas hilvanadas de negro y barquilleras girando. Perros escuálidos y rollos de sarga para hacer hábitos. Casi en equilibrio nos deslizábamos entre tanto Madrid sin que a nadie pareciera importarle, dibujando una línea que no dejaba de zigzaguear. Aquella procesión que no llevaba a sitio alguno, más tarde entendí que un cementerio no es un sitio, se convirtió en un vicio. Otro. Ordenaba la anárquica existencia de mi padre, le ponía metas, pero también le volvió más loco. Siempre las mismas calles, casi las mismas caras, el mismo par de zapatos, hasta alcanzar la tumba de mi madre. La calle Toledo, interminable, nos dejaba a orillas del Manzanares, frente al puente de piedra. No le quedaban al río ni lavanderas ni sus blancos tenderetes, solo juncos y fango. Cuando cierro los ojos y pienso en la madre de Dios, siempre veo el mismo rostro pétreo. De perfil redondeado, grácil y velada como las vírgenes de los cuadros, cada lunes y cada viernes la encontraba en su hornacina, sobre el puente, agarrando a un niño, con un aguamanil prendido en su mano, vestida como las santas de Zurbarán. Nimbada por grutescos y por todo el vocabulario propio del barroco, con algunas marcas

de metralla, santa María de la Cabeza representaba en mi inocencia lo más cercano a esa presencia femenina que todavía hoy añoro. En busca de esa misma idea, del ser amado, era por lo que mi padre cruzaba Madrid hasta adentrarse, hasta adentrarnos, en aquel mastodóntico arsenal de muerte. Como en cada cosa, también allí los opuestos parecían rozarse, y el ir y venir de gentes, en su mayoría mujeres ocupadas en mantener sus tumbas tan pulcras como su honra, dotaba de singular vida a tan macabra escenografía. Convivir con la muerte era parte de nuestra esencia, de la de todo un país que llevaba siglos postrándose ante huesos astillados, ante ampollas de sangre oxidada. Incluso el Generalísimo, como un renovado Felipe II, aseguraban, dormía junto a la incorrupta mano —izquierda— de santa Teresa de Jesús.

«¿Duele morir?», demandaba a mi padre luchando por mantener el equilibrio. «No tanto como estar vivo», decía él con una voz que parecía salir de los confines de un corazón triturado. A la pata coja, y sin apenas percatarme, se me estaba iniciando en el sentir dramático de un tiempo que no dejaba de lamerse las heridas, de una nación que tardaría años en sacudirse sus miedos, y esa permanente laceración, justo debajo del pecho, pasó inexorablemente a mis hijas, a todos los hijos de quienes, como yo, crecieron con temor.

Subíamos al Treinta y uno, que unía Carabanchel Bajo con la Plaza Mayor, peleando por ocupar un rincón de su atestado núcleo. Lo henchían cientos de hombres que, como insectos, se aferraban al que parecía un tártano en movimiento. Esa amalgama de seres vivos —fueron muchas las veces que encontré esqueléticos gatos, perros tiñosos e incluso un gallo— desprendía un olor punzante, tibio, que, a poco más de un metro del suelo, donde yo existía, resultaba insoportable. Era el olor del trabajo. Habían llegado a Madrid masas ingentes de trabajadores que, venidos del campo seco, ocupaban la periferia de una ciudad en proceso de construcción y reconstrucción. No había espacio para gritar proclamas, ni siquiera las reivindicaciones más nimias. No había tiempo para la lucha social. Pero sí mucha tierra, al otro lado del río, donde emplazar a quienes demandaban una ocupación, un

óbolo del que tirar. Sus chaquetas, bailando sobre unos hombros para los que no habían sido construidas, ponían de relieve su situación, su extrema necesidad, mientras, para mí, pasaban por telón de fondo, casi siempre en tonos grises, de un mundo en movimiento. Llegaron para no quedarse, pensaban, tan solo en busca de sustento, de un espacio donde arrancar después de ver arder sus tierras, sus ilusiones y, sin embargo, nunca más volvieron. Aquí tuvieron más hijos, acceso a la poca modernidad que una ciudad asolada les podía ofrecer y cierto sentimiento de seguridad, de orden, aunque estos provinieran de un completo déficit de libertad. Un coro uniforme, compacto, que aprendería a vivir cercado, que no entendía de leyes ni de derechos, que solamente quería comer. Y un poco de paz.

Winston Churchill, Harry Truman y Iósif Stalin posan ante los restos de una ciudad muerta. Sus trajes recién planchados. Los zapatos brillantes. Se acodan sobre sus «tronos» de mimbre y parecen disfrutar del sol de verano en su jardín ordenado, en su *hortus conclusus*. Así se les puede ver en una fotografía que medio orbe contempla como una milagrera estampita, una que desvelara un misterio divino, con los hombres más poderosos sentados en sus sitiales, versión moderna de los tres reyes magos. Hasta el jarrón de granito con flores, a su izquierda, ricamente ornamentado, forma parte del decorado de aquel encuentro semiáulico, cuasi divino. Tras ellos, oculta por el telón vegetal que sirve de trasera, Potsdam se desangra. Es 19 de julio. En el orden del día aparecen «España y la libertad», pero nadie nos pregunta. Ellos lo disponen todo para diseñar nuestra vida. Deliberan sobre si somos, o no, un peligro para el futuro mientras, nosotros, callados, avanzamos en las tripas de un tranvía por la calle Toledo. Con nuestro silencio, dicen, hemos soportado la ignominia fascista, pero su aparente aquiescencia podría llevar al equívoco de que también ellos están cómodos con Franco. Les preocupa. En su retiro de Cecilienhof, piensan en destronar al que empieza a creerse ungido, en borrar de Europa toda señal de autarquía. El coste: más violencia, más dolor, otro sinfín de lágrimas. Pero el mundo está tan exhausto como nosotros y no hay tierra donde esconder más muertos, por lo que

deciden mirar a otro lado. Además… «España nos proporciona naranjas», arguye Inglaterra. Y el Treinta y uno sigue su marcha, por entre mujeres que hacen cola en colmados. Frente al Mercado de la Cebada, con los cristales aún rotos. Ante La Fuentecilla, con su oso y su grifo, sin conciencia alguna de lo que se dirime allí. Y aunque no derramaron sobre nosotros sus esquilmados arsenales, sí dejaron caer su ostracismo, su indiferencia, toda la prevención de la que fueron capaces a través de embargos, de un vacío insostenible, de un bloqueo que nos volvió transparentes. Pero si aquel tranvía hubiera cruzado Europa y nos hubiera llevado hasta ellos, habríamos tenido que hincar nuestras rodillas, como hacíamos al pasar el viático, sobre el suelo recién rastrillado, en señal de gratitud. Por no tener que abrir los refugios, otra vez. Por no tener que transformar hoteles en hospitales, otra vez. Por dejarnos dormir tranquilos, por fin.

A veces me quedaba dormida en el metro, en la última etapa de nuestro periplo, apoyada mi cabeza sobre las rótulas de mi padre —de famélicas que estaban era como dormir sobre riscos—. Completada nuestra hazaña, apenas quedaba emerger a la tierra y, con tiento, subir los dos tramos de escalera que nos separaban de casa. Allí dentro, con la luz de la noche atravesada, retomaba el sueño en una cama deshecha, con olor a pez y sin más distracción que el rugir de mis tripas que, aunque acostumbradas al abismo del hambre, reclamaban su sostén.

Entre un lunes y el siguiente solo existían los viernes; todos los demás días importaban porque precedían a estos y servían para contar las horas que nos separaban de nuestro destino, el camposanto. Allí regresábamos y no a la calle Espronceda. Ese era el lugar que nos correspondía, el que ofrecía a mi padre cierto descanso, su *nostos*. Representábamos la más breve cofradía, sí, pero vivíamos para volver a salir, para encontrarnos de nuevo con nuestro dios, con su razón de ser, que era ella. Para muchos, entre ellos mi hermano, esa locura de amor que convirtió a mi padre en nómada era pura arqueología. Propia de mentes estrechas, primitivas, que no eran capaces de controlar sus instintos. Una reacción al progreso que lo había vuelto todo artificial. Lo correcto

hubiera sido teñir de negro sus chaquetas, esperar circunspecto a que pasaran los días y cambiar el palco por el reclinatorio hasta que un nuevo orden de cosas entrara de mano de un nuevo amor. Pero ni palo de Campeche ni novenas, tan solo caminar, hasta hundirse en su aflicción. Como Juana la Loca. A ella no le bastaron las tallas de Gil de Siloé, ni el recitar monótono de los que, frente a ella, se congregaban en la Cartuja de Miraflores. Sentía la necesidad de arrancar de aquel túmulo lo que de humano quedaba al cuerpo querido y ordenó conducir a su esposo a través del invierno hasta alcanzar la cristiana ciudad de Granada. Embarazada, sola. Con la determinación de al que nada le queda por perder. Congelada, loca de amor, transformó Castilla en su propio teatro de la muerte. La pasión que le rompía el pecho no hacía más que encender su alma y, a cada paso, exigía que descubrieran al muerto para sentir de nuevo su presencia, mezcla de carne y vendas. Tampoco a ella le correspondía ese tipo de amor, ni a su condición, ni a su tiempo, y también ella acabó recluida, maltratada. Lo mismo que yo no entendía a Adela, nadie fue capaz de entender sus delirios, sus ayunos, su completa falta de empatía. Estaba loca y debía ser apartada. Cuando el que se cree sano, cuerdo, dueño de sí, en plenas facultades, no alcanza a comprender las extravagancias de quien contempla el mundo bajo un prisma insólito, lo rechaza como medida preventiva para, así, salvaguardar el orden que todo lo articula y del que los espíritus más pobres más necesitados están. El peligro de la reina Juana no residía en su profunda melancolía, ni tan siquiera en el rechazo puntual que pudo hacer de los sacramentos. Lo que en verdad amenazaba aquel alma atormentada, legítima reina de Aragón y Castilla, era la estructura de un nuevo mundo, ese que, con tanto esfuerzo, habían consolidado sus padres. Treinta años de martirio, de soledad obligada. Treinta años de preguntas sin respuesta. Asimilando el abandono del padre, del hijo, del nieto. Acosada por *bruxas*. Así llegó un día que, tanto o más loca que el primero, abandonó la esperanza de tornar a la vida real y, apagándose, consiguió ser libre. También mi padre se apagó. También le encerraron. Él también estaba loco. Y debía ser apartado.

7

> Solo quien esté afectado de necedad
> puede llamarse verdaderamente hombre.
>
> ERASMO DE ROTTERDAM

Hoy llueve tanto como el día que decidieron casarlos. Era abril, pero mamá iba embutida en un abrigo largo de terciopelo color burdeos, tan oscuro que viraba a negro; decorado con motivos vegetales que recordaban tanto a los de las cráteras que se habían puesto de moda entre algunos iniciados, como a los que crecían en los jardines pintados por Botticelli. Flores de papiro, pequeñas granadas y serpenteantes ramas cubiertas con hojas lanceoladas trepando hasta alcanzar su todavía abultada cintura, en pleno puerperio. No había motivo para alargar la espera y sí mucha urgencia por saldar cuentas con Dios por el pecado cometido. Los llevaron a una iglesia alejada de la censura de quien los conocía y, sin dar explicaciones a nadie, ni al párroco ni a sus conciencias, terminaron para siempre con la mancha que no les dejaba vivir. Resulta curioso comprobar cómo hay frases que devuelven la paz a quien las bebe, fórmulas mágicas que son capaces de curar cualquier herida. Así fue aquel «sí, quiero». En especial para mi abuelo. Un bálsamo. Un antídoto para maledicentes. Un salvoconducto a la rectitud. El único medio de salvación. Él, que en su tribuna del Congreso venía defendiendo la moral como valor absoluto, que seguía fiel la doctrina de la fe, tuvo que esconderse detrás de la mentira el tiempo que duró la preñez.

—Señorías, la salvación viene de la virtud. Solo reafirmando esos valores que, ya un día nos hicieron grandes, conseguiremos ahuyentar el peligro de la revolución de nuestras ciudades y, más importante aún, del alma de nuestros jóvenes. Mientras aquí parlamentamos, hay quien azuza ahí fuera con el fin de destruir lo que entre todos nos hemos dado, quienes reclaman una Nación sin reglas. No caigamos en complacencias ni titubeos y actuemos juntos. Para bien de propios y ajenos.

Y le temblaba la pierna mientras gritaba esto, temeroso de que, alguno de los «propios» fuera conocedor de su secreto. De vuelta a su escaño, entre los aplausos sin alma de sus correligionarios, sintió que el sistema se agotaba. Se había extinguido en su casa, se extinguía entre el pueblo y, especialmente, dentro de su corazón. Las palabras nacían muertas, huecas y, en el mejor de los casos, se apilaban para formar excusas que intentaban perpetuar un modelo finito. No quedaban espacios para esa superioridad moral que había preconizado occidente y que la Gran Guerra dinamitó. El futuro, ahora, se luchaba en las calles, tras proclamas incendiarias que era imposible conciliar desde un hemiciclo a punto de expirar. El macadán se había convertido en sinónimo de libertad, y sobre su negritud, se manifestaban aquellos que, hasta hacía poco, ni siquiera sabían que tenían voz. Veían al Estado como esa cucaracha gigante que, encerrada en su cuarto, cada día se hacía más incómoda, más terrorífica; y le empezaron a tirar manzanas.

Fue precisamente una manzana la que introdujo la mancha en el mundo y Eva la responsable de todos los males que nos han azotado desde entonces. Ese fruto prohibido, responsable de nuestro cansancio, del frío, del dolor, florecía en el «árbol del bien y del mal», en el árbol del saber. Allí plantado, venía a recordar que no todo es posible, que las normas se han de acatar. Ojalá nunca hubiera existido. Al morderla, con la «ciencia», llegó la muerte.

A pesar de todo, la muerte es más justa que el olvido. Más democrática. Sesga de un golpe toda esperanza de encuentro. Apaga para siempre cualquier deseo. Durante años pensé que mi

padre se había olvidado de mí, que otra niña me había reemplazado desde que aquel aciago día me abandonara en una boca de metro. «Espérame aquí», dijo. Si en vez de arrastrarme hasta mi casa, si en vez de escupirme que estaba loco, me hubieran dicho «ha muerto», el dolor hubiera copado todo mi ser y, con ello, toda mi alma. Solo una pregunta me habría atormentado entonces: ¿por qué?, y no el sinfín de dudas que llenaron mis días hasta mucho tiempo después, cuando ya era tarde. Me dijeron «está loco» como si, con esa media mentira, se fueran a disolver mi angustia y mi terror. Mis celos. Dejaron que el miedo a mí misma, a mis actos, me enraizara en el pecho. No volví a respirar profundo. Apenas dos días antes le había hecho de guía por su Madrid de siempre, él tan encorvado como de costumbre. La mañana anterior me había pasado un peine oxidado para recomponer mi trenza.

«Elvira, trae aquel pañuelo. El verde claro. Deja que te lo anude». Era de mi madre, lo primero que me legaba. «Hoy tienes que estar guapa». Se casaba Miguel, su primogénito, el fruto del pecado que marcó su vida y, aunque no había sido invitado, en su delirio jugó a ser padre, aunque oculto entre los fustes de San Jerónimo. Tras la ceremonia quiso salir el primero para que nadie le viera llorar. La premura, la emoción, el pudor de ser descubierto, el calor y cierto vértigo, se amalgamaron con el vino que transpiraba hasta conseguir derrumbar aquel cuerpo frente al peor de los tribunales, los suyos. Tirado en la escalera, como un despojo en Odesa, vio a sus hijos convertidos en pelotón de cosacos dispuestos a cercenar toda debilidad, todo signo de caída; tornados sus ojos en lenguas de fuego. Sintió entonces un dolor tan grande que le abrasó la cara y la poca razón que conservaba. Conseguimos huir, librarnos de aquellos gritos de vergüenza y miedo y, al amparo de la sed, llegamos al dormitorio. Su dormitorio. El de ella. Corrió tanto que no le dio tiempo a empaparse en alcohol y, en su última noche de lucidez, consciente del daño que me infligía, decidió dejarme ir. Entendió que con su marcha liberaría mi breve ser para siempre y, aunque quien se iba era él, la ganadora, pensó, sería yo.

«Cariño, he olvidado una cosa. Espérame aquí», dijo. Y me

besó. Y se perdió entre las caras de hombres y mujeres anónimas que, sin saberlo, se convertían en testigos de mi drama. Pero mi padre se confundió. No pensó en las consecuencias de su ausencia mientras se mezclaba con el mundo y proyectó en mí toda su ansiedad. A veces pienso que las horas que transcurrieron desde que se fue hasta que supe de su destino, encerrada, sola y con el estómago hecho pedazos, configuraron mi carácter para siempre.

Cada mañana, puntual, el auto del manicomio enfilaba dirección Ciempozuelos con más médicos que familias en sus entrañas de hierro. Desde que supe de su existir, siempre deseé ocupar uno de sus asientos forrados de piel falsa y alcanzar aquella prisión que me alejaba de quien me lo había dado todo. Fantaseaba con la naturaleza de ese encuentro, con mi mano acurrucada en la suya. Viví para ese día. Con la ilusión propia de la niña que había dejado de ser. Dicen que los niños y los locos no mienten y, sin embargo, mi padre no volvió a ser sincero. Allí encerrado se ocultó en sí mismo y acabó engullido por su farsa. Desapareció.

Desde el año treinta y nueve los manicomios se habían convertido en precarios monumentos asilares donde el socorro médico se pautaba desde los principios del nacionalcatolicismo. En cada trastorno se volvió a creer que había vicios, desviaciones, que solo a través de Dios se lograría arrancar al enfermo de las lindes de la demencia. Regresaron los métodos coercitivos, las blusas de lona cuyas mangas se alongaban para cruzarse en el pecho y terminar entrelazadas en la parte media de la espalda. Los baños de agua helada. La soledad de unas celdas sin sol. Si dos médicos expedían informes favorables a tu encierro, se iniciaba un proceso tan lento que, casi siempre, acababa con un tercer certificado, el de defunción. Entre tanto, un sinfín de días yermos, descritos con letra apretada en cuartillas de papel que se acumulaban al fondo de un cajón rotulado con tu nombre y que convivían con la «hoja de conducta», la fotografía que, a cada desgraciado, le tomaban al ingreso, y un escueto análisis de la salud del reo. Cajones que cubrían por completo el muro septentrional del despacho principal,

como una colmena formada por ochocientas celdillas de madera de nogal enmarcadas por sencillas molduras y con un pequeño pomo al borde. Era el compendio del sanatorio. La crónica muda de cuantos aún luchaban por su cordura. Tan ordenada que parecía un juego macabro. Algunos contenían cientos de informes, de resultados fallidos a experiencias paramédicas. Otros prácticamente estaban vacíos. Los había que custodiaban muelas de oro ante posibles reclamaciones, pero en muchos solo se hallaban los apuntes de los que vigilaban esas almas. En medio de la penumbra, al fondo del gabinete, y precedidos por la mesa chippendale del director, aquellos cubículos constituían la historia mental de unos años en los que casi todo el mundo estaba loco. Si al menos hubieran sido los cajones de un ferretero, las posibilidades de hallar tornillos en su interior se habrían multiplicado. Los de mi padre, si alguna vez los tuvo, nunca nos fueron devueltos; supongo que, como sus huesos, alimentaron las llamas de alguna pira ordinaria.

A todas las preguntas que le formularon el día de su ingreso, mi padre arrojó silencios. Temía no parecer tan loco como creían sus hijos y que lo devolvieran a la cárcel que era su vida. Registraron sus bolsillos, su cuerpo, su corazón y no encontraron nada. Después lo condujeron al pabellón de «tránsito» en espera de asignarle un refugio definitivo. Esos días fueron los más duros. Al aislamiento se sumaba la agonía de un cuerpo que le exigía alcohol. Sudaba. Le temblaban las manos, la nuca. Sintió vértigo. Estaba perdido, lloroso. No era capaz de ingerir sólido alguno. Dejó de ver lo real para intuir lo que solo existía en su mente. Perdió el poco control que, sobre sí mismo, tenía, y, sin darse cuenta, se fue ganando el paso definitivo a la locura, la confirmación de que mis hermanos, cuyas rúbricas acompañaban a las de los facultativos, estaban en lo cierto, que habían sido ciudadanos responsables. Bastantes noches más tarde, con el gaznate aún vacío, fue trasladado a su última morada, el pabellón San Isidro. Dos mil años de hagiografía y fue a parar al único lugar que le recordaría, por siempre, el agujero donde seguía mi madre. Una broma del destino que volvía a colocarlo frente al reflejo de su amada, esta vez a

través de un espejo funesto.

El suyo, su agujero, no contaba con más de seiscientos metros distribuidos en tres pisos donde existían los más «amables» de cuantos formaban la institución. Cada camastro de hierro, cada ventana, cada uno de los árboles que dibujaban sombras en el empedrado del patio, cada crepitante bujía, todo, seguía una escrupulosa cadencia que, a fuerza de repetirse, imponía un orden estricto al reino de la anarquía. Hasta las losas del pavimento trataban de conservar esa idea hipodámica de perfección fingida, de realidad trabada. En lo alto, sentado en una silla oxidada, despeinado y con la vista quieta en un lugar no determinado del muro, con los miembros desmayados y la camisa sucia, dejó que fueran pasando las horas hasta contar un millón. Dibujó en su cara la mueca abstracta de quien no siente nada y vertió en los otros, tanto o más locos que él, toda su indiferencia. Decidió esperar; esperar a que la jaula se abriera y poder retomar la marcha, a que el invierno llegara para quedarse. Por mucho que aquel pabellón «de tranquilos de beneficencia» careciera de rejas, la cuadratura en sus formas, en todos sus adornos, sin mencionar las cinchas de cuero que se ocultaban bajo el colchón, lo hacía ineludiblemente alienante. La supervivencia de tan basta empresa dependía de un rigor monacal y cada actividad era pautada con milimétrica ciencia, con la exactitud de una cadena de montaje en la que cualquier demora podía transmitirse a toda la comunidad. En ese orden social se cruzaban las batas blancas de los psiquiatras con quienes vestían hábito negro en abrumadora mayoría respecto de los primeros. Epilépticos con maníacos. Depresivos y agitados. Pobres locos y locos pobrísimos. Después estaban los custodios de las puertas con sus manojos de llaves mugrientas y la sensibilidad desgarbada de quien pastorea reses. Hombres rudos incapaces de entender cualquier trastorno mental y que aplicaban con usura un horario asfixiante. Todo lo peor de aquella sociedad estamental, de un país en bastarda construcción, huérfano de derechos, quedaba reflejado en el microcosmos que era Ciempozuelos. Entre los locos también se hacían distingos. No era igual el esquizofrénico depauperado que el ilustre demente y, por tanto, no se le ofrecían

los mismos cuidados. Si al primero se le sumergía en sofocantes baños y se le administraban drogas para calmar su furia, al segundo se le prescribía ejercicio, dieta sana y descanso, que podía sazonarse con un cóctel de opiáceos. El pabellón San José era su sitio. Allí campaban quienes en vida, en la vida exterior, se habían abandonado al desorden, en todas sus formas posibles, y avergonzaban a sus familias con extravagancias ajenas a su posición; se solazaban un puñado de hombres ridículos que por contar con brillantes camas de esmalte, biblioteca y unas *loggias* acristaladas como las de Marienbad, se creían menos desheredados que el resto de reclusos.

Como en todo damero, también aquí las losetas alternaban blanco y negro, había peones, muchos, y también un rey. Llevaba monóculo y, de todos, solo él parecía controlar sus instintos. Cuando hablaba, una pastosa mezcla entre castellano y francés suspendida sobre lo que parecían restos de alguna lengua eslava, los presentes le atendían con fruición, como si en sus alocuciones se ocultaran verdades incuestionables. Siempre vestía americana. Con la punta de un pañuelo escapando al bolsillo. En su pose, se alternaban lo regio con el palabrerío propio de un buhonero. Decía detentar títulos nobiliarios que le situaban en el disparadero de algunos solios europeos; lugarteniente en cruentas batallas a orillas del Volga. Ahora, insistía, vivía retirado, oculto a las miradas. Le quedaban sus libros, algunos escritos en cirílico, el resto en todas las lenguas romance. Y ese monóculo que ceñía como una corona. Pero también la esperanza, o el delirio, de retornar a la vida pública en todo su esplendor. Había decidido que todas esas *faces* ingenuas que le prestaban sus oídos constituían la medida de todo, un cenáculo tan estúpido como los que, en su opinión, conformaban los gobiernos del mundo. Así que, con su embudo de metal en la cabeza, optó por ilustrarlos con desvaríos de mercachifle, con vehementes promesas que no hacían sino enfilar palabras, hasta tocar con su verbo las sólidas piedras de su locura.

—Nos dicen locos, nos segregan, pero probablemente seamos los más cuerdos de todos y, es por ello, que nos sumergen en este *mer du pierres*, en esta prisión, con el fin de silenciarnos. Ese

entendimiento del que, aseguran, carecemos, es lo que nos hace libres, independientes. Y *dangereux*. No les asusta tanto que soñemos en nuestros jergones como que gritemos nuestros anhelos, que le arranquemos una mirada al pensamiento único que lo regenta todo. Han inventado el pecado para lastrar nuestros espíritus hasta la medianía, sin reparar en que, aquí dentro —y golpeaba enérgico su sien— existimos; que lo que aquí sucede —otro golpe— no concierne a nadie más que a nosotros.

Después seguía con la historia de cuando fue rey y de cómo lo mandaron al exilio. Y, así, enfilaba un discurso en el que cohabitaban su idea de libertad con un sinfín de fórmulas excluyentes que lo mostraban tal como era, un pequeño dictador.

Aquel *Estado* de orates que era Ciempozuelos estaba precedido por una inmensa balsa de agua que le añadía cierto misterio a la vez que un aire de ínsula soberana. Al mando había un hombre que vivía la ciencia con la seguridad de quien hace la guerra y que había dotado a la institución de un irrespirable espíritu castrense. Si dejaba al supuesto rey arengar a sus improvisadas huestes era por un interés fisonomista. Observaba sus impulsos, los de todos. Los anotaba en su libreta. Pero lo que de verdad le atraía era el inmenso catálogo de muecas de quienes le flanqueaban. Las reacciones de unos hombres mucho más locos que el autoproclamado líder. Ojos inusitadamente abiertos y otros tan apretados que parecían a punto de explotar. Cejas arqueadas, asimétricas, inexistentes. Narices apaisadas y barbillas temblonas. Un sistema de signos, un lenguaje, capaz de revelar lo más profundo del alma humana. Esa colección de siniestras máscaras, que les sobrevivieron impresas en aquel cuaderno de enconado trazo, representaban lo más oscuro de cuanto define al hombre. Una mitad apenas reconocible pero presente en casi todos. Cuando, años después, aquellos ansiosos retratos vieron la luz, el recuerdo a Messerschmidt y a sus desfiguradas fauces equiparó al «marcial» psiquiatra con uno de los dementes más preclaros de cuantos alumbró la historia del arte. El escultor vienés había pasado a la posteridad gracias a unos rostros donde toda la riqueza emocional de su espíritu quedaba grabada en piedra. Sesenta y nueve cabezas

que en verdad no eran más que una, pues todas representaban al propio artista. Sesenta y nueve autorretratos. Su yo desfigurado, alterado, corrompido y en pertinaz catarsis sesenta y nueve veces. Ese que encontraba en el espejo de su cuarto mientras huía de fantasmas. De allí los arrancaba para, después, verterlos sobre unos bloques de inerte mármol que tomaban vida a fuerza de toda su ansiedad y que, pensaba, protegerían su ser de quienes le atormentaban. En los bosquejos miniaturistas del director, también había algo de obsesivo, de controlador. El rigor de su método era equiparable al del asceta que observa el mundo con distancia, seguro de contar la única verdad y, por eso, asistía a los sermones en silencio reverencial, tratando de encontrar razones para tamaña locura. En su siniestro corpus, ocupaban episodio aparte las muecas de los habitantes del pabellón San Luis. Almas desahuciadas a las que únicamente se aplicaban calmantes para frenar su ira. Emulando a Orfeo, acompañado de una de las bestias que guardaban las puertas, se adentraba en sus «humores», en sus llantos inagotables, en su sed de sangre, en un inframundo de tres plantas donde mejor si no se miraba atrás. Desde allí, de vuelta al despacho. A la mesa chippendale. A completar sus diagramas. En busca de un sistema que organizara tantas dolencias. Acomodado sobre un silencio que solo rompían Monteverdi, Gluck, Offenbach y el cliqueteo de una máquina Underwood, repasaba cada dibujo, buscaba equivalencias entre unos ceños y otros. Luego volvía a los informes, a las fotografías tomadas en el ingreso, a lo dicho por hijos, padres o autoridades y, a veces, a unas entrevistas que organizaba él mismo al calor de la necesidad de saber.

—Y si fuera pájaro, ¿cuál querría ser?

—Hombre.

—¿Y si fuera hombre?

—Mujer. Y bajar al río cada mañana a mojar mis penas.

—Cuénteme sus penas.

—Los días que pasan. Las nevadas. El pan duro. Los barrotes de mi boca, los de mi pecho. Las bombas cayendo. Este frío que no cesa. Y la sed.

—¿Quiere agua?

—Quiero alas.

Circundado por un delgado hilo de oro, omnipresente, emergía aquel monóculo que, a fuerza de lustros, se había convertido en apéndice de un rostro por lo demás sereno. Cuando ocupaba su lugar, entre la vista y el mundo, casi ni existía; solo cuando rodaba mejilla abajo y arrastraba en su caída lo que de noble conservaba aquella cara, copaba la atención de quien tenía en frente. Era entonces cuando el director viajaba del improvisado péndulo áureo al negativo que el metal había infringido en la carne y, durante un instante, abandonaba la metódica observación del paciente.

—Pero ¿por qué lo echaron de allí? —Retomaba.

—No estaban preparados para el futuro. Mientras me sacaban de sus vidas, sepultaban toda posibilidad de gloria. No tenían *valeur*. Es más fácil cerrar los ojos y empaparse de miseria, de costumbre. Dar la espalda a quien lo era todo. —Su extremado narcisismo era solamente comparable a su violencia, en el verbo y en el fondo.

—Y, a pesar de todo, lo olvidaron.

—No, me extirparon. Me confinaron en un tren e hicieron todo por que me sintiera humillado. Me metieron los dedos más allá del alma, en donde están la dignidad y el miedo —y seguía con vocablos rusos que lo enturbiaban todo más. Como todo expatriado, combinaba un sinfín de razones para la vuelta con todos los porqués de su destierro.

—Cuándo salga de aquí, ¿dónde irá?

—*Je ne sais pas*. Siempre hay tierra *pour un salvateur*. —Pero su digresión mesiánica escondía algo real, una especie de pasado ilustre entreverado de fantasía que, puntualmente, se materializaba cada día 1 cuando, desde un banco de Marsella, se ingresaba la cantidad, generosa, correspondiente a su tratamiento y encierro.

—¿Qué le roba el sueño? —Con la puesta de sol demandaba barbitúricos que le encubrieran la noche.

—¿Sabe? —contestaba—. Yo también hice la guerra. Pero perdí. Cuando te quitas restos de un hombre de debajo las uñas, *docteur,* todo se trastoca. No hay día que no vea esa sangre en mi

piel, que no la huela. La victoria, *cependant,* es como el opio, adormece el recuerdo. Ganas y todo es entusiasmo. Manos extendidas queriendo tocar tu carne incólume. Regocijo. Pierdes y no hay sitio al que volver. Estás tú. Solo. Lamiéndote las heridas.

—No hay en todo su cuerpo ni una marca de lucha.

—¿Le parecen pocas las de mi frente? —Volvió a observarlo. Era cierto. Estaba roturado por cientos de líneas que convergían hondas entre sus ojos.

Los trastornos de la personalidad copaban todo su interés científico; vicios del mundo moderno que le ratificaban en el convencimiento de que el hombre, débil por naturaleza, era susceptible de corromperse mientras careciera de unas mínimas pero necesarias restricciones. Entre todas esas pulsiones que, arraigadas hondo, consideraba incontrolables, las más peligrosas eran, sin duda, las de «la carne», imposibles de someter si no era a base de un estricto y férreo control. Por eso había que levantar todos los diques que fueran necesarios para frenar el torrente de bajura que brotaba viscoso por entre la sangre humana, bajo el vientre de unos sujetos que estaban desahuciados. Antonio de Padua lo había logrado asido a dos troncos entrelazados en forma de cruz, y ellos también lo harían. El tiempo de mi padre y el de tantos otros sufrientes seguía empecinado en la tutela de la cruz, en su carácter vivificante. Así, Luminal y bromuro potásico, electroshock y Cardiazol emulsionaban con los rezos que imponían la moral y un capellán de rasgos atribulados que, ahíto de confesiones delirantes, se defendía entre tanto lunático.

De todos los remedios, de todas las curas que allí practicaban, la que contó, siempre, con mayor número de detractores fue, sin duda, la hipnosis. Quejas provenientes del orbe católico, de la administración del Estado, de algún familiar y de los propios reclusos. Si los primeros la encontraban impía, solo Dios o sus ministros podían recalar allí donde todo es puro, los segundos veían en aquellas sesiones una fuente de conflicto al no ser capaces de discernir si se trataba de ciencia o superchería. Para el resto, no era sino otra forma más de transgredir la exigua dignidad que todavía conservaban aquellas imberbes cobayas. Su eficiencia

dependía tanto del ímpetu del celebrante como de la debilidad de la víctima y, en esos días y bajo aquel sol de niebla, casi todos caminábamos sobre afiladas espinas. Muy pocos se sometieron voluntariamente a semejante intrusismo. Apenas los que buscaban que les robaran la voluntad para verse liberados de sí mismos, de su enorme carga, o quienes sencillamente carecían de ella. El potro en que se invocaba a Hipnos, uno de los sillones de la sala de estar, actuaba de proscenio de la psique. Entre el índice y el pulgar del médico coreógrafo, también militar pero más afectado en sus formas, resplandecía un amuleto que, a menos de un palmo del mirar de su presa, mudaba en centro absoluto. Lo hacía girar hasta rendirlos, hasta sumirlos en el tedio. Después les imponía las manos. Comenzaba el baile. De su consulta en la calle de la Magdalena a lo más íntimo de unos cuerpos acosados por abulia, catatonia, cólera morbosa, melancolía, euforia, delirio, indiferencia afectiva, paranoia, psicosis o manía persecutoria; del mundanal ruido de una habitación agotada a esa otra mitad del ser, la más abisal. Rebasada la consciencia, era el turno de explorar todos esos rincones donde las reglas, las imposiciones sociales, el sentido del decoro, nunca se habían sentido. Un terreno ignoto, cruento y degenerado que lo resumía todo; en el que las biografías de todos y cada uno adoptaban tintes siniestros mientras se fundían con las vísceras, con la sangre, con los traumas y los sueños. Al despertar, esas criaturas dolientes y aturdidas le besaban las manos, seguras de haberse purificado, incluso saludaban al público como si fueran debutantes. En su pobre locura se creían liberadas tras la experiencia hasta que, por la noche, de nuevo, sentían la presión del cuero sobre su carne. Aquel viaje, aquel «paso a dos», podría ser terapéutico, pero no milagroso. Contribuía en el diagnóstico, colmaba de más informes el cajón con sus nombres, pero no cerraba la herida. Estaban demasiado enfermos, demasiado acabados. Entre bambalinas, aquel médico de locos tan loco como ellos mismos profería impresiones, dictaba sentencias sin que ninguna de sus facciones se tensara, sin un ápice de emoción.

—¿Es culpable? —le preguntaron a cuenta de un viejo cansado que carraspeaba con la lengua.

—Casi. Mató a su madre pero él no lo sabe.

—¿Se arrepiente?

—No. La parte visible siente dolor, vacío. La otra no es capaz de sentir nada. Si le contáramos lo que hizo, reclamaría justicia.

—¿Cómo?

—Quitándose la vida.

—¿Suicidio?

—No. Venganza.

Aseguraba Nietzsche que solo «el dolor da la ciencia» y, desde su cátedra, insistió en su grandeza, en su necesidad. Le atribuía la misma función que los Papas y, vehemente, arrastró a todos los que como él negaban a Dios a depender del sufrimiento; la idea cristiana del «valle de lágrimas» repartida, casi democráticamente, entre conocimiento y salvación. Los que arribaban en Ciempozuelos aún serenos creían que, a través del conocimiento, llegaría su salvación; que en aquel laboratorio en mitad del océano, se silenciarían para siempre las voces de su cabeza —a Nietzsche las suyas le sugerían poner fin a sus días. «Una pistola es para mí un pensamiento consolador», escribió—. Un murmullo que trascendía las testas y reverberaba en todo el complejo; que se sumaba a un viento serrano que tropezaba en cada puerta y les alzaba las faldas a las novias, a las madres y las tías de los sonados. Los sábados alteraban la fisonomía del lugar con sus vestidos de chifón y los ojos gachos. Formaban parte de un tratamiento, otro, que confiaba en los efectos de las caricias, de la voz clara. Más barato, menos traumático, las visitas de la familia reinsertaban a los tranquilos en la verdad de la vida, la de fuera, donde para subsistir había que estar igualmente loco. Es más, si algún poder taumatúrgico hubiera estirado la cerca del manicomio hasta abrazar con sus piedras todo Madrid, más de uno, más de mil, más de un millón, hubiéramos acabado acunados por los gritos de los que llamábamos locos. De momento, y aún libre, yo fui ensartando sábados con la esperanza puesta en el banco de piedra donde mi padre, sereno, perseguía libélulas.

A veces me despierto con esa imagen tejida a mis ojos. Aunque le pertenece a otro yo, durante unos minutos consigo

retenerla y me habla de mí. Me miro y aunque encuentro mi piel, las manchas blancas de mis piernas, no me conozco. En esa discrepancia, siento como se me acelera el pulso y, aunque quisiera hablarme, no consigo que brote una nota de mi garganta. Entonces, cualquier ruido, otro pensamiento, me devuelve a este margen borrando mi cara oculta. Hay noches que olvido el banco y me precipito por las ruinas de la tierra donde todo es color gualdo. No están mi padre ni la cruz de San Antonio. Solo yo. Dada la vuelta. Convertida en sal. Quizá haya necesitado más de setenta años para entender que la que está allí y tiene deseos de muerte soy yo. Que la que juega con su pelo soy yo. Que soy yo quien parlamenta con tigres. La que se vuelve mantis.

8

> No tiene el gran artista ni un concepto
> que un mármol solo en sí no circunscriba en su exceso.
>
> MIGUEL ÁNGEL BUONARROTI

Era tanto el frío que las ventanas se hinchaban hasta hacer imposible su apertura. Como si Ares y Kairós se hubieran conjurado y, tras la guerra, los inviernos fueran más broncos. Algunos días los pasaba en la cama, casi desnuda, bajo una manta raída, mientras mi hermano Gabriel lavaba mi único vestido decente. La misma cama donde habrían de transcurrir tantas noches, tantos miedos, tanto frío. Tuvo que ser bella con sus pequeñas flores de almendro enredadas en los mástiles. Pero el tiempo, la pena y el polvo de la reconstrucción de España, la habían cubierto de una costra plomiza. Idéntica piel había terminado por mancillar la pureza del vestido blanco de aquel «santo varón de dolores» que se encarnaba desde la eternidad colgando entre pinceladas nocturnas con una apostura casi escultórica. En un rincón de la alcoba. Con su marco de ébano comido por la carcoma. Solo Él me miraba. Fijamente.

Sin darme cuenta, había pasado a engrosar el padrón de los huérfanos de guerra aun conservando la mitad de mi origen atrapado en su locura. Aislado en Ciempozuelos. También Gonzalo se había quedado solo, pero la idea de orfandad, de desamparo, en mi pueril egoísmo me pertenecía más a mí que a ningún otro. Igual que a mi padre, en el tiempo de su agónico exilio, nadie le increpó

por sus ideas ni fue sometido a ninguna terapia inhibitoria, por puro insignificante que resultaba, yo sufría el mismo vacío al cuidado de unos hombres que poco sabían de mí. No se conocían ni a sí mismos y la vida les encomendaba guiar mis horas; no sabían dónde ir y yo les cortaba el paso. Seguíamos en la misma casa, bajo las mismas guirnaldas de escayola ahora anegadas de verdín. Las puertas cerradas, detrás de cada una todo por decidir, y el aire espeso. La mesa de comer se trasladó a la cocina y, en su lugar, frente a uno de los pocos vidrios que sí miraban afuera, mi hermano Miguel levantó su recién estrenada intimidad conyugal. Allí se olvidaba de todo y de todos mientras construía el mañana sobre el amor de una mujer redonda. Redonda como una boya que al horizonte marca el fin, tras ella, la nada. Como la luna. Como una oreja. Como la *o* de su inicial, se llamaba Olga. Como el mundo. Y eso representaba en la vida de mi hermano. Era de una belleza fea, dura, con los ojos inusitadamente grandes bajo unas pobladas cejas. El mentón masculino. Se podría decir que cada año cumplido se había multiplicado por dos de cano que tenía el pelo que, peinado en ondas, le aportaba cierto aire señorial. Era exigua. Junto a ella llegaron una legión de normas que intentaban reservar su vida de un público, nosotros, que se atrincheraba entre las sobras de otra era. Maquilló el comedor del mismo verde agua que sus párpados y se hizo fuerte ante cualquier asalto. Allí dentro, rodeada de las pocas cosas que pudo salvar de su niñez y de un exiguo ajuar de loza e hilo, se creía al margen de lo que nos pudiera pasar. Durante los catorce meses que duró el noviazgo, noté su mirar mucho más que cuando comenzamos a compartir el aire. Por entonces, como a tantos, debía despertarle más lástima que otra cosa y, en alguna ocasión, me ofrendó unas rosquillas de anís que nunca dejaría de freír. Con la mudanza, de estado y hogar, llegó la verdad de un lugar que tenía más de inclusa que de idilio y mutó en adalid de su causa, de su propia felicidad. Por el pasillo, transformado en corredor vecinal, se cruzaba con nosotros profiriéndonos la mejor versión de su boca, la más cortés, dejando al descubierto unos minúsculos dientes y toda su cautela. Y no es que no nos quisiera, por poco que fuera. Simplemente se quería

más a ella.

Ahora que Miguel era un vecino y se desdibujaban las fronteras entre lo público y lo privado, tocaba salir del encierro para, en cada rellano, descubrir a los que, arriba y abajo, construían su existir. Todos teníamos por quién llorar y, sin embargo, los había que disfrutaban del duelo, que deglutían lentas sus penas. Que sacaban de sus casas lo peor que había dentro. Querían saberse vivos y necesitaban de espectadores sensibles que hiparan con ellos, y en su función diaria, las había incluso dobles como en el cine Doré, se imponían a la Xirgu. Para sentirse mejor, esas hembras dramáticas, renegridas, no indultaban la discreción ni el silencio y, como buitres, se lanzaban contra el manso con toda la perfidia de sus lenguas punzantes. Con las tripas tan vacías como las fresqueras, la sangre les flameaba lejos de aquellos ajados buches para centrar todo el calor en sus bocas desdentadas. Pobre del ciego que no las oliera, del hombre que no las rondara. Como auténticas depredadoras no cesaban en su abuso hasta que veían agotarse a sus víctimas. Entonces, y solo entonces, transformaban su veneno en impuesta misericordia, lo que volvía a situarlas en el centro de aquellas tablas, en protagonistas de esos días. En sus fuentes nunca me detuve por muy seco que tuviera el vaso; mi cuerpo rechazaba la amplitud de sus gestos. Huía de su soberbia. No podía y no quería olvidar la franca maldad de sus picos cuando se cruzaban con mi padre. Sola y con los zapatos raídos, ahora me veían como a un náufrago al que había que salvar. Y daba igual si sabían o no bucear; tranquilas en su orilla, lo que buscaban era que sus gritos fueran bien audibles.

No sé nadar. Como a tantas otras cosas nadie me enseñó nunca. Aún no he cumplido los diecinueve. Es verano. Con el pelo erguido sobre sí mismo y asaetado de horquillas, me siento al borde de una de las piscinas del club Apóstol Santiago. Llevo un vestido corto de punto beis con unas rayitas índigo. Voy descalza. Cierro los ojos. Siento el sol abrasándome la piel. Golpeándome los párpados. Estoy en paz. Un segundo después lucho por mi vida rodeada de agua y miedo. Me han lanzado al infinito en medio de una chanza. Pienso en mi padre y en la inscripción que recorre el

muro a escasos metros de mi horca. «La fe no faltará en España». Braceo. Quiero vivir. No he vuelto nunca a la orilla de una piscina. No he vuelto nunca a estar en paz. El peligro siempre acecha.

Entre las víctimas de mi escalera había una que me encontraba bonita. Me miraba, y eso para aquel cuerpecito desaliñado era ya una novedad. Acostumbrada a que me vieran y casi siempre me evitaran, su desinteresado interés por mí era un faro color ámbar. Con los ojos verdes, casi amarillos, muy alto y huesudo, parecía un tronco en pleno invierno luchando contra Bóreas sin que apenas le trasluciera fatiga, sabedor de que la primavera, la suya, brotaba siempre que estaba solo, guarecido por sus notas. En su mundo, que pudo haber sido cualquiera pero no el que compartió conmigo, siempre hubo música. La de una casa acomodada sobre los frutos del comercio. La de una adolescencia ilustrada. La de una juventud ansiosa. Aquella en la que acabaría refugiándose cuando le apedrearan el alma. Cuando me encontró, hacía mucho que vivía solo amontonado con sus trastos en las dos salas con ventanas a la calle. Ni mujer, ni padres, ni hijos. Tan solo las blancas y las negras de su arte. De dormir liviano, se le escuchaba temprano entretejiendo *arpeggi* con los primeros retazos del alba. Su inmensa sensibilidad le empujaba tanto al drama, a las profundidades de Bach, como a los *allegros* de Händel; de las Sonatas de Haydn a la épica wagneriana. Escondida de los «cuervos», jugando a nada, me topé con su hidalga figura una de mis mañanas simples. «No les tengas miedo, que ya se lo tengo yo por los dos», dijo, y arrancándome un pellizco de donde nunca hubo carne, se deslizó por la escalera con las formas de un gentil. Me picaba la mejilla pero aún más el estómago. Era la primera vez que oía su voz y no esperaba que fuese gruesa, tan grave que contrastaba con lo sutil de sus dedos, con el aroma a almizcle que desprendía. Caminaba de modo distinto a cualquiera de los hombres con que me había encontrado. Más leve. Como intelectualizando el instintivo hecho de andar. Pretendía, con sus pies, con sus caderas, autoimponerse una sorda pobreza que contrastaba, y mucho, con el fulgor de su esencia, eminentemente *presto*. Como queriendo acallar sus musas. Le salía más rentable, y

menos arduo, amordazar a Terpsícore y brotar recio y viril. Si como decía Balzac, «todo movimiento brusco revela un vicio»,[1] solo le quedaba cubrirse de grisura para pasar por otro más de los especímenes que, a cuenta de sus gónadas, gobernaban la tierra. Debía ser un bloque, un poste alzado sobre la roca. Debía ser un macho. También sus manos padecían el calvario. Engrilladas en su cárcel de *tweed*, en el abismo de los bolsillos, se adaptaban al principio de mesura que todo lo hace bueno después de, con sus golpes, haberle extirpado al piano los más ardientes poemas. Con el cuerpo mutilado, tocaba enmudecer el rostro no fuera que, a pesar de la economía en las formas, le descubrieran su falta mortal. Él, que soñaba con un público iniciado expectante ante los giros de su genio, que hubiera vivido para los otros, para todos los demás, se había convertido en ese amasijo de fórmulas fingidas que acababa de rozarme. El que bajaba al paseo, a la plaza y al mundo exterior con el miedo de la culpa hilvanado al vientre. Con hilo rojo.

El dolor hay que vivirlo. Y el rechazo. Y el miedo. Y el frío. Y la escasez. Y la pena. Y la vergüenza. Para saber lo que es la vida, hay que haber sentido censura. Odio. Castigo. Desdén. Soledad. Cuando te miras y no te reconoces, porque no te enseñaron a verte, y peleas con arrojo por ser tú sin saber aún quién eres, el dolor se convierte en la savia de tus días. Y buscas asilo en Brahms. En Selene. En un gato. En aquello que sueñas convertirte. Con las manos rotas de buscar salidas, el atildado intérprete del tercer piso reparó en la tragedia de una niña que seguía esperando a su padre. Mudó su dolor por el mío y, travestido de mentor, descendió conmigo la escalera. Mientras durara el viaje, debió pensar, podría olvidarse del viento y la espada, de la disculpa constante. Sin quererlo, se convertía en madre, que era lo que más anhelaba. En mi madre. Hacía mucho que había reparado en mi estrechez, en lo ingenuo de mis juegos y debí resultarle frágil. Fácil. Tanto que acabó encaramado sobre mis hombros como lo hace un ave, insuflándome calor. Me buscaba entre las sombras del portal, en mi apocado brío, para llenarme las manos de azúcar; quería salvarme del hambre y tañía sus mejores piezas como intentando poner

remedio a tanto ahogo. *Lascia ch'io pianga*[2] era la más repetida. Lentamente desplegada parecía una súplica triste. Un canto extraño. Un ruego desesperado. Una oración. Él, que sentía la urgencia de liberarme, se enrocaba en anuencias, en las zarzas de su pudor, mientras que yo, la pobre inquilina, la princesa de Silca, ya no lloraba de endurecido como tenía el pecho. Hoy, aquí, cierro los ojos y aún puedo ver su espalda alineada con las notas, como un diapasón nervudo. Su particular modo de hacer. Vuelvo a abrirlos y soy tan vieja como hace un segundo. Y estoy tan sola como entonces, en esta habitación a oscuras. No hace tanto que a Gonzalo se lo ha llevado Caronte en su barca queda, que lo hemos enterrado hasta que truene el Juicio. A mí, que en ese tiempo me iluminó Cristóbal, solo me queda encender la luz.

El 4 de julio de 1902, pocos minutos antes de que dieran las diez de la mañana, el *campanile* de la Piazza di San Marco de Venecia se desplomaba hasta quedar reducido a polvo. En ese mismo instante, en diferentes lugares, por diferentes motivos, habría quien se casara, quien muriera, quien recibiera una mala noticia, una buena, un abrazo. Los habría riendo, bostezando. Habría mujeres comiendo, niños gritando. El 4 de julio de 1902, pocos minutos antes de que dieran las diez de la mañana, nacía en Madrid, frente al portón de San Nicolás, Cristóbal Martínez Riera, mártir de su causa. Mi primer amigo. Llegó con su madre espoleando el piano, envuelto en grasa y fusas. No lloró. Su cuerpo profético se guardaba las lágrimas para los días de fatiga, de verdadero tormento. Mientras llegaron, fue feliz en el harén de su casa, con una madre dispuesta a todo y un padre huido que, sin embargo, allí estaba y que nunca entendió a su hijo. Años aguardando a que Sara concibiera, para, tras el milagro, acabar sacrificando el fruto ante el altar de Orfeo. Deseaba un heredero. Un espejo de sí mismo. Un niño que jugara a sus juegos y no que se enredara en las sayas maternas. Un hombre que fuera como él. Pero aquel hijo, más que guapo, sensible, jamás colmaría sus anhelos, así que, salomónico, decidió partirse el cuerpo en dos y deshacerse de la mitad de arriba, donde residen el corazón y los ojos. Desmembrado, se cubrió de mutismo y fue marchitándose.

Pasaron muchos años hasta que se vieron de nuevo, tantos como para que no valiera la pena; y cuando llegó el día, cuando volvieron a reparar el uno en el otro, se gustaron aún menos. El tiempo, que todo lo puede, no pudo con ellos. Con su obstinación. Con esa distancia ficticia que, a veces, no era de más de un metro, de un centímetro, de un suspiro. Un tiempo que consiguió erosionar los rostros, sobre todo el del padre, las voces. Pero que no pudo hacer mella en sus pechos sellados. Cuando llegó Átropos con sus malditas tijeras y pudieron oírse los estertores del fin, el hijo, rompiendo su pudor, abrazó al hombre que le había dado vida como el que besa una reliquia. Con fe. Con distancia. Con miedo. Con la intención de guardarse algo para toda la eternidad. Con parte de su calor en la boca, le perdió. Y fue entonces que empezaron a escucharse lastimeros réquiems escurriendo de sus manos, colándose por entre los trajes de franela del muerto, ordenados en perchas de madera y con unas lavandas cosidas al garfio. Abarcando cada estancia, cada hora. Intentando silenciar tanto el dolor como la culpa por sentirse libre. La viuda, que tampoco había querido ver, se volcó en el huérfano y en la defensa de sus modos como quien salva vidas, alzando en torno a él un frágil muro que le acabó condenando, anegándole el futuro. Más aún. Con los días llegaron el viento y la lluvia y, con ellos, al piso de abajo, una niña de ojos verdes que, mientras leía y se hacía mujer, se impregnaba de Chopin, del virtuosismo del eterno incomprendido. Una niña que aprendió del mundo lo que las letras le mostraron, con rumor de teclas como soporte. Como de agua. Una niña que, con el tiempo, se convirtió en mi madre.

Desde mi alcoba, años después, yo también podía oír sus notas. En la cama, bajo el fútil peso de una colcha de hilo, inventaba las historias que aquellos truenos me impelían. Cuando eran profundos, pensaba en san Jorge venciendo al dragón con el peso de la escarcela y del yelmo sobre sus huesos, con la pica en ristre; si, por el contrario, eran gráciles, como de *boudoir,* me veía vistiendo túnicas de seda azul noche cuajadas de pequeños cristales formando estrellas y abrigos guarnecidos de marta que, en verdad, colgaban del armario de luna de mis padres con aroma a

membrillo viejo. Llegaban desde el techo, a través del patio, y decoraban mis días como debieron de decorar los suyos. Nunca pensé que nadie los pariera, ni los recuerdo antes de escapar mi padre. Pero allí habían estado siempre. Para cuando me encontré con su artífice, ya eran como los sabañones, una ardiente realidad.

«¿Te gustaría subir? —me dijo un día—. A mi casa, a verme tocar». No entendí muy bien a qué se refería con eso de verle, como si la música pudiera ser algo más que escuchada. Pero acepté y, con ello, no solo aprendí que podía verse, también la olí y pude saborearla. Trepé hasta su guarida un día de sol helador. Golpeé la puerta y, sin pensarlo, me encontré con lo que nunca hubiera imaginado, un rincón cálido con olor a clavo y romero donde todo parecía ordenado con empeño. Limpio, plagado de libros, de estampas, de versos, de luz. La escenografía perfecta para cualquier sueño. Un pedazo de otro tiempo. Con los muebles de su madre, había interpretado un mundo bello en el que desplegar su arte, una Amauroto donde el jardín para «deleyte de los hombres»[3] se lo ofrecía un biombo oscuro que pasaba por ser de Japón. Craquelado por los años, por el sol, presentaba sendas ramas de trazo nervioso en las que habían ido a posarse dos mariposas de brillo dorado. Era como si respiraran, como si salieran del letargo de la mudanza y estuvieran a punto de emprender el vuelo. Por delante, como barrera entre un paisaje y otro, el nuestro doméstico, el suyo como el de un cielo de oriente, un canapé de intenso ocre servía de soporte para montañas de folios y partituras, porque la música también se escribe. Desde donde yo estaba, a poco, muy poco más de un metro del suelo, aquel todo natural, aquel horizonte inmutable me enamoró al instante. Apoyado en el muro, en su marco de bambú, una dama nipona contemplaba la escena. Sus facciones ortogonales cubiertas de afeite blanco sobresalían planas entre las camelias ricamente bordadas del quimono, bajo lo que parecían dos enormes crepés abiertos como un melocotón. La boca, un golpe rojo. Los ojos como en un guiño. Reverencial, sumisa, se inclinaba ante un público que quizá celebrase su genio, su coraje; quebrada su cerviz. En ese instante, justo un segundo antes de volver a su vida, de que, al sacarse cada milímetro de pintura

blanca se encontrara con su cuerpo, la fijaron por siempre a la rugosidad de un papel. A la infinitud de un mañana que era hoy. Que es ayer. Cristóbal lo había rescatado de entre las cosas de su madre, del fondo de una caja donde podía leerse en letras verdes de imprenta: EL MIKADO. BARCELONA. «Es un Oyama. Uno de esos actores que interpretaban mujeres en el teatro kabuki. Mira su cuello». Y lo que parecía una nuez de tinta china emergía ante mis ojos como prueba irrefutable. Realmente era un hombre. Uno travestido con sofisticadas telas de escaques, de palmas y hojas lanceoladas. «¿Ves? No siempre es todo lo que parece». Así era. Así es. Ocupamos roles por el simple hecho de ser como somos y no por quien en verdad nos sentimos. Todo está organizado para que, cada uno, nos mantengamos fieles a lo que de nosotros se espera, a lo que, porque sí, decidieron unos hombres. Siempre hombres. Hombres con miedo al color. Que visten de oscuro para esconder sus cinturas, para ocultar sus ideas. Que borran las señales de su carne y solo dejan que, sobre el pecho, luzcan los símbolos de su fe; colgando de una cadena o de un trozo de cuerda. Hombres que nos imponen ligaduras que provienen de algún lugar indefinido entre su cabeza y su hiel, allí donde arraigan la fatiga y la vergüenza. La duda y el desamor. Escudándose en que «así lo quiere Dios». Siempre. Pero Dios es vida. Y amor. Y, además, un pintor impresionista.

Sobre la mesa de trabajo, plataforma para sus ágapes por muy frugales que estos fueran, podían verse ejemplares de *La Esfera*, una edición bastante gastada del *Emilio*, una patena de la iglesia de San Luis, montones de lápices y un recipiente donde ardían las especias que embriagaban todo. Como en un sueño, en parte por ese aroma picante que me llenaba la boca, acerté a sentarme en el único lugar que encontré libre en mitad de ese almacén de maravillas, sobre un cojín de satén cadmio. Ese fue siempre mi sitio mientras duró nuestra historia, lo que quedaba de un viejo sofá cuyo armazón de pino había alimentado el fuego en lo peor del invierno, frente al gran piano de pared. Allí sentada aprendí el valor de lo bello, su magnetismo; que, aunque no fuera más que una niña, podía vibrar ante una sucesión de notas. Ante un agudo.

Ante un grave. Entendí que con la música pueden tejerse todos los finales. Cualquier principio.

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra» para después, antes que nada más, que los pájaros, que las personas, en su infinito saber, decir: sea la luz. Y así crear la belleza.

Acostumbrada al olor del frío, a mis macabras romerías paternas, allí dentro me sentía transida por la luz. No sabía si habían sido horas o segundos y si, como una mariposa, yo también podría alejarme de ese foco de sabiduría, de paz. Volví a mi casa excitada y no conseguí quitarle a mis orejas ni uno solo de los compases que se habían llevado. Era lunes y estaba más viva que nunca, con una desazón nerviosa que no me dejaba estar quieta y que provenía de aquella magia, de aquel descubrimiento. Me tumbé en la cama e intenté retener cada imagen, cada maravilla; temerosa de que, como todo sueño, se desvaneciera con el alba. Ansiaba volver al Parnaso, subir la escalera y beber de la fuente Castalia, en sus cristalinas aguas. Pertenecerle a ese Apolo y olvidar el hambre y la tristura. Esa noche no dormí no porque mi ser rugiera de inanición, que a eso estaba acostumbrado. No lo conseguí de puro entusiasmo; así que, ofuscada, opté por seguir soñando despierta. Sigo sin saber si lo que retumbaba en mi cuarto, en mi todo, eran los acordes secos de Rachmaninov o la resaca de tanta beldad. Si me estaba volviendo loca o si de verdad aquel *basso continuo* era un homenaje a nuestro recién estrenado cariño. Así que dejé apagarse la noche y, con el martes aun durmiendo, renové el deseo por sentir. Bajé al patio, a la acera. Hice lo posible por que me oyera. Zapateé. Improvisé estornudos. Solo buscaba llamar su atención, ser obsequiada con sus palabras, con sus conciertos. Todo era válido para sentirme única, con tal de no ser invisible. Después de casi perder la esperanza, cuando estaba a punto de abandonar mi atalaya, se reanudaron las profundidades de aquel genio en forma de terceras, de sextas que, en todo su esplendor, ascendían hasta el

cielo. De un salto llegué al descansillo. Toqué la puerta y cedió al instante, como si llevara ya tiempo esperando mi regreso. Entré. Si lo hubiera pensado, sé que aún seguiría apoltronada en mi simpleza, pero entré. Los niños no piensan. No han tenido tiempo de ser pervertidos. Sus madres los crían y protegen y luego viene el mundo y los malogra. Antes del caos, salvaje aún, regresé a mi cojín y me mantuve callada. Sonaba a tormenta, poderoso, a una de las que llegan para calmar el fuego. De esas que paralizan todo en mitad del estío. De las que renuevan los cauces, las huertas. Se movía como si me adivinara y hasta que no llegó el fa final y cesó el aguacero, no me obsequió con una de sus sempiternas sonrisas.

—Y bien, ¿te gustó? —dijeron sus dientes.

—Sí —contesté.

No fui capaz de decir más porque nada más podía decir. Era cierto que me gustaba. Mucho. Muchísimo. Pero no sabía el porqué. En mi estado de inocencia, en mi evidente primitivismo, no acertaba a dibujar lo que sentía mi carne al escuchar a sus dedos. No tenía palabras que tradujeran mi sentir. Como a nadar, no las había aprendido. Ni tampoco la diferencia entre bueno y malo, entre brillante y atroz, así que, como Paquita, la de Fernández de Moratín, insistí en los síes y en su eventual fortuna. Empezó, así, un breve tiempo que, para una niña de seis años, fue toda una vida; en la que compartimos aire, primavera y peros, amén de unos suizos cubiertos de azúcar que también me hicieron crecer.

«Mi madre me enseñó a tocar, ¿sabes?, y estaba obsesionada con Mozart. No tuvo mucha suerte. Quiso convocar masas con su piano, convertirse en concertista, y solo acertó a tener un hijo, un loro y un marido casi sordo. Se sentía como una de esas cajas de música —Y señaló a un estante—. Propietaria de las más bellas canciones pero incapaz de volar sola. Tú te llamas como la mártir de su obra favorita, *Donna* Elvira. Ella ama a quien la hiere, al Don Giovanni que *m'abbandoni, mi fuggi, e lasci in preda al rimorso ed al pianto, per pena forse che t'amai cotanto*, y, ¿sabes?, todo eso lo grita con bravura». Y siguió enlazando estrofas, improvisando escalas con la voz impostada. Ocupando el piso. Dejando bullir la magia

como de una de sus cajas abiertas. Ese día solamente para mí. «Pero le amaba —continuó—. Tanto como para querer sacarle el corazón y guardarlo en un cofre de espino». Esto lo dijo con furia también él. Como si le naciera ligado a un recuerdo que seguía supurando. Cesaron las palabras y, durante un segundo, apenas uno, su cara se volvió tan gris como la del *Commendatore*. No estaba allí, había vuelto a algún punto que hacía que le sangraran las llagas. Se levantó y me dijo: «¿Sabes? Quien no se arrepiente acaba en el Hades*, il fin di chi fa mal*».

Todos se han disfrazado menos él y juegan al desencuentro. En torno a una bandeja de plata. Allí quieren ver su cabeza, la señal de su cruz. Comienza el baile, y la que podría ser Anna o Herodías se termina cobrando su presa. No está sola. Están Elvira y el cielo. El orden y la justicia. También el fuego abrasador. Muere Don Giovanni. Muere el libertino. El pérfido, el cruel y miserable. Muere el hombre y, junto a él, su *Viva la libertà*.[4]

Es peligroso creerse libre después de haber sido feliz a costa de lo que otros te entregaron porque sí. Mientras la necesidad o el deseo coincidan, mientras se respire el mismo aire, habrá paz. Pero llega un día en que te despiertas con un regusto a almendras que todo lo cambia y, sin saber cómo, con la asimetría y la espera, con la veleidad, irrumpe el veneno del drama. Como eres libre, o eso piensas, simplemente das un paso atrás y te pierdes entre sombras, bajo la luz de un nuevo sol, de una nueva aventura. Y entonces percibes que no es cierto, que nunca fuiste libre, que lo que te dieron en franco intercambio, lo que recibiste, reclama su parte. Que amenaza con volver. Todos hemos sido víctimas y también verdugos. Todos hemos languidecido ante el rechazo y también hemos dañado al semejante. A todos nos ha dolido la espalda por el peso de la afrenta, por el de la carga. La libertad es un invento contemporáneo, otro vicio moderno del que todos disfrutamos pero que a todos nos vuelve siervos. La cuestión es a quién servir, a tu carne o al insaciable que duerme en frente. Cuando Cristóbal huyó de la lujuria, del amor, porque tenía miedo y no estaba seguro, no reparó en el poder de la inquina ni en el de la maledicencia. Huyó y se refugió en mi historia. Entre mis miserias. Después de ser

Antinoo, de respirar sexo y malvas, se interesó en la nada y decidió ser Isis. Jamás pensó que las caricias furtivas volverían en forma de dardos, que la «dulce boca que a gustar convida»,[5] esa que tanto besó, le acabaría escupiendo veneno.

9

Hilo y aguja para las hembras.
Látigo y mula para el varón.

FEDERICO GARCÍA LORCA

Además de discos y de un gramófono portátil, entre las bellezas de aquel santuario se alineaban un sinfín de volúmenes sobre la historia de Grecia que Cristóbal, entregado, consumía con avidez. En una de mis peregrinaciones, una tarde negra de lluvia, lo encontré acodado sobre el suelo. Con los pies desnudos y la sed calmada. Con uno de esos libros abierto. Devorando arqueología. A su lado, una humeante taza con olor a miel. Sonaba Stravinski, *La consagración de la primavera*. Me miró como si fuera mármol y continuó su excavación. Yo ya sabía que, con solo esperar un plazo fugaz, volvería hacia mí la vista y, como siempre, retornaría de ese rincón de su cabeza donde todo era febril. Desde mi palco ambarino, entre el vapor de la tisana, podía ver como sus sienes de argento le invadían la frente; como masticaba las frases. Era una esponja. Una distinguida y enorme esponja dispuesta a absorber todo lo que esas letras le ofrecían. Toda la belleza. Todo lo legible y lo ilegible de una edad de oro malograda. Su anatomía desparramada sobre la alfombra contrastaba fuertemente con el rigor bibliotecario con que se conducían los estantes, con el de toda la estancia, como si al desfajarse disfrutara de una Arcadia privativa que solamente yo tenía derecho a allanar. Dobló una punta de la hoja, meticulosamente, cerró el tomo sobre el tapiz y permaneció en silencio todavía un instante, como queriendo inmortalizar un recuerdo, un pensamiento definitivo.

—Me aterra pensar que no queden salones sin esquinas donde solo sea de día. Habitaciones sin techo que te dejen sentir el sol. —Había un poso de amargura en sus palabras, en todas; un estado de sitio permanente que yo no alcanzaba a entender pero que sí sentían mis tripas.

También a mí las verdades me entraban por la piel, como a mi abuela. Me recorrían los brazos y se me enganchaban al pelo. Pero mis ojos, demasiado pendientes de lo mudable, de lo sencillamente cierto, silenciaban sus latidos hasta emitir naderías. Al fin, de vuelta a este margen, a un mundo de armarios cerrados y camas con bodega, quiso dedicarme una sonrisa, pero se le escapó un sollozo. Tardé años en comprender lo que ocurría, la verdad de cuanto brotaba de su boca. Probablemente, por no ser nada, yo representaba la oportunidad, la única oportunidad, de convertirme en todo; por no ser nada, nada podía oponer a su particular modo de vida.

Cuando encontró a Tadeo, apenas era un joven mohíno que trajinaba con sueños. Lo miró y continuó mirando; al infinito. Fijó su atención en un punto que, sin existir, pasaba irremediablemente por entre el cuerpo de aquel joven. Aunque, en verdad, no le mirara a él. Su cara imberbe, oferente, le envió un guiño. Cristóbal le devolvió un gesto. Instintivo. Seguía sin ver a nadie. Aquello, que no era más que pura introspección, le resultó a Tadeo altivez, una arrogancia irresistible que le llevó a retarlo. Le mantuvo la mirada y le obligó a encontrarlo. «Ahora puedes verme», se dijo a sí mismo pero queriendo que lo escuchara. «Ahora vas a verme». Su cabeza rizada, sus brazos hercúleos, contrastaban con su piel delicadamente nívea. Con su voz acerada. Hablaba con una joven que le colgaba del brazo, pero sus timbres empastaban de tal modo que parecían uno solo, como de escolanía. Enfundado en color gris resultaba elegante. Apenas el blanco de los puños y el del cuello de la camisa ofrecían luz al conjunto. Como en un lienzo de Sofonisba Anguissola. Alzó el tono. Afilado. No se conformaba con ser visto. «En unos días regreso a Roma. Os voy a echar de menos. Sobre todo a ti». Y dejó que el viento arrastrara sus frases. Que estas pasaran por encima de su amiga y se depositaran allá donde

pudieran encontrar asilo. Volvía a la ciudad perpetua. A la de la exaltación clásica, barroca. A la ciudad de las escaleras. A la de la fe. «Pero antes necesito encontrarme». Al decir eso, sacó de su marasmo a Cristóbal que, despertando, al fin lo observó. Lo que más le gustó fue aquella nariz de escuadra que caía a plomo sobre la boca, los pómulos rectilíneos y una brecha dibujada en la barbilla, imberbe e igualmente cuadrada, que rompía la perfección. Era uno de los pensionados que experimentaban al abrigo de Bramante. Donde la tradición situaba el martirio de Pedro. En la Academia de España. En esos días de paz, la guardia de aquel liceo le correspondía a un tal Ramón María del Valle-Inclán, *esperpéntico* autor que, bien desde Roma, bien desde Madrid, procuraba que los becados fueran libres, que siguieran su instinto. Tadeo era un pintor correcto, academicista, que intentaba sorprender a base de forma, de color, pero que andaba corto de fondo. Que «necesitaba encontrarse» se lo decían sus tutores, cansados ya de sus trabajos planos. Pero desde que había vuelto a Madrid encumbrado por una hipotética y banal fama, lo repetía cual jaculatoria, como señal de un falso existencialismo que, sin embargo, surtía su efecto. Se sabía apuesto. Se creía inteligente, profundo. Sentía que todo giraba en torno a él. E, insolente, se inventó una corte y quiso poner a Cristóbal de maestresala, de tañedor particular. Su Mark Smeaton con cabeza.

Todo en Roma aspira a ser común, a parecer mundano. El peso de lo extraordinario le ha obligado a ser humilde, prudente, a llevar una existencia casi muda. Mientras las campanas rompen el aire y los helechos conquistan el mármol, ella se disfraza de sol, de divinidad pagana, de tranquila inspiración. En su belleza no valen remoces ni aparato. Todas sus vidas parecen haber sido colocadas en un proscenio, dispuestas a ser deglutidas por cuantos se acerquen a ella y, sin embargo, se haya escondida tras de sus muros de piedra, bajo el susurro del agua. Quienes buscan la verdad recurren a sus fuentes, a sus altares, a cada uno de sus torsos castrados. El alma sensible siempre vuelve a su furor y no dejará de hacerlo mientras le esté permitido soñar. Aun sabiendo, como la esposa de Lot, que al volver la espalda pudieras volverte

sal. Exuberantemente clásica, sórdida y piadosa, se abre en canal hasta enfrentarte con la vida, con la muerte. Con un tiempo que no está perdido y que solo encuentra quien tiene ojos. Quien de verdad quiere ver. Tadeo necesitaba «encontrarse» y bebió en aquel mar de pinos. Llegó a la Roma fascista, y donde esperaba hallar ruinas, se topó con toda la falsa modernidad de unas caras que, como él, seguían buscándose. Seducido, se abandonó a la experiencia del ser, al mundanal divertimento. Borró toda señal burguesa de su carne y conoció el placer. Fuerte, vivo, renunció al espíritu de las cosas bellas por la simple belleza de aquellas mismas cosas. Quiso verse en el Apolo Belvedere, en su contundencia leve, y trabó amistad con todo el que sintiera fuego. Así encontró a Chebé, con su cámara ardiendo ante la idea de superar lo clásico; a Gregorio Prieto, perdido como Narciso, tratando de abrazar el arte con sus tensos brunos brazos. Pero en su búsqueda no había ese lirismo, esa verdad superior que sí inflamaba a estos, por lo que, inconstante hasta en su acecho a Baco, decidió parar. Si hubiera seguido en Roma, podría haberse vuelto Ménade, disuelto entre la noche y sus flemas. Pero volvió. Regresó a casa y, tras un sueño de tres días, retomó la que parecía su vida aunque nada tuviera que ver esta con la que dejara en el Janículo. Con una trastienda de excesos asordinada por el más que provinciano Madrid, pisó la acera y, sin esperar un instante, desplegó toda la panoplia de encantos que con tanto tino había ejercitado. Ese mirar cansado, como de febrícula, arrastrando siempre las vastas pestañas. La quietud del que está seguro, del que todo lo sabe y levanta una ceja. Las manos siempre dadas la vuelta, enseñando el mapa de su destino. Quizá allí, en un punto entre las líneas de Saturno y Venus, se encontraran Cristóbal y las viejas de mi portal. No podía y no quería pasar inadvertido; ¿por qué? Buscaba el aplauso, la admiración, la efímera pero vital gloria. Buscaba la fama. Como sabía que sus palmas no arrancarían más ayes que los que pudiera sacarle al crepúsculo, abandonó todo signo de cultura, sus lienzos y el interés por Da Vinci, y se fundió en esa noche donde le era tan fácil reinar. Pero sus noches arrancaban con el día, a cada paso que daba. Así encontró a Cristóbal. Escuchándose. Mientras le hablaba

a una amiga. «Todo cuanto sé lo he aprendido allí. No es lo mismo estar en San Fernando copiando moldes que tocar los cuerpos de esos semidioses de piedra que parecen dispuestos a responder». Dejó que pasara un segundo, que la expectación de su auditorio se multiplicara. «Y a veces pienso que alguno en verdad lo hizo». Empezaron a reír. Lo que para ella era un chiste, para Tadeo representaba un recuerdo, una de las teselas de su universo romano. Levantó la vista. Una especie de garza abstraída que parecía saber su secreto no dejaba de mirar. Adicto a los ojos, le envió un guiño. Creía que el otro hundiría su cara en la tierra. No fue así. Excitado de cuello para arriba, jugó con la idea de ir tejiendo una red, un dédalo de recodos donde le fuera fácil encontrar abrigo. Y alzó la voz: «En unos días regreso a Roma. Os voy a echar de menos. Sobre todo a ti». Nada. Ni un gesto que transmitiera sorpresa, ni un temblor. Insistió: «Pero antes necesito encontrarme».

A veces regresaban al lugar donde se habían encontrado por vez primera. Todo seguía intacto. Misma latitud, mismos muebles. Sobre la entrada, adaptándose al marco, los mismos rostros del arte. La personificación de sus mayores vicios. Tres mujeres de blanco en pleno éxtasis creativo. Pintando, tallando, tocando la lira. Era como un ritual historicista, un salto atrás en busca de palabras susurradas, de un gesto que pasó inadvertido. De un pensamiento. De un verso. Pero en esa empresa, en ese migrar, les movían impulsos muy distintos. Si a uno los recuerdos le fijaban al piso, al otro le hacían volar; si a Cristóbal le cerraban el paso, a Tadeo le incendiaban la tez. Lo que para uno era pasado, para el otro deseos de futuro. Lo que en uno virtud, en el otro fervor. Dos hombres con historias distintas, con «humores» diferentes y en el mismo salón. Se habían descubierto allí, en mitad de la «cacharrería» del Ateneo madrileño, pero a quien vieron, con quien intimaron, no fue más que con quien ellos querían querer, con una versión de sí mismos que se empeñaron en descubrirle al otro. Cada vez que Tadeo hablaba de Roma, de sus noches de luz de

luna, a Cristóbal se le encendía el pecho. Creía tener en frente al verdadero Diadúmeno, al mismísimo Apolo de Winckelmann, a una de esas deidades míticas que seguían arañando el tiempo. Le miraba y solo encontraba motivos para seguir mirando. Nunca hubiera imaginado que tras de aquella carne apretada y pura latiera una sangre espesa y casi negra. Lo adoraba. Adoraba sus mentiras, sus grandes proyectos nunca acabados. Cada ausencia. Cada uno de sus forros. Adoraba su tiempo. Pero adorar implica entrega, sumisión, hasta ceguera, y Cristóbal, que hacía mucho que había perdido el olfato, se inclinó por no ver. Estaba cómodo así, sin hacerse preguntas, mientras Tadeo, irritado, no paraba de interrogarse. Se sentía estafado por todo y por todos. No quería enjaularse. Nunca eligió ser como era. Vivía siguiendo a su cuerpo y en esa carrera primaba el placer. ¿Por qué encerrarse en el miedo? Si se sabía distinto, ¿por qué vivir como el resto? ¿Por qué huir? Pero el mundo es una cárcel y más para quien no tiene fin. Si no volvió a Roma fue porque creyó haber encontrado su otra mitad, la parte perdida, y renunció a seguirse, a dibujar con tiza sobre las tardes entreveradas del Trastévere. Se equivocó. Se quedó en Cristóbal y descubrió el silencio. Y el tedio. Y la rutina. Y todo lo que su naturaleza rechazaba. E intentó ser dócil. Paciente. Pero su piel rezumaba brío. Nada sino herida era él. Profundamente insatisfecho, hambriento de vida, fue dejando que el calor le fundiera las entrañas hasta volverlas del color de la pez y, herido de muerte, respondió matando.

Si Caín asesinó a su hermano, si mató con su cayado a Abel, no fue solo porque Dios prefiriera al segundo. En Caín vivía el pesar, la envidia, todas las pulsiones de quien conoce el pecado. Nació en el exilio. Del vientre de su madre. De su sangre y su dolor. Era libre pero estaba condenado. Imperfecto, no fue capaz de controlar su ira y manchó su ser para toda la eternidad. ¡Qué fácil lo tienen los mansos! Cuando el corazón no se irrita y la vista no se enturbia, cuando las manos no tiemblan ni se seca la boca, todo resulta más llano. Caín no pudo. Ni Tadeo. Los dos sentían furia, despecho. Había noches en las que Tadeo buscaba sobre su piel aquella señal con la que Dios marcó al hijo de Eva. Para que

nadie pudiera herirle. En ese periplo recorría todo su cuerpo, cada pliegue. Sus dedos se topaban con cada una de las imperfecciones que el *escultor* se había permitido, con cada tacha. Desnudo, solo, sofocaba la sed pero no el hierro; que sentía hondo, ígneo. Y caía en un estado de sueño que no hacía sino atizar sus miembros. Cada deseo frustrado era un puñal, una saeta que atravesaba su carne. Una razón para zaherir a Cristóbal y a su leve presencia. Le gritaba y, como si abriera una espita, conseguía calmar su celo. Movía los brazos como espantando miedos, con restos de saliva asomándole a la boca. Se abalanzaba sobre su presa vomitándole improperios como si viviera en un continuo viernes y no dejara de cargar con su pesada cruz. Pero nunca consintió en huir. Y es que, a pesar de todo, de tantas esperanzas yermas, Tadeo lo amaba. Con el poco amor que conservaba. Con un poso burgués que mantenía de sus padres. Pero también por el efecto narcótico de los soliloquios de Cristóbal, de sus graves conciertos. Lo amaba de la peor forma posible. Henchido de reproches, de espacios vacíos. Pero lo amaba. Hubiera sido sencillo escapar, fundirse en negro, pero impropio de un espíritu romántico como el suyo. De un fanático del drama. En ese particular teatro donde ejercía de insaciable dictador, cada esquina de las tablas conservaba parte de su esencia, de su donosura, de todo el *folletineo* que era capaz de generar. Se descubría releyendo cartas nunca escritas en las que Cristóbal le entregaba su alma. Misivas donde le anunciaban su muerte, su desaparición. Inventaba noctámbulas declaraciones bajo el cielo de Verona, junto al altar de Venus. Se veía enlutado, abatido, con los restos de su amado en el fondo de un cáliz, rezándole a su dios. Disfrutaba en el llanto, de la desesperación. Se hubiera enfermado solamente por suscitar pena, interés, por escucharle gemir, para que todas sus miradas volvieran a él. Sumaba los días de abstinencia, los de infortunio, las manchas de las horas surcando sus ojos; las hebras de nieve bajo su belfo y todo sin apenas movimiento exterior. Con Cristóbal varado. Pero allí abajo, por dentro de la quieta carne, de su inmisericorde carne, se escuchaban los quejidos del hambre. Los de la sed. Así, el hombre devenido en fiera, cuando ya solo quedaban motivos para el ruego, brotaba

torvo, desalmado. Mientras vertía su rabia con los ojos tan abiertos que se le salía la fe, iba haciendo hueco para toda una vida de desencuentros a la que, sin quererlo, parecía abocado, en la que, a sabiendas, se iba incrustando. Cuando se es Napoleón y la vida te coloca ante una hoja en blanco, ante un deseo insatisfecho, escribiendo a Josefina, reclamándole su amor, acusándola de torpe, de perfidia, lo que se busca, lo que casi se mendiga, no son más que verdades unívocas. Unos brazos. Un edén.

Ni los árboles de la entrada, ni el ficus del fondo, ni las jarritas de burdo cristal con sus camelias, con sus claveles, ni tan siquiera el estampado de los sillones a base de verdes palmas hacían de aquella esquina, de aquel café, antesala a ningún paraíso perdido. No era más que otro café. Uno con caras distintas pero las mismas botellas, dispuesto a saciar frenos, a enturbiar miradas. Escondida tras algo parecido a una mampara de cuero tachonado, semioculta frente a la barra sobada, descendía enroscada sobre su eje una escalera que, a fuerza de ser pateada, había borrado de sus pisas cualquier signo de lustre. Conducía al urinario. El bullicio de arriba no llegaba a ese rincón sin luz. Apenas el latón del pasamanos, empañado de caricias, conectaba ambas esferas. El tártaro con la otra vida. Nada más empujar la puerta, el aire cambiaba de temperatura, de densidad. Un lavabo, un espejo, la bombilla extinta y un hediondo agujero. Colgando de las paredes, frases obscenas; sobre el revoco, siglos de mugre. Adicto a su propia adrenalina, a la zozobra de saberse al límite, bajó una vez y encontró el silencio de la culpa, el de la vergüenza. Volvió a bajar y halló el placer. Buceó entre esas tinieblas buscando un modo de ser libre, un pase al gozo, a la tranquilidad de su cuerpo. Otra mano. Áspera. Fuerte. Un sordo gemido. Un escalofrío ácido, húmedo. Y vuelta al cielo. Ni una palabra. Nada. Solo el placer rápido, inmediato. Con el pulso conmovido, de nuevo en su sillón, hundió la boca en su copa recuperando el color. De lo ocurrido abajo sólo quedaban el sabor entre acre y dulce, ahora fundiéndose con el del ajenjo, y algo parecido a la rabia entumeciendo el recuerdo. «Más vale reinar aquí que servir en el cielo», debió pensar. Acostumbrado a pastar en la nada, esos retiros, esos

descensos al segundo de los círculos del divino Dante, solo eran paradas, entreactos, retenes que le insuflaban el aliento necesario para seguir en la lucha. Como en casi todas las cosas, las lindes entre bueno y malo, entre lo que es bello y terrible, son tan tenues, tan delgadas, que cualquiera diría que fueron pensadas para engañar. Lo mismo que el último azul del día, casi zaíno, se distancia de la noche si acaso un instante, el pudor lo hace de la vileza. La verdad del engaño. El dolor del deleite. La ternura de lo amargo. De la dicha al miedo apenas dista una llamada, una voz que chilla «se acabó». Que te recuerda que estás vivo y que es por eso, solo por eso, por lo que puedes morir para siempre. Eso ocurría en aquel café, con aquella escalera que, enredándose como la víbora del Génesis, separaba la Gloria del Averno. Unos pasos que se perdían en la niebla y que Tadeo, dispuesto a ser tragado, no dejaba de pisar. Lo malo convertido en pleno. Lo trágico en bello. Hay besos que devuelven el habla. Silencios que lo dicen todo. Fronteras que, al cruzarse, parecen olvidadas. Hay bocas. Hay citas. Hay encuentros. Hay cuerpos cavernosos. Hay caídas que elevan la espalda. Tormentas que es mejor mirar. Sueños rotos. También nostalgia.

Hay otra escalera, no muy lejos. Es de piedra blanca y sube al cuarto piso. La lluvia de marzo parece dispuesta a profanarla. Se despereza mientras una de esas ancianas que no tienen más de treinta años pasa el mocho por su joroba. Intenta secarla y, de paso, justificar su derecho a asilo en el chiscón del sótano izquierda. Es domingo. No ha pasado ni un minuto desde que varios hombres, entre ellos un joven Francisco Franco, enlatados en verde, desfilaran sobre ella. Marciales. Aún huele a lavanda. A tabaco. Con las persianas bajadas para que no se escape ni un pero ni un ahora, buscan el cuándo, el mejor lugar para «recuperar la patria». Tras horas de frases broncas, de apelaciones al orden, a la virtud, fijan el cómo. No hay marcha atrás. Ciento treinta y dos días después estalla la guerra. Madrid es la meta.

Para no ser movilizado, Cristóbal *desenterró* a su madre, algunas dolencias falsas y se aisló en la casa de Espronceda. Desde el balcón precintado con colchones, con todas las fuerzas que le

quedaban, veía a mi hermano, a mi padre, a todos los que corrían cuando sonaban las sirenas. No existían ya Tadeo ni Dios. Solo el miedo. Con cada invierno se fue hundiendo más en su casa hasta acabar viviendo en la cocina, en la pieza más profunda, en la menos habitada. El piano enmudeció. Sus salidas eran tan breves que el mundo se olvidó de él. Compraba lo poco que podía, lo que le dejaban, y regresaba a su casa sin hacer un ruido, como un perro enclenque y manso. No quería periódicos. Era demasiado sensible para saber cifras, incapaz de no ver tras los trazos negros de la imprenta la vida de un hombre sesgada. No quería radio. Apenas el gramófono y la belleza embutida de unas obras creadas para el deleite, para la paz. Con cada otoño, el recuerdo de Tadeo se fue adormeciendo hasta ocupar un rincón remoto que al visitarlo le hacía daño. Hubo cartas justo al tiempo que las primeras bombas. También cuando estas cesaron. Letras encendidas, cargadas de reproches. De esperanza. De un soldado que por fin tenía su drama. Cartas que llenaron un mueble de laca negra. Ordenadas y atadas con cintas de satén. Muchas de ellas sin abrir.

Con la primavera, la luz del cielo empieza a caer a ciegas sobre las piedras del suelo. Refulge sobre el miedo de la gente y se refleja en los cristales rotos. Cristóbal añora sentarse en un banco a leer. A leer y mirar. A cambio el sol, que sí que brilla, se cuela por entre las grietas del montón de colchones que se aprietan frente al vidrio, que se erigen como su única defensa. Improvisado foso, pero profundo y seco, dibuja un enramado blanco y oro que se alinea con el del viejo biombo. Si se empeña puede ver un bosque, una catedral de ojivas rondando su aflicción. Cada día es uno más pero también uno menos. Madrid, que en verano es rosa cuando el sol se pone y el calor no cede, huele a sangre. Es imposible dormir con el peso del mercurio, con la ronquera de las calles. Se despierta empapado y no sabe si es su piel o son sus ojos los que deshacen la cama. La vigilia del sudor se confunde con las frases nunca dichas. El calor no cede. Cree que sueña que le tiran del pelo, que le llaman cobarde. Siente una angustia que le condena. Teme a la noche. Nunca hizo una guerra y ahora los fantasmas le braman. Se ríen de él. Está enfermo de miedo. Vuelve al suelo. Al trastero de

su alcoba. Tras los hierros de un somier que suena a exceso. Cuando más duele, cuanto más profunda es la llaga, regresa a una carta, solo a una, malherida de tanto abrirla y cerrarla. A una frase robada: «Por tu amor me duele el aire, el corazón y el sombrero».[1]

Tadeo, con su boina de héroe y los pies pequeños, durante un rato sí que jugó a ser soldado. Podría haber sumado en cualquier bando, no tenía ideas previas sobre casi nada, pero el del gobierno legítimo, el de la República de Azaña, debió parecerle más libre y sobre todo más prometedor. En su periplo belicoso, más que luchar conspiró. Redactó panfletos. Ilustró carteles. Repitió premisas compradas que se convertirían en música a fuerza de tararearlas. Sus botas, las más brillantes. Su cuerpo, el más bello, el más marcial. En la esperanza castrense parecía condensarse todo su aliento, todo ese ímpetu que había almacenado y que nunca consentiría en educar. Mientras alimentaba las ansias de algunos, en su mayoría tan perdidos como él pero mucho menos regios, más ingenuos, se veía como Hefestión, alentando las fauces de cuantos se sentían proclives a defender España. Demiurgo o no, nunca vivió de un modo más abierto, de una forma más completa, que cuando escribía a Cristóbal. Fragmentos robados a otras manos, pero que conectaban con aquello que de inmenso tiene lo terrible, con sus placeres más hondos e inconfesables. Auténticas elegías a base de plagios que, sin embargo, rezumaban verdad. Nunca tuvieron respuesta. Aquellas letras, desterradas al silencio de una caja, fueron su mejor obra. La más pura. La más real y, a la vez, más cara. Si se hubieran abierto, se habrían conjugado muchos verbos. Querer, amar, reír, llorar. Si se hubieran leído, jamás habrían muerto.

El auténtico horror de la guerra llegó con los muertos. Se contaban por miles y dejaban madres, hijos y tristeza. Se habían terminado la épica y las perífrasis. Ya no brillaba el calzado. Ahora, era el llanto el que anegaba pueblos, el que oxidaba los hierros de una fe descompuesta. No sabían qué creer, a quién secundar. Enamorado del mundo más que de ninguna otra cosa, Tadeo se inclinó por vivir, se hizo un bulto y viajó en el trastero de un furgón de carga hasta alcanzar la playa. Bajó como las reses,

taciturno, temeroso del filo de algún matarife. Cerró los ojos y se llenó de océano. Para cuando volvió a abrirlos, estaba solo y lejos de todo. Rodeado de maletas, con la suya hecha un ovillo hilvanada al cuerpo; de caras enhiestas y bellezas anónimas. De hombres y mujeres que llegaban, que volvían, que buscaban un hueco. Tomó aire. Olía a fuego. Los trenes llenaban lo que parecía un enorme templo de cerchas brillantes y arcos de piedra. A cada paso un cartel, un reclamo, globos de cristal encendidos y más hombres, más mujeres. Al fondo, al fin, un vano en cuya rosca rezaba «IMMIGRATION OFFICE». Lo cruzó. Ya era un apátrida. En Londres le esperaban Gregorio Prieto y su narcisismo en blanco y negro. En Madrid, para los suyos, siempre sería un cobarde; para el de enfrente, un proscrito. Aquella Babilonia de cielo empedrado que intentaba contener los envites hitlerianos a base de diplomacia escrita, que se mantenía como verdadero faro de modernidad, como ejemplo para un mundo cada vez más alienado, seguía efervescente de libertad. Grande. Las primeras noches las pasó frente al espejo, en un improvisado futón a los pies de Gregorio. El cuarto era escueto, húmedo. Una moqueta parda, que debió ser gris en origen, cubría cada milímetro. También él se podría haber vuelto tan gris como ese campo de lana. Adaptarse y desaparecer. Pero su naturaleza era disoluta, impaciente. Mientras Gregorio recomponía la realidad con sus dibujos firmes y secos, Tadeo retomó su singular caída con la premura del que se siente invisible. Sin escatimar placeres. Ahora era Hyde, alternando con lo más abrupto de la tierra, a escasos metros de los muros del infierno. Los días de auténtica resaca eran infames, pero también los más fructíferos. Allí coincidían sueños viejos y nuevas metas. Los peores años de su vida y la mejor de las bellezas. Con los poros abiertos, destilando brasas, agarraba el pincel con toda la frustración que había acumulado y castigaba al lienzo con fruición, golpeando una y otra vez el rostro de una mujer apenas sugerida en lápiz y que, a fuerza de materia, de toda su ansiedad, terminaba casi oculta, envenenada. Ni rastro de la corrección romana. Su pelo, un manto negro. La piel, una mezcla densa de verdes. Los ojos, estrábicos, casi de color rojo. Sobre su vientre, cosido a él por un lazo, una

mancha informe simulando un niño medio inerte. Una maternidad extrema, doliente, privada de ternura, de poesía. Un grito desesperado por encontrar una madre. Un rincón al que acudir, donde descansar. Con el óleo, en aquellas falsas *eleoúsas*, iban también sus lágrimas, el tabaco picado que devoraba y hasta su bilis. Unos *collages* que, con el día, terminaban marginados. En el fondo de un armario. Unos sobre otros. Sin duda, lo mejor de cuanto pintó.

Entre los marginados de España se encontraban todos esos que no solo habían osado trasgredir el orden impuesto, sino también a la misma naturaleza y a Dios. Esos que, sin herir jamás a nadie e intentando ser honestos, acabaron convirtiéndose en despojos, en mutilados sociales, en simples guiñapos. Pienso en ellos y en Adela y en la ignominia de quienes actúan desde el odio y la ignorancia. «Invertidos, maricones, degenerados, violetas». Esa era la cruz de los que vivían en paz con su cuerpo, en guerra con todos. El «nuevo Sade» debía ser contenido, educado. La «raza maldita», exterminada. Se incrementó el asedio y los «elegidos», según Proust, fueron vistos por Himmler como peor que bestias. Los pocos «locos» que no se ocultaron fueron confinados en celdas, castrados químicamente, pastoreados en retiros como el de Tefía. Pero este era un miedo extendido, un ejercicio de pobreza instalado en todas partes, desde el Londres de Alan Turing al Madrid de mi infancia, de gran parte de mi vida. Si los nazis se sirvieron del gas y la guillotina, el franquismo, de palos y electroshocks. No se podía cercenar el soporte moral de la nueva España, la familia tradicional, y los «sodomitas», como les escupían, agredían ferozmente aquel pilar. Había que silenciarlos. Mutilarlos. Se constituyeron verdaderas «hermandades» de fanáticos que pretendían limpiar la patria de toda señal de pecado; que, de tanto creer en Dios, se convirtieron en agnósticos de la vida. Patrullas que perseguían al vecino que de niño jugaba con muñecas, al que simplemente era sensible. La Iglesia llevaba siglos condenando a la hoguera a todo aquel que atentara contra la

«santa genealogía», contra el orden «natural». Una eternidad educando al mundo para contener a esa ralea de «perversos y afeminados». Tocaba retomar la acción purificante. Contravenir los ultrajes republicanos y garantizar la salvación. A cualquier precio. Cuando Adela me habló de Virginia, de su amor por Virginia, sentí un frío enorme. Yo también era producto de ese tiempo maldito, de todos esos miedos. De todas esas mentiras. Yo. La misma que acudía a su cama por la noche cuando tenía fiebre, cuando se ahogaba. Yo. La que esperaba despierta. La que buscaba su rastro. La que intentaba entenderla sin más. Yo. Su madre. La encargada de salvarla de personas como yo.

10

Solo la voluntad me sobra.

FRANCISCO DE GOYA

El pueblo habla. Lo hace siempre. A veces muy alto. Y no siempre tiene razón. No la tiene. No. Habla y yerra. Hiere. No siempre. Aunque haya quien se empeñen en que así es. Para embridarlo. Yo hace mucho que opté por el silencio. Por la tranquilidad de la insignificancia.

Es 12 de abril de 1931. Tras el gran plebiscito, al Ministerio de Gobernación llegan los primeros resultados. La desolación en la antigua Casa de Correos es solo comparable al auge de quienes dicen no respetar la figura del monarca. Las principales ciudades son republicanas. España es republicana. El pueblo, que estaba hambriento de ley, habla, y acaba de sacrificar al ungido. Al rey coronado. Como en toda revolución, las calles se llenan de celebrantes que agitan sus sueños, que vuelven la espalda al ayer.

El espíritu del tiempo es voluble. Va y viene. Lo que es hoy deja de existir mañana, y lo que hace nada parecía claro, se puede volver negro.

—España ha dejado de ser católica.[1]

Es 13 de octubre de 1931. En la Carrera de San Jerónimo, frente al Hotel Palace, empeño personal de Alfonso XIII, un grupo de chicas se abrazan celebrando un tiempo nuevo. En el Congreso, desde el estrado, don Manuel Azaña, todavía ministro de Guerra, se levanta en armas contra el más íntimo, el más sacrosanto de los valores patrios. Su cuerpo refleja la tranquila autoridad de quien tiene fe en lo que dice. No quiere enfrentarse a nadie. Mucho

menos a Dios. Cada una de sus palabras, de sus silencios, buscan hacerse hueco entre los novecientos cuarenta ojos que observan su cara redonda, sus gafas de pasta negra clavadas sobre una boca enorme.

—El auténtico problema religioso no puede exceder de los límites de la conciencia personal, porque es en la conciencia personal donde se formula y se responde la pregunta sobre el misterio de nuestro destino.

Se escuchan aplausos. Su voz retumba entre el nerviosismo de cuantos abarrotan la Cámara. Habla de libertad. Del derecho de un pueblo a elegir sus creencias. Pero hay pueblos que nunca se han gobernado, que solo saben tragar. Desde su escaño, Lerroux contempla lo enorme de la fábrica. Han conseguido hacer de España un país justo. Libre. Vuelven a sonar vítores. Ahora, Azaña habla de respeto. Borrar de un plumazo toda señal de credo sería un suicidio; que cada uno gobierne su espíritu. Una tierra que se duerme devota no se puede pretender que amanezca herética. Lo de creer, incluso lo de no hacerlo, no es producto de una tarde. Ni siquiera de una guerra. Por más que tocara deshacerse de los santos y las monjas, del incienso y el pan ácimo; por más que lo moderno fuera vaciar las casas de cruces y los pechos de salvación, las mujeres seguían persignándose frente al sagrario, cubriendo sus caras con velos. Azaña lo sabe bien. Las ve frente a San José. Mientras enfila hacia el hemiciclo. Su propia hermana, en Alcalá de Henares, sigue cuidando del oratorio familiar, de la Virgen de las Mercedes, del crucifijo dorado de su madre.

—Que haya en España millones de creyentes no os lo discuto —continúa. No quiere, no puede y no debe enfrentarse a todos los que abarrotan romerías, a quienes se arroban frente a un trono. También ellos son electores—. *Pero lo que da el ser religioso de un país, de un pueblo y de una sociedad no es la suma numérica de creyentes, sino el esfuerzo creador de su mente, el rumbo que sigue su cultura.*

La conciencia general. La cultura nacional. Verdades tan absolutas como abstractas. Tan etéreas como la propia religión. En boca de un hombre que, de niño, ya parlamentaba con fluidez con las carmelitas del convento contiguo a su casa. Quiere un Estado

justo. Sin la tutela de Roma ni de ningún purpurado. Un Estado que no dependa de encíclicas. Que se gobierne desde abajo y no desde una hiperbólica *Eternidad*.

—Elvira, hay que despertar.

Es 16 de septiembre de 1946. Han pasado quince años. Solo quince. Las calles hierven en su adhesión obligada a Franco. Mientras Miguel se colaba entre mis sueños y me impelía a moverme, a salir del trance en que la noche te arrulla, el pueblo mueve su boca. Amordazado. Gritándole al supuesto mundo libre que no acepta su tutela, que por mucho que lo aíslen, jamás se doblegará. Debía de ser tan temprano que apenas se intuía el reguero de luz que, desde muy pronto, desbordaba el alfeizar de mi ventana. Lo normal era abrir los ojos y ver aquella raya brillante aproximándose a mi cama en un intento de abarcarla entera y, por ende, a mi cuerpo breve. Pero aquel día, que era lunes, nada. Desde donde estaba mi cama, podía ver cómo la puerta contenía los sonidos de la casa. Las sillas exiliadas del viejo comedor ahora amontonadas frente a mis ojos. Al gato de la vecina, que gustaba de marchar entre los tiestos que componían la línea de horizonte de la escena. Me llevó hasta el baño. Como si fuera yo el gato, pasó por mi cara un paño mojado, sin más interés que el de recomponer un poco mi aspecto. Después vinieron el pelo y la ropa, un poco de leche, pan y un «cariño» que mi hermano Gabriel susurró al cruzarse conmigo en mi camino hacia el exilio. «Te voy a echar de menos», dijo luchando por contener la pena. La verdad es que, desde la deserción de mi padre, y de eso casi hacía un año, era Gabriel quien procuraba hacer mis días menos fieros. El único que dirigía su nariz hacia mí entre tantos y tan malos recuerdos. «Eres lo único bonito que queda en esta casa», insistió. Acto seguido me abrazó y se escurrió por el pasillo que parecía un poco más bajo y un poco más triste que de costumbre. En bata, recostada sobre la pared del vestíbulo, Olga pasaba por una de las cariátides descritas por Pausanias, soportando estoica el peso de la tragedia. La miré. Me miró. Y, con cierta suficiencia, consintió en doblar su cuerpo

hasta alcanzar mi frente. Era el beso de Judas. Sentí la humedad de sus labios y un suspiro como de alivio. Habían sido meses haciéndole ver a mi hermano que lo mejor era extirparme, deportarme, hacerme desaparecer. Meses de chantajes femeniles que, por fin, terminaban en victoria. Recuerdo la dureza de su gesto mientras salía de su vida. De la suya y de la mía. Me entregaba a un futuro incierto, a otras manos, a días de rezo y noches de atrición. Y su rostro era una roca. Como el traidor en la capilla Scrovegni, también ella vestía de amarillo. Yo de verde, como Adela. El color parecía treparle por el cabello que había empezado a teñirse hasta confundirse con su tez cerúlea. Volví a mirarla. Era como los cuadros de Kirchner. Primitiva y cruel. Me colocó el pañuelo sin casi tocarme. Agarré la mano a Miguel y bajé las escaleras con pequeños saltos. Ajena aún a cualquier cambio. A toda mudanza. A ella la dejé bostezando soez. Ya en la calle sentí cómo la mañana golpeaba mi cara. Había bares abiertos, mujeres arrancando el día, algún perro roñoso y niños que jugaban a la guerra *fusilando* a otros niños. Con palos astillados. Mientras unos apuntaban, entornando un ojo para no errar en el tiro, los otros se tiraban, pero por el suelo, muertos de risa. No sabían hacer otra cosa. Jugaban con lo poco que tenían, prácticamente nada, e imitaban a sus héroes. Los míos, hasta la fecha, habían sido mi padre y el músico del tercer piso. Sendas almas atormentadas que debieron ver en mí, el uno, un motivo de esperanza, algo de luz el otro. Durante el brevísimo trayecto que separaba mi casa del que, a fuerza de encierro, se convirtió en mi hogar, no cruzamos ni una palabra. Miguel tiraba de mí con tristeza, como con un poso de angustia. No debía resultarle fácil entregarme, deshacerse de quien solo era una niña. Esa niña que había visto nacer y a la que no sabía cómo amar. Había heredado mi destino. Mi hacienda y mis noches. También mis días. Sin saber ser hermano, le tocó ser padre e, inseguro, acabó cediendo. Al fin llegamos a la cerca, al dique de ladrillo rojo que, desde entonces, transformaría mi mundo, mi forma de mirar. Que de pronto se convertía en reja. Una reja a base de roleos cubiertos de óxido con una sencilla cruz en lo alto. La misma reja que separaba la calle de un minúsculo patio donde

solamente había hojas, las del incipiente otoño madrileño. Que se abría en el muro interrumpiendo el silencio de sus formas, esa pobreza a la que todas las órdenes religiosas se entregaban con encendida devoción.

En Madrid, el otoño es naranja, rojo y sutil. Es morado. Seco. El viento ulula y besa las palmas. Barre las calles, los cielos y las ideas buenas; escasas. Retuerce el ánimo. El otoño en Madrid es la primavera de Chile.

—*Las Órdenes religiosas tenemos que proscribirlas en razón de su temerosidad para la República* —insiste el ministro Azaña. Sabe de los desmanes de antaño. De la quema de conventos. De cadáveres de monjas expuestos en la calle. De custodias convertidas en letrina. Y no quiere una «leyenda de falso martirio». El calendario ya está lleno de san Policarpos, de Águedas y Anicetos. De Perpetuas, Cecilias y santos niños. No quedan días para más víctimas. Cada concejo tiene su iglesia, cada familia su santo y en el fondo, Madrid, como dicen que dijo, y no dijo, Enrique IV, *vaut bien une messe*.

Un frontón de granito y sendas pilastras decapitadas sobre un plinto de cuatro escalones eran lo único que despertaba interés entre tanta escasez de genio. Al fondo del patio. Marcando un hito. Como si no le correspondiesen. Como si hubieran sido robados para adecentar el alzado. Miguel tiró de un cordón que pendía por detrás del arco y sonó débil una campana ronca. Casi al instante, desde una puerta igual de humilde cerrada a la izquierda del cuadrado, se nos apareció una figura escultórica. Con su vestido de paño pardo tocando el suelo. Con su velo inusitadamente negro. Su cara blanca. Sus manos gruesas. Allí puesta parecía una de las santas tranquilas de Mena, guarecida en su hornacina de granito.

—Ave María purísima —dijo.

—Buenos días —contestó Miguel, que profesaba el ateísmo.

No hicieron falta más fórmulas. Ni presentaciones. Nos abrió

la cancela y, como si se conocieran, permitió que allanáramos el santo lugar. Una vez dentro, se intercambiaron más frases, cortas, y algunas miradas que terminaban siempre en mí. Yo no sabía que la entrega estaba pactada, que aquel encuentro no era sino la culminación de días negociando mi existir. Por fin, Miguel se volvió hacia mí, clavó sus manos sobre mis hombros y me dijo en tono quedo: «Tienes que ser razonable». Esa fue su única encomienda. Que fuera razonable. Me dio un abrazo, y sencillamente se esfumó. Volvían a abandonarme. Pude haber llorado, me ardían las pestañas; corrido tras de su sombra, pero, siendo razonable, sabía que estándome quieta, pareciendo sumisa, todo sería más fácil. La hermana Maravillas, así se llamaba la monja, como un prestidigitador, como uno de esos ungüentos mágicos que se venden en las ferias, me cogió del brazo y me introdujo en aquella red de celdas y pasillos. De callejones sin salida. Olía a claridad. Yo conocía la tapia, la puerta de forja, los tejados de pizarra y hasta el nombre de quienes, allí recluidas, vivían ajenas al siglo. Conocía el barniz, lo más externo, las copas de los árboles que aventajaban la cerca y el tañer de la campana. Lo poco que de sí mismas querían mostrar. Ahora, como Jonás, estaba siendo engullida y obligada a descubrir las tripas de aquel cetáceo. Conducida por una extraña, frente a puertas cerradas y sin derecho a enfadarme ni a sentir pena. Debía ser razonable. Una de las puertas se abrió. Otra monja, solícita, encaramada en su pretil, instruía sobre el misterio divino. Crucifijo en ristre. Parecía sor Jerónima de la Fuente allí colocada. Con el tiempo supe que, como la santa toledana, la hermana Mercedes también mortificaba su cuerpo para encontrar el camino, que también ella se encerraba para orar y que decía ver a Dios. Con el símbolo de la Pasión entre sus dedos, removiendo el aire con viveza, instigaba a un reducido cenáculo de adolescentes dispuestas a creer. Debía inocular en sus cuerpos el amor hacia la Iglesia, y en esa labor, consumía la poca energía que le dejaban las noches de martirio. Su cara, como en el cuadro de Velázquez, transmitía el aplomo de quien todo lo ve. La vigilia le rondaba los ojos. Tenía sesenta y seis años. Llevaba en el convento tantos como sesenta y uno, y conoció a la madre

fundadora. Eso la dotaba de un halo de misterio cuasi sagrado que hacía que, todo ser vivo con quien se cruzaba, reverenciara su persona. Así lo hizo mi guía mientras me conducía por el corredor principal, inclinando la cabeza con decoro. Aunque no era superiora, su ínclita humildad no le permitía detentar poder terreno, guiaba con ardor todo cuanto acontecía entre esos muros. No se le conoció más familia que a las que, como ella, habían prometido vivir toda su vida en obediencia, castidad, pobreza y recogimiento; mayor interés que el de transformar aquellos cuerpos inmaduros, susceptibles al pecado, en férreos soldados de su causa. Una mujer que ya no era mujer, que ignoraba con gracia toda señal terrena. Apenas salía del convento por no verse corrompida por el mundo. Una clausura autoimpuesta que entendía como una ofrenda, como el único modo de expiar sus culpas y las de la humanidad. Así de pesada era la carga que soportaban aquellos hombros quebrados, aquella mirada brava, aquel cuerpo enjuto que cubría con el sayal más áspero. A pesar de su presencia terrible, nunca me imprimió miedo. El ascetismo que encarnaba me parecía romántico. Su entrega encomiable. Hubo un tiempo en el que, también yo, quise ser santa. Me aferraba al silencio, a la oración eterna. Incluso al ayuno. Pero no fui capaz de escapar a mi cuerpo. Nunca supe y nunca sabré si la hermana Mercedes levitaba o no. Si veía a Cristo o sufría migrañas. Tan convencida estaba de que aquella luz en su celda era divina, que ni el propio Dios encarnado habría conseguido disuadirla.

—La salud del Estado, a mi modo de ver, es una cosa hipotética, un supuesto, como el de la salud personal. La salud del Estado, como la de las personas, consiste en disponer de la robustez suficiente para poder conllevar los achaques, las miserias inherentes de nuestra naturaleza.

Azaña siente fatiga. Hace unos días que anda cansado. Queda mucho por hacer, mucho por construir, y las promesas se amontonan en su mente, entre los papales que ocupan su escritorio. Ni si quiera entre sus filas hay consenso. Sin darse cuenta se están convirtiendo en dioses, santos profanos a los que

sus fieles reclaman acción. De los que esperan milagros.

Llegamos hasta una sala espaciosa donde, por parejas, se disponían doce camas sencillas. Sobre una de ellas, la última de la izquierda, estaban todas mis pertenencias. Un jersey de lana, un par de zapatos, una camisa blanca y un camisón de franela. Dobladas, apiladas haciendo equilibrio, representaban todo mi haber. Habían llegado antes que yo. En un traspaso de poderes clandestino del que no fui consciente hasta mucho tiempo después. «Desde ahora vestirás así». Vestido gris hasta casi el tobillo y un faldar blanco de algodón atado a la espalda. Era una trasposición de su hábito, del de todas esas almas puras. Aquel uniforme expresaba las formas autoritarias, casi castrantes, de una sociedad panteísta que necesitaba exhibir su pulcritud, que debía ser ejemplar y a la vez ejemplarizar. Esa legión de niñas devotas, provistas de pulcros trajes, éramos el mejor síntoma, el más elocuente, de que en España se había recuperado el orden. Que volvíamos a ser dignos ante los ojos de Dios. Dentro del estricto camino a la perfección, se encontraba una norma que, al principio, me pareció vacua pero que, con el tiempo, se convirtió en uno de mis auténticos martirios. El delantal que culminaba nuestra facha, ese donde lo natural era secarse las manos, debía permanecer tan limpio como nuestras conciencias. Primera gran prueba para un cuerpo devenido agreste como el mío, acostumbrado a pernoctar en una cama maltrecha. Ahora debía someter a constante escrutinio toda mi naturaleza, contener cada paso que pudiese alterar la pureza de ese lienzo inmaculado. Como en Esparta, allí se formaban mente y cuerpo. También el alma. Debíamos convertirnos en incorruptibles piezas de un viejo sueño. El de la «nueva cruzada».

—*España era católica en el siglo xvi, a pesar de que aquí había muchos y muy importantes disidentes, algunos de los cuales son gloria y esplendor de la literatura castellana* —declama el ministro—, *y España ha dejado de ser católica, a pesar de que existan ahora muchos*

millones de españoles católicos, creyentes.

De hecho, entre los allí congregados, hay quienes se arrastran penitentes tras de cristos de madera, quien se entrega a la sacra meditación. Por mucho que se empeñen, su hoy no es tan distinto del ayer. Antes se quemaban herejes, hoy se incendian capillas. El caso es convertir en ceniza al semejante, alimentar la tierra con el dolor del prójimo. Toda crisis se cobra sus cuerpos. Es necesario que el vencedor sienta su poder mientras consume al vencido. Que sus secuaces, que todos los que le erigieron, quienes hicieron posible su gesta, le vean en lo alto de una pila ardiente de despojos. Y cuerpos.

Es muy probable que entre esas cuatro paredes no hubiera una estrategia de ocupación general, que ninguna de aquellas mujeres con cíngulos de esparto entendiera su labor como imprescindible en la constitución de una nueva sociedad. Pero las grandes empresas necesitan de gestos pequeños y, con sus rezos, con cada una de sus prohibiciones, iban apuntalando las bases de esa vieja nueva sociedad autoritaria y supuestamente pía que, tras la guerra, lo había copado todo. Eran ellas y todos los que como ellas se encargaban del magisterio, las que inoculaban el miedo a todo lo que se escapara del catecismo. Las cómplices del hierro. Las responsables de que nosotras, una vez programadas, regresáramos al mundo desprovistas de derechos, de medios para ser libres. Te enseñaban gramática, latín y teología. Francés, historia y a coser. Conocías la historia de Rut, de san Jerónimo, la de las vírgenes prudentes y los días de ayuno. Pero nada sobre tu cuerpo. Nada sobre el significado de ser mujer. Aprendías a fregar, a respetar al marido, al padre o al hermano. Pero ni una palabra sobre el amor, sobre el cariño. Una educación que no daba tregua al sentimiento, que se empeñaba en acerarte el pecho. Así, día tras día. En cada colegio de cada pueblo. En cada uno de los conventos de cada una de las ciudades. Por toda la geografía reconquistada. Una fórmula magistral que se aseguraba décadas de vida, que, como el agua, acabaría invadiendo todo. Que, en mi caso, seguiría latiendo en

mis hijas. Nueve años de apostolado son indelebles. Por mucho que haya querido cambiar, por más que me haya abstraído de cuanto allí aprendí, hay un regusto, un fondo como de pincho, que sigue en tu carne. Que he injertado en los míos y que, todavía hoy, continúa floreciendo. Tres mil doscientos ochenta y cinco días adiestrando tu semblante te convierten en esclava de otro tiempo.

—*Bajo ninguna condición, en ningún tiempo, ni mi partido ni yo en su nombre, suscribiremos una cláusula legislativa en virtud de la cual se siga entregado a las Órdenes religiosas el servicio de la enseñanza.* —No es posible que el Estado moderno siga anclado en teorías abrasivas. En las escuelas, en el nombre de Dios, se predican verdades que, a través del alma, no hacen sino limitar el espíritu, piensa Azaña. Cada día, en tantas aulas, a tantos niños, se les inculca un orden de cosas que ya no responde al real, que persiste en volver su mirada al cielo, que todo lo concibe con terror—. *Esta acción continua de las Órdenes religiosas sobre las conciencias juveniles es el secreto de la situación política porque España transcurre.*

Y eso no se puede consentir. Han sido siglos de hegemonía de la sinrazón, lustros de oscuridad que deben ser sometidos al gobierno de todos. Quien busque a Dios que pierda el día en la Iglesia.

Aquella primera mañana mía, tres lustros después de las soflamas de Azaña, culminó con la visita a un médico devoto que sentenció que mi salud era pasable y que, a pesar de mis escasos quince kilos, podría superar el invierno. Era importante que las reclutas gozáramos de una salud pasable para justificar el gasto que suponía nuestra educación. Imprescindible que sobreviviéramos para que esos valores absolutos traspasaran sus fronteras. Pura estrategia. Me miró más que nunca nadie lo había hecho. Recuerdo el frío de sus manos en mi piel y una especie de aroma a tabaco que me llegaba desde su boca empastada. No era como Cristóbal. Su mirar era distinto. Para aquel hombre solo era un despojo al

que dar asilo. Otra preocupación. Parte de la basura que se amontonaba en las calles y que, como buen cristiano, estaba obligado a auxiliar. A barrer. Era tanta su necesidad de salvar vidas como la premura en contar al mundo la bondad de sus actos; tanta la urgencia facultativa como el denodado interés en consolidar su nombre. Durante todos esos años, bajo el palio del Caudillo, fueron floreciendo personajes como este galeno de saber limitado, fortuna exigua y formas justas, que prosperaron entre proclamas fascistas y sombreros de ala leve, y configuraron una nueva burguesía acomodaticia de reptiles aquiescentes. Estaban llamados a ocupar el hueco de los ilustrados inconformistas, de los monárquicos incorregibles, de los proscritos y de todos los que, por miedo, por templanza o precaución, habían sido neutrales. No conformes con ocupar los palcos y los despachos, se apropiaron de los títulos, de las dignidades, articulando una corte de adulterados aduladores y chivatos mentirosos. Quien, como si yo fuera un carnero, acababa de inspeccionarme, nunca llegó a vivir en uno de los principales de los edificios de Serrano, ni a detentar grandes cargos, pero, a su manera, en su medio, sí que hizo sentir su brío. Un cacique regalado. Una garrapata sobrada. Con la conciencia tranquila, henchido de autocomplacencia, éramos en su existir como un seguro de vida. En la otra vida. Terminó el escrutinio. Continué mi periplo custodiada por la hermana Maravillas. Cargaba con un colosal manojo de llaves. Yo, con la angustia de un neófito. Supongo que me darían de comer, que acudiría a alguno de los Oficios pero, de aquel día, lo siguiente que recuerdo es la noche. Bajo las sábanas. Más bien ceñida entre ellas. Con el silencio de la oscuridad atronando mis orejas. Tratando de saber el porqué de los crujidos, de cada ruido. Más asustada que nunca. Desprovista de nombres que gritar, de frases que revertieran el tiempo. Con los pulmones encogidos y el estómago doblado. Las rodillas contra el pecho, la boca apretada. Sin saber dónde mirar. Cubierta de ese azul que persigue ser negro. Muerta de miedo. Pensando en mi madre, en el mármol de su tumba, en sus brazos. Pensando en mi padre y en su locura. Tratando de ser razonable. Ni una lágrima. Acostumbrando a mi piel al calor frío de una caldera de carbón. Al

tacto tieso del algodón. Renunciando a mi inocencia, al derecho a ser sincera. En la más estricta soledad. Sintiendo como si todo estuviese hecho, como si, allí tumbada, fuese a desaparecer, a ser tragada por ese colchón de lana y pena. En algún momento debí quedarme dormida. La naturaleza es más fuerte que el espíritu. Abandoné aquel cuarto y, como Alicia, caí rodando por el abismo de la inconsciencia. Allí donde todo es verso, donde nada se comprende. En un lugar en el que, «brumeando negro, brillaba el sol».[2]

11

> Nadie llega al cielo que no venga del cielo.
>
> JUAN 3, 13

Como buen monárquico, igual que el personaje de Polidori, mi abuelo creía en la sangre más que en ninguna otra cosa. Era por ella, gracias a ella, como las grandes potencias del mundo habían consolidado su fama. A través suyo como se había ordenado Europa. Aquella idea de «raza», tan peligrosa en ocasiones, articulaba gran parte de sus discursos. Públicos y privados. Pasaba horas entregado al *Gotha.* En su lectura no solo encontraba sostén a sus ideas, al cada vez más discutido papel de los monarcas; lo que en verdad le seducía de aquellas listas de príncipes y princesas, de archiduques y condesas, era el fasto de otro tiempo, ese que, a su pesar, parecía perdido. Era como una regresión, como un salto a las escenas de Paret, a los lienzos de Van Loo. Retenía los nombres completos de infantas, la lista de ascendentes que aseguraban un título, y todo por sentirse importante. De un modo romántico. Ávido genealogista, confeccionó un pasado en forma de roble que colgaba de una de las paredes de su despacho. Allí figuraban cada uno de los miembros de su estirpe, una familia que, en algún caso, había detentado ilustres plazas a la sombra del poder. Con una letra perfecta, casi de mujer, aparecía cada nombre, cada tratamiento. Nuestra rama, más bien como la de un membrillo, florecía exultante sobre un tronco áspero en cuya base figuraba un nombre, Bernardino. Desde allí, la línea quebrada iba tomando altura forrada de nombres de varón a cuya vera descabalgaban los

de sus solícitas esposas. Una sucesión de primogénitos que condenaba al árbol a la grisura de un Bernardino por cada salto. Apenas dos féminas se habían hecho con el honor de aparecer primero en su cartela; una, Inés, la otra Mariana. Mientras que en la primera el brote se extinguía nada más surgir, de la segunda derivábamos todos nosotros, mi abuelo, mi padre, mis cuatro hermanos y yo misma. Como no podía ser menos, Mariana era hija y nieta de Bernardinos. Casó con José, que fue el nombre con que llamó a su hijo, su único hijo, mi abuelo José. Mariana aparecía con más floritura que cualquier otro de los allí presentes, con más tinta en las vueltas de la eme, como con mayor vehemencia. Si Freud hubiese analizado aquella letra, aquel trazo cuidado y femenil, no habría dudado del amor reverencial que el hijo profesaba hacia la madre muerta. El tiempo, que además de voluble es insensato, quiso que sus vidas se fraguaran hasta el punto de ser una. Indivisible. El tal José, padre de mi abuelo, de afamada sensibilidad, provenía de un tronco casi seco pero aún esforzado, que peleaba por mantener las prebendas de otro tiempo. Esas relaciones, añejas pero provechosas, le habían situado frente al dormitorio del rey, a solo un paso del poder. Casó con Mariana porque sí y porque sí, cuando a esta le faltaban pocos días para alumbrar, se fundió con el séquito del exiliado consorte, de don Francisco de Asís, que, lejos de su prima, de la reina Isabel, la de los «tristes destinos», se confinó en Épinay. En Madrid quedaban la gloria del trono, la seguridad áulica y un hijo al que jamás conoció. Y también una viuda que, sin serlo, desde entonces, siempre vestiría de negro. Así, mi abuelo creció con el luto de una criatura despechada que jamás recuperó el brillo; con una beguina que sometió a su cuerpo a la disciplina de la nada, que no dudó en alejarse del ruido y que, a mi abuelo, le entregó todo.

Más austera, más templada y todavía más puritana, más distante y entregada, había sido esa Inés, el tallo estéril que pronunciaba sus nudos en un juego caligráfico de perfil cúfico. La tía Inés. Que se convirtió en hermana y llegó a ser madre. Que había visto la *luz*. En plena efervescencia, cuando una mujer se vuelve mujer, ella se inclinó por el claustro, por la contemplación.

Dejó a un lado el mundo y consagró su voz al *misterio*. Amputó sus largos cabellos por no gastar tiempo en peinarse. Milagroso fue lo que estuvo viva, casi noventa años, de los cuales más de setenta anduvo descalza. Cuando optó por el silencio, lo hizo convencida del servicio de sus rezos, de la necesidad de auxilio de una sociedad en descomposición; las sociedades parecen haber estado siempre en descomposición. Y «abandonó a padre y madre». Y dejó que sus huesos hibernaran entre la humedad de las piedras, arropados por el viento del norte. Mientras pasaba la vida, ella creció en pureza, en perfección y razón. Se convirtió en reverenda y replicó la hidalguía de su casa. Dejó su *cárcel* el 25 de enero de 1882. Era temprano en Ávila. El cielo se había roto y caía en tromba anegando todo. Tres días después volvió a la tierra, al mismo barro del que vino Adán. Dos cruces delgadas sellaron su marcha, una sobre el mármol de su tumba, en un lado de la iglesia; la otra, años después, pegada a su nombre colgando en la pared de mi casa.

Por cada domingo que pasé internada, con absoluta puntualidad, me fueron concedidas siete rosquillas de anís que Olga refreía en su recién conquistado hogar. Huevos, azúcar, un poco de leche, anís dulce, mantequilla, una punta de bicarbonato y harina. Llegaban envueltas en papel de estraza, todavía grasientas, y apuntalaban mi dieta desde el fondo de una lata medio oxidada de chocolates Española, «gran fábrica movida al vapor». Eran como un remedio, la única forma en que «la mujer menguante», así la llamaba Gabriel, que era quien hacía de botones, silenciaba la culpa. Hubo semanas con regusto a sardina. Otras con cierto aroma a ajo. Incluso recuerdo un lunes que sabían a laurel. Salían del aceite viejo de días de guisos, del caldero donde hervían las viandas de una fresquera desierta. Si se hubiera perseguido cada esencia, cada fondo de esas rosquillas, se podría haber escrito la historia gastronómica de los míos y de los que, como ellos, construían la nación. Los remiendos de sabor se hicieron más variados, más mundanos, mientras fue pasando el tiempo. Con los

años, el racionamiento comenzó a ceder y España sacó pecho. Mis papilas, en consecuencia, fueron descubriendo especias, gallina, manteca, pimiento, lombarda e incluso matanza. Pero llegó un día, poco antes de exclaustrarme, en que solo supieron a anís. Por fin habían sido fritas en aceite nuevo.

Una por día, contribuyeron a ordenar mi vida. Venían tras las Vísperas. Con los sesos aun prendidos al Evangelio. En una ceremonia pausada que concluía con mis dedos pringosos. Abría la caja, retiraba el papel calado de aceite y comenzaba el festín. Los lunes conservaban su blandura. Las mordía y casi se escurrían por entre mis dientes. Pero llegaba el sábado y la superviviente, el último ejemplar, pasaba por una piedra anisada, un lingote que, con ahínco, sometía con mi lengua. Mientras masticaba aquel manjar, muy despacio, como queriendo atrapar hasta el más sutil de sus matices, pensaba en Olga. En mi delirio hiperglucémico, la imaginaba como una desgarbada Hestia friendo día y noche. Atada a su sartén. No le guardaba rencor. Era como una sombra borrosa, un secundario, una voz nasal al fondo del pasillo. Un juego amañado. Apoyada en la pared, ella fue consciente de que mi excursión sería eterna. «Era lo mejor», se repetía como placebo. Yo, sin embargo, ni siquiera sabía de su culpa. El día de mi expulsión, cuando Miguel regresó sin la carga, la encontró pálida, asustada, más pequeña que nunca. Había visto a mi madre, dijo, reflejada en el espejo de la sala. Muerta.

Recuerdo como al terminar la merienda, con la grasa que me quedaba en los dedos, sacaba brillo a mis uñas como la mujer que sería. Era el apogeo de todo ese proceso, la culminación de una rutina que duró tanto como una vida. Tres mil ciento noventa y dos rosquillas son muchas, tantas como para que hoy deteste el anís. Pernoctaban bajo mi cama, al lado del único par de zapatos con que contaba. Nunca faltó una y, sin embargo, cada vez que abría el embozo de celulosa, las contaba con sospecha infundada. Ahí estaban. Forradas de una fina capa albina. Irregularmente perfectas. Apoyadas una sobre otra. Tentadoras.

En aquel *presidio* se nos formaba como impecables cristianas, como amas de casa y mujeres de bien, y una falta como el hurto se

hubiera pagado caro. Nunca recibí un castigo, pero sí toneladas de frío. Jamás marcaron sobre mi piel sus escuálidos dedos piadosos; donde sí dejaron huella sus credos, sus recomendaciones largas, donde sí se incrustó todo el dogmatismo excluyente de aquel tiempo, un correctivo velado, un goteo de bridas dirigido a frenar cualquier tipo de singularidad, fue en el lugar en el que intentaba formarse mi carácter, donde vivían mis deseos. Cada convento, cada colegio, cada capilla eran como el Palacio de El Pardo, máquinas engrasadas para fabricar adeptos. Nada más ingresar, se nos iniciaba en una reconducción de nuestro ser hacia veredas más provechosas y pías, menos improductivas. Nada de juegos inútiles. Nada de estériles ocupaciones. Con apenas una mirada, aquellas *santas* tenaces conseguían doblegar los excesos de tu piel, toda desviación propia de la carne. Tenían la encomienda de ajustar nuestros genios, de volvernos útiles. Ellas estaban arriba y participaban de Dios; nosotras, abajo, a través suyo, recibíamos Su luz. El mismo feudalismo franquista. La misma fórmula vertical. Un reducidísimo grupo de notables que, aparentemente magnánimos, arbitraban la existencia de millones de obligados aquiescentes; que, desde lo alto, dirigían los destinos de cuantos, abajo, se conformaban con seguir a quienes cabeceaban sin tino. Hombres, solo hombres, queriendo imitar al dador de vida, jugando a enmendar lo que, según ellos, la ignominia republicana había provocado. Ahora, desde Madrid, se gobernaba en latín, con olor a incienso y mirra —oro no quedaba ni en el Banco de España, al parecer estaba en Moscú—; frente a brazos incorruptos y leyendas edificantes. Hisopo en mano. Se sentían cruzados y, como tales, velaban sus armas al amparo del sagrario. No freían rosquillas, pero como Olga, supongo, tendrían la necesidad de acallar sus faltas, y la Iglesia, amén de decorado, era el mejor de los filtros absolutorios.

Los que dicen vivir por Dios son muchas veces las más terribles criaturas. Celoso e implacable, sangriento y riguroso, su Dios solo es el dios de la venganza. Convencidos de que escuchan su voz, se erigen ejemplo de vida. Insaciables, hacen de su fe verdad absoluta. Amarrados a la Biblia, a su interpretación

trentina, esos hombres y mujeres eran bultos incapaces de moverse, sombras proyectadas sobre sudor. Siempre lejos de toda duda, de cualquier tipo de injerencia metafísica. Varados en mitad de ningún sitio, con las velas semihinchadas, no atendían a nada que no hubiera sido ratificado en Roma; pero no en la Roma luminosa de Tadeo, la de la vida mundana. Aquellas novicias que también fueron niñas y que hoy impartían absolutismo, esos militares que de pequeños ya jugaban a la guerra y los funcionarios y demás parásitos de la España de mi vida, de la primera de mis vidas, todos, andaban con la seguridad de pisar tierra firme, ajenos al devenir del tiempo. Mientras nosotras, ejército impoluto y monocorde, en nuestra poquedad, respirábamos su petulante aliento, contaminándonos con su estulticia.

Cada rosquilla, cada una de esas tres mil ciento noventa y dos rosquillas era única. Las había más fritas, menos, con una especie de cresta dorada, rechonchas, inflamadas, incluso sin agujero. Con sabor a arenque, a leche agria, a entresijo, a achicoria. Mis días, sin embargo, fueron casi todos idénticos. Tras la primera oración empezaban los trabajos forzosos. Se limpiaban los dormitorios. Se sacaba brillo a los vidrios de puertas y ventanas, se cosía la ropa blanca. Se pelaban patatas. Se bruñía la vajilla sagrada, el copón y el cáliz y se bordaban el alba del oficiante y los pañuelos de batista de nuestras benefactoras. Se hilaba huevo y se bañaban castañas. Se hacía mantequilla y guirlache. Y se rezaba otra vez. Por la tarde se aprendían los rudimentos imprescindibles para leer. Y se volvía a rezar. No todos los sujetos que allí pululábamos corríamos la misma suerte. Entre las mayores, estaban las pensionadas pudientes que habitaban el edificio principal y las que, por caridad, habían sido arrancadas de la calle, más bien del fango que se acumula después de días de lluvia, y que andaban en lucha con su conciencia. Las pequeñas éramos todas producto de la miseria. Las unas cuidábamos de las otras. La autarquía del espíritu encontraba perfecto reflejo en la tierra con aquella economía levítica que hizo del convento un modelo de capitalismo piadoso. Lo que no se vendía, se consumía. Lo que sobraba, se intercambiaba. Las pensionadas sufragaban su existencia. Por las arrepentidas pagaba

el Estado. Y nosotras, con nuestro trabajo, nos costeábamos la vida. Pura economía de posguerra. A la espalda del colegio, entre madroños, membrillos e higueras, había un breve huerto que horadaban las más fuertes, niñas tan rudas como el terreno, con durezas prematuras en sus prematuras manos. Aquel edén urbanita era como la vida. Parco. Tozudo. Impredecible. Ingrato. Sordo. Salpicado de tomates. Castigado por insectos. Con alguna flor en mayo; para la Virgen.

Como en toda colmena, en el convento había una reina. Apenas se prodigaba. Se la veía en los oficios, oculta bajo su autoridad, entregada a la oración con el fervor de una mártir. Tenía reservado un sitial en el refectorio, un plato sobre la mesa y una servilleta perfectamente doblada. Siempre estuvieron vacíos. Si comía, nunca llegué a comprobarlo, debía de hacerlo en su despacho, al margen de toda mirada, evitando mostrarse viva. Estar vivo, consideraba, era ser débil; dejarse gobernar por los instintos, sinónimo de flaqueza y ella, prácticamente incorrupta, no cedía ante las ganas. Sor María Juana del Señor nació siendo simplemente Teresa en una covacha del arrabal de Vallecas. Nunca pudo mechar su carne con nada que no fueran sobras y, desde pequeña, se habituó al ayuno. De existir azaroso, renunció al cobijo parental, también a sus palizas, mucho antes de ser mujer, cuando se acunan trozos de esparto mientras se sueña con ser madre. Huyó de lo seguro, un jergón ruinoso y el agua de un pozo agotado, para perderse en lo incierto. Y se quemó. Le quemó la vida, esa a la que ahora renunciaba. Le quemaron las furibundas manos de hombres amargos apretándole sus pechos, arañándole la piel; le quemaba la frente de miedo, de enfermedad; le quemaba el gaznate de tanto aguardiente; le quemaban las caderas, el vello, la boca; le quemaban los ojos de solo llorar. Conoció el tormento de no ser nada, de no importarle a nadie, y a punto estuvo de arder en el averno. Cubierta de hollín, atormentada y moribunda, casi ya sin aliento, recaló entre las tapias aún húmedas del colegio. Al abrigo de la fe. Desde entonces, atravesada por la culpa, entregó su tiempo a la observancia del más estricto orden, de la regla más severa. Fue larva y aprendió a obedecer. Fue obrera y enseñó a

venerar. Y finalmente se convirtió en reina. Y desapareció en el fondo del panal. Solo se la escuchaba dirigiendo el ángelus. En un tono bajo. Como de puerta cerrada.

—*Ecce ancílla Dómini*

—*Fiat mihi secúndum verbum tuum* —coreábamos al unísono. Un día tras otro. Lloviera o abrasara la solana. Era como un tiznado monocordio.

Arrodillada en el primer banco y con el rostro vuelto al suelo, representaba la prueba viviente del poder salvador de la contrición. Había en ella un poso de aflicción, como de herida abierta. Nunca se recuperó del todo de los días de perfidia. Y supuraba. Cerraba los ojos y se veía arrastrada entre zarzas, devorada por hienas y en los más sucios tugurios. Olvidada por Dios. No había conseguido borrar ni la culpa ni el dolor. Tampoco el olor agrio de la saliva en su piel. Quizá eso fuera lo que le hacía tan grave, la razón de su firmeza. Su mayor afán era conducir a las salvajes, a las descarriadas que como ella se habían transformado en bazar. Estas ocupaban un pabellón anejo, apoyado sobre el testero de la capilla. Allí escondidas procuraban callar las voces que, desde la acera y en su cabeza, no paraban de insultarlas. Rameras, pupilas, fulanas, areusas. Pero las putas de la guerra lo que tenían era simplemente hambre. Y no vendían, intercambiaban. Lo poco con lo que contaban, su sexo y su dignidad. Eran consumidas, maltratadas y, sin embargo, esa cosa tan grande, ese pecado de la carne imperdonable, solo contaba entre sus debe. Ni una palabra para el macho humillador. Eran ellas las lapidadas. Ellas las que, al dejarse corromper, arrastraban el peso de la mancha. Ni un reproche para él. En mi cenobio había doce, como los apóstoles. Siempre estaban vigiladas, sus ventanas precedidas por barras. Había que salvarlas también de sí mismas, de su veleidad. Que no pudieran volar. La madre ornitóloga cuidaba de ellas con celo marcial. Se veía reflejada en sus mejillas pajizas, en sus míseros penachos. Eran su ofrenda particular a Dios. Quería salvarlas para salvarse ella, inocularlas su fe. Solo una vez vaciló. Le encomendaron el alma de una niña que parecía un jilguero, Fernanda. Un ser tembloroso incapaz de fijar la mirada.

La guerra, como a tantos, le había dejado sin nada; estaba sola en el mundo, y también se volvió objeto, simple mercadería. Desde su ingreso, no paraba de lavarse. Restregaba su carne como queriendo librarla de tanta bajeza, de todos los besos con saña que aún podía sentir, de las barbas sucias que le seguían resultando insoportables; del sudor de tantas bestias, de todos los cuerpos que se habían hundido en ella. Llegó a reventarse la dermis. La sangre en su espalda o escurriéndole en los dedos, la que atravesaba la sarga del uniforme y dejaba en las adustas sabanas, era tomada por su guardiana como señal de dolo, de entrega, resultado de los cilicios con los que, suponía, se mortificaba. No supo prever cuán hondo era su dolor. Fue perdiendo el color. Cada vez se parecía más a las vírgenes del Antiguo Testamento, a los santos eremitas. Era como una horquilla. En su demencia higienista, no satisfecha con desollarse como san Bartolomé, desesperada, optó por hundir sus brazos en agua hirviendo. Como san Elmo. Como santa Catalina. Para derretir su piel. Para arrancarse el dolor para siempre.

Nada es para siempre. Todo pasa. Todo llega. Hasta la muerte. Mueres para vivir, para elevarte y escapar del duelo, para ser libre. Dicen. ¿El precio? Vivir. Sufrir. Amar. En las *naturalezas muertas* no queda vida. En los óleos de Sánchez Cotán apenas queda el recuerdo de lo que un día palpitó. Cardos, repollos y membrillos que se recortan sobre la penumbra imprecisa del tiempo, en la bruma del recuerdo. Se exhiben. Dejan ver lo que fueron ahora que ya no son nada. El melón se abre y se ofrece rotundo, casi sensual. Los limones parecen llenos. Prohibido sorber. Mera utilería. Están y exhiben su muerte. Parecen solazarse en su final. Tanta belleza para acabar oxidados. Renegridos. Ajados. La desgracia del mañana, de ese segundo que ya no pasa, que se atora. De ese instante en que se acaba. Lo trágico es saber que todo pasa. Que todo llega. Hasta la muerte. Saber que, para vivir, hay que morir. No tengo miedo al óbito. Temo estar confundida y que, tras vivir, sufrir y amar, no haya sino penumbra. Fundido a negro.

12

> No se puede prescindir del teatro.
>
> ANTON CHÉJOV

(Por detrás de Elvira, que ordena papeles sobre una mesa de laca grande y brillante —el pelo cano sin marcar—, arropadas por un manto blanco como de nieve, bañadas cada una por un haz de luz cenital, la madre María Juana y una de sus prisioneras aparecen en la escena; un espacio indeterminado, sin tiempo. Una de pie. La otra en cuclillas. La monja, con su hábito severo, las manos quietas, entrelazadas cerca del pecho, mira sin ver. Fernanda, así se llama el pajarillo que asustado acaricia el suelo, lleva el uniforme de la casa, un vestido gris hasta casi el tobillo y un faldar de algodón claro atado a la espalda; arrugado y sucio. Mira al suelo. Las rodillas le tocan la cara. Sobre el muro, que pretende ser plano, se proyecta la imagen ahumada de una mujer rubia, tocada, con una sonrisa enorme llena de dientes; que saluda vehemente, impostada. Mira al cielo. A pie de pista, como las figuras de un pastel moribundo, la esperan del brazo el Dictador y su esposa; él de verde oscuro, ella de riguroso negro —bien provista de perlas—. Son poco más de las ocho. María Eva Duarte, Evita Perón, está en Madrid. Es el prólogo fugaz a dos mil toneladas de maíz, de trigo. De mentiras. Fernanda, que también tiene hambre y como un hornero ya solo come grano, al fin, levanta los ojos).

FERNANDA.—Yo pensaba que ser grande era estar feliz. Que la vida me reservaba cielos, valles; un viento caluroso. Y cada mañana es peor.

MARÍA JUANA.—Es igual.

FERNANDA.—No. No lo es. Y hace frío. Y yo no quiero frío. Yo quiero días sin tarde. Campos verdes. Lluvia en las ramas. En las casas. Sobre mí.

MARÍA JUANA.—Nacemos manchadas.

FERNANDA.—No. Nacemos incapaces, chiquitas, suaves, blandas. Casi perfectas.

MARÍA JUANA.—Sucias.

FERNANDA. —*(Cómo si no la escuchara)*. Y es el aire quien nos mancha.

MARÍA JUANA.—Nos manchó Eva.

FERNANDA.—A mí lo que me duelen son sus lenguas, sus bocas; lo que me mancha es su voz, sus resuellos. Los siento acá. *(Agitada, se toca el cuello)*. Acá. *(Rendida)*. Aún. *(Pausa)*. Estaban tan cerca, tan pegados a mí, que dejaba de verles los ojos. Eran cíclopes. Gigantes enfajados en pana. Ásperos. Punzantes.

MARÍA JUANA.—*(Pensativa)*. Igual que erizos.

FERNANDA.—Me ahogaba entre sus marañas corrompidas, entre sus músculos hartos.

MARÍA JUANA.—*(Severa)*. Pero consentías.

FERNANDA.—Entre su esfuerzo.

MARÍA JUANA.—Accedías.

FERNANDA.—Entre su hiel.

MARÍA JUANA.—Lo aceptabas.

FERNANDA.—Tener su vello en mi boca era peor que la muerte. Tenerlos dentro, morir. Y sin embargo estoy viva. *(Despacio)*. Viva. *(Se mira las manos por dentro. Con el índice repasa cada pliegue, cada una de las líneas gastadas)*.

MARÍA JUANA.—Vivimos para morir.

FERNANDA.—Yo ando de luto por mi vida. Los pocos buenos recuerdos no son ya más que graznidos. Gotas negras en un mar de ganas. No importa lo que viví; los días felices. No queda nada.

MARÍA JUANA.—Queda Dios. Queda la Eternidad.

FERNANDA.—Me han saqueado la carne. Me han arrancado el llanto. En mí no queda sino esperar.

MARÍA JUANA.—¿El qué?

FERNANDA.—Que se acalle la luz. Que se apaguen los perros que me muerden el alma; que todo desaparezca. Que se pierda por siempre, para siempre, ese pudor marchito, cansado. *(Pausa)*. Quiero ser libre.

MARÍA JUANA.—Solo somos libres en el Señor.

FERNANDA.—Nunca seremos libres. Nunca seremos nada. Sí. *(Enumera)*. Restos abatidos, muecas largas, palabras mudas, cansadas. *(Silencio)*. Yiras. Putas.

MARÍA JUANA.—Como María Magdalena.

FERNANDA.—Pero sin óleos. Sin ungüentos. Apenas afeites baratos derritiéndose en la cara como nubes de invierno. Hilitos de angustia revueltos con el sudor viejo de carnes arrugadas. Surcos negros. Borrones.

MARÍA JUANA.—Ella se redimió.

FERNANDA.—La redimió el amor, madre.

MARÍA JUANA.—Por Jesús.

FERNANDA.—Por el simple hecho de amar. Ella quería querer; que la quisieran. Como todos. Como yo. Como usted. Y encontró quien quiso mirarla; quien quiso sortear el fango. Ese es el verdadero milagro de Jesús. Que supo ver.

MARÍA JUANA.—*(Musita el Evangelio de Juan)*. «Y abrió los ojos del ciego».

FERNANDA.—Nada es tan difícil, tan único como amar. Nada tan necesario. Tan peligroso. Tan triste. He mendigado sopa, pan; he mendigado brasas. Pero más que nada, más que ninguna otra cosa, he mendigado cariño. Por eso caí, por eso me arrastraron. Porque tenía necesidad de abrazos. Y acabé infectada de alientos, de dedos que eran como puntas afiladas. Soy un colador, un cráter. Una boca abierta atravesada.

MARÍA JUANA.—*(Casi inaudible)*. Seca.

FERNANDA.—Seca.

MARÍA JUANA.—*(Recordando)*. Llena de aire.

FERNANDA.—*(La corta)*. De nada.

MARÍA JUANA.—Pero ¿por qué?

FERNANDA.—¿Por qué?

MARÍA JUANA.—Sí, ¿por qué?

FERNANDA.—Por comodidad. Por miedo. Por sed. Porque sí. ¿Por qué no? *(Pausa)*. Por hambre. Por inconsciencia. Por fe; en un mundo nuevo, mejor. Por ciega. Por tonta. Por fea. Por maleva. Por todo y por nada. *(La madre María Juana, severa, la increpa con un movimiento rápido; eleva la barbilla y tensa el gaznate. Es un pavo)*. No hay más. Soy solo eso.

MARÍA JUANA.—*(Despiadada)*. ¡Y por dinero! Dejaste que te ensuciaran por dinero.

FERNANDA.—Para vivir. Intercambié lo único que era mío para poder vivir.

MARÍA JUANA.—Eso no es vida.

FERNANDA.—Lo sé. *(Se abraza)*.

MARÍA JUANA.—Eso es matarse. Condenarse.

FERNANDA.—Para toda la eternidad.

(Se crea un silencio opaco. Fernanda trata de ponerse en pie. Le fallan las fuerzas. Con su palma derecha se impulsa sobre una rodilla enjuta, amoratada, que no se ve. Está cubierta por su nueva piel de sarga, por el faldar de algodón. El dolor se trasluce en su cara, en una mueca que es como de mártir; verde y marchita. Erguida, bamboleante, aprieta las manos. Parece un tallo, una esquemática luna menguada).

MARÍA JUANA.—¿Cuál es el sexto mandamiento?

FERNANDA.—Ni sé.

MARÍA JUANA.—No fornicar. *(Silabea)*.

FERNANDA.—*(Pensativa)*. Primero me di. Después intercambié. Cuando no quedó nada, solícita, me echaba y apretaba las vísceras contra el suelo. Yo no sé qué es fornicar. A mí me han roto, me han gastado.

MARÍA JUANA.—El ayuno y la oración; la entrega a Dios; el dolor sincero. Esa es la forma. El camino.

FERNANDA.—¿Ayunar, madre? Yo no como desde niña. En mi casa en Buenos Aires. El resto ha sido engullir. Sobrevivir. Tragar. Colmar mi buche, mi escasez. *(Respira hondo y comienza a vagar, a vivir fuera de sí. Da un paso y gira la cabeza hasta encontrarse con los ojos de María Juana)*. Cada sábado por la noche poníamos a

remojar los porotos en un balde de agua. Mi padre y yo los poníamos a remojar. En un balde de agua. Para el puchero. *(Pausa.)* El domingo echábamos cebolla, papas, zapallo y ajo. Zanahoria y choclos. En el puchero. Mi padre y yo. Y rezábamos el ángelus. «He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra». Y revolvíamos lento. Muy lento. Mi padre y yo. *(Pausa)*. Mi padre era lindo, flaco. Con la cabeza despejada. Me quería de una forma rara. Como a trompicones. Bebía mate. *(Pausa)*. La cocina tenía un ventanuco que comunicaba con la vida; kilométricas tramoyas de sábanas secando. Camisas radiantes. Un todo pulcro, entero. *(Pausa)*. El balde era una piscina, un orinal de barro picado. Los domingos una fiesta. Se oía música. Se untaba mantequilla en pan y se le espolvoreaba cacao. *(Pausa)*. Comíamos puchero. En dos escudillas idénticas de barro blanco y gris. *(Pausa)*. Mi padre y yo.

MARÍA JUANA.—Fuiste afortunada.

FERNANDA.—Por la tarde dormíamos en vez de merendar. En una cama que quedaba deshecha para la noche; un colchón de lana tiesa suspendido en cuatro patas. Una por mandamiento.

MARÍA JUANA.—Dios pactó con el hombre diez.

FERNANDA.—Entre aquellas paredes pintadas de azul cielo solo eran cuatro. Supongo que en una cama tan pequeña no había sitio para más patas. *(Cuenta)*. No matar. No mentir. Amar a Dios y santificar sus fiestas.

MARÍA JUANA.—¿Y todos los demás?

FERNANDA.—Mi padre vivía de robar. Muchos pocos. En días alternos. Sin ganas. Lejos de nuestra calle. *(Pausa)*. No hablaba de ello. Podría haber pasado por mudo. El cajón de su mesa era lo que más se parecía a una boca. Lo abría y allí estaba el oro expoliado, al fondo, como esas muelas que un día se colocó el carnicero. *(Pausa)*. No tenía padre ni madre a los que honrar. Solamente yo permanecía allí varada. Junto a él.

MARÍA JUANA.—Ya no.

FERNANDA.—No. Ya no. Ahora estoy acá. Con usted. Con toda mi culpa. Con la de él. Con los muslos lacerados, llenos de costras. Con el cuerpo boca abajo. *(De nuevo se detiene y busca en su pecho)*.

Siempre me decía, ¿soy guapo? Yo no sabía lo que era la belleza, sigo sin saberlo, pero movía la cabeza. Enérgica. ¡Sí, papá! Sos guapo. *(Pausa)*. Era un galgo. Desnudo era igual que un galgo. *(Pausa)*. Un insecto puntiagudo.

MARÍA JUANA.—No hay belleza sin Dios.

FERNANDA.—Dios es un *voyeur*. Nos observa en toda su laxitud mientras acá, en nuestra jaula, luchamos por parecer menos ridículos, más dignos ante sus parcos y pálidos ojos.

MARÍA JUANA.—*(Vuelve a la Biblia; al libro de los Salmos)*. «Desfallecen mis ojos por ti».

FERNANDA.—Una vez, hace unos años, tras un día infinito de empellones, fui golpeada tan fuerte que quería morir. Tirada en el piso pedía acabar allá mismo, en mitad de aquel charco tibio y viscoso. La bestia que me pateaba aún tenía los pantalones bajados, costrosos, llenos de orín. Me había quedado dormida; exhausta, había cerrado los párpados. Su hombría maltrecha no lo pudo soportar. Mis huesos, sí. Yo rogaba a Dios, pero mi corazón seguía bombeando. Continuaba insuflándome vida. Nadie me rescató. Viva, tiré de mí como pude hasta llegar al baño y saqué de mi cuerpo toda la sangre incrustada. Restregando. Hasta hacer brotar más sangre. Sangre brillante. Nueva. *(Pausa)*. Volví al mundo y nadie me preguntó. A nadie le importaban las marcas en mi cuello.

MARÍA JUANA.—¿Y luego?

FERNANDA.—Luego nada. Lo envolví en un pañuelo y continúe reptando.

(Se hace otro silencio espeso. Cada vez que regresa a su infancia, tiembla. Ya no es un pájaro. Ni un tallo. Es un suspiro. Un cabello recién podado. Una noche sin luna. Cierra los ojos. Estira sus brazos al frente. Como si jugara. Como si persiguiera algo. A alguien).

FERNANDA.—A mi padre le gustaba jugar conmigo. Me envolvía los ojos en un pañuelo y me decía que lo encontrara. Me hacía girar fuerte, más fuerte, y me decía que lo encontrara. Él apenas se ocultaba. Permanecía quieto, con sus corvas descamadas al aire. Y me hacía girar fuerte. Muy fuerte. *(Pausa)*. Abría el cajón.

De entre una pitillera chapada y un montón de baraturas doradas sacaba un pañuelo largo y oscuro que apretaba sobre mí. Olía a viejo. Desmayada, trataba de agarrarlo. Él me decía que lo encontrara. *(Pausa)*. Estaba gastado el pañuelo. Podía ver a través de su trama. A él. Lo veía a él. Un galgo. Un insecto puntiagudo.

MARÍA JUANA.—Un padre bueno.

FERNANDA. —Un padre sin más. El que tuve. El que me tocó. Una silueta tras de un paño que me dejaba marcada la frente. Una mano callosa.

MARÍA JUANA. —*(Ciega, repite)*. Un buen padre.

FERNANDA. —Yo no sé qué es bueno.

MARÍA JUANA. —La contención. El recato. La modestia. La obediencia. Eso es bueno.

FERNANDA. —Nos quieren mansas. Embridadas. Descabezadas. Nos quieren planas, simples. Adecuadas. Dúctiles. Dichosas por estar tumbadas, por estar abiertas, por acoger sus densos flujos. Eso somos. Receptáculos. Mercancías canjeables con derecho a callar; a gemir para hacerlos dichosos. Carne fresca. Carne gastada.

MARÍA JUANA.—La vida de toda mujer no es más que un eterno deseo de encontrar a quien someterse.

FERNANDA.—La vida de toda mujer no es más que el profundo deseo de huir, de volar. *(Llora)*. Tengo que irme, madre. Tengo que escapar.

MARÍA JUANA.—¿Adónde?

FERNANDA.—A cualquier lugar sereno, quieto. A cualquier rincón agreste, mágico; cuajado de azahar, de cipreses. Para construirme una corteza espesa. A ese paraíso suyo. Con un ángel en la puerta con su espada flameante cerrando el paso a todo el que no sea bueno, puro. Con sus alas relucientes desplegadas al sol.

MARÍA JUANA.—Los ángeles participan del resplandor divino con plenitud.

FERNANDA.—Y no tienen sexo.

MARÍA JUANA.—Son superiores a los hombres.

FERNANDA.—Y los hombres a nosotras.

MARÍA JUANA.—Así lo quiso Dios.

FERNANDA.—Así lo quieren los hombres. Y puede que también

nosotras. Después de todo, las mujeres somos culpables de nuestro sino. *(Cada vez está más cansada. Hace tiempo que dejó de creer, pero ahora duda hasta de su incredulidad. Se acaricia el pelo. Moreno y largo. Igual que el de santa María Egipciaca)*. Mi padre decía que los pájaros lo ensuciamos todo. Nunca me dejó tener uno. Demasiada responsabilidad, me decía. Tenía razón. No he sabido cuidar de nada. No he podido cuidar de mí. Él tampoco lo hizo. *(Pausa)*. Se vestía y no me volvía a mirar. No me hablaba hasta que llegaba el siguiente sábado. Otro más.

MARÍA JUANA —*(Igual que Saulo, de pronto ve)*. Yo cuidaré de ti.

FERNANDA.—Rece, madre.

MARÍA JUANA.—Ya lo hago.

FERNANDA.—Yo ya no preciso de cuidados. No hay salvación. No hay manera. Cada día es lo mismo; mismos duelos, misma pena. Este corazón libado no quiere sino parar, apearse de este infierno inmóvil. Así que rece, madre. Rece.

MARÍA JUANA.—Reza tú. Reza conmigo. *(Se arrodilla)*. *Confíteor Deo omnipoténti, et vobis, fratres; quia peccávi nimis cogitatióne, verbo, ópere et omissióne: mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa.*

FERNANDA.—*(Sigue en pie. Se golpea el pecho)*. Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa. *(Hace una pausa larga. Sabe que son sus últimas frases)*. La culpa es un cinto que no solo aprieta; mata. Una ligadura infinita, intangible, inmediata. Una tranca gruesa. Un hilván de acero. Una espada. *(Pausa)*. La culpa es culpa del que admite, del que manda, del que espera. De aquel que simplemente calla. La culpa era del galgo, del balde, del colchón, de la cama. La culpa es como el miedo; igual que vivir en la nada. Nada somos, madre. Y en nada nos convertiremos. *(Pausa)*. La culpa es blanca, violácea y roja. Naranja. Es de todos los colores. De todos los gustos. Es mía. De usted. Del alba. Del reptil y no de Eva. Del que plantó lo prohibido y pidió no comer. Suya es la culpa. ¿Qué buscaba? ¿Mostrarnos su poder? ¿Su omnipresencia? ¿Para qué tentarnos? Para vernos vacilantes, desollados, abatidos. Para sabernos vagando en el frío. Escarbando. La culpa no es

nuestra, no. Nuestra es la carga. El leño. *(Pausa)*. Cuando muera, lejos de estar muerta rebosaré vida. Y volveré a estar llena. Cuajada de insectos necrófilos, de larvas. Otra vez. *(Pausa)*. Ya están vivas las moscas de mi cadáver. Ya está amarrada el agua donde quiero que mi cuerpo se hunda; donde se puedan disolver mis tripas como un azucarillo bilioso. De esa agua sí beberé. Hasta hartarme. Hasta llenarme como un vaso, como el mar. Como una esponja rebosante y quebradiza. Como un ojo. *(Respira hondo)*. Me miro y no me veo. Me pienso y no me siento. Si me hicieron sufrir, qué más da. Si devoraron mi árida dignidad, a quién le importa. A nadie. Ni siquiera a vos. *(La monja quiere contestar. Se piensa taumaturga. Fernanda se lo impide. Insiste)*. A nadie. No siento más desprecio por ellos que por mí. Aunque no sea mi culpa. Aunque la culpa entera sea del cielo. *(Pausa)*. No siento rencor. No siento nada. Nada. Y eso es peor que morir.

(Cierra los ojos. Apenas se ha movido. Ninguna de las dos lo ha hecho. Permanecen quietas en su marca; dos cruces blancas pintadas sobre las tablas. A tiza. En el muro se proyecta un verso de Ovidio: «¿Por qué a mí de mí me arrancas?». Vence la oscuridad. Vuelve el silencio).

13

> En estas cerraduras hurgan manos de espectro
> y figuras enmascaradas brotan del suelo.
>
> SOPHUS MICHAËLIS

Al convento no solo iban las iluminadas. No eran solo las pías, las amantísimas devotas, las virtuosas y las santas las que se incrustaban en él. Al amparo de sus muros, de su pertinaz gloria, legiones de mujeres vivían de igual modo, en comunión con un tiempo impreciso, vago, al margen de casi todo. Proscritas. Enfermas. Hambrientas. Víctimas de lujuria. Perezosas. También la Elvira de Cristóbal, la de *Don Giovanni*, se había retirado al silencio de lo pío. Igualmente víctima. Locamente *innamorata*.

No era fácil la vida conventual; renunciar al aire, a los poemas profanos, al placer de caminar sin rumbo, a la indolencia regalada. No era fácil ser apartada, sometida al silencio. No era fácil ser mujer, ser pobre, ser cristiana. Mientras los cuatro jinetes avistados por Juan en su sueño de Patmos asolaban España, muchas de esas mujeres se entregaban «a sagrado» con el fin de no verse inmoladas, para evitar simplemente morir. Igualadas por la toga, tras el *veni sposa christi*, perdían su espíritu para *enormizar* su alma. Dejaban el mundo para alcanzar el cielo. En mi jaula de piedra rojiza, las había transidas de esperanza, ahítas de fe, y también las que, más que en Dios, confiaban en el pan. No precisamente ácimo. Sor María Juana hacía de parapeto frente al ruido de sables que conservaba Madrid. Creía en la redención

sobre cualquier otra cosa e intentaba acelerar su obra a base de rigor. Con su metódica vara sometió a la anarquía, venció a su memoria y contuvo los «humores» de quienes se pensaban libres. Excepto esa vez, con aquella que decidió escaldarse. Recuerdo el día del martirio. Los gritos traspasaron la cerca y bañaron todo. Jamás se había escuchado algo igual. Eran de una profundidad patética. Brotaban de lo más oscuro de un cuerpo roto, cargados de toda la ponzoña subterránea que había amontonado en tantos años de horror. Gritos feroces, funestos, que mantuvieron en desmayo a toda la comunidad. Y, sin embargo, mientras se incineraba y a pesar del inmenso dolor que sentía, su rostro reflejaba paz. La paz de quien ve resueltas sus faltas con Dios, la del que pone fin a su tragedia. Yo aún no lo sabía, pero con su acción suicida, con su entrega denodada, aquel pajarillo pasó a formar parte de mi panteón de heroínas trágicas; esas mujeres que, a través de la piedad y el miedo, terminan purificando sus pasiones. Murió Fernanda y nadie la echó de menos. Quizá lo que de Teresa quedaba en el estricto cuerpo de la madre María Juana.

Hay narices como boniatos, enormes y retorcidas. Las hay largas, casi infinitas. Puntiagudas como gabletes. Pequeñas. Redondas como botones. Respingonas. Inflamadas. Hay narices que más parecen belfos de tanto como descuelgan. Rectas. Alambicadas. Hay incluso mujeres a narices pegadas. También hombres. La de la hermana Mercedes era omnipresente. Un inmenso apéndice que la precedía, que configuraba su rara belleza y que, a fuerza de años, parecía un monumento, uno de esos tótems que recuerdan una batalla, un triunfo, una gesta. Era tanta la delgadez de la emérita que, por sí sola, su nariz la representaba, la resumía. Estaba cubierta de manchas informes, un mapamundi que se apaisaba o se encogía según la naturaleza del gesto. No había más que observar al indiscreto miembro para conocer el ánimo de la «santa». Si se enfadaba, si andaba en pelea con lo cierto, se recogía hacia los ojos, como si dos amarras tiraran de ella, convirtiendo el rostro en mueca y dejando al aire los negros conductos de ventilación. Durante la homilía, en los días de fiesta, mientras escuchaba lo más sangrante de la Pasión, sus detalles más

terribles, se tersaba, adoptaba un ademán manierista y perdía el color. Con el frío se volvía roja, con el calor también. En los días de canícula daba sombra. Fue lo único que asomaba cuando, amortajada, la depositaron en su caja bien provista de todo lo necesario para el viaje. Escapularios, cruces y medallas y un trozo raído del velo de la fundadora circundaban aquel pináculo inerte, aquel vértice dispuesto para ser contemplado por cuantas allí peleábamos por seguir vivas. Al expirar, con su espíritu, se habían ido las pocas calorías que conservaba y su rostro, como un filo, se ahuecó aún más. No quedaban ya más que un montón de huesos bien envueltos en lino, ese olor a muerto que es como de estaño y la sempiterna nariz.

Desde la noche anterior, pudimos oír los tintineos de la campana que la hermana Maravillas removía para alejar al sueño. También al demonio. La hora estaba cerca y ninguna podíamos estar ajena a tan decisivo trance, a la «preciosa muerte» de la feliz hermana. Extremaunción mediante, asistida por las velas del «bien morir», las mismas que cimbraban ahora a los lados del cadáver, mientras se salmodiaba un miserere, simplemente cayó muerta. Se acabaron las noches de rezo, el alegre tormento. Se acabaron los viejos preceptos, los nuevos. Se acabó el aire, la vida. Expuesta en la capilla, abrazada a una palma en señal de triunfo, rodeada su cabeza de flores, de rosas, de claveles, de pensamientos, con su enorme nariz de guardia, cerosa, la velamos. Sin que faltáramos una. Puertas y ventanas cerradas. Que no corriera la luz, que no pasara el tiempo. Era mi primer muerto. El primero que veía entero. El primero que me obligaban a besar. A sus pies, formando su cuerpo en el suelo la señal de la cruz, la «madre» Juana celebraba el óbito, que por fin se hubiera consumado el matrimonio místico. Y su nueva autoridad. Bisbiseaba preces, el Gloria Patri; emitía amenes, ayes, réquiems. Se había quedado sola. Sola en el gobierno de esa empresa. Ya nadie podría enmendarle nada, aunque fuera con silencios. Nunca. Ya nadie le recordaría su imperfección. «Será más santa, sí, pero está también más muerta», pensó. Aquel acceso de soberbia, aquel pecado de vanidad, acabaría expiado en su talle, con un cíngulo de espinas

mortificando su carne.

Se prohibió el paso a la celda de la hermana Mercedes. Había que proteger sus reliquias, todo lo que en vida sus divinas manos hubieran rozado. El Cristo coronado al que se arrojaba. Su hábito y su telliza, que fueron divididos hasta casi la extenuación para mercadeo. Su misal. Se estaban dando los primeros pasos para su reconocimiento en Roma, ante la *Gloria* de Bernini, para su ascenso a los altares. Eso creían. La Porciúncula fue sellada. Sus pilares bautizados como Jachîn y Boaz. Si antes, al verla, incluso al presentirla, todas agachábamos el rostro, ahora, frente a esa puerta, besábamos el piso como queriendo absorber su misterio. Mientras vivió, decía ver a Jesús. Nadie la tomó nunca por loca. Era una iluminada. Quien dice hablar con Dios, quien ora sobre la piedra y se desmaya, quien vive sin vivir en sí, escapa de toda regla mundana, del empírico dictamen. Así, mientras Olga, que seguía viendo a mi madre, sufría la usual «psicosis femenina», puro histerismo, dijeron, las visiones de la santa eran como el maná. Tocaba recogerlo. Nada es tan atrayente como un justo, nada tan sugestivo, tan rentable. En una ciudad derrumbada, cualquier milagro era visto como un signo, y aquella muerta, aquel cadavérico tucán, insuflaba de esperanza a cuantos en su miseria se sentían olvidados por Dios. La santidad es como la lluvia en secano, anega la tierra. Mientras llueva habrá fe, motivo de alegría, aunque el lodo siga yermo. Así, con la calle igual de rota, con los mismos miedos y la misma pena, así, la capilla se inundó de creyentes y curiosos, de desesperados y tullidos. De mansos. De conversos. Entró el hedor del trabajo, el de la sed. Todos se inclinaban, rozaban con sus dedos la caja, proferían lamentos y buscaban la mejor toma para observar el prodigio. Era el gran «teatro de la muerte». Las candelas casi extintas, las flores ajándose y el arrastrar de pies no hacían sino intensificar la angustia de la escena. Las internas, en vez de ángeles, parecíamos un friso de urracas soñolientas; el capellán, el doctor Caligari. Parecía como si a Robert Wiene se le hubiera encargado la escena, con su abuso de negros y ese calor sofocante.

Desde que me sacaron de su pequeño y apenas desgastado

mundo, a Olga, con esa cara redonda como una teta y circundada por la costra agria de un tinte de pelo barato, se le aparecía sin remedio, al fondo del pasillo, la que ella decía que era su suegra. Mi madre. La razón del destierro de mi padre. La veía y dejaba de ver de lo que sellaba sus ojos, de lo que corría hasta alcanzar la cocina. Y hacía rosquillas. Cientos de rosquillas. Miles de rosquillas. Enterraba las manos en harina, se encomendaba a santa Lucía y hervía anises que llenaban el aire de ojén. Amasaba feroz. Fiera. Vertía sobre la cruda amalgama toda su frustración, sus miedos. Se iba cargando de espaldas. Y se volvió fetichista. Acarreaba con estampitas sobadas, puñados de sal, patas de conejo y lo que parecía la medalla de un santero; los bolsillos bien preñados. Y ella, yerma. De sueños, de cielos, de ideas. Yerma de esperanzas, de paz. Y asustada. Andaba toda angosta, apurada, y rezaba para que llegara Miguel. Eran las suyas apariciones sin heroísmo, sin nada que las hiciera únicas; propias de un ser vulgar. Sombras entre visillos. Puertas que ululan. Bombillas que se apagan. Lo de pensar que era mi madre venía, en parte, por un sentimiento de culpa que fecundaba allí donde no conseguía que creciera un hijo. Nueve años tardó en alumbrar. Nueve años de suplicio, de exigencias; de visitas atropelladas a interesadas patronas que le leían el asiento. Nueve años peleada con Dios, con sus huestes de arcángeles. Nueve años envuelta en «humores» de hiel, por mantos de pena. Nueve años de tribulaciones secas. Nueve años de insomnio, de necesidad, de pesca. Los mismos nueve años que duró mi encierro.

Cuando Miguel abría la puerta de casa, lo que encontraba tirado en el sofá era una madeja erizada que no podía llorar. Volvía con pan, leche y tinta en los dedos. Cansado. Con sueño. Y se veía obligado a procesionar de cuarto en cuarto en plena fiebre nigromante, a someterse al designio incontrolado de esa mujer anular. El día, su día, ya había sido bastante incómodo ensartando cuentas en barras, distribuyendo pobrezas sobre un cuaderno de anillas; aun así, generoso y lunático, enamorado, le tocaba poner cara de celebrante y mirar con vehemencia a esa mujer imprecisa. A cada crujido que brotaba, Olga respondía con un «¡ves!»

histérico; a cada portazo con un sollozo ronco. Amarrados, casi uno, se arrodillaban solícitos, y bajo las camas perfectamente vestidas, depositaban platos de loza picada que normalmente costaba llenar, pero que ahora rebosaban aceite y agua; un bebedizo imbebible que dibujaba geografías huecas y amanecía cubierto de insectos, pelusa y nada. Después de cenar escueto, Miguel fumaba. Aspiraba hondo y se llenaba de un aire distinto al que allí respiraban. Más denso, más dulce. Menos insano. Tenía amarillos índice y corazón. Las uñas blandas, falta de zinc. Echaba la ceniza en un vaso. Estiraba los brazos. Dejaba caer la cabeza hacia atrás. No pensaba. Era capaz de vaciarse, de deshincharse. De desaparecer. Sabía que lo que venía ahora era otro ceremonial milimétrico, otra exigente prueba. Pautada. Puntual. Gozosa. Olga le esperaba bajo la colcha. Oferente. No sabía lo que era el placer libre pero ansiaba con fuerza aquella boca amarga, aquel cuerpo güero. No había prefacios. Tieso, calculaba el camino para enterrarse en ella y tropezaba con sus blandos pechos, con su densa mirada. Sensualidad manifiesta, desvelada. Carne abierta. Y humedad. Cada noche, Olga era un mar. De ansiedad. De miedo. De lágrimas. De deseo. Empapada, arañaba la ilusión de ser madre, de formar parte de esa mitad del mundo capaz de crear vida; también su espalda. Y cerraba las piernas, fuerte; como si apretando los muslos invocara a Rea. Sentía todo el calor entre el vello mojado, en su frente, en su ropa. En los dedos de los pies vigías. Un bramido seco marcaba el fin. Olga, tramoyista cansada, desenroscaba su camisón hasta quedar nuevamente cubierta; como si bajara un delicado telón de batista beis. Y comenzaba a mascullar prieto un ruego, una jaculatoria ininteligible que sonaba vieja. Miguel, desparramado, yacía a su izquierda. Satisfecho. Acabado. Tocaba dormir.

Yo sueño poco. Muy poco. Prácticamente nada. Los surrealistas dirían, mientras hacen hablar a la noche, que he desperdiciado la mitad de mi vida. Puede que tengan razón. Pero hay un sueño constante que sí que recuerdo al alba, que me acompaña; uno en el que mi padre, idealizado, con camisa blanca, lazo al cuello, pelo brillante, pegado, ojos llenos, boca llena; desde

un saliente que bien podría ser un palco, me susurra insistente: «Sigue luchando, hay algo después».

Después de poner en orden las cosas con Dios tocaba hacerlo con las de «los hombres»; en su caso, el nuestro, las de las mujeres. Se le hizo hueco bajo la losa de mármol que antecedía al altar, se volvieron a entonar oraciones y se adhirió su nombre a los de todas las que la precedieron. Sor María de las Mercedes de todos los Santos y San José en trazo grueso, negro; como epílogo de una letanía de infinitos apelativos que pretendían fijar la historia de aquel gineceo postrado. Que la hacían santa, se la sacaba del encierro, se la envolvía en mirto, en laurel; se mutilaban sus flacos dedos. Cada falange a un destino, a un fanal, a una de esas cajas construidas para contener el aliento, la vida revivida. A una capilla. A otra. Colgando del collar de una benefactora, dentro de una ampolla, en forma de afilado polvo. Una santa expandida, transversal. Una santa universal. Carne subastada. De este lado, en esta orilla, mientras, quedaba inaugurada la gobernanza de ese mariscal togado que no sabía lo que era el perdón; esa sombra enjuta que venía imponiendo su causa desde que tuvo entre sus manos la obligación de pulir. No hubo grandes cambios. Si acaso alguna mejora implantada desde la mayor de las intolerancias, con el único fin de bruñir. Más silencios. Más frío. Menos pan. Los ojos todavía más apretados, clavados en el altar. Se redobló el *labora* en concomitancia al *ora* y las allí amparadas acabamos convertidas en diligentes operarias. Mano de obra barata. Bordábamos letras capitales sobre relamida sarga, frases del Eclesiastés en lienzos de algodón malo. Comenzamos a insuflarle vida a una pasta de almendras rancia que, a fuerza de doma, acababa convertida en un manjar zoomorfo; *arca* secular de tacto recio y olor a zarza. Vimos cómo hasta nuestro umbral llegaban redoblados montones de ropa blanca que almidonábamos con fruición y una solución a base de agua, sal y patata. Quién mejor que nosotras, soldados yertos, para endurecer las camisas de aquellos que se creían libres; quién mejor para infundir a sus ropajes todo el rigor de la causa. Esos ajuares lavados, entestecidos, eran como la recién creada España. Viejos. Sin memoria. Cuajados de remiendos, de cal. Obstinados. Duros.

Como el cielo seco, como el suelo muerto. Como el pecho de la «madre» María Juana.

Mi tercer 5 de enero allí acogida, con los zapatos desiertos, me atreví a preguntarle por mi padre. «Loco», me dijo ella también. Hubiese gritado de haber sabido. Pero, para entonces, yo era ya como el invierno. Nebuloso. Ya había sido desleída. Y se hizo el silencio. Un silencio espeso, siniestro. Que apenas duró un instante. «Y los locos no tienen sitio en el Señor».

Yo quería estar loca. Como él. Loca como solo están los locos; con las manos embridadas y el gesto inquieto. Como el insomne. Como el que pinta estrelladas noches. Y quería abrazarlo, escuchar sus besos. Su risa loca de loco cuerdo. Su piel quebrada. Quería volver a fundirme en su espalda, como un peso atento, y cruzar el pasillo atada fuerte a su ser. Cabalgando. Quería aceras, macadán, toldos. De su mano. Lo quería a él. Quería estar loca. Loca para no ser más lo que era. Una huérfana con padre. Loca para poder huir.

Más allá del refectorio, entre la cocina y las aulas, viviendo de un patio muerto, se abría una especie de hangar herrumbroso donde inmensas cazuelas de cobre exhalaban vapores pesados. Olía a vinagre. A derecha e izquierda, cartesianas, interminables repisas servían de sostén a cestas de mimbre planas. A kilos de agujas gastadas; cazos, hilos, planchas. Todo el utillaje necesario para puntear, hilvanar, coser, zurcir. Una mesa devastada, ennegrecida en los bordes, como de carnicero, hacía de improvisada ágora. Hasta allí llegaban nuestros resuellos. Nuestras faltas. Nuestros más que pequeños sueños. Era allí donde vivir se parecía más a la vida. O al menos, a lo que yo recordaba que era la vida; en torno a una mesa, otra, embebida en lo que mi hermano Gabriel me contaba. Yo escuchaba. Inmóvil. No había en mi boca, a excepción de un par de úlceras, nada que fuera importante, nada que se quisiera oír. Las que me acompañaban eran como yo. Famélicas galgas devenidas en proletarias. Artilugios engrasados para servir. Castañas, morenas, velludas, calladas, ruidosas, mondas, mochas, apagadas. El delantal impecable. Los dedos picados de tanto enhebrar. Sentadas en sillas de enea. Cada una con su alfiletero, con su rosario. Inocentes. Ignorantes. Regadas por el sol. De diez a

cuatro. Media hora para comer. Pan y caldo; un higo. Las más altas, equilibristas, bañaban faldas de seda en una infusión parda que las volvía zaínas; que al aire, colgando de unas maromas dispuestas de ventana a ventana, lloraban negras. Una hebra triste que atravesaba el patio, que se fundía con el ciprés calvo que nacía de la tierra dura, allanada. Sendas fajas de caña, al sur y al este, sobrevolaban la escena rayando el suelo, dibujando en los muros líneas abstractas. Pretendiendo dar sombra. Aislar más. Ese era mi horizonte. Mi frontera.

Gabriel era un hombre guapo. Tan guapo como mi madre. Tenía los ojos negros. Las pestañas rizadas. Seguía viviendo con Miguel. Nunca vio un fantasma. No hablaba con Olga. Se limitaba a sonreír, a estirarse. En el meñique derecho llevaba un sello oxidado. No sabía no ser bueno. Hablaba deprisa. Movía los pies. De afuera para dentro. Los zapatos gastados por un lado. Andaba urgente, despistado. Reía mucho, con tos; restos de la gripe. Era un potro. No creía en Dios. Se sabía la tabla periódica. Fue idea suya que Áurea se llamara así; «número atómico setenta y nueve». Le vi cada domingo de mi encierro. Puntual. Limpio. Me quería. No se parecía en nada a mí. Estaba cuerdo.

Había días que me costaba creer que allí afuera, además de Gabriel, hubiera alguien más que se acordara de mí. No eran los peores. Si me habían olvidado, no había falta; si yo ya no existía, nada podía esperar. Esos días de aceptación eran como el láudano, analgésicos. Se colocaban uno detrás de otro, casi idénticos, como en un hipodámico plan. Irremediablemente pares. Alienados. Alienantes. Con mi padre no contaba. Lo sabía tan prisionero como yo, tan apartado. Ajeno a mi drama. En uno de esos días normales, a mi pequeñez le creció el pecho. Abandonaba de un golpe ese estado de gracia que se le supone a la infancia para pasar a engrosar la peligrosa y cruda vida adulta. Y eso sin saber nada. Nada de nada; sobre nada. Se multiplicaron las reservas, los peligros. Se redundó en la sed. Se hicieron necesarias más tapias, más riendas. Más fe. Aún recuerdo el desprecio de María Juana al reparar en mí. En mi cuerpo. Fue como una imperceptible arcada. Algo inconsciente. No era yo. No era por mí. Era por ella, por cada

uno de sus padecimientos. Por su carne marcada. Ahora que mi cuerpo, tímido, se desplegaba, en su intransigencia lesiva, me veía más turbia, más viciada, más cerca de quienes, reptiles, intercambiaban su piel; de las que, desheredadas, envilecidas, amanecían a tan solo unos metros de mi cama. Después llegó la sangre. Recorriendo mis pálidos muslos. Cayendo a plomo. Creí que me moría. Yo era mucho más niña que ese hilo rojo. Más necia. Corrí al baño. Una pieza alargada, blanca, comunal, dividida en escaques, con un par de espejos rotos. Catorce años de mala suerte. Los mismos que yo acababa de cumplir. Bajo el agua tibia fue perdiendo fuerza, color. Se volvió una mancha uniforme, un ponto anaranjado que envolvía mis pies. Tenía el ombligo llano. Apenas vello. La cresta ilíaca muy pronunciada. Fue la hermana Maravillas la que me habló de las «lunas», la que me enseñó a hacer vendas de lienzo, a esconder mi culpa. «¿No sabéis que cada una de vosotras es una Eva?», repicaba lo mismo que su campana.

Antes de la idónea Eva, introductora necesaria, pertinaz precursora de la «mancha original», dicen, hubo otra hembra, otra *varona*, Lilith. Creada de sedimento y no de polvo, a base de inmundicia, al mismo tiempo que Adán. Virgen insatisfecha, lasciva, engendrará los seres más abyectos, los más siniestros. Aberraciones negras e híbridas, pisciformes, despiadadas, iracundas, cubiertas de pelo.

14

> La mujer llora eternamente
> como si sus lágrimas
> fueran a arrastrar la sangre y
> las extremidades rotas.
>
> RUTHVEN TODD

Ciento ocho «lunas» completas tardó Olga en dejar de sangrar. Harían falta otras nueve para que a mí me exclaustraran.

Pasó la preñez encamada. Primero por las náuseas. Después por un dolor como de clavos que le trepaba la pierna y le mordía bien dentro. Lo que más deseaba era ser madre, no un pozo enhiesto. Imaginaba que lo del milagro de la vida era eso, un milagro; y en su ignorancia endémica, en su estulticia de maestra sin cartilla, había restañado la verdad. No engordó. Ya era un globo; sin helio. Apenas salía de su habitación. Solo para quejarse. También por miedo a encontrarse con mi madre. No dejaba de repetir que estaba vacía, y para cuando empezó a notar vida, ya no creía en nada. Excepto en el mal de ojo. Se resistió a la blandura, a los abrazos. Se volvió perspicaz. Más. Y alumbró una niña blanca que no sabía respirar, que libaba sin ánimo. Incolora. Como la niebla. Casi transparente. Olga, una graya, la miraba medio estrábica. Anémica. Aturdida. Con su necedad de primípara intacta, no acertaba a entenderla. Y lloraba. De continuo. Casi seca. Sin saber los porqués; con admiración. Como sin ganas. Lloraba porque no sabía hacer otra cosa. Porque le sangraban las grietas de sus enormes pechos colmados. Porque sabía que no sabía. Porque no quería aprender. Con rabia. Nadie le había dicho que ser madre

era eso, decía. Nadie, nunca, le había explicado lo que era estar rota, empapada; bajo el sitio permanente de una libra de carne. Su carne. La llamaron Victoria, no podía ser de otro modo; la vistieron de rosa y colocaron media cebolla en su cuna para que no se asfixiara. Se acostumbró a llorar también ella. Olga decidió quererla bastante menos que a sí misma. Apenas la miraba. Ni siquiera cuando le cedía algo de vida; blanca savia. La grasa materna sepultaba el breve y trémulo rostro. Aquella boca excavada sorbía entre hipos. No era capaz de ordenarse. Y estiraba los pies. Y abría sus mojados ojos grises como si fueran puertas. Como piélagos velados. Decidieron salvarse y pasaron al caucho; a esas tetinas pardas, tiesas. Renegridas. Ya no había razón para el encierro. Al fin dejaba de ser alimento. No quedaban amarres. Solo los del corazón. Y como Shylock, lo que Olga quería era que se lo arrancaran de un golpe.

Con los párpados pintados y cierto olor a cuajada, con un vestido negro cortado al bies y una chaqueta de punto colocada sobre los hombros, el primer botón, de nácar, abrochado y los brazos sin meter, volvió a la calle. Sin su hija. Estaba dormida. Sola. Resoplando. No llegó más allá de Ponzano. Recuperó el juicio o la culpa y deshizo su andar hasta dar con sus pies, dos molletes, en la escalera de pino. No atinaba con las llaves. Sentía humedad. Vergüenza. Corrió al baño. Dos roleos casi idénticos campeaban sobre el raso. Simétricos. Viscosos. Recordándole que era madre. Parte indisoluble de un todo primitivo. Victoria seguía todo lo quieta como era capaz, bajo una colcha que pretendía ser llana. Se quitó los zapatos. No sin cierto esfuerzo. El cuero le había dejado unas marcas tan profundas que le picaban. Púrpuras. Era una res. Movió los dedos. Tenía calor.

La fiebre la tuvo abatida más de siete días. En una cama a la turca que permanecía en lo que un día fue el despacho de mi abuelo. Al fondo de la pieza. Con un espejo convexo pegado a la pared; justo encima. Resultaba grotesco aquel retrato orondo y doble de Olga. También erótico. Al menos para Miguel, que a hurtadillas asomaba su pico como si hubiera olvidado que aquella masa indolente y floja era suya. La de siempre. Como si tuviera en

frente a las *Muchachas abrazadas* de Egon Schiele. Allí tumbada, sin nada más que un paño de algodón malo cubriendo su piel, repetida, era una siamesa silente, una sierra. Un bosque de dunas disipadas. Igual que Cástor y Pólux, su naturaleza era doble; la madre y la hembra. Sangre y roca. Al octavo día despertó. Aturdida. Ya no quedaba leche. Tampoco sepsis. Tras las horas de calentura llegó la necesidad de sostén. Se tendían los puentes para mi vuelta. Nunca por cariño. Por pura necesidad. Otra forma de amar.

Olga, que aunque no nació de Leda siempre pareció un huevo, firmaba el armisticio sobre unas condiciones claras y unas cuñas de corcho que apenas pesaban. Volvía, sí; pero al cuarto más remoto. Al único sin ventana. Con las palabras tasadas. Sin derechos. O muy pocos. Y con la condición de dormir sentada. Victoria no solo tenía una madre inmadura, también los bronquios. Las noches debía pasarlas erecta. Como un obelisco. Yo sería su elefante en piedra; Sopra Minerva. Me necesitaban. Más que yo a ellos. Ya no quedaban «muchachas» que por lo justo para comida abandonaran su casa. Tampoco tenían dinero. Pero hicieron lo posible para que pasara por caridad. Por filantropía. No me consultaron. Volvía a ser víctima de su veleidad. Yo estaba bien en mi jaula. O me había acostumbrado a ella. Cantaba con el alba y comía tan poco que parecía un barrote. Otro. En cierto modo, era feliz; o estaba tranquila. Nunca me han gustado las sorpresas. Irrumpir en un cuarto y que salgan amigos tras de las cortinas me aterra. Tratar de sonreír, de parecer satisfecha mientras el corazón se dispara, me parece un vicio más. Otra adicción. A la adrenalina. Tampoco tengo muchos amigos. Ni en el colegio fui capaz de fraguar lealtades perpetuas. Solo Rosa. Tan delgada o más que yo. Menos alta. Con indómitas ganas de hablar. Castaña clara. No dormíamos juntas. Ella no estaba acogida. Su padre, un médico de Bagur, pagaba religiosamente la cantidad que las monjas venían estipulando. Por eso su colchón era doble. Tampoco tenía madre; «se bebió un litro de arsénico». Eso decía. Nunca supe si era verdad. Fue a la única que le conté que me iba. Le dio pena. Creo que más que a mí. Me había acostumbrado a su mueca deshecha, a

su superioridad sincera. A sus ojos rojos por la alergia. A su risa nerviosa. Ella sí que sabía querer. Y sabe. Era feliz. Lo es. Yo sigo sin serlo.

Fue Miguel quien se encargó del rescate. No nos habíamos visto más de dos o tres veces por año; un total de veintisiete. Las llevaba contadas por nada. Por el hecho simple de contar. Él estaba mayor, diferente. Yo medía ciento cincuenta y seis centímetros. Uno más que hoy. Me saludó sin mucho protocolo y con algo de pudor fingido. No supe qué hacer, así que no hice nada. Dejé que cogiera mi maleta y caminé en silencio tras él. Rosa observaba desde lo alto. Acodada. Con un poso de tristeza. Trataba de ser razonable. Eso le había pedido, que fuera razonable. Ese era mi legado. Un ruego escueto que le transfería sobado. El mismo que a mí me entregó Miguel; al que le empezaba a faltar pelo. Desde atrás podía ver cómo cada hebra perdía garra sobre la cúspide de su accidentada cabeza, cómo intentaba ocultar la verdad. Cubrimos el trayecto en el mismo silencio de la primera vez. Amparados por la tarde. No había mucho más de palmo y medio entre una realidad y la siguiente. Entre su casa y la mía. De eso me di cuenta con solo encender la luz del recibidor. Ya no era mi casa. Habían mal vendido casi todos mis recuerdos. A un chamarilero. Las sillas regencia, la consola con tapa de mármol, los sillones con pies de cabra, el bargueño. El verde agua del comedor había colonizado el pasillo; se agrietaba en los radiadores. Acumulaba mugre. Un sinfín de mantelitos de ganchillo cubrían ahora las mesas nuevas, el tresillo. Olga era una araña.

—Quiero que conozcas a Victoria —dijo. Había cincelado una sonrisa de esfinge en su cara. Llevaba una bata beis—. Ahí la tienes. —Me gustó. La cogí. Con la mano derecha detrás del cuello. Bien fuerte; la hermana Maravillas me había advertido. Vi la media cebolla exhalando. Bostezó. Era un conejo desollado. Un hueso.

—Hola —no se me ocurrió otra cosa. Tensó la nuca y abrió un ojo. Su madre ya se había escurrido entre el verdor de su imperio. En silencio. Miguel continuaba quieto. Miraba. Debíamos de parecerle exóticas. Una, consecuencia de la otra. Las dos flacas. Lívidas. Dos parras.

—Vas a cuidarla. Olga necesita recuperar su vida y tú tener una de verdad. —Como si en mis días nada hubiese sido real—. También quiero que la ayudes con la casa. Es vieja y guarda malos recuerdos.

Aparcaron la cuna junto a mi cama y volvieron a dormir de corrido. Desaprendí a rezar. Ya solo lo hacía los domingos. Mucho más que ellos. Instalé todas las almohadas que fui capaz de encontrar y me fabriqué un sustento. Debía pasar la noche sentada, servir de trona; tenía que procurarme un acomodo, que mis afiladas clavículas no taladraran la pared de yeso. Era Victoria la que sí hundía sus diminutos dedos en el yeso, la que fue erosionando el muro justo a la altura de mis hombros. Amanecía con las comisuras embarradas de cal. Con la lengua pálida, untuosa. «Hipocalcemia», dijo el doctor. La habían hecho blanda, sin brío; «por culpa de las pócimas», barbullaba Miguel. No era fea del todo. Sonreía y se le retrasaba el mentón. La quise pronto. Sosteniendo su cuerpo escueto descubrí el gozo de ser necesaria. Nos visitaban todos los días. Hasta tres y cuatro veces. No se habían olvidado de ella. Simplemente se reservaban los espacios de paz. Yo era quien la bañaba, en un cubo de plástico rojo, quien hervía las botellas. Quien travestía la fatiga de diligencia; con cierto método. La encargada de tirar de ese remedo. Porque aquello no era una familia, no. Era un estado de sitio en el que el poder lo disfrutaban Olga, Victoria y Miguel. Por turnos. De manera diferente. Sin compás. Un triunvirato desleído y ufano que se había propuesto apuntalar su vida con mis débiles y diligentes brazos. Creció a mi costa, y con el frío de noviembre arrastrándose debajo de la puerta, se puso morada. Trasladamos la cátedra de cojines a la cocina, al amparo del fuego, y comenzamos a refregar su pecho con alcohol de romero. Podía ver sus venas. Dibujaban un delta azulado. Allí puestas, amarradas, nos acostumbramos a todos los sabores, a todos los olores, a los arrebatos no siempre higienistas de la mujer de mi hermano. Aprendí a cocinar. Para cuando Victoria recuperó el no color, era capaz de transcribir todo su repertorio. Lo que mejor falsificaba eran sus lentejas; aceite, tomate, pimiento, un diente de ajo, chorizo, jamón. Con las piedras

acabé llenando un bote. Las rosquillas las continuó friendo ella. En una sartén que se le parecía. A través del patio volví a oír a Stravinski. Lo había olvidado. Sentí pena. Los recuerdos tienen eso, que dan pena. O se le parece. Pregunté a Olga. «Es un violeta», se confesó. Y un ejemplar redondo le estalló sobre el dorso. Comenzó a quejarse. Mucho. Muy alto. Victoria le dio la réplica. Pura sororidad. Un huevo, la cáscara, flotaba sobre el negro aceite; lo mismo que un náufrago. Así se sentía Cristóbal.

Tadeo había renunciado a existir pero nunca perdonó a Cristóbal. Su mesura. España padecía la ignominia y él decidía enterrarse. Vivo. Ni una rendija dejó sin cubrir, ni un solo conducto por el que pudiera colarse el aire. Solo yo. Y muy poco tiempo. Debería haber llenado la casa de tomillo, de bolas de naftalina. Al menos la plata no se habría ensombrecido. Él, de igual modo, sí. Cuando desaparecí también se echó la culpa. Pronto entendió que no todo pasaba por su causa. Ni la guerra ni mi encierro. Y abandonó el habla. Pero siguió tocando. Hasta quedarse sordo. Una sordera discontinua, selectiva, falseada. Que lo acabó de secar.

Tadeo era un apátrida. Un desplazado. Desde 1937. Y un «rojo». Londres le había proporcionado algo de paz; también un pretexto. Un alto en su escarpado infinito. Encaramado a un segundo piso, refugiado por sus cofrades de Italia, no dejaba de mirar al boscoso cielo inglés. Aquellas copas de cumulonimbos lo entumecían. Le generaban dolor de cráneo. Cuando no bebía, cuando no pintaba, cuando no recorría Whitechapel, se cargaba de razones, de rencor. Con los meses será un bohemio, un lobo. Un traficante de emociones rotas.

Mientras Barcelona se pierde porque no hubo «voluntad», Picasso se exhibe. En el mismo Whitechapel. Tras de un portón geminado. En blanco y negro. Sobre las tablas, una cuadrícula que incorporó al lienzo a última hora, cada actriz desempeña su drama. En mitad de un friso de gestos. Mujeres que luchan por sobrevivir. Cuerpos atormentados que huyen, que se confunden con un caballo blanco que se eleva. Cuerpos rotos. Con olor a final. Atravesados

por el miedo. El teatro de la barbarie como telón de fondo, como crónica de una guerra que llenaría los campos de muertos. El laborista Clement Attlee exige apoyo para un país agotado. Se proyecta sobre las madres que gritan. Se mezcla con el inmenso cuadro. No deja de repetir que Inglaterra debe ayudar al pueblo español. Chamberlain está en Birmingham. Jorge VI en palacio. Tadeo allí, con los puños apretados dentro de su gabán. Frente a la más trágica de las escenas de su tiempo. Ha viajado enrollada desde París. Junto a otros dibujos de *pasión*. Quince días estará expuesta. Igual que una reliquia. En quince ocasiones la visitará Tadeo. Cada mañana. En silencio. El *Guernica* es un recuerdo, una verdad tan clara que no le deja dormir. Por eso vuelve; para no olvidar su destino. Ni su pasado. «Mira esa madre —le dice un día a Gregorio—. Cómo sostiene a su hijo. Inerte. Frío. Carne de su carne. Idéntica a las que soñó Goya». Le agarra fuerte el brazo. «No mira porque tiene los ojos secos», insiste. Parece conmocionado. Cada vez que se abre la puerta, el viento recorre la sala y les lame la nuca. No muy lejos les espera Martínez Nadal. De todos, el último que vio a Federico. El responsable de que en King's College se sintieran sus palabras. Nieva duro. Ponen café a calentar. Aguado pero mucho mejor que el té, que no toleran. No dejan de hablar del mural, de París, de Sert. De Madrid. Gregorio Prieto solo piensa en sus tramoyas, en los mimbres que harán de linde a *La zapatera prodigiosa*. Tadeo quiere que sean convulsas, reflejo de lo que ocurre en España. A través de una ventana triple observa a unos niños profanando la nieve. Si por él fuera, prohibiría tocarla; para guardar su belleza. Acaban hablando de Lorca. Como siempre. Han dejado el café. Beben whisky solo. Solos. Para entrar en calor. «Si me pasa algo, lo destruyes todo», dice Nadal que le dijo el poeta. Lo repite entre sollozos. «No quería dormir solo en el piso de Alcalá», se acusa. Les vuelve a contar que hablaron de Lot y sus hijas, de Sodoma. De la huerta de San Vicente. Del tren de mediodía. «Que se lo llevó para siempre».

Isabel de Madariaga hizo de zapatera. Tadeo dibujó el vestuario; pesado, como de romería, pero de las de la Quinta del Sordo. Volvió a las cartas para Cristóbal. Cada vez más lesivas, más

cortas. Casi siempre trufadas con versos de Federico. Las escribía de noche, sin sol. Llenas de veleidades. Nunca obtuvieron respuesta. No le importaba. Eran rutina. Y terapia. Se masturbaba con idéntica fruición. Por razones similares. Hasta caer dormido. Aquellas misivas vinieron a engrosar el chinero de caoba que Sara había hecho traer de Valencia; que impedía el paso a todo el que, ahora, pretendiera acceder a su unívoco hijo. Cristóbal las montaba unas encima de otras y las embridaba con bandas tan negras como su suerte. La mayor parte cerradas. Así estuvieron hasta que yo me perdí, cuando hacía mucho que ya no llegaban. Entonces las leyó. Una a una. Sin prisa. La última era de 1939: «Londres. Domingo, 3 de septiembre. Esperado C. Ayer Churchill declaró la guerra a esos perros alemanes. Al fin. Lo de Danzig se hacía insoportable. Todos le aplauden. Y al rey. Ojalá nosotros hubiéramos conseguido amar tanto al Borbón. Tal vez las cosas habrían sido distintas. Dicen que sigue en Roma. Le envidio. ¿Cómo está mi Madrid? Tú, supongo que como siempre. Lo tuyo es atávico. Como la lluvia en esta ciudad de humaredas. Añoro tus dedos, tu música. Hoy volveré al museo nacional. A mirar a Velázquez. Desde que Mary Richardson la acuchilló yo también me reflejo en su carne. Esa *Venus* es la mujer más bella. Lástima que no puedas verla. Claro que tú eres mucho más de Apolos. Ten cuidado. En esa España de sangre, en ese "mar de luto",[1] no hay sitio para los que sienten así. Como tú. Cuando Berlín se rinda caerá Franco. Y regresaremos. A nuestras calles. A nuestras cosas. Quizá te rescate. Quizá ya estés muerto. Para siempre. "Como todos los muertos de la tierra".[2] Te abrazo. Tuyo. T.». Podría haberle dicho que *su* Madrid seguía vivo pero que apenas latía. Podría haberle dicho que justo en el piso de abajo, a la vez que con su saliva sellaba sus frases, una mujer respiraba profundo para controlar el dolor. Podría haberle dicho que yo había nacido. Pero no contestó. Se enroscó sobre su eje y dejó que el tiempo pasara.

Cuando llegó la carta, a mi madre le dolían los puntos. Miguel buscaba trabajo. Mi abuelo, motivos para ser algo. Cristóbal removía lo que de haber tenido nervio hubiera sido una sopa; abismado, sin huesos. La dejaron en el portal, la carta. Un sobre

arrugado y abierto sin ningún tipo de ambages. Un alma caritativa la deslizó bajo su puerta después de haberla violado. Otra vez. La recogió y continuó con su rutina de nadas. Franco había ordenado «la más estricta neutralidad», no iba a ser él, un músico ahogado, quien iniciara una contienda. Mucho menos contra su corazón.

Bajo cubierta, como una paloma torcaz, seguía viviendo Manuela. Perfecto ejemplo de ductilidad y tesón. Representante avezada de las que lo fueron todo, asintieron ante todo y a todos quisieron querer. Una mezcla de supervivencia y bajura; a pesar de vivir en lo alto. De inconstancia y necedad. Cuándo llegó a esa casa parecía no saberlo nadie. Tampoco su edad. En el momento de la carta, entre cincuenta y un millón de años. Lucía en el pecho, desde el «Día de la Victoria», el yugo y las flechas de la Falange. Ella misma se los había bordado en el haz de un mandil. Una labor corta y miope. Pasaba exangüe el trapo por la baranda y se relamía con las cuitas de los demás. Vivía en los otros, por los otros, para guardar y hacer guardar la moral. Sin saber lo que era justo. Bajo la supremacía obligada de aquellas puntadas pobres. Una marca robada a la historia que se le henchía en cada suspiro, con cada bocanada. Sobre un escote ofuscado y sucio. Se entretenía en el umbral de Cristóbal, como si allí hubiera más mugre. Muy pegada a su puerta. Con la intención de saber. Por el placer de ser útil; a la causa general. Que a Tadeo no se le respondiera era una prueba de nada. Y si no había nada, poco podía inventar. No tenía imaginación. Ni pelo en las cejas. Debajo de la nariz, sí. Un par de borrones se alineaban en su frente. Sobre sus ojos. Cada mañana. Medio marrones. Adicta al género epistolar, memorizaba los remites con afán de galeno. Hubiera sido mejor que buscara trufas. Con el tiempo se arrugó su piel pero no su olfato; seguía intacta la sed de delación. No entendía que yo anduviera entre las notas de aquel piso, al calor ambarino de aquellas ventanas tapiadas. Y buscó a Olga.

—Esa niña tuya no hace más que subir al tercero.

—No es mía. No es de nadie. —Era cierto.

—Yo solo te digo que anda encerrada con el músico ese. El violeta. —Ya estaba dicho. Muy bajo. Nadie podía hacer nada.

Menos que nadie, yo. Debía ser encauzada. Embebida. No quedaba ni una razón para que no se me extirpara. Ya tenía esa «cosa tan grande» con que enredar del todo a mi hermano. Por el pasillo. Como una planta. El pecado que debía omitirse. Su oportunidad para estar sola con él.

En Whitechapel destripan los marcos. Preparan las cajas. Sueñan con Madrid. Walter Starkie quiere que Gregorio regrese. No todo se podrá exponer. Pero habrá un catálogo. Con su nombre en letras capitales. Tadeo también va a volver. Ha virado al «azul». Más fácil. Más conveniente. No consigue parar. Nunca. Un aprendiz le observa; se parece a Antinoo. Vibra. Se vuelve Adriano. Tiene una cicatriz en la cara. Como el emperador. Pero no la esconde. Cristóbal se la besaba. Lo sigue hasta un aparte. Le pide fuego. El joven saca fósforos de un bolsillo. Enciende uno. Decide creer que lo hace despacio; por seducirlo. Al acercarle la llama, roza su piel. Puede olerlo. Hablan. Se buscan; el uno en el otro. Como en un espejo doble. Lo toca. Los muslos, las manos, la boca. Del mismo modo que lo hacía en Roma; a los bronces de la Academia, a los marineros, a los borrachos, a los efebos de carne rosa. Henchido de deseo. De amor. Se puede amar un minuto, una vida. Una idea. A una piedra. Lo importante es sentir. Eso quiere. Eso ha querido siempre. Ahogarse en un mar de bustos, de cabezas, de perfiles aguzados. Apenas tapado por un velo, una toga. Un paño que nunca quiso ser de pureza.

Mucho antes que yo, volvió Tadeo. Con Gregorio Prieto. En 1948. Con un belicoso bigote y brillantina mate en el pelo. No hicieron falta entreactos, ni el «ahora vas a verme». Lo esperaba en la acera. Sin más. Bajo un sombrero de ala corta. Le pidió fuego. A él también. Cristóbal seguía apagado. Abrasado.

—Quería verte. Saber que estás bien. —Otra vez el silencio. Crudo. Cano. Más gastado—. ¿Lo estás? —Cabecea. Impaciente. No espera nada—. Tú no vives. Aparentas. —Suspira. No se equivoca. Deshace la calle. Despacio. Ha vuelto al ayer. A la garza callada, elegante. Al hombre bueno. Al manso. Al virtuoso. Al que no quiso

ser; ni tan siquiera cuando se encerraba en el baño para pintarse la boca. Ahora es un perro. Apenas toca. «¿Para qué?». Manuela acecha, los ve, pregunta. Nada. Otra vez nada. Como siempre. Oye los goznes crujir. Fin de la escena. Nada. Maldita nada.

El ascenso fue como al Mont Ventoux. Asustada. Ansiosa. Para abarcar el infinito de nuevo; desde arriba. La niña dormía. Olga no estaba. Salí. Cada paso era un recuerdo. Llamé al timbre. Me esperaba. Sabía de mí, de mi vuelta. Todo seguía igual. No, igual no. En el mismo sitio. Pero mucho más encorvado. Apagado. La luz parecía de vela. Pendía de un hilo, oscilaba. Me senté. Estaba acostumbrada al silencio. Colocó la aguja en su muesca y volvió a sonar Stravinski. Fuera era enero. Tardé en entender todo. Creo que sigo sin saber nada. Estaba tan hecha al encierro que su celda me parecía grata. No sé por qué pero me recordó a un arenque. Olía salado, verdeaba. Debía tener la misma edad que mi padre cuando todavía era mi padre. Antes de ser un recuerdo, una obsesión. Esa segunda primera vez no hablamos. Solo escuché. Con los ojos cerrados. Suprimir un sentido, dicen, agudiza los otros. Dejé que me atravesara entera. Volvía a ser barro y Cristóbal, Yahveh. Me dolían las costillas de cargar con Victoria. Abrí lo ojos. Había una reproducción de un drago canario colgando de la pared. No estuvimos mucho tiempo. El suficiente para saber que quería volver; que necesitaba volver. No dejó de observarme. Yo era una deformación de la niña que quiso salvar e intentaba cerciorarse de que no había cambiado; de que no lo engañaría. Ni comería manzanas. No lo hubiera podido aguantar.

La primera vez que se oye *La primavera* es en 1913. En el Théâtre des Champs-Élysées. Bajo los relieves esquemáticos de Antoine Bourdelle. Hasta entonces, todo han sido relámpagos, lluvia, luz. Stravinski olfatea. Un torrente politonal emerge desde el foso. El fagot suena agudo, poderoso. Las maderas lo puntean. El viento, trémolo, se superpone. Es la más prehistórica de las pastorales. Una ofrenda a la belleza terrible; la única de verdad. Avanzan los gritos. Lo abrupto de la melodía revuelve. Incomoda.

Los bailarines, desnudos, crepitan leves sobre el escenario, se confunden con el tumulto que trepa desde el coso. Los guía Nijinsky. Bello y grácil. Frágil. Un fauno redentor. «Dios en un cuerpo».[3] Otro loco como mi padre.

Que a mi padre lo veían mucho más que a mí lo supe por azar. Mientras Olga deshebraba unas vainas con su cuchillo de acero romo; como un autómata. Le pregunté. No lo había hecho antes por miedo. A que me contestara. A que pusiera en su boca maquillada palabras que yo sentía en los dientes; como cuando comes helado. Palabras que no quería escuchar. Que me abrochaban a un recuerdo. A una falta inmensa. Lo hice. Dijo que «bien» sin entusiasmo, se levantó de la banqueta y dejó caer el fruto de su esfuerzo al fondo de una cazuela. Echó sal. Ya era más de lo que sabía. Y diferente a lo que siempre me habían lanzado. Estaba bien y no simplemente loco. Quise saber más. Ella miraba el agua hervir. Se le mojaron los ojos. Por el vapor. «Normal», insistió. No era su padre. Le resultaba normal que estuviera escondido, desgastado, que mirase fijo a un punto. Casi siempre al mismo. En el mismo banco de piedra. Iban al manicomio igual que al cementerio. Por costumbre. Con pasos cortos. Una vez al mes. Ella de oscuro; por respeto a no sabía qué cosa. Colgada de la manga de Miguel. Con los bolsillos bien llenos de pipas. De calabaza. Dejaba un reguero de cáscaras que la volvía omnipresente. O un loro inflamado. Sentada, no tocaba el suelo. Hablaba de usted al recluso. Poco. No le contestaba. Eso también le parecía normal. Mientras siguiera allí preso todo estaba bien. Y normal. Mientras no la molestaran era feliz. Conservo una foto en la que se les ve juntos. Con su marco color crema. La tomó Rafael. Se había comprado una cámara por cierta obsesión suya con documentarlo todo. Procuraba acompañarlos. Al fondo aparecen un par de plátanos del jardín del manicomio. Olga está seria y lleva un pañuelo cubriéndole el pelo. Anudado justo debajo de la papada. Mi padre es tan viejo como Esopo. Le surca la cara la soledad. Hay otro orate. Parece Menipo. Intenta subirle la falda. Debe hacer calor. Hay una anotación. Con tinta azul. «Ciempozuelos, año 1954».

Rafael nunca se casó. Se había independizado a una habitación con derecho a cocina en la calle del Tribulete. Con vistas a una corrala y un tiesto. Desde allí caminaba al Hotel Ritz. Trabajaba de ujier. Abriendo y cerrando puertas; como san Pedro. De etiqueta. Había heredado el gusto por el placer, por las cosas bonitas. Comía en El Correo, como casi todos, en platos craquelados de china, pero veía desfilar servicios completos de plata, fuentes de Limoges. Era como el abuelo, un adicto al boato. Y allí plantado, con su chaleco verde de cinco botones, estaba más cerca de los nuevos oligarcas que cualquiera de nosotros. También del cielo. Hipocondriaco y melifluo, pausado y sobrio, siempre tuvo el mejor carácter de todos, el más suave. Hacía las reverencias largas. Se sentía especial. Conoció a Rita Hayworth. A Dalí. A «la Señora»; siempre con sus hilos de collares. Vivía en una mascarada intermitente. De día, al abrigo de una corte con caudillo que se solazaba entre las palmeras de lo que fue «jardín de invierno». De noche, colgando de su geranio; metido en la cama era lo único que alcanzaba a ver. Fue juntando propinas y se compró unas gafas con montura dorada que le aseguraron era de oro. Más tarde la cámara. Una Leica M3. Empezó a fijar su presente. Parte de su soldada la invertía en película. Los domingos eran para patear, para perderse entre vaivenes. Lo que más le gustaba era ir a El Rastro, a ver las tripas de quienes mercadeaban con todo. En cuesta, manteles desarrapados hacían de toldo impaciente. De visera. Las sombras, desiguales, se proyectaban manieristas sobre bienes de distinta necesidad. Sobre las caras casi siempre rojas de los que hasta allí llegaban; a vender, a comprar o intercambiar. Rojas del frío, por el viento. Rojas de calor. Rojas del vino, de cansancio, de pudor. Un cauce febril que iba en busca de otras aguas, de otro río. Cosas de la orografía. Cardos y patatas compartían raso con manzanas tocadas, coles con ajos. Las cebollas se amontonaban moradas. El laurel campeaba en un gancho; como en Grecia. Lo capturó todo. Los cartones de huevos con plumas, las guindas, el bacalao, las berenjenas, las moscas. No tiraba porque sí. Buscaba la luz, el aire. Su estación favorita era la de las telas. Los rollos apilados, el muletón redoblado, las tiras de encaje formando un ovillo. Se

perdía en su color. Disparaba con la parsimonia del que se siente seguro, del que sabe que nadie lo espera. Prefería el detalle. Cremalleras ensartadas, carretes esperando en fila, forros baratos deshaciéndose en las puntas. Y brazos de mujeres robustas tirando fuerte de un retal. A un lado de Curtidores vendían espejos. De toda clase. Algunos sin azogue de tanto mirar. Más de una vez se retrató en ellos. Reflejado. Un montón de pelo y un visor. Muy tieso. Con sillas de paja arrumbadas a su espalda; como en *plié*. Sentía pasión por la arquitectura. Primero fueron ventanas. De todo tipo. Como si fueran ojos. Una junto a la siguiente. Más tarde escaleras, cornisas, plazas; y en la del Dos de Mayo, populosa, a un vendedor de gambas con delantal a rayas que ceceaba hipermétrope. «Dos *pezeta* los cien *gramo*». Tomaba café en El Maño. Solo. Se encomendaba al Remedio; con los zapatos brillantes. Y llegaba el lunes. Pero antes planchaba el uniforme, le sacaba la raya, bruñía los botones y lo colgaba de una percha para que no se arrugara. Era su imagen especular, la proyección casi plana de una identidad torpe. Nunca le sacaron falta alguna. Ningún cuello estuvo tan blanco.

—Eres como tu padre —dijo porque sí. Pensé en la foto, en el hombre arrasado del banco. Yo lo sabía. Mismos ojos. Mismo pelo. Mismo pesar. Cristóbal no lo había dicho nunca. Ni antes, ni en este tiempo recobrado. Hasta ahora—. Eres igual que tu padre—. De niños se habían cruzado. Habían compartido horas. Y escalera. El hijo de un contiguo a la nobleza y el de un comerciante de paños. Un petimetre atildado y un atildado solista. Hijos únicos ambos. Dos ejemplares molestos. Por razones distintas. Para los mismos censores—. Me recuerdas tanto a él—. Lo decía sin pesar, con restos de sol. Volvía a tener parte del brío que nunca tuvo. Me hablaba de su ayer; sin mañana. Regurgitaba ideas breves, fuegos fatuos. Había vuelto al té. Negro. Con canela. En rama—. Lo mismo que tu padre—. Al parecer, cuando escuchábamos, los dos inclinábamos la cara, acercábamos la barbilla al pecho. Es cierto que al trasluz podía verme las cejas cuando hacía que me concentraba. Es cierto que no sabía el motivo. Es cierto que a él, yo nunca le vi hacerlo. Claro que, para cuando nos quedamos solos,

ya no escuchaba nada. Ni miraba.

—Estábamos en la acera. En el patio. Entre medianas. Se reía de mí. Yo quería ser músico. Él simplemente feliz. Su padre que estudiara; tu abuela que sintiera. Era una mujer extraña tu abuela. Y maravillosa. Me pedía que tocara; lo que fuera. Vivía de oír. Veía muy poco. También ella se inclinaba. Era su cuerpo entero el que prestaba atención. Le gustaba Bach. Yo era un niño. Tu padre otro. Mi madre, un pavo. Se henchía de soberbia, de fusas, de corcheas. Movía los dedos como una percusionista. Eran conciertos largos. Acababa roto. Tu padre, dormido. Al terminar, me cogía la mano para adivinarme el futuro. «Tú serás lo que quieras», me decía. —Y tenía razón. Cristóbal nunca fue nada porque no quiso. Porque no supo. Porque era débil. Al menos, de puertas para afuera—. A mi madre, los accesos quiromantes de tu abuela le gustaban porque le hacían sentir especial. Y me veía en la Viena de la cultura, de los teatros. En la Viena de la seguridad. Vivía a través mío. Pero lo que a mí me daba era miedo. Vértigo. Tu padre ni miraba; solo quería huir. El mío, no estaba. No le gustaba el piano. Ni le gustaba tu abuelo; ese «ministril estirado». Mucho menos, yo. —paró. Su padre también le dolía—. Era republicano, ¿sabes? No creía en prebendas. Solamente en la fuerza del trabajo. Tiraba de su vida igual que un mulo; y de la nuestra. Con unas manos átonas, muertas. Cubiertas de callos. —Se miró las suyas. Llevaba mitones —. Tampoco creía en mí. Alguien, una vez, porque sí, le dijo que su hijo, yo, era un alma sensible. Llegó a casa, me arrancó del piano y me encerró en el baño. A oscuras. Sin decir nada. Pegué la cara al suelo para recibir algo de aire. Temblando. Por sentir algo de luz. Lloré por dentro. No me quería. No quería mis modos, mis maneras. No quería un hijo sensible. Un hijo que sorbía despacio, que suspiraba a tientas. No lo quería. —Había tanta pena en aquel salón derrumbado que sentí polvo en el cuello. Detrás de la lengua. Abrí una ventana. Entró algo de aire—. Eres como tu padre. —Otra vez—. Tú no lo conociste. Al que abrazabas le habían robado el color. A tu madre le quedaban días, muy pocos, y a él le sobraban años. Vidas. Llanto. Cuando nació Gonzalo ya estaba muerto. Y tú lo acunaste; como tendrían que haber hecho sus brazos. Y cargaste

con él. Os sentía subir y me tiraba al suelo. Otra vez. Como cuando era niño. Para escucharos. Para saber que estabas bien. Y le oía cantar. Cantarte. «Muñequita linda. Si te quiero mucho. Tanto como entonces. Siempre hasta morir». —Salí corriendo. Lo había olvidado. Su boca grumosa masticando estrofas, sus ojos calados. «Dime si me quieres. Como yo te adoro. Si de mi te acuerdas. Como yo de ti».

15

El pintor aporta su cuerpo.

PAUL VALÉRY

Te haces viejo. Te ven. Piensan que por haber «llegado» tendrías que estar agradecido, feliz. Por no haber muerto. Por seguir vivo. Por respirar. Como si respirar fuese un regalo. No lo es. Te haces viejo. Te ven. Mudas el *soy* por un párvulo *fui*. Te cambia la piel, la voz. Callas. Te toman por loco. Uno más. Te haces viejo. Te ven. En tu rincón. Te preguntas si mereció la pena; si habrá algo más. Si no hubiera sido mejor poner fin. Te haces viejo y te ven. Solo te ven. Porque no importas. Porque no miran. Porque no estás.

No solamente sopla el viento, sopla otra cosa. Más fría. Más densa. Frente al balcón de la sala, cogidas al muro, por detrás de un cristal mate, empañado, una legión de alevillas revolotean muertas; atravesadas por unos ganchos finos. Expuestas. Parece un columbario. No cualquier día. El día de todos los santos. Por debajo de cada cuerpo corre una filacteria ológrafa. Igual que lápidas. Cada par de alas, un orbe. En su marco. Dependiendo de la hora, un espejo. Otro más. Las miraba y me veía con ellas. Borrosa. Como en un crepé de oriente. Como en el retrato *La infanta María Teresa*. Tocada de mariposas. Ninguna amarilla. Esas son para Gabo. Gonzalo había vuelto. Cristóbal se agarraba a una taza. La llevaba a la boca. Estaba enfermo. Muy enfermo. No me lo dijo. A nadie. Solo a él mismo. Un día. Casi al final.

Siempre se sintió como uno de esos exquisitos cadáveres que

ensartaba su padre. Un ejemplar inútil y bello. Empotrado a una tabla. Llegó a haber dieciséis de aquellas necrófilas urnas. Sobre la misma pared. Toda una carnicería. «Cuando muera —pensaba, aún joven—, que me conserven en una caja. A mí también. Con las piernas y los brazos abiertos. Como san Sebastián. Asaetado». No sabía que las moscas de la carne no respetan. Que ponen sus huevos sin más. En orificios y heridas abiertas. Que los párpados se inflaman. Que huele dulce. Y después mal. Pero faltaba tanto como una vida para cerrar los ojos. Y en París, Maurice Ravel tocaba *Frontispice*. Para cinco manos. A Cristóbal le faltaban tres.

Su herida nunca se cerró del todo. Podría decirse que olía. Desde luego, dolía. Siempre caminó con la falta, con el mérito de un expósito; de padre. Se enamoró de Tadeo. O dejó que lo quisiera. No hay diferencia. Y comenzó otro calvario. Igual de intenso. Quizá lo que buscaba no era un amante. Quizá lo que ansiaba era un padre. Y cada vez que se quedaban solos, a oscuras, se tendía en el suelo en busca de luz. De nuevo. «Porque me duele la espalda», le decía. De tocar. Por no tocarle. Su música era belleza enlatada, asimétrica. Sin cuerpo. Un pretexto. Aire. Tadeo estiraba las piernas y las colocaba en alto. Cruzadas. Sobre el respaldo. Cerraba los ojos y hacía que oía. No quería ni bises ni fusas. Solo el calor de Cristóbal, sus huesos. Respiraba hondo, para hacerse presente. Fumaba. Se ponía en pie. Trataba de contenerse. Le acariciaba el hombro. La escápula. Con el pulgar. Fuerte. Y nada. Música. Solo música. Como hielo.

Le ardía el pecho. Tosía con violencia. No era capaz de tragar. En la boca le habían salido unas úlceras blancas y densas. Veía menos. Subía y lo encontraba con su taza humeante, apagado. Dispuesto a casi nada. No necesitaba llamar. Ya no. Había conseguido una llave. Una tarde sin demasiada tormenta me la había dado. En mitad de sus silencios. Colgando de un cordón verde y una sonrisa. Me lo até a la muñeca. A veces pasa que te vuelves necesario, que tu presencia es como un ungüento. En eso me había convertido. En ambas casas. En consuelo. No sabía estar malo. Él, que siempre fue el bueno, o lo había intentado, padecía los efectos de una enfermedad que se lo comía por dentro. Por eso

no comía. Mezclaba tomillo y miel y lo vertía en su tisana parda. Removía con la rama de canela. Bebía despacio. Asistí a su caída y no me di cuenta. No era capaz de entender que aquellos estertores eran como un pozo. Y le hablaba sin sustancia. La locuacidad está sobrevalorada. Es un vórtice. Sobre todo cuando te sientas a esperar la muerte; la tuya. En esa linde se encontraba Cristóbal. Sin reconocerse en su flujo de «humores» mojados. No queriendo ver. Comencé a leerle. Me volví un poco mi madre. Y me perdí de verdad entre sus libros. De todos, infinitos, había uno especialmente antiguo. Con una cubierta que parecía de cuero. *Le vite de' più eccellenti pittori, scultori e architettori*. Giorgio Vasari. Las primeras páginas, como de Biblia, estaban huecas. Dejaban entrever el diseño que hacía de prefacio; más adelante. Una estela clasicista con atlantes borrosos, frontones, *putti*. Con el escudo de los Medici en lo alto. Con guirnaldas, volutas, ménsulas. Con una esquemática ciudad amurallada dentro de un reservorio; con una cúpula inmensa. En el centro. *Fiorenza*. Más allá de las verdades a medias sobre Giotto, Pisano o Verrocchio, por detrás de un par de páginas rasgadas, había una nota. «Falto yo. Pero tú me piensas. Lo sé. Tuyo. Siempre. T.». Era un regalo del hombre que no supo amar. Del amor que no aprendió a quererle. Del artista que nunca sería. Mucho antes de todo. Me miró como miraba. «Me lo trajo de Roma». No pregunté a quién acariciaba con esa abatida frase. Cerré el libro. Me senté a un palmo de su vergüenza. Llevaba fajado el cuello. No era más que una porción de lo que había sido, una taba. Un pedazo de pan duro. Como los que Olga volvía miga con sus rollizas manos. Una parte para remojar y freír, otra para las palomas. Parecía dormido. Yo sabía que no lo estaba por su manera de respirar; pero él no acertaba a saber si ese calor en la cara era desvelo. O un sueño.

Olga machacaba los ajos con cierta prudencia. Con las uñas rojas. Ponía un poco de sal en el almirez y apretaba. Los freía despacio. Echaba un pellizco de pimentón, al final, no se fuese a quemar; el pan roto, más sal y movía. Sin prisa. Con el resto hacía montones, los prorrateaba entre los vanos que tenían sol. Esperaba. Casi siempre con un cuscurro en el bolsillo del camisón. Para no

ser menos. Le parecía exótico que en su ventana recalaran aquellas bestias voraces de ojos monolíticos. Zureando. Ahuecando sus pecheras. De los cuatrocientos millones que, dicen, degradan la tierra, frente a ella, se amontonaban tantas como espacio quedaba. Guerreras. Manchadas. Sucias. Feas.

Yo leía. Cristóbal seguía su ocaso. Gonzalo, aun sobrio, se pegaba con las piedras del portal. Igual que a mí, muy poco tiempo después, le habían hecho desparecer. Olga y Miguel, sin chistera, hubieran pasado por eficientes prestidigitadores; quizá de ahí le viniera a mi cuñada su afición por las palomas. No recuerdo recordarle durante mi rapto. Ni siquiera pregunté a nadie por él. También lo borré. Ese fue siempre su lastre, la invisibilidad. Un don que lo volvió pequeño, imperceptible. Receloso. Nos lo habían devuelto por no sé qué madeja administrativa. De pronto, sin esperarlo, estaba allí. En su casa, la nuestra. La de todos. Con su cara de niño y pantalón corto en invierno. Sin enterarse de mucho. Alerta. No me conocía. Andaba metiendo un pie hacia dentro, como buscando refugio; en círculos que nunca se completaban. No sabía ni qué era ni cómo funcionaba una mujer. Solo había visto sotanas y chavales mugrientos, mucho más que él, perros pulgosos y un obús que nunca llegó a detonar, que sobrevivía como una reliquia marcial entre las tapias de su colegio. Un pundonor heredado le mantenía en la obligación de estirarse fuerte el pelo, casi siempre con saliva; de parecer más o menos limpio. Ahora, desorientado, respiraba el mismo cielo que dos ejemplares bien distintos, Olga y yo. Y las dos le parecíamos siniestras. Ninguna le hablaba. Tampoco él lo quería. Saltaba de la cama y se iba al patio; necesitaba calle pero no libertad. No sabía lo que era. Ninguno lo sabíamos. Se le oía farfullar solo. Excepto un día. Flora vivía en la escalera interior. De luto sin alivio, tiraba de un inmenso capazo de esparto casi siempre medio libre. Lo había perdido todo, hasta el resuello. Era de las viudas que no tenían tierra donde llorar, de las madres que no sabían dónde encontrar a sus hijos. Ni su carne. Se hubiera arrancado la piel por tener una laja de piedra con letras, un nicho como la nieve que poder fregar hasta abrirse las palmas. Pero nada. Ni una nota. Ni un crespón. Nada. Los domingos rezaba.

Los sábados buscaba en cunetas. Buena y débil, se acercó a Gonzalo; le estaba pidiendo algo. Ayuda, pensé desde arriba. Le hablaba muy despacio. Con cariño. Con asma. Le tocó el brazo. El ruido de las familias se fundía con aquella primera vez desde todas las cocinas. Al fin, atravesó el patio y se perdió en su penumbra. Resoplando. Gonzalo la siguió con los ojos, con dudas, con asombro. Era un niño. Dio un par de vueltas sobre su eje, se rascó. Tenía una costra seca en la rodilla izquierda. No tardó ni un instante, levantó la mirada y salió igual que un gato, pegado al muro. Cruzó la calle concentrado. Se vio en el cristal de la puerta del mesón. La empujó y pidió el vino. «Para doña Flora».

El inmueble de la calle Espronceda era un laberinto en sí mismo, una fortaleza asimétrica que intentaba jugar al despiste. Alguien sin maña había decidido conectarlo con otro bloque, a su espalda, mucho más humilde y gastado, y una especie de corrala hacía de intersección; un hangar mate de proporciones colosales y perspectiva forzada, cubierto por vigas y raquíticas troneras. Que parecía un queso. Al menos tenía el mismo color. De un lado, mirando hacia fuera, vivíamos los herederos de aquellos que una vez creyeron que eran algo. Ocho familias con apellidos largos, chimeneas de piedra y pocas ganas de nada. Con baño completo y prisa por vivir. Más dentro, con vistas a una simple tapia, Flora y otro montón de tristes. Y Manuela. Por debajo, las ratas. Con la misma hambre que nuestras tripas. Escarbando. El portón era de roble. Con una aldaba de metal ígneo por hoja. Costaba abrirlo en agosto; los pies de Olga no eran lo único que hinchaba el calor. Alguna vez debió tener barniz. O pintura. La puerta. Olga cada vez ocupaba más tiempo en aplicarse color; parecía un payaso. Por detrás de la escalera había otra. Y un patio. Y otra escalera más. Y un rincón para las nubes. Quien diseñó todo aquello les reservó un sitio privilegiado, al fondo, coincidiendo con la sombra que no daba la tapia; un mirador depauperado que parecía un diente roto y azul. En el patio no crecía más que moho. Negro y espeso. Con él se entreveraban las nubes. Los más pobres meaban en una letrina común. Se bañaban en cubos con agua fría. Ocupaban lo que una vez fueron trasteros. Bajo rasante. Cuando emergían de su cueva,

cada mañana, los veías llorar. Eran topos con cristalinos hipertrofiados. Y sentían pena. Sobre todo de sí mismos. Tú también. Se estiraban. Les crujía la espalda, los dedos. Cogían aire. Lo que corría en sus casas era peor que asbesto. También el edificio se estiraba. Y crujía. Su naturaleza trina lo había vuelto un nudo. Manuela solo se encargaba de la cara exterior. Y usaba vinagre blanco para fregar el suelo. De rodillas, como casi todo. Cada martes. Allí tirada espiaba mejor, eso creía. Como un zahorí. Con las yemas rizadas y las cejas derretidas. Por el sudor. Era entonces que parecía un carbonero. Hubo un cuarto para la hulla, cuando todos los pisos eran principales y hacía verano en diciembre; y un portero que alguna vez fue soldado. En Cuba. De aquel fulgor pretérito apenas quedaban los mimbres, la carcasa; una pátina oxidada que, como la catedral de Rouen, se venía inexorablemente abajo. A mediodía, con el sol plano y denso, salían las faltas. Los plafones descolgados, las cornisas de yeso valgas, el bronce robado. Por la noche solo era un refugio más. Una gatera.

Si Gonzalo era un gato, Flora una carpa. Bebía vino y roncaba. Y abría la boca grande, como esos ejemplares untuosos que nadaban entre miseria verde en el parque del Retiro. A ella el agua le salía de dentro. A borbotones. E hipaba. Borracha, solamente comía pan seco. Como si quisiera empapar su llanto. Se sentaba en una mesa vacía, miraba al frente. Llenaba un vaso. Casi por costumbre vigilaba que nadie la viera. A un lado. Al otro. Sorbía despacio. Apretaba el cristal. Fuerte. En vez de brasero tenía un par de botas desvencijadas que fueron de su hijo. Metía las piernas dentro y sentía calor. En un plano de Madrid había marcado los lugares donde creyó ser feliz. Con un lápiz. De cuando era niña en el barrio de Chisperos. La plaza de San Gregorio, el mercado de San Antón, las Góngoras y el Humilladero de Nuestra Señora. Su particular hagiografía vivida y doblada hasta en doce partes iguales. Con borrones sobre la calle de Fuencarral. La primera vez que bebió vino fue en la iglesia de San Luis. Nunca supo que ese hijo suyo, que sentía ahora en sus pies, fue quien prendió la llama. Uno de los pirómanos hartos, que, descreídos, perdieron toda la razón al querer quemar sus naves, su retablo

estofado y mártir. Y la poca esperanza que quedaba. Recuerdo salir de Pica Lagartos y ver su cerviz abrasada, sus arcos torales muertos. Como mi madre. La «tía» Flora, así comenzó a llamarla, bebía lo que Gonzalo compraba. Se convirtió en su copero. Subía y dejaba en la puerta medio litro de caldo. Turbio y con tártaros. Él chupaba el corcho. Del infierno de Flora devino el de mi hermano. Al hacerle cómplice, lo volvió víctima. Empezó a hablarme. Supongo que por los efectos del alcohol.

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis —le dije. Me miró.

—¿Cómo era mi madre?

—No lo sé. No la recuerdo. —Era verdad.

—¿Y mi padre? —Lo que primero me vino a la lengua fue la palabra «loco». Un instante después, una arcada acre de culpa y pena. Me habían programado para creer que estaba loco aunque no lo creyera. Lo habían tallado en mí; unos y otros. Me habían castrado el pecho. Educada entre mentiras, era un ser mutilado, vacío. Y lleno después de hiel.

La iglesia de San Luis, en la calle de la Montera, fue un templo sereno. Con dos torres con chapiteles grises de pizarra azul y un obispo en la puerta. De piedra. En su hornacina. Observando. A su espalda, casi apoyado, hubo un mercado. De los de toda la vida. Y una fuente. Con la cara de un león escupiendo agua. El 13 de marzo de 1936, a la hora de Vísperas, un puñado de rehenes de su propia fe, entre ellos Luis, el hijo de la tía Flora, sacaron a empellones de sus credos a quienes seguían queriendo creer. La tea revolucionaria había prendido entre sus quintos y toda acción democratizadora pasaba por la destrucción de aquello que tuviera aliento a mirra. Tiraron de colgaduras, de mantos; desnudaron a los santos. Abatieron el retablo de la capilla mayor. Se hicieron ramos con las hojas de palma que extirparon a las salomónicas columnas. Vieron arder la cara de san Jerónimo, la de san Agustín; a las cuatro virtudes cardinales. Luis, que se llamaba Luis por san Luis y estaba bautizado en esa pila, se excitó mirando el fuego. Tenían su liturgia aquellas crestas naranjas. Su razón. Vio una patena, a la derecha del padre, y se la metió en un bolsillo. «Para

mi madre».

Ya estaba sola Flora cuando le ofreció aquel plato a Cristóbal. A Luis se lo había tragado la guerra, a Juan, que estuvo casado con ella once mil cuatrocientas diecisiete tardes, y por el día trabajaba y de noche dormía la siesta; el tifus. Necesitaba dinero y aquella patena expoliada era lo único con brillo en su haber. Se chocó con el músico. El haz, que estaba sobredorado, tenía algunas marcas del uso. El envés, en su base, conservaba una escena cincelada y piqueteada con cuatro figuras santas. La más gastada, de pedirle, era el Cristo yacente, al que abrazaban dos mujeres tocadas. Junto a ellas, san Juan; lampiño y en lágrimas. Con las manos pegadas al pecho. Cristóbal paseó sus dedos por el relieve. «¿Cuánto?», dijo en bajo su voz tierna. Flora no supo qué contestar. No sabía ni cuánto ni cómo. No sabía nada. No estaba segura de haberlo hecho bien. Le puso un billete en las manos. Lo agarró con fuerza. Le urgía. Se lo escondió en el sostén. Suspiró leve. Quería comer, necesitaba beber. Ni siquiera dijo adiós.

Cristóbal se estaba muriendo. Y no quería. Después de todo, prefería su vida pequeña a no tener vida. Pero no aguantaba el dolor. La mecloretamina que le inyectaban no le dejaba vivir. El practicante, otro parásito endeble, le visitaba los jueves. Del interior de su bolsa sacaba una jeringa de cristal que apoyaba en la patena de San Luis. Le daba un golpe; con el índice. Para asegurarse de que no quedaba aire. Restregaba alcohol por la nalga. Le atravesaba la piel con la aguja. La poción era amarilla y viscosa; veneno. Cada día estaba más roto. Sudaba. Solo quería dormir. Empezó a sangrar por la boca. Se rascaba con saña, sin pausa. Se hizo marcas. Recordó el Deuteronomio: «Te herirá el Señor con pústulas malignas». Tenía cincuenta y tres años y el corazón de un perro. Había pecado. Tenía miedo. Mucho más que a la muerte, al Juicio. Pensó en Tadeo. Miró el drago. En su marco de caña. Recordó el cuadro, el tríptico de El Bosco. El *de las Delicias.* Lo habían ido a ver juntos, ansiosos, al Prado. Lo acababan de colgar allí. El árbol de la ciencia era un drago.

«Píntamelo», le pidió. El tronco bulboso, las hojas formando abanicos; diferente a todos los demás. Como ellos. Tadeo asintió.

«Por qué no», le oyó decir. Sin ningún entusiasmo. Sin dejar de perderse entre los cuerpos enredados. Soñando con estar allí; montando a un unicornio. Dentro de un mejillón. Hincando fuerte a una bestia. Ahora, Cristóbal miraba el drago y veía el Infierno. Y al monstruo con cabeza de pájaro en su trona dorada; devorando cuerpos. Y a la mujer marcada en el pecho por el sapo de la lascivia; enfrentándose a un espejo. Siendo violada por un chacal. Como si aquel árbol fuera un filtro, una transparencia. El camino hacia el fin. Comenzaba a delirar. Por la fiebre y la vigilia. Pasó de no estar despierto a dormir cuatro horas. Se le cayó el rostro. La extrema delgadez se lo arrancó del hueso. Parecía Marsias. Me empezó a decir «ángel». Su estómago me lo llamaba. Y asistí al inicio de mi calvario de ángel. Cada tarde recorría los dos tramos de escalones que me separaban de su cueva. Quería ayudarlo, devolverle sus cuidados. Estar con él. Le hervía arroz; al fondo de una escudilla. Con una hoja de laurel encorvada. Lo peinaba; y aprovechaba para tocarlo, para dejar sobre su piel mi peso. Lo lavé con un lienzo frágil. Ordené sus libros, sus papeles, sus lamentos. Volví a abrir las ventanas. Dejé que entrara la calle. Un día, el único que no tuvo fiebre, me pidió que lo pintara. «Como a un Oyama».

Necesité una banqueta. Detrás de un sinfín de cajas, entre colchas y alcanfor, encontré el maletín. De napa color miel, con los cierres rayados. Tiré fuerte. No era muy grande. Casi me caigo. En una de las esquinas había un nombre: «ALBERT ROSENHAIN. BERLIN», perforado en una plancha mate de metal. En otra caja, pequeña y lacada, había una llave. Lo abrí. Lo primero que encontré fue mi cara. Sobre un espejo enmarcado por listones, sujeto a la tapa. Por debajo, siete bandas de cuero negro hacían de depósito para el mismo número de tarros. Todos distintos. Todos de cristal de roca y plata. Tres de ellos contenían lo que parecían tónicos. Uno, una loción espesa y blanca. Otro era una polvera. A la derecha, un peine de nácar; para el pelo. A la izquierda, un cepillo para la ropa; de pasta. Compartían la misma inicial, grabada con delicadeza, R. De Riera. El apellido de soltera de su madre. También había dos carmines, dos fragancias, dos pinceles y una piedra de sombra cian.

Estaba ansioso. Hacía mucho que no anhelaba tanto nada. Desenrosqué la polvera, saqué la borla. Olía a iris. Se llenó el aire de niebla. Le cubrí el rostro. Con toques ligeros. Despacio. Bajé al cuello. Le rocé la nuez. Tiré de su párpado hacia arriba hasta casi llegar al cielo. Lo llené de azul. Tracé dos líneas. Largas, rectas. Con el más rojo de los carmines le puse una boca. Por fuera de la suya. Intentando que pareciera feliz. Ya era un Oyama.

Lo dejé allí. Quieto. Más de verdad que nunca. Bajo una máscara nueva de libertad. Coloqué el espejo en la mesa. Dejé que se mirara. En silencio. Ninguno dijimos nada. Me fui; mientras repasaba sus gestos, mientras vivía el final de su vida. Salí. No sé lo que sentí. Creo que miedo. Y paz. Y unas ganas infinitas de que me quisieran; y de abrazarlo. De pequeño, además de músico, solo deseaba ser feliz. Y mujer. Nadie le enseñó. Nunca lo fue. No le dejaron. Pero ahora que no tenía aliento yo le dibujaba rubor. Con mis dedos. Le devolvía su sueño.

16

La vie m'est insupportable,
pardonnez-moi.

IOLANDA GIGLIOTTI, DALIDA

La primera lágrima abrió un surco. Arrastró parte del afeite enjugado dejando viva una grieta, una señal. Rodando por la extrañeza de lo que nunca ocurrió. Después fueron más, muchas más. Hasta colmar un río. Emborronándolo todo. Se incorporó en su careta y agarró una de sus plumas. Le costaba vivir. «Querido T. Tenías razón. Siempre la has tenido. Nunca seré yo. No me han dejado. Nunca viviré como quise. Ni como quiero. Estoy hecho a medias. Como la sinfonía de Schubert. ¿Te acuerdas? Te escribo con una mujer dibujada en la cara. Con mucho miedo. Con toda la fuerza que jamás tuve. Me muero. Me muero y por alguna razón no me muero. Y estoy cansado, harto de andar. De respirar y no hacer ruido. Te quiero. Sé que lo sabes. Siempre lo hice. A mi manera. Pequeña, inútil, parcial, frágil, callada, hueca. Con ganas de más. Ya no toco. No puedo. Me arden las manos. Las mismas que siempre buscabas, que yo escondía. Te las regalo. Cortádmelas. Desde que me encontraste, solo te he pedido una cosa, tiempo. Ya no. Ahora te pido que me salves. Que te quedes con los días que me quedan. Y con mis manos. Eran lo único bonito que tenía. Lo único que servía de algo. Hoy son flemas. No dejes que se astillen. Ven y sácame de este infierno. Ven y quítame el aire. No quiero más. No puedo más. Y no me olvides del todo. Tú no. Que alguien me piense. O no habré existido. Gracias. Infinitas. C.». Y con los ojos vacíos incorporó un *post scriptum*: «Nunca me entendiste

porque nunca te dejé. Ni siquiera a mí. Espero que lo sepas, que me hayas perdonado».

La carta llegó sin fecha. Y fue devorada. De tanto que la leyó se le borraron las comas. Era la primera en veinte años. No se lo pensó. No había nada que pensar. La dobló al fin. Se la guardó en la manga. Como un as. Ahí estaba el drama que Tadeo no había encontrado. Ahí lo tenía. En su ocaso.

Yo subí de nuevo. Cristóbal volvía a ser él, tenía la cara borrada. Me dio un beso. El primero. Me pidió un libro. *El tiempo recobrado*. Hacía el tomo siete de una sucesión de tapas negras y letras doradas. M. Proust. Quería leer. Yo también. Me senté a su lado. *Arte de épocas inciertas*. De María Luisa Caturla. Era mío. Me había dado a elegir y me quedé con ese. Un día. Porque no tenía ninguna certeza. Porque era el único con nombre de mujer. Se quedó dormido. Recogí la mesa y llené un cazo con miel, leche y clavos. Subió la espuma. Retiré la nata. Le eché canela; era adicto a su color. Volví a la sala y dejé la bebida. Tapada con un plato. Para que conservara el calor. Respiraba con toda la dificultad que podía, bajo una barba imperceptible y gris. Creo que vi a mi padre. No como Olga veía a su suegra; mi padre no estaba muerto. Al hombre acabado, vencido. Su fatiga. En su gesto. Cerré con mimo. No me despedí de él.

Reflejada en la calle se veía la luz de su casa, pegada a la acera. Dibujando un rectángulo casi perfecto. Alterando la rutina de sombras con que había dirigido hasta ahora su pesar. Volví a mirar y ahí seguía. Cada vez más brillante. Una rareza entre el vicio de no hacer siempre nada. Apreté la vista. Esperé a que Olga enterrara su cráneo en ese relieve de goma que le domaba el pelo. Oí a Miguel roncar. Salí intentando no hacer ruido. Descalza. Con dolor de tripa. El rellano estaba quieto. Accedí con mi llave. Me recibieron los mismos rincones y un espeso olor a almendras. Llegué al cuarto que era un faro. Un hombre se aguantaba el rostro en las manos, sentado en una de las sillas, con el cuello hacia delante. Los codos en las piernas, los índices a punto de atravesarle los ojos. Al lado, Cristóbal. Sin apenas ropa. Tumbado y verde. Con la boca abatida. Los párpados, dos golpes violetas. No respiraba.

Yo me quedé sin aire. Tadeo me vio. Corrí. «Espera», dijo. Para cuando creí entender qué pasaba, estaba cubierta con la manta y un abrigo. En la cama. Tiritando. Pero Tadeo, que había sitiado con su voracidad a Cristóbal a lo largo del tiempo, no era el artífice de aquel final prevenido. Su culpa era otra, su naturaleza distinta. Cuando llegó, nada se podía hacer. Tal vez tampoco lo hubiera hecho. El cianuro se absorbe rápido. Mata deprisa. Apenas hablaron. No hubo tiempo. Perdió la conciencia y murió. Sin un ápice de romanticismo. Entre contracciones. En nada se parecía aquella palidez cetrina a las escenas que había soñado. La muerte de verdad no es romántica. Ni bella. Y huele mal. Cuando me fui y Tadeo pudo incorporarse, lavó el cuerpo con fruición. Le colocó los brazos, las piernas. Le abrochó una camisa limpia, blanca. Se esmeró en que pareciera dispuesto, digno; el hombre que nunca llegó a ser. Con un pincel mocho le repasó las cejas, los labios. Peinó sus pocos cabellos con agua de colonia. Y rezó. Más por vicio que por fe. Por Cristóbal. Y lloró de nuevo. Mucho. Ante la decadencia de esos músculos; por temor a convertirse en pasto y cenizas y acabar igual de solo.

Oí gritar a Manuela. Me había quedado dormida y sus graznidos me obligaban a volver. Vi a Cristóbal con la lengua fuera, hinchada, blanca, seca; de nuevo. Una imagen que aún arrastro. Entró Olga. Contagiada por los gritos, farfullando imprecisiones sobre «el violeta». Yo sabía lo que pasaba, sabía que estaba muerto en su tresillo heredado. Sabía que era mejor no decir nada. Me sorprendió mi silencio. Respiré hondo. No quería salir. En su inspección de reptil, Manuela había visto que la puerta estaba abierta. Pasó. Hocicó donde pudo. Buscó diretes. Y se encontró el cadáver. Mas descompuesto y verde. Asustada, empezó a aullar. Despertó a la escalera. «Pobre niño —chillaba—; pobre don Cristóbal». Necesitaba estar muerto para que esa especie de sota voraz lo tratara con respeto. Rápido, se estrenaron los lamentos de corro, una suerte de fama que venía de la simple necesidad de llenar las bocas con chismes. Cuando sobran horas, aunque falte tiempo, una cuita se celebra como el agua. Eso hicieron. Celebrarlo. Encender mechas. Nada hay tan poderoso

como una emoción compartida, aunque sea inventada. Nada tan útil. Tanto, que puede mover la tierra. El muerto de golpe era de todos. Para todos. Todos querían saber. Sobre todo ellas. «Estaba tan enfermo. Era un buen hombre. ¡Qué lástima de hijo!». Duró poco. Al tercer día, sin luz cegadora por medio, resucitaron las mentiras, volvió la inquina, la maledicencia. El odio visceral. Antes, precedido por quienes querían mirar, en pleno conato, Rafael pudo colarse y hacerle una foto. No lo pensó. Disparó y se llevó con él lo que ya no le quedaba, algo de paz.

Con el poco dinero que conseguía ahorrar, Rafael compraba película y revelaba los rollos. En un laboratorio de la calle Embajadores, frente al cine Pavón. Una detrás de la otra, las pegaba en álbumes de cartón que parecían biblias iluminadas. Las mejores, las más vivas, las reservaba. Las prendía de la pared. Con alfileres de cabeza redonda. Conformando una constelación de recuerdos en los que, por vez primera, aparecía un muerto. Abrió la puerta de metal. Sonó un repicar de barras. Detrás del mostrador estaba la misma mujer relamida. Lo miró mal, con sorpresa; era quien colocaba las copias en sus respectivos sobres. Hubiera querido llamar al encargado, por pura mojigatería, pero no pudo; estaba en El 15 de Cascorro, ahogando su cotidianeidad. Ya en casa, junto a la portada del hospicio de Fuencarral, por debajo del alero del edificio Grassy, emergía la cara de Cristóbal como la de Casagemas. En formato nueve por trece. Empastaba bien con los atlantes de la Academia de Medicina, cuatro imágenes a la derecha. Aquel mosaico era mucho más que un divertimento psicótico, era el mejor reflejo de lo que vivía en mi hermano. Allí dispuestos, en cuadrícula, había brazos blandos de mujeres blandas, mesas de chapa con vasos de caña hasta arriba de vermut, bancos de madera y ventanas. Ni una sola foto de su cuerpo. Ochenta y seis retazos de lo que miraba y nada suyo. O todo. Ni él se conocía tanto como le conocía esa pared. Su dedo era un puente y aquel mural su otro yo, el que no dejó de negarse. Disparaba lo que anhelaba, sin saberlo; aquello que hubiera querido ser y no era. Lo que hubiera tocado y jamás se permitió. Era feliz. Mucho más de lo que yo lo he sido nunca. A su manera. Quizá porque no

quería saber.

A Cristóbal lo enterraron en el flanco más asolado del cementerio civil. Bajo una piedra blanca y porosa de Colmenar. Se había quitado la vida y eso lo expulsaba de la tierra que un día nos prometió Dios. El cementerio civil era una rareza en mitad de aquel Madrid de misas. Se conservaba agreste, cansado. A media luz. Ya no lo cuidaban las mujeres de la Fraternidad Cívica. Entre los pinos, casi todos carrascos, y los cipreses, sobresalían delicados túmulos con inscripciones descreídas. Él sí que lo hizo, creer. Creyó lo que decía el Evangelio. Creyó en la música, en la belleza. Creyó en Rilke. Creyó en mí. Creía que el mundo era hostil; no le enseñaron a adaptarse. Lo taparon con tierra impía, sin responso, con una esquelética cruz en lo alto. Cerca de Colombine. Nadie reclamó sus enseres. La casa era alquilada. Buscaron ascendentes, descendientes. Y nada. Ni tan siquiera aves de rapiña. Todos los suyos eran hijos únicos. Mientras lo inhumaban regresé a despedirme de sus cosas. Olga no estaba. Manuela había ido a asegurarse de que lo enterraban bien. Para tener algo que contar. Por pura superchería. «Éramos yo y otro hombre. Con su bigote», decía. Dos bigotes para un muerto. Nadie más. Entré con mi llave. Por última vez. Con un nudo en el cuello. Volví al sillón que fue su tumba. Me senté en un brazo. Sobre la mesa seguían la leche, la canela y la miel. Tapadas con un plato, esperando su boca. En el muro, una sombra, un cerco. El drago no estaba. Pensé en las vecinas, en la dueña del bigote. Miré el clavo. Sujetaba una mancha del mismo color que una vez tuvo el papel. Todo lo demás parecía en su sitio, en su desorden. Menos el drago; la única rendija con vistas al cielo. «No me quiero morir —empecé a decirme—. No me quiero morir». Vi el *Emilio*. Lo escondí debajo de la blusa. Un acto reflejo y a la vez premeditado. Había pensado que quería hacerlo pero nunca creí que me atreviera. Notaba su lomo en mi piel. «No me quiero morir». Paseé el dedo por el vacío, por el hueco que había dejado. Nunca estuvo tan presente. Como si la esencia se doblara al constatar la ausencia. Como si el alma habitara en las cosas. ¿Y si Dios está en todas partes? ¿Y si nos necesita tanto como nosotros a Él? ¿Y si siente que no estamos? Y

nos busca. Como un padre. Como un verdadero padre. El que no tuvo Cristóbal. Del que me habían privado a mí. ¿Para qué exiliar, entonces, a los que, libremente, decidieron acabar con su aire?

No me quiero morir.

Estaba embarazada otra vez. De treinta y cuatro semanas. Comía caramelos de violeta. Por tres. Tantos que tenía la lengua cortada. Y malva. Vivíamos en Alcalá. En un piso pequeño. Sin vistas. Sin alfombras. Estaba sola y gorda. Acababa de volver del mercado. Con el frío de junio en las bolsas y un kilo de boquerones. Brillantes. Envueltos en letras, en la página doble de un periódico pasado. Cogí harina. Les saqué los ojos. Con mis manos. Encendí el fuego. «Martes, 3 de junio. Aparatoso accidente en la estación de metro de Sevilla. Un hombre se arroja a la vía al paso del convoy». Ya era día seis. Las uñas, largas, pintadas, llenas de tripas. Empezó a oler a aceite. Seguí leyendo. «El joven, que atiende al nombre de Gonzalo Cárdenas, ha sido trasladado de urgencia al Hospital Provincial de Madrid». ¡Gonzalo Cárdenas! Rompí aguas.

«Si me dejas, me tiro». Son poco más de las cinco y el andén está lleno. Gonzalo mueve las manos con la desconfianza intacta del que no quiere estar solo. Borracho. Elena lo mira asustada, firme. Sabe que no lo hará pero ¿y si lo hace? Siente vergüenza, una arcada. Todos la miran. A ella, que es la víctima, no a él. Como si fuese Herodías. La cabeza le da vueltas. La de Gonzalo pende de un hilo. Alguien dice que le perdone. «Imbécil», piensa ella; no hay nada que perdonar. Lo suyo, lo de ellos dos, es igual que una enfermedad rara. Cierra los ojos, le pide al negro de sus párpados que llegue el tren. Se aísla en la seguridad que no ha tenido hasta ahora. Y dice no. Fuerte. Con la cara y con el cuerpo. Alto. Se oyen gritos.

Elena hubiera ido al entierro, no al hospital.

Amalia era muy pequeña. Como un grano de café. Con la cabeza en forma de pera. Por los fórceps. Nació cuando no le tocaba. Entre restos de pescado. A Gonzalo le cortaron tres dedos de un pie. Nunca volvió a andar derecho. No me lo dijeron por no

preocuparme. Estaba más hinchada que nunca. Y más cansada. Diabetes gestacional. «Para que no te preocuparas». Desde mi cama en el hospital preguntaba por él. «Está bien». No les creía. Nunca lo estuvo. Cómo iba a estarlo ahora. Yo había visto a Elena una sola vez, en la calle Argumosa, en una casa de comidas con manteles de hule. Era una niña empeñada en ser buena. Que pretendía salvar a mi hermano. Pedí manzanilla. Gonzalo, quina. Estaba nervioso, ella en silencio. No me encontraba bien. Volvía a estar embarazada. Sin saberlo. Áurea no tenía ni tres meses. Hablando de nada sentí un mareo. Me levanté al baño, un cubículo angosto con lejía pasada en las llagas. Vomité bilis. Y sudor.

En tres años nacieron mis tres hijas mayores. Cada una con su drama. Lloraban tanto que se quedaban dormidas, derrengadas. Amalia se llamó Amalia por la mujer del cuadro. Por la reina María Amalia. Porque me recordaba a mi padre, sus cosas. Porque no quería que nadie más la nombrara. Había una iniciativa entre mis cuñadas para que se llamara Isabel. Miguel insistía en que Olga. No cedí. Me costó unas fiebres. Ana no tenía tres años. Áurea, ni diez meses. Amalia, horas. Yo, mucho miedo. A que les pudiera pasar algo. A que pudiera pasarme algo a mí. Al vacío de una cartilla sin unos. A todo lo que estaba por llegar. Seguía sin saber de Gonzalo, por su boca. Y lo soñaba. «No me quiero morir», dicen que decía. Tampoco yo que él se muriera. Por la mañana me pintaba una mueca que era de otra; mejor. Tenía el pelo cardado, claro, largo. Como Dalida.

Siempre me gustó Dalida. Y me peinaba como ella. Teníamos los ojos hundidos. Las dos. Uno más grande que el otro. La boca larga. Las dos. Nos rellenábamos las cejas. Su voz gruesa y poderosa inundaba mi frente. Quería reír como lo hacían sus labios. La imitaba. Echaba el cuello hacia atrás; y movía la barbilla. Parecía feliz, ella. Yo me conformaba con procurar que los demás lo creyeran. A veces, me sorprendía cantando en la calle, buscando refugio en su música. No sé francés pero, de tanto como masticaba las sílabas, era como si la entendiera. Ya en casa, con Amalia vestida de azul, no dejaba de poner sus canciones. Un vinilo con su efigie y doce temas. Seis por cara. Con mis huellas.

Sonaba como si la hubieran fallado. Su nariz decía otra cosa, sus hombros huesudos. Pero al fondo, en el cuarto de atrás de su voz, había lluvia.

Todos los faldones de Amalia eran de color azul. Estaba convencida de que sería un niño. Por no sé qué forma de la tripa y porque una echadora de cartas familia de Fani me lo había asegurado. Compraba el perlé en Almacenes La Voz, un gabinete de curiosidades plagado de hilaturas, cordeles y géneros blancos que compartía manzana con el doctor Anglada, «especializado en enfermedades venéreas». Quien cosía era Olga. Al tenerme lejos, al hacer mi vida, le resultaba sencillo tejer puentes por medio de arrullos, picos y ranas. Sencillo y expiatorio. Como las rosquillas. El ajuar no estaba listo cuando Gonzalo se precipitó contra las vías de la línea dos. Faltaban la tramoya, los detalles, los bodoques. Tampoco olía a anís, solo a dedos. Quizá por eso Amalia siempre se mostró sobria, austera. Y se muestra. Con el salón a medio empapelar, pasé unos meses de insomnio preventivo. No me dormía porque temía no dormir y acabar dormida en cualquier lado. Envejecí un siglo. Seis ojos no dejaban de mirarme. Con fe. Era su dios imperfecto. Cansado. Por la noche eran ocho. Claudio siempre fue un niño.

Dalida siempre durmió con una luz puesta. De niña casi se queda ciega y quería mirar. En su casa de la Rue d'Orchampt y junto a cualquier otra cama siempre hubo un destello, una chispa. Para sostener el miedo. Por verlo. Esa noche, no. La última. «Lo tenía todo», dijeron, igual que *pleurants*, pero no tenía nada; si acaso, bombillas. Tantas como para tratar de olvidar la penumbra. Kilómetros de filamentos incandescentes. Montañas de pompas de cristal delgado. Menos que nada tenía amor. Da igual lo que la quisieran. Estaba sola. Entre muebles caros y butacas atestadas. Se tomó tantas pastillas como penas; tantas como para que el corazón se parara. Del todo. Y un poco de whisky. Dicen que llevaba un camisón de seda. Apagó la luz. Aún era 4 de mayo. «La vida me es insoportable», escribió firme al mundo. *Pardonnez-moi*. No era la primera vez. Ya lo había hecho. Con muchas más píldoras. Veinte años antes. Y le cantó a la muerte. «Ya nos conocemos. Nos hemos

visto de cerca, acuérdate». Esta vez no falló. Yo me corté el pelo. Escuché la noticia en la radio y cogí las tijeras. No iba a pasarme como cuando murió mi abuelo. Todavía guardo un mechón largo atado con una cinta. Nadie sabe que es una reliquia de cuando quise ser como ella. Tenía cuarenta y ocho años y las canas recién teñidas. No he vuelto a ser rubia. Ella aún sigue viva.

17

> Dichoso estoy de ver que en esta época
> las artes han alcanzado su supremo grado de perfección.
>
> GIORGIO VASARI

—¿Otra vez? —*Pour ne pas vivre seul* no deja de sonar. Es casi un repiqueteo, una marcha. Claudio pone cara de resignación. Debe de pensar que estoy loca. Lo estoy. Él lee. Solo sabe leer. E increparme con sus cejas despeinadas. Con tacto. Tardé tiempo en saber lo que decía aquella endecha de Dalida, aquel lamento. Para no estar solos; *pour ne pas vivre seul*. Estaba tan sola, tan roturada, que el hecho de amanecer representaba una ofensa para su corazón disecado. Ojalá se lo hubieran extraído y expuesto en el Musée de l'Homme. En una vitrina. En silencio. Pero no, ella seguía cantando; con las ganas quietas, sin fuerza. Bajo túnicas de lamé de plata que ocultaban todo su dolor, su delgadez extrema. Hasta que apagó la luz de su alcoba. Por vez primera. Por última vez. En mi salón sigue sonando. Desde un disco de siete pulgadas y doce canciones. «Estéreo» y «mono». Otra reliquia. En el haz parafrasea a Mina, con Alain Delon. Yo me quedo siempre en el envés, como una loca; *pour ne pas vivre seul*.

Nunca se habían visto tantas flores en Montmartre. Al menos no desde que salieron de allí los Nabis. La casona de la Rue d'Orchampt se llenó de crisantemos y gerberas. De lágrimas. Sentí pena. En Madrid, a mil doscientos setenta y cinco kilómetros. Como una tonta. Con la sensación necia de haber perdido algo. A

alguien.

Volví a ver a Tadeo una vez más. A las pocas semanas. Me mandó una nota sin firma. A través de Manuela. Como buena sierva, frente al vacío de la tumba de Cristóbal, se había mostrado solícita, sumisa. Para meter la nariz como una perra. Al calor del *tweed*. Por un duro me trajo el sobre. No dijo nada; iba en el precio. Su moral era tan laxa, ella tan novelera, que no ofreció resistencia a la hora de abandonar esos hierros con los que tanto daño ejerció. Por sentirse inmersa en una trama, la que fuese. Para engordar su exangüe paga. En la cuartilla, manuscrita, me pedía que fuera al cuarenta y tres de la calle Serrano; «por favor». Nada más. La doblé y seguí con la tarde. Pávida. Victoria corría y gritaba y hacía canciones. Por el pasillo. Yo me sentía incolora; insípida me habían hecho creer que lo era. El olor de mis axilas trataba de someterlo con piedra de alumbre. No ponía cuándo, en qué fecha, y llegado un momento me sentí hasta poderosa. Femenina. Que aquel hombre sin rostro, yo no se lo había visto aún, aguardase por mí, era lo más parecido a una cita. La primera de muy pocas. Casi todas con Claudio. Transcurrieron días sin que ninguno de mis músculos se decidiera a ir, todos ellos ocupada en conservar la obligada calma y los listones del suelo en reluciente pulcritud. Con cera de abeja. De rodillas.

Por fortuna, las faldas seguían siendo lo suficientemente largas como para que no se vieran los sobrevenidos morados. Tenía tres. Dos negras y una aceituna. Seguía siendo una galga. Con la cintura de una avispa. Al fin fui a verle. Y escogí la del domingo, la más plisada. La que tenía unos bolsillos de forro justo por las costuras. Todo el camino lo hice con las manos bien metidas, pellizcándome los muslos. Haciéndome daño. Tenía miedo. Siempre lo tenía. Los plátanos daban sombra. El sol picaba. Pude no haber ido. Pero fui. El portal era espacioso. Los pasamanos de bronce. Subí cada tramo pensando solo en huir, descansando en las mesetas. Tenía fatiga. Llegué al ático. Llamé al timbre. Se oyó un rumor de pies. Notaba el pulso en la lengua, oía mi sangre. Me

recibieron treinta arcángeles. Todos de madera. Y un bigote engomado. Olía a trementina, a incienso. Sobre una mesa redonda, vestida, en un rincón de la entrada, varias jarras de loza y un pie roto de escayola competían con más cruces, con revistas. La mía colgaba de una cadenita minúscula, en mi cuello. Entre pinturas, casi ninguna con marco, desandamos lo que esos zapatos con borlas acababan de pisar. No había espacio para el vacío, no quedaba. Donde no se abrían puertas, había cuadros. Y más cuadros. Sin aire. Con luz. En un caos ortogonal. Llegamos a un despacho con un chester. Con una alfombra traída de India. Con dos apliques en forma de llama. En la pared, solo, estaba el drago.

—Gregorio está convencido de que nos cuidan. No hay chamarilero al que no interrogue para saber si retiene algún ejemplar. —Después de un mísero «hola», prácticamente inaudible, no fui capaz de articular nada que no pareciera pequeño. Y pregunté por el pelotón de arcángeles. Ocupaban repisas, estantes; se amontonaban por delante de las pocas ventanas que pude ver, entre nubes. La mayoría con casco. Todos con espada. Me ofreció un poco de agua. Con unas hojas de hierbabuena. Bebí. Sin mirar al drago. Con los ojos dentro del vaso—. ¿Por qué no? Tampoco tienen nada mejor que hacer. —Uno de ellos tenía la boca pintada. Y los párpados. El morrión le sobresalía entre unos rizos enormes, castaños; con un penacho prolijo. Verde y azul. Tenía una belleza indeterminada; como las verdaderas bellezas. Lo que no tenía era nuez. Parecía seguirme. Con ese mirar quedo y seguro de quien se sabe en permanente gracia. Entre unas pestañas pintadas con pincel fino. Sobre su incólume carne de nogal. No estaba en el cielo por mucho que hubiera subido, por más ángeles que me miraran—. Gracias por no decirlo; por no decírselo a nadie. —Quiso hacer un silencio—. Llegué tarde. —O muy pronto, pensé yo—. Nada se podía hacer. —No sabía quién era ese hombre ni por qué quería verme. No sabía qué hacía allí—. Me habló de ti; sin aliento. Me pidió que te quisiera. —Sentí pena—. Pero yo no sé querer. —Mucha pena; sobre todo por mí. Alargó el brazo. Estábamos de pie. Me dio un paquete—. Es para ti. —Envuelto en papel de seda y con un cordel de esparto—. Quería que lo tuvieras. Yo también.

No le di las gracias. No supe. Permanecimos varios siglos más en la misma posición. O quizá fueran segundos. Tan incómodos como frágiles. Los dos. Casi callada, le dije que me iba, que era tarde, que tenía mucha prisa. Me acompañó. Al salir, frente a la misma mesa, junto a la puerta, en un marco de plata, vi un dibujo. Otro. También solo. Igual que el drago. Con una dedicatoria. «Querido Melchor: Te envío mi adhesión más cariñosa para el homenaje de Gregorio Prieto. Federico García Lorca». La *q* era un ovillo derramado. La *m*, dos filos, dos cuchillitos. Y arriba, al revés, amarilla, una luna menguaba, en pleno día. «Muchos tiran mis dibujos, Gregorio; pero te los doy a ti porque sé que tú los guardas —le escribió una vez Federico—. Y algún día, cuando yo muera, los harás famosos».

Ángela era el nombre de mi madre, el que mi padre repetía entre lamentos, el de mi hija Ángela. El de la madre de mi madre. El de su abuela. Y un poco el de mis tres hermanos mayores. Miguel, Rafael y Gabriel eran y son nombres de ángeles. De arcángeles. Pero a mí no me cuidaban. Miguel comenzó a blandir su espada de repente. Y se sintió voraz. Ya no escuchaba a Olga; que se volvió más bruna, más callada, más gorda. Nos sometió a su mirada. Vivíamos entre el miedo a su imperio y la seguridad fundada de que más allá de sus lindes se abría una tierra más seca, mucho más apagada. Nos hizo inútiles; aún más. Estériles. Incapaces de enfrentarnos a su marca. Y a la vida. Nunca nadie alzó ya la voz en su presencia. Hasta Victoria dejó de llorar. Quedó prohibido hablar con pasión. De pasiones. Esa fue una de las peores cosas del Régimen; los caciques que coparon ciudades, cuerpos, pueblos y escaleras. Los gobernadores, alcaldes, curas y maestros, los hermanos y amantísimos padres legitimados, de golpe, como censores. Como hemípteros marciales. A golpes.

Cuando llegué a casa, Miguel tenía los brazos cruzados. «¿De dónde vienes?», dijo. Pensé en contestar que de la calle; para no mentirle ni decir la verdad. No hubo ocasión. Desde un silencio enconado me dio la segunda bofetada de mi vida. La última. Tan fuerte que me rompió el labio. Fui razonable y tampoco lloré. Me sujeté la sangre con los dedos y me encerré en el baño. El lavabo

seguía siendo el de siempre. Blanco, de mármol. La sangre rebotaba en la piedra hasta convertirse en una suerte de araña que estiraba sus patas hasta casi desaparecer. Como los de Louise Bourgeois. Me senté al filo de la bañera, como si fuera una navaja. Con una herida en la boca y una rabia que era nueva. «¿Por qué?», no dejaba de repetirme. Sonó un portazo. Era Miguel. Quise creer que se iba dando otro golpe por simple remordimiento. Por vergüenza. Me lo inventé.

Todo fue culpa de Manuela. Ella le había ido con la historia. A restregarle que estaba en casa de un hombre. Que había ido sola; «para que lo sepa, don Miguel». Todo lo veía. Todo lo olía. Lo ensuciaba todo con su lengua de sapo. Era todas las bestias en una. Yo, que nunca había odiado de verdad a nadie, que no sabía odiar, la odié. Más que a cualquiera; que a nada. Con los puños cerrados. Y creo que aún la odio. Sí, la odio. Y quiero odiarla.

No se percató de que llevaba un paquete. O sí y no le importó demasiado. Cuando acabé de limpiar la sangre, con el labio aun crepitando, me hundí al fondo de mis recuerdos. En mi cuarto. Todos tenían una pátina oxidada, una luz de niebla densa que los hacía pesados, miopes. No era capaz de encontrar uno solo atravesado por la risa. Todo era herrumbre, soledad. Mi padre y Cristóbal representaban la única luz. Pero de vela. Siempre colgando de un hilo, de una mecha. Desenrosqué el libro, eso era. Parecía un capullo de tanto como lo había envuelto; y yo un gusano. *Le vite de' più eccellenti pittori, scultori e architettori*. Giorgio Vasari. Otra vez. Bajo la frase que ya conocía, en tinta azul estirada, había una dedicatoria nueva. Para mí. Casi una ofrenda. «Querida E. Ahora es tuyo. Por haber entendido que solo se puede querer sin hacer preguntas. T.». Nunca le pregunté nada, es cierto; pero porque no supe. Me conformaba con mirar, con verlo entre notas. Tirado en el suelo. Tadeo tenía razón, el amor no consiste en saber todo. No a la fuerza. También es silencio; para entender, para escucharse. Y fe. Decidí volver al mundo y me topé con Olga; le hablaba a mi boca morada. No sabía pero imaginaba. Supongo que quería a Miguel con todo, a pesar de todo. Y también callaba. En parte para ser libre. Desde mi vuelta había sufrido dos abortos. Tan

espontáneos como viscosos. Dolientes. Victoria se le enredaba en el pelo, a mí, en la espalda. No era fácil. «Tiene ideas de bombero». Yo apagaba los fuegos. Ella deshacía los peleles hasta volverlos de nuevo madejas. Como Penélope. Como Sísifo. Con toda su frustración a cuestas. Y la piedra redonda bajo el costillar.

Abro los ojos. No han dado las siete. Anoche me quedé dormida con un caramelo en la boca. De regaliz. Tengo las comisuras negras y los dientes en su sitio, en una caja de silicona flexible. En el baño. Bueno, no todos. Algunos siguen donde un día nacieron. Yo también. Tengo ochenta y tres años y algunas semanas, y nunca he salido de Madrid. Repaso cada parte de mi cuerpo. No quiero que me duela nada. Estiro los dedos, los veinte. Lo intento. Siento la artrosis. La uña del corazón mira a un lado, la del anular al contrario. Están sin pintar, naranjas, escamadas; todas. Nunca me las he comido. Y mira que he pasado hambre. Sigo durmiendo sentada, con tres almohadas y un mantel doblado infinitas veces debajo; como si fuera un guisante y yo una princesa. Muevo la cabeza. Está vieja, llena de ideas. De pensamientos. De pausas. Si la echo hacia atrás, gruñe. No me parezco a Dalida, ya no. Me sobra piel. No me queda carne magra. El camisón baila; no tengo pecho. Se deshizo. No sé qué harán conmigo los buitres. Las caderas parecen metal. Oxidado. Las de Claudio son más nuevas. Ahí están sus cicatrices, igual que signos de guerra. Eso es vivir. Si quisiera, también hoy podría bailar; *tout l'été.*[1] Aunque todos sus días sean de otoño. Aunque sea una pavesa y no se acuerde de nada. Ayer me caí. Siento la rodilla, me escuece. Cierro los ojos y me miro por dentro. Respiro despacio. Oigo mis tripas. Llevan intentando encontrar acomodo toda una vida. Trago y noto arena; bajo las cejas cierta presión. Estoy bien. Si pudiera, si me dieran las fuerzas, rodaría para llegar al suelo; rodaría hasta alcanzar la calle. Sobre la cómoda hay una foto de Gonzalo sobrio. Y dos frascos blancos de pastillas rosas; antiinflamatorios y Bromazepam. La coloqué nada más enterrarlo. Dentro de un marco que no terminaba de encajar. En un altar casi improvisado. Junto a una

Virgen de plástico que a la vez es botella. Que una vez estuvo llena de agua. Bendita. De la nevera. Lo veo entre un pico de la manta y las líneas que la persiana dibuja sobre su cuello. Parece un recortable. Solo le faltan esas tijeras diminutas que indican por dónde hay que seguir. También hay una vela. Y un búcaro vacío. Y una caja de China con escenas galantes. Con más dientes en su interior. De leche. De mis hijas. De todas menos de Adela; ella se los tragaba. Detrás del mismo pico de la misma manta estoy yo. Sin pelo en las cejas y una raya quebrada en la frente. Del reloj. Anoche me dormí sobre el brazo y se quedó dormido. El brazo. Lo hace mejor que yo. Dormir. Lo cojo con la mano que aún respira y dejo que resucite. Cosquillea. Debería llamarlo Lázaro. Franco llegó a tener cuatro. Igual que Vishnu. Yo me conformo con dos. Para hacer café. Para cuidar de Claudio.

Me gusta sin azúcar. Solo. Lo hago en la cafetera de siempre. Y muelo yo misma los granos. Con un molinillo eléctrico tan viejo como mis manos. Es cuando más me gusta. Mientras desprende ese aroma entre picante y verde. Tengo la tensión alta. No importa. Que me den más píldoras. No lo voy a dejar. A Claudio le caliento leche en un cazo. Y espero que suba. Pongo la canción de siempre. *Pour ne pas vivre seul*. La reconoce. Y muy pocas cosas más. Suena el teléfono. Es Adela. «¿Cómo estáis?». Siempre es la primera. Cada mañana. Con la misma pregunta. Y mi respuesta idéntica. «Bien». Sin mucho entusiasmo. A las dos nos gustaría que yo lo tuviera. No me sale. «¿Y papá?». Insiste. Sabe que no tengo ganas de hablar. «Bien». Se hace un silencio. El primero del día. Dalida no ha dejado de cantar. *Pour ne pas vivre seul. Des filles aiment des filles.*[2] Pongo cacao en polvo al fondo de un vaso y vierto la leche caliente. Siempre pareció un niño. Hoy más.

Me lo trajo Rosa. Con el verano en ciernes. Mientras se construían las barracas para el vino aguachinado en Chamberí. Con las guirnaldas de bombillas aún sin colocar. «Es Claudio». Se parecía a Alain Delon. Con cara de malo y el pelo muy corto. Acababa de llegar de Zaragoza. Tenía dieciocho años.

Fue Rosa quien me buscó a mí. Era verdad que me quería. Se presentó en mi puerta. Sin más. Una tarde. Yo tenía el labio

morado. Sonrió. Tampoco hizo preguntas; puro atolondramiento. «¿Paseamos?». Eso necesitaba, una amiga. Y dije que sí.

Hasta el «mamá, quiero a Virginia», siempre pensé que Virginia y Adela eran amigas. Tampoco las conocía tanto. A ninguna de las dos. Mi hija, que siempre había sido una extraña, desde hacía varios meses estaba menos nublada. A mí me pareció bien. Siempre esperas que los hijos mejoren, que se adapten a lo que tú entiendes por vida; aunque no hagas nada. O poco. Hablaba más, sonreía. Tampoco mucho. Más. Reparé lo justo. Los días me atracan. Y no puse resistencia a que durmieran juntas, como dos amigas. La cama de ciento treinta y cinco. Y dos vasos de agua; uno por mesilla. Virginia es grande. Tiene el pelo tan negro que a veces parece azul. No tiene madre. Tampoco. Desde el principio, quizá por eso, la miraba diferente. Como queriendo encontrar mi amargura entre su mastodóntico cuerpo. Intentando protegerla de una orfandad que no traslucía. Su abuelo fue un pintor asequible, un restaurador también grande de sensibilidad miniaturista y un enorme recolector. No coleccionaba, acumulaba. Y hacía *collages*. Ella tuvo la suerte de crecer dentro de una almoneda donde brillaban mates celajes de plata, paisajes infinitos o vistas del viejo Madrid. Aguamaniles, cerámicas talaveranas, porcelanas chinas rotas, una reja de convento, libros de anatomía mugrientos y hojalatas pintadas. Aquel caos de cosas bellas sostuvo su pena. La imprimó. La dejó que fuera feliz. En mi casa dormía con camiseta. De Claudio. Las únicas que le entraban. Con frases ingeniosas de publicidad vacua deformadas por su pecho. Adela las sacaba del cajón sin preguntar. Con la seguridad de un niño que se encuentra la mano. Yo también quiero a Virginia. Es fácil. Todo lo hace fácil. Su padre la olvidó sin conocerla, antes de tener vida. Antes de estar. Y se encargó el abuelo, que era viudo, mientras trataba de sacarse el llanto por la hija muerta. Come rápido. Bebe despacio. Siempre tiene calor. Ríe grande. Y enseña la encía. Todos los zapatos le hacen daño; si pudiera, iría descalza. Como una salvaje buena. Hubieran podido querer tener hijos. Serían mejores madres que yo.

—Es Claudio. —Dijo Rosa. Se parecía a Alain Delon.

—Y tú, ¿quién eres? —preguntó él. Mi «Elvira» se confundió con el «Elvira» de Rosa. El mío sin mucha convicción. O casi ninguna. Como si no fuese mi nombre. Empeñada ya en gustarle. Con los doce pares de nervios craneales alerta. Uno por mes, por tribu de Israel, por cada puerta de la *Jerusalén Celeste*. Por apóstol. Por signo zodiacal. Soy virgo; y me lavo el pelo con agua muy caliente. Mientras hablaba con Claudio sentí lo mismo que al meter la cabeza bajo el grifo. La misma electricidad en la nuca, bajo los hombros. La sangre en la cara. «Encantada», se lo contesté a mi barbilla. Me había salido un grano. Intenté esconderlo con polvos. A brochazos. Tenía dieciocho años. Yo no le doblaba la edad. Me faltaba magnesio, del hambre; su número atómico es el doce, también. De ahí la excitación.

Empecé a trabajar haciendo camisas. En un taller sumergido en un cuarto. En casa de un tal Agapito. Lo que primero hice fueron ojales. Miles. Y terminé de picarme las yemas. En un primer piso con suelos hidráulicos vivían el tal Agapito, su mujer y una perra afónica. En la habitación que tendrían que haber ocupado los hijos que no tuvieron, había dos máquinas Singer, una mesa y una plancha. Detrás de la puerta, colgando de un perchero de pino, tres batas azules de ferretero. Una por operaria. Íbamos de lunes a sábado. Miguel me dejó porque había que vivir. Tampoco le pregunté. Fue idea de Olga; coincidía con el dispar dúo en la iglesia. Eso une mucho. Agapito era alto y Justa no. Él, un terrorista y ella la versión femenina de Job. Iban siempre de la mano, con zancadas pequeñas. Justa comulgaba antes y aflojaba el paso hasta que lo hacía él. Por no separase. Con la Forma pegada al paladar. No podía escapar de su vista. No se lo perdonaba. De no oírla, pensé que era muda; a nuestros «hola» hacía un mohín. Hasta que un día la oí cantar. Cantaba bajito, bonito. Con el corazón. Sin toda el alma. Igual que un mirlo. Entre puños y mangas. La voz le salía limpia. Un hilo. «De noche me salgo al patio y me harto de llorar, de ver que te quiero tanto y tú no me quieres *ná*». Vio que la miraba y le siguió arrancando plumas a un pollo. Azorada. Quise disculparme, pedirle que no lo dejara, pero me contagié de su boca y callé. El silencio bramaba entre aquellos muros. Era una religión;

y el presbítero, Agapito. Solo el traqueteo de las máquinas se atrevía a profanarlo. Y eso, nada más que hasta las seis, hora de retirada. Salíamos y todo callaba. Para nada. Por el placer supremo de dominar. Hasta el viento. Al piso de arriba, vacío desde la guerra, llegó una familia con hijas guapas y rubias; la más rubia y la más guapa, Alba. Que tenían el «descaro» de vivir, de andar, de abrir puertas, de llevar zapatos. Se volvió loco; él, de verdad. Y empezó a perseguirlas, a asediarlas. Para colocarles un bozal. Apuntaba cada risa, cada paso; en una libreta verde. Con la esperanza de que callaran. Trepaba a una mesa y daba golpes al techo. Con fuerza. Reivindicando su amargura. Tenía la letra pequeña. No quería que nadie riera. Y ellos lo hacían. Con motivos. De verdad.

Justa llevaba sordina desde que lo conoció. Y recibía los golpes sin ruido. En el suelo. Era quien cargaba con su ira. La primera vez, aún todavía novios. Porque sí. Y le regaló un geranio la tarde siguiente. Para cuando llegué a su vida, tenía la terraza como si fuese un edén. Y una mano rota. Nunca hubo un detonante. Ni un mal gesto. Como la lluvia, se precipitaba en tromba. Y le daba patadas. En silencio. Mientras Alba era feliz. Arriba. Justa cuidaba sus plantas más que a su vida. Les quitaba las hojas secas, el polvo de la calle. Hablaba con ellas sin voz. Las regaba sin prisa, con paciencia, con una jarra de chapa abollada. Con lágrimas insonoras. Se inventó que eran más verdes por la sal de sus ojos. No se le murió nunca una. La ventana del taller daba a esa especie de herbario con tiestos de barro. Siempre estaba ahí; y si no, en la cocina. Con la misma camisa. Siempre. Abotonada hasta el cuello. La primera que me dejaron hacer la estrenó ella. Lo que más me costó fue el cuello. A ella le dolía de todo lo que se lo apretaba él. Los cuellos sobre plano son valles; y hay que pegarlos a una tira estrecha que hace de unión, de junta. Y plancharlos bien. A planchar me enseñaron las monjas. De solo mirarla sentía pena. No sabía por qué. Por el aire. Una de las máquinas era manual. De 1923. La mía desde que ascendí. Me dolía el brazo. A Agapito también. Si necesitaba aceite o agujas, me mandaban a un chiscón con una S encarnada pegada a la puerta. Tres calles más arriba. «La

compañía fabril Singer». Justa continuaba con su labor floricultora. La veía desde la acera, orlada de naturaleza. Como si la hubiese pintado Henri Rousseau. El «mirlo» tenía un canario dentro de una jaula; pegada a la pared de la terraza. Por la noche dormía dentro con un trapo. La perra, un chucho, se me enroscaba en las piernas. Mientras cosía. Me cabía en una mano. No me importaba estar callada, al contrario. Era la forma de no decir. De que no me preguntaran. Cuando Justa murió, yo ya hacía camisas enteras. Siguiendo un patrón arrugado de papel de seda. Lleno de apuntes. Estiraba el algodón y colocaba cada pieza en su sitio, que no se desperdiciara tela. Pasaba el jaboncillo y transfería las formas. Parecía una autopsia. Plana. Indolora. Y yo el doctor Tulp. Cada músculo tenía su par. Los cortaba con tijeras. Con cuidado.

La mató porque era de él. Eso decía. Y otros, «algo habrá hecho. Pobre hombre»; los más. A mí me avisó la infalible Manuela. Siempre de guardia. Se lo dijo a la mirilla de cobre, no le quise abrir; pero escuché todo. Y me acordé de su canto. La mató con sus manos, con sus fuerzas, sin las de ella; no tenía. Porque hizo ruido. A Justa, por la última paliza, le había fallado un brazo. Y tiró una bandeja. Contenía el postre, manzanas asadas. Rodaron. Después ella. La mató por tres manzanas flotando en almíbar, por torpe. No quería. «No soy un asesino», repetía. La quería viva. Para poder seguir matándola un poco todos los días. Al oír el estruendo, corrió. Ella se preparó, solícita. Podía haber escapado, aprovechado que en la cocina había otra puerta, «para el servicio». Pero no lo hizo. Cerró los ojos y esperó. Paralizada y culpable. Eso había conquistado Agapito, su voluntad. Eso habían conseguido siglos de educación corrupta y corrompida. Que se supiera responsable, frágil, causa y razón; que asumiera el castigo. Que lo esperara. Y no se movió. Se quedó allí de pie, entre manzanas. Como Atalanta. Rezando para adentro. La Salve. Ninguno de los dos pensó que ahí acababa todo. No creían que fuese tan fácil. Pero apretó más. O peor. Y dejó de llegarle el aire. Y acabó muerta. Empezó a llamarla, «Justa, cariño». La besó en la cara. «¿Es qué no me oyes?». No, no le oía. «Perdóname». No hubo sangre, solo un grito. De él. Que escuchó Alba.

—Pobre mujer —salió de la boca de Olga. Sin pena.

—¿Pobre? —contestó igual que un cuchillo—. Pobre de él. —No la conocía, nunca la había visto, pero mi hermano, tan misógino o más que su tiempo, era de los que pensaban que solo siendo un bloque, la mitad del mundo como él conseguiría que nosotras, «regaladas Evas», siguiéramos creyendo que eran mejores, infalibles. Más fuertes—. Menuda pájara. —Inventaba sin saber que era un mirlo que cuidaba a un canario—. Algo habrá hecho.

Así concluía cualquier giro que pudiera parecer que contemplaba algún derecho femenil; en mi casa y en todas las casas. Miguel apenas era un fleco de esa hermandad de Adanes que pateaba España exhibiendo el vacío que les dejó en el costado la costilla amputada. Un aprendiz torpe, avivado por la estupidez y la posguerra, que viajó del escepticismo y cierta bonhomía al mayor de los fanatismos. No era el peor. Los había simplemente malos. Mucho. Que siendo larvas ya corrompían. Que una vez muertas terminaban de degradar nuestra carne con sus maledicentes bocas. Moscas comunes sin ojos para no ver. Con el cuerpo cubierto de pelo. Nosotras debíamos afeitarnos, parecer llanas. Extraer con pinzas todo elemento que nos pudiera volver afiladas. Menos Manuela. Ella pertenecía a otra especie, a un subgrupo. El de aquellas que participaban del despiece, de la cacería; que educaban a sus hijos en la diferencia. Mujeres desiguales convencidas de la desigualdad, que perforaban orejas con mentiras. No todas tenían bigote; pero sí estaban equivocadas. Todas. Por suerte, Manuela no tuvo hijos. Bastante pesaban ya sus faltas.

Cuando pudimos volver, la casa seguía en silencio. Un poco más. Dejaron que cogiéramos las cosas que habíamos dejado. Una chaqueta de punto y unos zuecos, mis patrones nuevos y un frasquito de colonia. El decorado era el del último día. Rollos de tela apoyados en la pared. Montones de entretela sobre la mesa. Carretes de hilo colocados por color. Cajas de botones. Y a través de la ventana, la jungla de Justa. Viva; ella sí. Volvimos por la curiosidad, por el morbo. Se nos pegaron los pies al suelo. Nadie había fregado el almíbar. Cachita bebía del inodoro, de pie.

Llevaba encerrada desde que avisaron a la Guardia Civil. Llorando. En el baño. Agapito se había precipitado al vacío. Desde un primero. «Cabrón». No le pasó nada. Fractura de peroné. Luxación en la muñeca. La perra se vino conmigo. El canario se lo quedó Alba. Su terraza era un páramo. Le empezó a poner hojas de lechuga brillantes. Para que no olvidara a su dueña.

Cachita se mudó a los bajos de mi cama. Nunca más movió el rabo. Yo seguí haciendo camisas. A mano.

Claudio coleccionaba libros dignos de coleccionar. No los leía todos. Se fijaba en las cubiertas y los iba colocando en todas partes. Era un defensor a ultranza de las cosas bonitas, de las cosas buenas. Le gustaba leer, ver, reír, hacer bromas. Se justificaba por todo. Todo le parecía fácil. Vivía con sus padres. Olía a puerta abierta. Tras el «encantada» a mi grano, vino un monólogo sorpresivo sobre lo que Franco acababa de decir en Sevilla. No sé qué sobre la monarquía y los «tiempos gloriosos»; hablaba deprisa. Me acordé de mi abuelo y de lo que decía que decía Alfonso XIII. «Elegí a Franco cuando no era nadie y él me ha traicionado». Ahora, según Claudio, en El Pardo veían el sistema monárquico garantía de continuidad. Lo que yo no sabía era de qué.

—Del Régimen —le dijo a mi cara. Yo entendía de reyes, de santos, de locos y camisas; sabía hacer lentejas, pero nada sobre «justicia verdadera» ni «tiempos gloriosos». Acepté que creyera que era idiota. Ni lo era ni lo pensó. Él lo que quería era escucharse, parecer sensato, mayor. Y pensaba que era guapa.

—Son cosas de hombres —contesté por no estar callada. Y entonces sí que pensó que era idiota; un poco.

«No hay que ser una intelectual», aconsejaba la Sección Femenina con voz chillona y el índice amenazando. Ni tampoco «una niña empachada de libros». Eso fue mi madre. Y mi abuela. No yo. En mi casa, solo quedaban los que eran míos, en un mueble bajo con puertas que corrían sobre un carril, y la Biblia de siempre. A la vista. Como objeto de decoración. Sobre un paño de ganchillo cuadrado. Quería saber, me había iniciado Cristóbal. Hablé con mi

hermano Rafa. Accedió a ser mi sustento. Y empezó a regalarme revistas que conseguía en El Rastro, cuentos viejos y un *Amadís de Gaula* que fue de una «señorita Pilar»; así rezaba en letras redondas antes que nada, al reverso de la tapa. Le faltaban páginas, muchas; olía a polvo. Cachita, a charco. Se tumbaba a mi lado, con el rabo inmóvil y como queriendo leer. La llamaron así porque parecía una porción de perro. Era un cacho de Justa. Ahora también mío.

Les hice una camisa a los cuatro. Una a cada uno. De algodón claro. A Gonzalo la mejor. Las de los mayores, idénticas. Con la inicial de su nombre bordada en el puño. Sin bolsillos, no los sabía hacer. A ninguno le habían crecido los hombros. Parecían conos al revés. Yo, Aracne. Gabriel había vuelto de Ifni sin luz, con un bote de arena de mar y algo de fiebre en la cara. Se había contagiado de sífilis por dinero. De una mujer tan víctima o más que él, que intentaba sobrevivir vendiendo lo poco que le quedaba. Igual que Fernanda. Ella murió y él no lo supo. Lo empezó a tratar el doctor Anglada. A mí me encantaba meter los dedos entre la arena del Atlántico, no imaginaba que pudiera ser tan fina. La primera consulta estuvo exenta de verdades. Ni una sola.

—Con ninguna mujer. —Sentía vergüenza—. No he estado con ninguna mujer—. Estrenaba camisa. Tenía miedo y manchas rojas en la ingle, entre el vello. Le sudaban las manos, no era capaz de levantar la vista.

—Necesito conocer sus hábitos, los últimos.

—Defender la patria. —Prefería la guerra que hablar de su cuerpo—. ¿No lo ve? —Aún le quedaban costras en las manos de los golpes; en la frente, por el sol.

—Desnúdese. —Le costó más que hacer zanjas. Lo había hecho en los últimos meses tantas veces como lunas. Frente a un pelotón. Frente a Malika. Pero esto era distinto, humillante. Se desabrochó la camisa como si tuviera cosidos todos los botones de la tierra. La dejó en la silla. No tenía grasa. La piel del pecho no coincidía con la de la nariz; era mucho más blanca. Anglada repasó cada vejiga con un depresor. Le hizo daño. Aquellos clavos pinchaban, por mucho que fueran de Venus.

—Me duele. —Ya no sabía qué. O qué cosa más. Había oído

historias sobre la enfermedad de Nietzsche. Y no se quería volver loco. Por suerte, ni era 3 de enero ni estaba en Turín—. Le pido que se abstenga de toda relación carnal. —Se lo prometió a sí mismo. «Nunca más», se repetía. «Nunca más». Tanto, que se olvidó del placer.

A Nietzsche lo encontraron sobre la nieve en una plaza encalada de Turín. Un 3 de enero de 1889. Estaba loco. Aún viviría diez años; a oscuras, encerrado en su demencia. Bañado en hipocondría y orín. Ciego para siempre. Asfixiado por la sífilis, por sus demonios.

Malika era Fernanda. Y Elicia. Y Juliette. Y toda esa ralea de hembras conjuradas al triste Plutón, en venta. Se ponía *kohl* en los pezones. Se restregaba almizcle en el cuello, en forma de tiza. Para disimular el olor. De su humedad vivían su hermana, su madre y una abuela; en un cuarto justo enfrente. Era un pozo. Gabriel se acostumbró a su hondura, a sus caricias. No hablaban. Se limitaban a ser lo que tenían que ser. A hacer lo que sabían hacer. Todos los viernes. Para cuando mi hermano la usaba, otros ya habían hecho fuerza sobre ella. No era el peor. Su excitación diligente no demoraba el fin. No aguantaba. Y acostumbraba a quedarse dormido después. Para ella era un descanso, una tregua; cobraba por horas completas. Y aprovechaba para hablarse, para lavarse, para volver a pintar de antimonio su piel. Llevaba unos días cansada, le había salido una herida en el labio. No veía bien. Dejó de pensar en su estado y se sirvió un té. Hierbabuena, azúcar y piñones. En un vaso de cristal con arabescos dorados, de otro tiempo. El resto era mugre; a su alrededor todo era suciedad. Pobreza ordenada, vil. Se enroscó un trozo de tela, tenía frío. El cabello rizado, largo y naranja. Los brazos de mármol. Por un ventanuco se podía ver el mar. No era Chipre. Gabriel despegó un párpado y creyó que era Venus; recortada sobre el azul, dibujada a buril, púdica. Pero la de Urano, celestial, y no la Pandemo, todo carnalidad. Su mirada legañosa, entreverada, le devolvió un poco de la dignidad marchita, sin saberlo. Y se sintió una diosa. Por vez primera. Por última vez.

Bajó a la calle y se encontró conmigo. No me vio; o no quiso

verme. Le llamé. Volvió la cara. No dijo nada.

—¿Qué te pasa? —Era como si se hubiese dejado los ojos en casa del doctor Anglada, pegados al suelo, detrás de un lamento—. ¿Estás bien?

—Sí. —Se sacó la lengua de un bolsillo, seguramente del pantalón—. ¿Dónde vas? —No le importaba.

—A casa.

—Y yo —alcanzó a decir.

Gabriel siempre me hablaba y me contaba historias; se reía por todo. Como después Claudio. Ese día no. Me agarré a su brazo. Se fue mirando en cada cristal de cada puerta, en cada escaparate preñado de naderías. Iba buscando su cara, su culpa, y se encontró con cabezas de plástico, con brazos de cartón. Le había sido fiel a Malika, era barata. Y puntual. Lo que le pasaba solo podía ser cosa de ella. «Nunca más», insistía. En la esquina de San Bernardo con Fuencarral había una tienda de lámparas. Con globos, arañas y lágrimas. Las de Gabriel no paraban de brotar. Hacia dentro.

—Ayer te vi.

—¿Dónde?

—Con un hombre. Del brazo.

—¿Dónde?

—No lo recuerdo. Igual ni eras tú; hay tantas.

—Sí. Era yo.

Gabriel no era un hombre, era mi hermano. Y Claudio siempre fue un niño. Y yo, ¿qué soy?

18

> Las definiciones pertenecen a quienes definen,
> no a quienes son definidos.
>
> TONI MORRISON

En Épinay-sur-Seine las mesas no tienen esquinas; en «*le château du Roi d'Espagne*» no tienen esquinas. La del almuerzo está puesta. En el comedor de diario que mira a la tarde, al jardín; en un saliente del Palacio que casi parece un asidero. Tiene mil capas de muletón. A Francisco de Asís de Borbón, rey consorte en el exilio, le gusta acodarse. Le duelen los cúbitos. El mantel es blanco, de hilo. Con una mancha de vino del Grave, pequeña; le suelen colocar encima una de las jarras de pico de plata. Hay dos servicios. Uno frente al otro. Nada más. Con mucha distancia. Todo el cristal es de Sèvres. Copas en forma de tulipa con sus armas grabadas y un festón de escaques donde poner la boca. Para beber. Los platos, de porcelana de la factoría Honoré con el borde sin calar, tienen el escudo de la reina en el centro; aunque no esté. Aunque viva en el Palacio Castilla. Aunque no se hayan vuelto a ver. Hay cuatro, uno encima del siguiente. Por tamaños. Los cubiertos son lo único que queda de Madrid, de la Platería de Antonio Martínez; fueron de su suegro. En las servilletas se han bordado las armas reales de España. El toisón rasca. Hay dos jarrones enrejados con ramas verdes de camelio y un pie de compotera de bronce con tres cariátides con coronas de laurel. El rey cuida de sus flores, de sus pájaros; igual que lo hacía Justa. Tiene un perro y casi ochenta años. Le hace de guía José. El abuelo de mi padre. El padre de mi abuelo José.

Mucho más joven que él. Se sientan para no hablar. Para no comer. Huele a pollo con ciruelas. Los dos llevan perilla y chaleco. Miran al río, al Sena. El rey suspira; o tose. «Enfriamiento», han dicho. Le cuesta sorber; hay sopa. Es abril de 1902, muy húmedo. Cristóbal todavía no ha nacido. Franco vive con su madre. Su padre se fue con «una que se llama Agustina». A Madrid, «por amor. Porque es un masón». Mi mundo se está haciendo.

«Sin dilación, el Excmo. Sr. D. Rafael Palomino manifestó, que la caja que se hallaba á la vista contenía el cadáver de S. M. el Rey Don Francisco de Asís María de Borbón, del que se había hecho entrega en Épinay el día 19 del corriente […]. El cadáver está embalsamado y colocado en una caja de madera contenida en otra de plomo, y ambas dentro de otra caja de madera […]. Fue trasladado procesionalmente hasta dejarlo colocado en la nave central del templo sobre un catafalco cubierto con terciopelo negro recamado de plata […]. Terminadas las preces, se trasladó el ataúd al Real Panteón en hombros de servidores de la Real Casa».[1]

José no volvió. Mariana, viuda sin serlo, siguió vistiendo de negro; a su pesar. Mi abuelo ya era diputado electo. Por sufragio universal masculino. Cómo no.

El pollo yo lo comía con los dedos. Esa noche frente a Gabriel. Sobre una mesa muy distinta. Los dos, muslo. Restos del día anterior. Olga lo bañaba en cerveza, lo dejaba cocer, le ponía hierbas. Una vez frío, se parecía a un mar denso, untuoso, casi verde. Con crestas emplumadas. Lo calentábamos y olía dulce. A Gonzalo le gustaba chupar los huesos. Después de cenar solíamos hacer nada. Cada uno en su alcoba. Gabriel seguía asustado. Se quitaba la ropa y abría surcos en su vello para encontrar más marcas, con los dedos. Con un espejo de mano se escrutaba el cuerpo entero. Con los pies también desnudos, machacados por las botas. Con una silla de canto para que no entrara nadie, apoyada en la puerta. Con la misma frase clavada. «Nunca más». En mi casa no había un solo cerrojo desde que se quedó atrapado Miguel, de niño. Miguel lloraba, mi madre lloraba. Mi padre los arrancó todos.

En su lugar seguía habiendo dos taladros hechos con berbiquí que dejaban pasar la luz. Ahí siguen. Con restos de pintura plástica cubierta de grasa y alguna huella impaciente. Gabriel se dormía con el temor de, o no despertar, o hacerlo transformado en sapo. Leía los efectos adversos del brebaje que le recetó Anglada hasta dejarse las niñas. Mil veces. Como un niño. Con fe. Cuando amainó el miedo y le regresaron las ganas, se contuvo. Pero empezó a reír. Otra vez. Y volvió a ser mi hermano. Gonzalo, que paseaba el dedo por el plato para no dejarse nada, lo era un poco menos. Se había acostumbrado a nosotros pero no nos quería del todo. Ni tampoco se esforzaba. Aunque no era malo, intentaba parecerlo. Para justificar su desapego. Una distancia que creía insalvable y que empapaba en anís. Olga seguía con sus rosquillas y Gonzalo se le aparecía como mi madre, en silencio. Le chupaba el cuello. A la botella. Se comía la masa que se quedaba en la fuente. A Miguel le divertía que «el niño» bebiera; él lo hacía para sentirse mayor. Con quien sí hablaba era con Flora. La acompañaba al mercado, cargaba con el capazo. Tiraba de ella. Encendía la luz. Colocaba las patatas en un cesto de mimbre roñoso, el perejil dentro de un vaso con agua, los huevos a la sombra. Le ponía vino a otro vaso, clarete. Y a otro más. Bebían. Su primera vez fue en misa. Le supo a pasas. Se hizo a la fuerza creyente, por gusto. En su fantasía infantil, devorado por el hambre, llegó a creer que Dios era un odre gigante y la capilla de su asilo, Caná. Sobre la cabecera, detrás del celebrante, había una crucifixión terrible, trentina, con ángeles coperos recogiendo la santísima sangre. A la luz de las velas parecían íncubos ebrios, insaciables hidrópicos cimbreando entre pilastras. No le daban miedo. No tenía con qué comparar. Sus compañeros de trastero, eso era su cuarto, no eran mejores. Al tercer vaso, Flora se dormía y recalaba en su pueblo, de niña, entre almendros. Gonzalo se sentaba a pensar y se le desplomaban los párpados. Nunca hasta el suelo.

Después de mi ingreso, mientras me acostumbraba a ser «razonable», vino el suyo. También abrupto. Peor en parte. Aún no hablaba y ya estaba solo, en una especie de hospicio con ventanas enrejadas. Nunca he sabido si aquellos barrotes nos protegían de

ellos; si los guardaban de nosotros. Ellos eran niños. Lo de fuera, una sociedad corrompida. Nadie miraba por nadie a no ser que fuese por regodeo, para inculpar. Nadie veía nada. A los caciques de cuello corto y mirada perdida, como Miguel, se habían sumado todos los que necesitaban el drama de otro para ver mitigado el suyo. A mí, si alguien sufría cerca, se me encogían las tripas. Por razones opuestas, complementarias. Me embargaba su dolor. También la necesidad de ayudarle, de convertirme en su red. Pero al fondo, casi invisible, en uno de esos agujeros donde se acumula nuestro yo más negro, peor, sentía una especie de alivio al comprobar que no solo conmigo se había ensañado el cielo. Que, como yo, otros sufrían. Pertenecer a ese todo, por muy trágico que fuera, calmaba mi llanto. De ahí mi natural inclinación a la noche cerrada, a las casquerías. A los *martirios* de Ribera. A las anatomías rotas de Gericault. Ayudaba y me sentía grande. Me entregaba y todo tenía sentido; algo.

Los expósitos se colgaban de esas rejas y se desollaban los dedos. Jugaban a ser salvajes. A muchos les llamaban así, «Expósito»; también «de todos los Santos». Nombres oportunistas, recurrentes. Señales de un pasado bronco. Escollos para un futuro peor. O no. Siempre quedaban resquicios para no acabar deshecho, rendijas para evitar el fango, para no engrosar casillas dibujadas con lápiz en listados de hombres muertos. Eran las menos. Con la libertad, venían la dictadura y la sed. Y más hambre. Y puentes de piedra transformados en techo. Sin ni una sola pared. Era como si el sistema necesitase de parias, de despojos en los que colmar su misericordia. Y después su furia. Por eso los alimentaba, mal, los guardaba en cárceles de arena con un patio para desfogar. Los bautizaba. Se aseguraba de que sobrevivían para después matarlos; que es lo mismo que dejarlos morir. La mayoría pasaban de un encierro a otro, «por delitos menores». De una soledad a la siguiente. La calle era la excepción. Y un peligro. Algunos, a veces, preferían la humedad del calabozo y los golpes seguros que la incertidumbre de verse arrinconados por valientes siempre, en grupo, ávidos de venganza. Y es que un pobre, un beodo, un ratero por las migas, para esas bestias sin alma, era lo mismo que un

«rojo». De golpes estaban ahítos; Gonzalo menos, era callado. Así les domaban. Sobre todo don Javier y su sello de cobre. Con su vestido talar y el dedo verde, dejó tantas mellas como brazadas decía dar. Un loco con cara de loco lejos de Ciempozuelos, que hablaba francés y alemán, que nadaba desnudo en Piedralaves. Que nunca consagró. De complexión nudosa y breve, lo menos malo era que no te viese, que te obviara. Si se fijaba en ti, corrías todos los peligros. Si le gustabas, era aún peor. Mientras pegaban patadas a piedras, cada invierno, había mermas de diez críos. Don Javier los contaba. Sin cambiar el gesto. Y no informaba a nadie. «¿A quién? Si son solo despojos», se decía en confesión. Era cierto que nadie sentía el más mínimo interés por aquel montón de huesos con legañas. Muy pocos tenían familia fuera, y de haberla, de golpe, se quedaban sin orejas, sin habla. Allí no se hacían entregas, no; se devolvía al «Señor» lo que era suyo. Sus hijos. Y así se convencían, mientras cerraban la puerta, de que aquello estaba bien. Era eso o ahogarlos.

En verano, don Javier se dejaba el uniforme sobre la cama. Estirado. La medalla de santo Domingo en la mesa. Bajaba la cuesta sin ver, a la misma hora de Laudes. Atravesaba una huerta. Y otra. Se quitaba la ropa entre pinos. Le ponía una roca encima. Entraba despacio. El agua era hielo. Sus músculos se contraían hasta casi desaparecer. Le trepaba un dolor a la nuca. Metía la cabeza. No sentía nada. Cerraba los ojos. Con cada impulso tomaba aire y avanzaba entre el frío y las hojas que flotaban mojadas. Saberse desnudo era mejor que estarlo, sentirse libre, un desacato. Ochocientas brazadas más tarde paraba. Ya hacía sol. Salía. Sabía en qué piedras podía apoyarse. Huía del musgo y de la sombra. Todo su cuerpo era estaño. Dejaba que el agua le corriera por la piel de punta; por los codos, por el pecho, por la nariz. De los dedos. De la barbilla. Era un puercoespín.

En el pueblo, aparte de un pez, no era nada. Nadie lo conocía bien. Siempre alquilaba la misma habitación en la planta baja de la misma casa con solana y patio, en agosto. Allí pasaba San Roque sin perro. Aún tenso, se colocaba la sotana y un falso voto de silencio para que no le molestaran. Desayunaba café solo. Se

encomendaba a san Antonio, en la iglesia de piedra. Leía. Con la noche venía el frío. La dueña se empeñaba en ponerle una colcha a los pies. Por respeto. Por consideración. Por miedo. Y una jarra con agua por si le daba sed. Ni bebía, ni se tapaba. Le despertaba el reloj de la torre.

A Gonzalo también lo asustaba. Y se escondía. Normalmente en el coro. Desde allí podía ver a la única mujer que tenía bula para dejarse caer por aquel limbo enrejado. No la distinguía bien desde tan alto. Incluso pensó que era un hombre con esa bata negra y sucia y el pelo corto y cano. La veía limpiar los bancos, el sagrario; cómo se refrescaba en el benditero. Don Javier no la miraba. Odiaba a las mujeres. No soportaba sus «gritos». Ni sus lágrimas. Las consideraba imperfectas. Un peligro. «Por suerte», repetía salivando, muy lento, en España no éramos nada. Nada nos dejaban ser. A nada debíamos dedicar las horas. Le gustaba falsear las Escrituras, y se había inventado un par de versículos donde la serpiente, tras la manzana, le daba un espejo a Eva. Allí se reflejaba la «instigadora», hasta tomar conciencia de su belleza maligna. Estaba convencido de que todas, siempre, algo habíamos hecho; malo. Quizá por eso se ordenara. Para estar siempre con hombres. Nunca levantó la voz. Se acercaba a la oreja y tiraba. Hacia abajo. Y empezaba con el recuento de males que aguardaban fuera. No se preocupaba en hablarles de Dios. Ni del infierno. Les hablaba del mundo, de cárceles verdaderas, del garrote y los «grises». Para qué gastar su tiempo en cuestiones del espíritu, «si son solo despojos». Al menos María Juana, en otra cerca, no muy lejos, procuraba por la fuerza que alguien, arriba, a alguna, nos reservase un trozo de cielo.

Gonzalo se tiraba en el suelo y miraba las nubes. Siempre tenía sueño. Y un orzuelo enorme cada invierno. Como todos, comía poco y mal. Casi nada. Un día, no lo esperaba, le llamaron a una fila que acababa en un montón de vasos que hacían equilibrio entre bandejas. Llegó de los últimos. Como siempre. Como a todo. «No lo pierdas o no hay leche», le espetó un pelirrojo con calvas y la nariz rota. Enfrente, encaramado a una caja, como si fuera un santo, el propio don Javier, con un cucharón de palo y media

sonrisa, vertía el néctar níveo ante los ojos de una legión de anémicos inanes. «Donated by the people of the United States of America», rezaba la lata.

Nunca llegaron a España las toneladas de maíz prometidas por Juan Domingo Perón. Ni el trigo. El tifus se hizo fuerte. Argentina, no. Eva Duarte se empieza a encontrar mal; cáncer de cuello de útero. Franco mira al norte. A los Estados Unidos. A cambio de tierra para edificar Bases, llegarán millones de kilos de polvo para hacer leche. A Evita, le llevan al hospital una urna para que vote. Llueve ligero en Buenos Aires ese 11 de abril. Perfectamente peinada y casi muerta introduce la papeleta. «No votar a Perón es, para un argentino, traicionar al país».[2] En la calle, mojadas, mujeres de rodillas rezan y se abalanzan sobre la urna igual que si fuera el viático. La tocan. La besan. Lanzan ayes al cielo gris. Pueden ejercer su derecho. Por vez primera. Deberían ir a votar. Pero ahí siguen, en la vereda, en el suelo. Es mucho más importante pedir por ella. Por *santa* Eva.

Los muy malos se divertían escondiéndoles los vasos a los débiles, a los vulnerables, a los callados, a los tullidos, a los «tontos». A veces los ponían en otra fila, sobre el único banco que había en el patio y les disparaban con grava. Si se quedaba sin leche, Gonzalo bebía vino. A escondidas o después de la transubstanciación. No le importaba si la sangre era o no de Cristo. Le insuflaba la misma paz. Y se le venían encima las cejas. Y se acababa durmiendo en cualquier rincón. No hacer nada era lo único que quería hacer. Ni siquiera esperaba que pasara el tiempo. No tenía noción de lo que significaba su paso ni nadie que le esperase fuera. Tampoco dentro. Dormía porque le generaba placer; por anemia. Un día tropezó y se clavó uno de los cascos que quedaban alrededor del banco. En la cara. Sangraba como un cerdo el día de San Martín. No era 11 de noviembre. Lo limpiaron con agua fría y le dieron cuatro puntos que le tiraban del labio dejando al aire un colmillo con sarro verde; y un trago de vino, «para que aguante». Y, después, otro vaso rallado y mate donde poder verter más leche. Nunca dejó el vino.

En qué momento dejaron de dar vino a los fieles, no lo

recuerdo. Un día pasó a ser de uso exclusivo del celebrante. Y Gonzalo dejó de ir a misa.

Lo que nos empeñábamos en llamar leche no era más que un desvaído enjuague con sabor a poca cosa y muchas intenciones; algunas buenas. La mayor parte de las veces cuajado de grumos; nunca se removía bastante. Poco bebible. Como no había una proporción pautada pero sí mucha necesidad de alargarlo, dentro del agua hirviendo se vertían los polvos justos para que aquello cogiera color. Un color indefinido, parduzco, al que contribuía lo limpio que estuviera el cazo, el vaso. Cuando se le pasó la fiebre milagrosa, don Javier dispuso una pauta por la que, cada mañana, un grupo de internos se ocupaba de la gestión del óbolo. Había uno, un chaval casi transparente, que alguna vez meo dentro. Porque no era bueno. Ni malo. Porque no tenía nada que perder. Ni mucho que ganar. Era su manera de revolverse, de estar. Meaba y participaba en todas las peleas. Saltaba por la ventana de su cuarto. Se colgaba del único árbol que cortaba el aire en aquel descampado. Montaba el obús. Escupía, empujaba. Daba patadas, puñetazos. Iba sucio. No era muy alto. Cumplió quince años y nadie más se ocupó de él. Lo dejaron solo. Le pusieron en la acera. Frente a la puerta de la inclusa. Con una bolsa mediana de papel arrugado, marrón. En la mano. Dentro, prácticamente nada; en el cuerpo, menos aún. Empezó a andar. El zapato derecho se le salía porque utilizó el cordón para ahogar a un gato. Le hizo una herida que le llegaba al tobillo. Le dolió siempre. Incluso, cuando décadas más tarde, hacía cola en la iglesia de San Antonio. Al raso. En pos de un poco de caridad. Descubrió, al fin, lo que le había rodeado siempre pero nadie le enseñó, Madrid. Una Babel de coches pequeños y autobuses de dos plantas con vallas publicitarias. Se subió a uno. No pagó. «Crema para las pecas. Bella Aurora» atravesaba la carrocería en letras blancas. Se apeó bajo el hotel Universo. Puerta del Sol, 13. Durmió al aire, bajo alguna estrella que conseguía sobreponerse a la luz de farolas. Aprendió a robar y a esconderse. Corría despacio por culpa del pie. Nunca lo cogieron. Prefería estar muerto que preso; sabía bien lo que era. Ahora meaba en la calle; se empapaba entero. «Guarro», le decían.

Desayunaba coñac y anís La Asturiana. Conoció a Susana, que era de Barcelona. Lo quiso bien. Lo domó. Era mayor que él. Generosa. Alta. Guapa. Viuda. Buena. Con una pensión pequeña y muchas ganas de ser madre. No se llegaron a casar. Tuvieron tres hijos varones; el mayor, filósofo. Vivieron más o menos tranquilos, en Vallecas. En un piso alto. Aunque a él siempre le faltaba el aire. Se hizo taxista. Mientras esperaba en la Estación del Norte, se dormía y no soñaba. Sobre el volante. Una noche de hielo cerrado cargó a una niña de treinta años con un bolso de cuero negro y un abrigo de astracán. La miró. Estaba detrás del espejo. Siempre un espejo. Le gustó por su pañuelo de seda con topos envolviéndole el cuello, porque olía a pachulí. No sabía que ese dulzor picante se llamaba así, pero se le lleno la boca y el pecho. «A la calle de San Bernardo», dijo ella. Una carrera corta, pensó él, ahíto. Llegando al Palacio de la Real Compañía de Minas ya la quería. Se enamoró al instante. Por el olor. Jamás volvió a verla. Se obsesionó. Y empezó a peinar la Gran Vía. Y sacaba la nariz como un perro, por la ventanilla. Cuando murió Susana, porque era vieja, le confesó a su cadáver que había querido a *otra*. En sollozos. Después dejó el taxi. A sus hijos. Necesitaba libertad. Comenzó a vivir de los otros. Otra vez. Y fue regresando a un recuerdo que cada vez era más nítido, menos real. A una niña que a fuerza de otoños habría dejado de serlo. Y sufrió por él. Y sufrió por ella. Sin remedio. Con hondura. Tanto, «que hasta en su muerte —dicen— la fue llamando». Y se murió. Y nadie reclamó el transistor. Ni un anillito de plata negra que robó por si un día se la encontraba. Que llevaba siempre en un bolsillo del chaleco. Eso ocurrió después de que me lo cruzara a las puertas de San Antonio, el día que enterramos a Gonzalo. Llovía. Yo iba de negro, Adela de color verde; lo mismo que la hija de Bernarda. Aunque se pareciera a Albertine.

Se puede amar en un día. En un segundo. De golpe. Para toda la eternidad. Por suerte.

En uno de sus trasiegos, Rafael le sacó una foto a la Gran Vía; con el mismo cuidado de siempre. Seguro que le hizo más, cientos,

pero yo quería esa. Esa. Desde que la vi cosida a la pared de su habitación. No entendía por qué, le costó un poco, pero me la dio. Era un primer plano del momento en que se dobla y empieza a bajar, donde podría haber cambiado de nombre. En ese recodo estridente que llamamos Callao. Sillas de paja y mesas con manteles claros cortos tapan la acera. Un montón de caras se miran, gesticulan, beben, hablan, ríen. Algunos se han colocado como en una platea y toman el sol seco de Madrid. Otros simplemente se tocan. De fondo está el edificio Capitol. Y un taxi. Y una mujer con las encías negras y un canasto con romero que dice que regala. Y otras dos cogidas del brazo. Y un camarero redondo con chaqueta blanca y pajarita negra. Y tres faroles apagados y el cartel de Cifesa encendido. Me gusta porque todo parece feliz. Hasta las ventanas.

A Madrid llegó leche desnaturalizada, aceite amarillo de soja y más cine. Todo americano. La Gran Vía se cubrió de marquesinas y carteles, de colas para soñar en sesión doble. Casi a oscuras. Con acento de Puerto Rico. Al Capitol, se sumaban el Pompeya, el Avenida, el Rialto y los palacios de la Música y de la Prensa. Gonzalo iba solo y no se dormía. Podía ver la misma cinta infinidad de veces. Se aprendió el nombre de actores, actrices, directores, guionistas. Le dolían las sienes; ya era miope. Empezó a fumar y se puso gafas. No dejó de ir nunca. Nadie le preguntaba nunca nada dentro de esas salas con molduras modernistas. Ni siquiera cuando se encerraba en los baños con las tripas fuera. Todo le hacía mal, el alcohol peor. Pero insistía. Le venía un pinchazo y algo parecido a un mareo, se le movía entero el cuerpo. Se escuchaba. Empezaba a sudar, corría. Apoyaba con las manos la puerta para que nadie entrara; no siempre había un cerrojo. Respiraba profundo, cerraba los ojos. Se volvía amarillo. Era un ser de bilis. Regresaba a su asiento, le chistaban. Se hacía pequeño. La primera vez que fui al cine fue con él. *La dama de Shanghái*. Una reposición. No he olvidado el laberinto de espejos en el que Elsa Bannister se sumerge; donde, macabra, dispara a su viscoso marido. Ese poliédrico instrumento de tortura que la multiplica a la vez que la fragmenta. Que la condena y la salva.

Un día de noviembre en blanco y negro, con los plátanos de sombra mojados, en el turno de la tarde, Rafael hizo girar la puerta del Ritz para que Rita Hayworth saliera. Llevaba un anillo en el meñique derecho y un alfiler largo en el cuello. El bolso de serpiente. Fumaba con boquilla. «Gracias», le contestó suave en un español claro. Hubiera matado por sacarle una foto. Yo me acabo de dar cuenta de que no conozco a mi meñique izquierdo. No sé quién es. No me había fijado ni en sus pliegues, ni en su corva esclerótica. Tampoco en la piel que rodea la uña, que brilla más. A Eva Perón hubieran querido cortárselo. Y los otros nueve. Para confeccionar reliquias civiles que viajaran en otro tren. Pero la embalsamaron. La expusieron. Como a la madre Mercedes. Como harán con el dictador. «Españoles, Franco ha muerto», retumba Arias Navarro. Igual que un *Disparate* de Goya, que un *Desastre de la guerra*.

A Gonzalo también le llegó su hora. Y lo sacaron del encierro que era lo único que conocía. Antes de tiempo; la gripe. Cada día eran más los chavales que se ahogaban, que tosían hasta perder la voz y el aliento. A él no lo mató. Ni siquiera le dio fiebre. Sin casi penicilina, sin estreptomicina, solo se podía aislar y orear. Por eso lo licenciaron. Para hacer hueco. Y porque era de los pocos con casa. La verdad es que a Miguel le comunicaron solamente un permiso, «hasta que pase». Nunca llegó una demanda para que volviera. Era un cuerpo menos, un vaso menos, una víctima más. Lo mismo que diminutas piezas de eboraria labrada, abanicos, parasoles, lacas y biombos como el del Oyama de la madre de Cristóbal, la gripe vino de China. En barco. Como la peste. La negaron, nos resignamos, se olvidó; como todas las pestes. Mató a miles de niños. Y a don Javier; incorporado sobre una montaña de cojines y con regusto a eucalipto infusionado. Sin arrepentirse de nada. Con un trombo que le paralizó un brazo y la medalla de santo Domingo colgando en la mano, de un cordón. Algunos niños se salvaron entonces. Por su muerte. Vendrían más como él. Y peores. Pero ninguno sabía nadar. O no tan bien.

Cuando se acostumbró a la libertad cesarista de un país intervenido, Gonzalo empezó a buscar más madrigueras. Salas de

cine en horarios imposibles, solares sin luz, esqueletos ruinosos de edificios en ruina, bares sin ventanas que requirieran de peldaños de mármol siempre hacia abajo, para asegurarse la caída. Cualquier esquina umbría donde se supiera aislado. No le valía el cuchitril insalubre de la tía Flora. No solo. Ya no. Necesitaba de escondites desde los que no mirar ni verse. Se sentía un monstruo; pero de la otredad. Y el otro era él. Para los demás. Para sí mismo. Menos cuando bebía. Entonces, adoptaba una falsa seguridad de hombre sin presente ni pasado y alargaba el cuello como queriendo reclamar un poco de altura. La operación no llegaba al centímetro. Ponía boca de pato, lengua de niño. Los ojos ardiendo. La camisa sucia, abierta. Amontonado al final de la barra. Si le sobraban monedas, porque ya no le cabía más alcohol, sucumbía a la grandeza heredada y buscaba entre la ralea callejera algún limpiabotas. Para tener un trono. Se encaramaba a la cátedra de betún y oteaba la acera. Los mocasines brillaban de lo gastada que estaba la piel. El fingido edecán se recreaba con su gamuza empapada en crema. Incolora. Movimientos secos y marciales. De derecha a izquierda. Volvía a la tierra y le costaba tenerse en pie. Con o sin calcetines; la mayoría blancos. Había uno en la puerta de Pasapoga que siempre le engañaba. Bebía y sabía más que él y escupía en los trapos. Llevaba una cruz. En su asiento había restos de terciopelo cobrizo y tachuelas en fila. A Gonzalo, una vez, se le enganchó la pernera y volvió a casa aún más roto, con los zapatos igual de empañados. Olga, solícita zurcidora, enmendó el boquete con paciencia e hilo azul. Ahora le hacía una arruga en la mitad del muslo; tiraba. Lo llevaba puesto cuando le presenté a Claudio. Lo vimos en Chamberí, frente al kiosco de música. Por casualidad. En un banco. Sentí vergüenza. Porque me relacionase con él. Porque supiera quién era. Era como ver a mi padre. Sentí pena. «Es mi hermano». Claudio sonrió con las cejas; casi todo lo hacía con ellas. «Hola», dijo sin más. Sin juicios. Gonzalo hizo un mohín y siguió allí. Seguimos andando, callados. Sentí miedo. Mucho. A que desapareciera. A que huyera de una mujer sin madre, sin dinero. Con un padre encerrado y un hermano perdido. Sin suerte. Sin sueños. Sin melanocitos. Con vitíligo en las piernas.

En verano me las maquillaba; no quería parecer un monstruo. Si me daba el sol, lo que era blanco se volvía rojo. Me hacían sentir insegura, fea. A Rosa le hacían gracia. Como casi todo.

—No se lo cuentes a Claudio.

—Pero si son preciosas.

—A nadie.

—Qué no. —Y alargaba la *o*.

—Por favor.

Hay monstruos que nacen de la razón. A veces dan sueño. Cuando estamos dormidos, con la consciencia en suspenso, escarban. Sin prisa. Sin pauta. Escarban y liban. Con sus trompas elásticas. Con sus extremidades afiladas. Pero donde se esponjan sus fibras es en la vigilia. En el estómago. Bajo la boca. Ahí se hacen fuertes. Y constantes. La constancia es lo que les da la fuerza. Porque los perpetúa. Algunos se deslizan por las rodillas, también. Y se convierten en agua; que a veces fluye. Que si se estanca se vuelve negra y huele a col. Te inundan. Y te pica la carne, la lengua, tras las orejas. Entre los dedos. Y te rascas y te asustas. Y desencadenas una serie de *nosequés* que hacen, dicen, que pique más. Y más. Y más. Y duele. Me gusta el helado. Mucho. Sobre todo el de violeta. Se me clava en el ojo, en las muelas. Como si fuera un monstruo. Otro.

A finales de 1997, no sé exactamente cuándo ni por qué, acompañé a Gonzalo al cine. Al Doré. Volvíamos de un médico, tampoco sé cuál. Llegamos pronto. La calle olía a pescado. El deshielo lamía las paredes color salmón, mis tacones gastados. Un hombre con delantal y perilla, fuerte, con el pulgar en la boca de la manguera, regaba la superficie inclinada de acero donde, muy temprano, había expuesto sobre granizo los cadáveres tiesos de meros, boquerones, gallos y sardinas. No quedaba nada. No quedaba nadie. Solo hielo y escamas. Y ese olor grave. Formábamos una fila casi perfecta, medio en puntillas. Como queriendo escapar de la espuma, de la marea sucia, del hedor a muerte viva. Nos cortaron la entrada. *La parada de los monstruos*. Pensé: «Terror no, más no». No quería estar ahí. No podía imaginar tanta belleza en aquella cinta extraña, maldita. Me hice pequeña

en mi butaca, como Frieda, frente a aquella estela anómala e imperfecta. Grande. Bella. Gonzalo suspiraba detrás de una montura barata que acababa de comprarle, que aún no había roto pero que ya parecía vieja; todo lo volvía viejo. Uno y otros eran de verdad. El dipsómano y los microcéfalos. El alcohólico y el fibrodisplásico. Mi hermano y esos seres dismórficos, valientes; mucho más que nosotros. Mucho más que yo. Salimos y yo estaba hueca. Le dije: «¿Por qué bebes?». Supongo que para llenarme. Me miró un instante, y luego, al suelo. «Bebo porque tengo sed. Porque no sé hacer otra cosa. Ni quiero. Bebo porque creo sentirme libre; porque cuando despierto y veo mi cama sola, solo quiero beber. Yo no me olvido de nada cuando estoy borracho; me acuerdo de todo. Pero no duele. O menos. Por eso bebo. Y porque me gusta. Bebo por miedo, Elvira. A todo; a la muerte también. Y sé que me estoy matando. No estoy loco. No soy idiota. Pero cuando bebo soy capaz de vivir. Y miro a la gente. Y veo como me miran ellos a mí. Con violencia; con sorpresa. Con una tristeza amnésica, etílica. En silencio. Con indiferencia insuflada. Igual que peces, con los ojos muy abiertos. Como si fuera un monstruo. Pero por mí no pagarían; por verme a mí, no. Lo sé, y quiero beber más. Y me veo yo también deforme en uno de esos vasos de cristal sobado, del color del ámbar del whisky. Un monstruo bilioso, rasgado. Y siento pena. Y rabia. Y bebo. Más. Hasta que dejo de notarme los labios. Hasta que cesa el ruido. Bebo y tú respiras. Bebo y el mundo vive. Bebo y soy más yo que nunca; porque dejo de ser. Porque desaparezco entre esa nada espesa y mojada. Porque dejo de buscar porqués».

Llegó el silencio. Lo agarré del brazo. Como no sabía qué decir, lo apreté a través del punto pasado de su chaqueta. Era una taba. Yo una equilibrista. No hay cuerpos equivocados, solo desarraigo.

Llegó el autobús.

Toda mi vida he buscado una madre. Gonzalo solo se buscaba a él.

19

> ¿Es preciso matar para impedir
> que haya malvados?
>
> BLAISE PASCAL

Gonzalo se sentía un monstruo y quiso vivir como tal; en los márgenes. Cuando Adela, una tarde, me dijo que quería a Virginia, la que de golpe se convirtió en uno fui yo. Un monstruo silente, maldito, fatuo. Con la boca abrasada por el ácido, con las manos retorcidas. Me habló de su amor y sentí miedo. Y una náusea imperceptible. Monstruosa.

En esa abrupta anomalía que es *La parada de los monstruos*, hay un instante rocoso que supera a todos los demás; en intensidad trágica, en sadismo. La boda. El acto de normalización social. De encuentro entre dos mundos. De solaz y lúdica entrega. Los que se saben distintos celebran, cantan, ríen. Koo Koo baila envuelta en plumas. Quieren más. Buscan la comunión absoluta, su particular himeneo; definitivo. Vierten sus sueños en un cáliz de cristal tallado, en una «copa de amor» para el mañana. Y beben; solemnes. Uno tras otro. Con fruición. Casi en éxtasis. Fundidos en un sopor de absenta. El diácono es un acondroplásico; el paño de altar, un mantel arrugado, de cuadros. La novia, una caricatura inflamada, normativa, supuestamente bella. Le ofrecen el grial, es su turno. Para que selle ese orden nuevo. Para alimentar la esperanza. Su mueca se torna en grito, en amenaza, en soberbia de gigante. No va a beber de esa fuente, ella no es Titania. Los desprecia. Y les lanza todo su veneno. El de una sociedad que los quiere en jaulas, ordenados, precedidos por cartelas que los

cosifique. «La mujer pájaro». «El esqueleto humano». «La Venus de Milo viviente». Bajo control. Para que no se mezclen. Para que no se atrevan. Tal vez por eso, cuando en 1932 se estrena la cinta, el público sale corriendo. Ted Browning ha iluminado esa cara de la tierra que la pacata sociedad americana no quiere ver. El 8 de noviembre ya no se proyecta en ningún cine. Franklin Delano Roosevelt gana las elecciones presidenciales. Manuel Azaña se sienta en su despacho, en su mesa. Frente a él, una cuartilla en blanco; un misterio. En seis días viajará a Valladolid, al Teatro Calderón. Prepara un discurso. Repasa sus apuntes. Enumera las cimas de la República. Escribe: «Recordemos lo cerca que está aún el averno»; de ahí, dice, «nos hemos fugado». Pero ahí siguen los que no se ajustan al canon, los que disienten a través de sus cuerpos, con su voz. Todos los que son diferentes. También los locos.

Mi padre, que estaba loco y «nada más», pasó apartado del mundo casi quince años. En otro mundo de naturaleza doble, lisérgica; atravesado por la inoperancia de crédulos galenos que, por ser «tranquilo», no le dirigían ni el más rudimentario pensamiento. Ni una mirada. A Miguel le costó muy poco deshacerse de él. De mí. De Gonzalo. A los tres nos apartó, nos sacó de su casa, nos encerró haciéndose creer que era la única salida. La mejor. No lo era. Podía habernos querido más; habernos protegido más. Era su obligación. Firmó cada instancia y la tinta no dudó. Olga aún menos. «Lo hacemos por ellos». No tuvo tiempo ni de lavarse las manos. A la vez que a nosotros, se extirpó la culpa, toda señal de duelo. Continuó viviendo. No reparó en nuestra suerte. Se cubrió de apatía. A veces pienso que el cariño es otro vicio. En mi casa, menos común que el de beber.

Encerrado en su letargo, mi padre sobrevivió al olvido. No hablaba. No bebía. Comía como una tortuga. Cuidaba de su aseo personal. Se hacía la cama. Dormía lo justo para estar cansado y asegurarse el sueño; una cosa era su silencio y otra distinta el de la noche. Sabía, en su entendimiento corto, que la ausencia de ruido era un peligro para su paz. Una paz conquistada a golpe de guerras, de muros, de consignas alteradas, marciales. Su amnesia

era elegida; al menos en parte. Había mucho de enfermedad psiquiátrica, de merma fisiológica, pero también de voluntad. Mató sus recuerdos y escondió el cadáver. Yo le hacía camisas y le pedía a Miguel que se las llevara. Envueltas en un papel vegetal. Elegía yo misma los botones y vertía en los ojales todo lo que sentía por él. No sé exactamente lo que era. Al que quería no era más que un reflejo de lo que debió ser, un recodo indeterminado entre una verdad fabricada y la inapelable y densa realidad. El hombre de mi infancia y el viejo de la foto del banco. Me inventé que sufría de cierta claustrofobia, y al cuello y los puños siempre les daba dos centímetros de más; para que se sintiera libre. Eso, para un recluso, creía yo, se debía parecer mucho a vivir. Siete camisas de popelín blanco y duro llegué a enviarle. A Miguel se las retiraban nada más llegar. Era parte del protocolo. A mi padre apenas le llegó una, la primera. Las demás acabaron dentro del mismo armario de chapa barnizada, colgando de unas perchas que transferían suciedad. En casa de uno de los guardas más viejos, más flacos. Se las ponía los domingos, que era el día que se reservaba para la calle. No era el peor. Rapiñaba todo lo que pasaba por su mesa y tenía algún valor. Se escondía en los bolsillos cualquier porción de nada; por sentirse rico. Era casi una enfermedad. Pero nunca humilló a nadie, nunca maltrató a los locos que le correspondía apacentar. Incluso le despertaban una especie de conmiseración mediocre, de apego por costumbre. Pernoctaban en San Isidro y algunos, también mi padre, no requerían de noctámbulas cinchas. No eran peligrosos. Ni él, médico; solo un guardés un poco alienado. Por pura osmosis. En San Luis, al cuidado de los más ofuscados, sí que había una bestia desprovista de todo afecto que se saltaba hasta los más mínimos rudimentos de piedad. Que disfrutaba administrando lo que él consideraba que debía ser la justicia. Pateaba a esos otros monstruos y les hacía sorber del octogonal piso los flujos que no controlaban; saliva, orina y llanto. Esclavizaba sus cuerpos y degradaba sus almas. Irrumpía en lo más íntimo de cada uno para acabar con toda señal de dignidad. Disfrutaba viéndolos sufrir. «No son más que aberraciones —pensaba—; carne corrompida». No le movía la fe. Era simplemente malo. Un ser abyecto, perverso. Que

encontraba aterradoramente normales unas prácticas prehumanas que, sin embargo, ocultaba a los facultativos. Era malo, sí, infinitamente malo, pero no idiota. Y mentía cuando le preguntaban sobre determinadas manchas de sangre, por la naturaleza de según qué hematoma. Tampoco lo hacían mucho. No les importaba demasiado. Y las vejaciones seguían. Con un orden implacable. Con metódica maldad. Sin perder la calma. Hasta un día, un martes; que era 13. Sujetaba a un «histérico» por el cuello, contra el lavabo, mientras corría el agua, para que tuviera miedo de morir ahogado. Los pulgares bajo la nuez. No había hecho nada. Quería ver como se le retorcían los hombros, los brazos; recrearse con la tensión de sus músculos, detentar poder. Como siempre. Pero sintió un impacto en la espalda que no esperaba. La inercia le empujó contra el muro de cal. Se partió la nariz, sangraba. Dio un paso atrás. Chocó con un cuerpo en cuclillas, un bulto. Cayó al suelo con la nuca. Perdió la consciencia. Una correa pasada había liberado a un «loco», y este a otro. Y a otro más. No lo vio. Con un orinal sucio le abrieron el cráneo. Le quitaron la ropa. Tiraron de sus piernas desnudas hasta alcanzar un punto donde fuera visible por todos; excitados. Primitivos. Le dieron la vuelta, para que no pudiera mirarlos. Con sus ridículas nalgas al aire, peludas. Le dieron patadas con los pies descalzos. Royeron su carne. La escupían. No lo querían dentro. Gritó una vez, al inicio, al caer desplomado. Se mezcló con el resto de aullidos de la casa. Regresó la calma. Llegó un novicio. De ronda. Más tarde. La sangre había empezado a espesar. A él sí que lo oyeron. Se llenó el pabellón de ojos, de batas. Nadie alcanzaba a entender el cómo; mucho menos los porqués. Cada loco estaba en su catre, nadie les miró los dientes. Decidieron que no trascendiera. Prefirieron hacer como si no hubiera pasado. No era uno de ellos, era un medio más de contención. Y en España, las cárceles no podían fallar. Redoblaron los fármacos, las pretinas. Se olvidaron. No todos. Un domingo, no mucho después, con una de mis camisas blancas puestas, mal planchada, el guardián de mi padre repetía a un amigo: «Si ofendes a uno, les ofendes a todos»; en bajo. No imaginaba que la ofensa había sido tan grande. Tan grave.

Yo también quería visitar a mi padre, tomarle medidas; mirarlo y no decir nada. No podía. Era menor de edad. El que no iba nunca era Gabriel, que casi había recuperado su alegría de siempre. «Eres igual que tu madre», decía que le decían las vecinas del portal. Al parecer siempre sonreía, siempre miraba bonito, mi madre. Y abrazaba bien. Abrazar bien es tan importante como saber decir «te quiero». Lo sé porque yo no sé. Ni mirar bonito. Lo que Gabriel no recuperó nunca fue el interés por las mujeres. Se encerraba en el baño y agotaba toda pulsión. Con la mano. Estirando una pierna; mojándose el pecho. Era el padrino de Áurea. Siempre la quiso; a todas mis hijas. Y a mí. Amalia y Ana se le colgaban de las canillas y Áurea trepaba a sus hombros. Reían al verle actuar como un zombi. Siempre llevaba unos caramelos de leche de burra en el bolsillo de la americana, deformados por el calor. Los repartía y se volvían adeptas; a él. Merendaba con ellas. Cortaba pan, le clavaba un tenedor y lo ponía al fuego, hasta que empezaba a crepitar y se combaba. Hasta que olía a caliente. Hacía cuatro partes. Les untaba mantequilla y las volvía a dividir en dos. Para que pudieran mojarlas en leche. El vaso se llenaba de manchas inciertas de grasa que, en la superficie, componían una especie de archipiélago brillante. La frente de mi padre tenía las mismas geografías. Del sol. De estar en el banco días enteros. Lo dejaban allí. Dejaba que pasaran las horas; con los ojos cerrados. Con el sol de frente. Sentía un placer raro, modorra. Se dormía. Una vez al mes le visitaba un hijo, o dos. No recordaba que tenía cinco. Siempre eran los mismos. Los veía llegar y les enseñaba las encías desiertas. Volvía a su sopor. A veces canturreaba; para dentro. Y se contaba los dedos. Enumerando días, amontonando instantes. Miraba las moscas, a las hormigas. Miraba el granito de su banco gastado. Miraba las nubes, los pájaros, la fachada, al árbol. Cada vez dormía más; yo, menos. Estaba nerviosa por verlo. Y arrancaba de un almanaque que había colgado en el pasillo una cuartilla, con el día y su santo impresos. Los guardaba en una caja de galletas Birba. Faltaban doscientos catorce para que yo fuera todo lo libre que una mujer podía ser, doscientos quince para poder ir a su encierro. Libre para decidir sobre el largo de mis

faldas, sobre el ancho de mi pecho. Libre en minúsculas y casi en cursiva. Todos los domingos estaban teñidos de rojo; y las fiestas «de guardar». Dentro de un marco negro que parecía su sombra. Era cuando yo veía a Claudio.

—¿Qué le pasa?

—Quería mucho a mi madre.

—Y yo a ti.

—Pero yo estoy viva.

—Sí. Ya lo sé. —Y me abrazaba fuerte. Y limpio.

—No te mueras nunca —le pedía.

—Nunca —me decía. También él sabía mentir.

El amor verdadero se debe parecer mucho a estar loco. Yo sé lo que es amar, claro que lo sé. Pero nunca me ha dolido. O no lo suficiente. Nunca he sentido deseos de abrir una ventana y saltar. Ni me han escocido las muelas. No me he quedado sin aire. He querido y quiero con cautela, sin prisa; por miedo a ser olvidada. Aunque no sea en una boca de metro. He querido despacio y en silencio. Esperando que siempre me quisieran más a mí. Pero mi padre quería a mi madre más que a nada, que a nadie. Más que a su vida. Y se murió un poco a la vez que ella, a través de ella. En su recuerdo. Cuando me dijo que le esperara, creyó que volvería. Algún día. Pero empezó a andar, y a andar, y se le fueron las ideas. Y se escondió en sus recuerdos. Y se olvidó de él, de mí. Y frente a una luna de plata bruñida, al fondo de un escaparate, solo vio su reflejo. Y cayó al suelo, rendido, asustado. Y se hizo de noche. Y vino la otra luna, la que tampoco se puede agarrar, porque está en el cielo. Le despertó un sereno. Le espetó un par de insultos. Se levantó aún más perdido y echó a andar, y a andar. Y pasó junto a unas mesas con restos cuando apretaba más el sol. Y se llenó los bolsillos de pan sobado por si le daba hambre. Y siguió andando, sin el oriente claro, más lejos, más lento. Y el calor acabó por hundirlo. Lo encontraron horas después desplomado en un arcén de la carretera de Colmenar, una pareja de guardias civiles. Llamaron a sus hijos, mis hermanos, sus raptores. Le dieron agua. Tenía los ojos abrasados, la lengua gruesa. No dejaba de preguntar por mi madre. «Ángela», decía. Dijeron que estaba borracho.

«Borracho y loco». Lo cargaron en un furgón y desapareció para siempre.

No lo estaba. Esa mañana, no. Borracho, no. No había bebido. Y loco siempre estuvo. Un poco. De amor. En ese instante, de muerte.

Hasta el séptimo día mi padre no descansó. Hubo pruebas y papeles, algún empujón y un expurgo completo de su piel. Seguía habiendo focos de tifus y tenían que asegurarse de la buena salud del enfermo. Le afeitaron la cabeza; las crestas del parietal parecían dos asas. No dijo nada. No volvió a hablar. Estaba entre los fáciles, los «tranquilos». Solo algunas veces le suministraron Reserpina y baños, porque lloraba. Cualquier cosa antes que una leucotomía. No se practicaron muchas en Ciempozuelos. Todas transorbitales. Se tumbaba al reo, se le suministraba una descarga suave, para embotarle. Se le abría el ojo. Se introducía el orbitoclasto y se golpeaba. Un impacto seco, para alcanzar el lóbulo frontal. Sin anestesia. Con un instrumento que parecía un punzón torneado, que al caer en la bandeja del instrumental emitía un estruendo sordo y metálico. Abierto el canal, se inyectaba una solución densa y alcohólica para desconectar todavía más al loco. Pero sin creerse Dios, sin admitir que la ciencia podía enmendar sus designios. Celebrando ser parte de ellos. Los resultados eran desiguales. Algunos mejoraban por puro letargo, por inacción; dejaban de ser molestos. Otros morían. Al Estado le preocupaba más el gasto que suponía aquella ínsula de orates que los que perecieran en sus costas. Era tan fácil hacer reclusos que no cabía uno más. Muchos ni siquiera estaban locos. Eran díscolos, vehementes, desordenados, tramposos, «violetas», «rojos». Herederos desheredados, víctimas del tiempo. Sin luces. Agapito, que arguyó que estaba loco, no recaló entre sus tapias. Lo suyo había sido «transitorio» y Justa, la mujer, «algo habría hecho».

Cachita nunca salió de mi cuarto. Permaneció allí callada, quieta, sin mover el rabo. Bebiendo de una taza que saqué de estraperlo de la cocina, comiendo los restos de los restos de lo que hacía Olga. Los sábados, arroz con el pollo que no se comía los viernes. El rancho estaba sujeto a equilibrios pecuniarios, al estado

de ánimo de la cocinera. Le gustaba comer. Perfeccionó sus formas. Se hizo más precisa. Era capaz de convertir un puñado de almendras en la base de un estofado. Abusada de la cebolla, del ajo; por eso tenía tanto sabor lo que fabricaba. Tan fuerte. Miguel convirtió el bicarbonato en postre. Ella siempre tenía rosquillas. Y un flan casi naranja flotando en caramelo.

No me enseñó. Pero aprendí de ella. Se esmeraba en que el resultado, cada día, pareciera digno. Ponía la mesa con la ilusión de un domingo. Manteles de hilo de su ajuar, orlados del sempiterno ganchillo, con platos de loza beis y copas de cristal casi fino. No se deshizo de la cristalería heredada por mi padre, esas copas que fueron de mi abuela y tenían el pie grabado. No se las llevó el chamarilero. Hacían juego con la idea que tenía de dignidad. Los guisantes refulgían porque los rehogaba con manteca; y sabían mejor. A las peras, les ponía canela, vino, clavo. A la lechuga, pipas de calabaza, las que no se comía mirando a su suegro. El conejo lo compraba con pelo. Lo desollaba como si fuera un guante. Tiraba de sus miembros hasta que se parecía a san Andrés. El hígado, lo freía para después triturarlo, con pan viejo. Troceado, dejaba que hirviera; en una infusión de vino con madre y dientes de ajo. No soportaba el laurel. Chupaba la cabeza con gusto. Hasta casi dejar el hueso al aire; como una taxidermista. A mí, las lentejas me siguen saliendo bien. Mis hijas me piden que se las haga. Ángela les echa vinagre y Amalia aparta el tocino. A Claudio le gustaban hechas puré. Sigo guardando, cuando las hago, cinco raciones en cinco recipientes idénticos, en el congelador, cada uno con su nombre, los de ellas. Por si me muero. Para que me puedan recordar por la boca. Claudio, siempre lo supe, se acabó yendo antes que yo.

—¿Me quieres?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Muchísimo.

—¿De uno a diez?

—Once.

—¿Solo once?

—¡Mil!

—¿Mil? ¿Y si mil no es suficiente? ¿Y si me dejas sola? ¿Y si te olvidas de que existo? —Teníamos veinte años los dos y yo, ya, me anticipaba intensa al mañana.

—No pienso olvidarme de ti, Elvira. Nunca.

—¿Y si dejas de pensar? ¿Me seguirás queriendo?

—Siempre.

—Suena grande siempre.

Claudio era el tercero de seis. Tres varones y tres hembras. Estaba entre Tomás y Pedro. Cada uno llevaba un tercio del nombre del padre, don Tomás Claudio Pedro; uno de los que «ganaron» la guerra. Las chicas eran todas Marías. María Dolores, María Angustias y María Soledad; las «tres Marías». Planchadas y morenas como su madre, Dominica. Una mujer rigurosa, observante y seria. Con la tez moruna y aire otoñal. Que quería para su prole solamente certezas. Tenía sobre sí misma una idea alterada, fruto del nuevo viejo orden, cuya sombra alargada proyectaba especialmente en sus hijas. Condescendientes, miraban sin mirar, con tanta suficiencia que les generaba fatiga. No eran malas, solo estaban confundidas. Tampoco era su culpa. Probablemente no fuese culpa de nadie. O del viento. Se sabían superiores y actuaban como gigantas. La mayor era más alta, más guapa y menos blanca. Don Tomás, bueno. Tenía perilla. Siempre la llevaba manchada. Le gustaba comer. Y mojar pan. Fue uno de los que cargó con el cadáver de José Antonio, que venía de Alicante, a su paso por Argüelles, camino de El Escorial; como si fuese un santo. Hizo la guerra y le deportaron a Formentera, por expreso deseo del cuñado del dictador. Allí conoció al padre de Rosa, que aún no era médico. Se hicieron inseparables. Cuando volvió a Madrid, Tomás hijo no sumaba veinte meses. Claudio nació nueve más tarde.

Nada más entrar en su casa, me asaltó una sensación de paz

que me erizó la espalda entera. No sé si fue lo armonioso de las formas o la luz que se colaba enorme a través de las ventanas, pero conseguí respirar. Yo diría que incluso hondo. El salón era un cuadrado al que se abrían tres secciones más, rectangulares, donde estaban el comedor, la biblioteca y yo misma, en mitad del recibidor. Todo parecía libre de ornato, incluso simple, pero esquemáticas fórmulas, guiños sutiles, agrandaban la fábrica, la embellecían. Molduras sombreadas, óculos que le robaban algo de gris al cielo, una escalera casi orgánica que, de ser más larga, hubiera girado sobre sí. Volutas en los pomos, jambas torneadas. Resonancias, todas, de un Modernismo que, tímido, había germinado en el Madrid de entreguerras. Estaba nublado. Como con luz de foco. Claudio me esperaba bajo los arcos del nuevo ministerio de Obras Públicas. Con los bolsillos engulléndole las manos y un periódico chafado colgando de la axila. Hasta su casa apenas había una cuesta y no muy pronunciada. La subimos en silencio. Solo sé que me había puesto unos zapatos blancos, sin talón. Iba a conocer a sus padres. La casa, casi un cubo, estaba precedida por un palmo de jardín no muy cuidado, con una silla bajo el único árbol con copa. Le solté el codo y llamó al timbre. Habían pactado que fuera así, que no usara sus llaves. Para que no hubiera sorpresas. Abrió una mujer baja que no sonrió; la «chica». Había una lámpara de mesa encendida, esperando tormenta. Apareció su madre, Dominica, con perlas colgando de las orejas. «Es Elvira», se oyó. Me tendió la mano e hizo un gesto que no alcancé a interpretar. «Encantada», sostuvo igual que un fa. Eran las seis de la tarde y me ofrecieron café, en una mesa baja. Trajeron un plato con pastas, un azucarero y una lecherita con rosas pintadas. No comí ninguna, me conformé con darle sorbos cortos al interior de mi taza. Claudio las devoraba. Por nervios. Y dejaba la guinda del centro a un lado. Apareció don Tomás. Volví a sentir paz. Llegaba de la calle, no dejó de llamarme «señorita». Hablaba y su mujer miraba al suelo, al techo, hacia el jardín de atrás; otro rectángulo mucho más limpio y verde que hacía de decorado, que conjugaba con las tapicerías, con los detalles de la loza. Se sentó con nosotros y pidió agua, «con mucho hielo. Y

limón». Trajeron una jarra de cristal de La Granja que se fue empañando. Bebía compulsivamente; estaba seco. Sufría de «melancolía». Esto lo supe más tarde, otro día. En La Rosaleda de El Retiro. Mientras paseábamos muy juntos.

—¿Sabes? Mi padre no habla mucho. Al menos con nosotros. Entra en su casa y se vuelve una sombra, otra.

No había bajo esos techos nada que le invitara a existir. Era solo de puertas para fuera. Por eso le colocaron una silla bajo el tilo. Para que respirara. Yo casi lo quise al instante. Era otra de esas criaturas imperfectas y dañadas en las que a mí me gustaba fondear. De una elegancia profética, movía las manos con mesura. Le gustaba llevar sombrero. Ana Isabel, mi hija, siempre lo recuerda con el ala y los hombros cuajados de polen, lleno de las minúsculas flores que no cesaban de caer por el viento. Rodeado de colillas. Ana se había roto la pierna izquierda jugando. Era junio. No tenía dónde dejarla. Pensé en el tilo, en los ojos transparentes de mi suegro. Le instalaron otro asiento y un escabel para la escayola. Pasó once tardes con su abuelo. Cuidando de él, haciendo como que la cuidaba. Leyendo unas novelas que sacaba de los bajos del taquillón de roble de la entrada; por detrás de sus gafas de niña. Dominica ausente. Siempre hacia dentro. Huyendo del sol, de los niños; «yo tuve los míos», repetía. Con su traje a medida y guapa. Con una pulsera de oro con eslabones como un puño y seis medallas medianas cimbreando. Cada una con el nombre de un hijo. En estricto orden de llegada. Cuando murió, muy mayor, les dejó a cada uno la suya. Claudio se la colgó del cuello.

Tomás Claudio Pedro era hijo de farmacéutico. Y tenía cuatro hermanas. También todas Marías, mayores que él. El día que se fundó la Falange estaba en el Teatro de la Comedia. La calle era un bosque de brazos inhiestos. El interior, un avispero. En sus butacas, callados, no paraban de moverse quienes se decían hartos de no sé qué, queriendo celebrar no sé qué cosa, sin saber muy bien cómo. Las mujeres, en los palcos, con gafas oscuras para un sol que no entraba, asistían solemnes sin que se les moviera un músculo, con cara de velatorio, casi de cera. Sobre las tablas, como actores, tres hombres igual que obispos oteaban, frente a un fondo de cartón

que parece visigodo, tras una mesa. El del centro es José Antonio Primo de Rivera. De azul, impertérrito. Se dispone a hablar. Al final del patio, en la penúltima fila, al lado de un jovencísimo Tomás, Matías Montero vibra. No para de aplaudir. Ninguno de los dos lo hacen. Les duelen las manos. Se han vuelto creyentes. Al salir, de camino a casa, hablan del futuro de España, del suyo. Se proyectan en lo escuchado. Viven a través de grandes frases, la mayoría huecas; Matías con sus tías, Tomás encima de la farmacia de su padre. Acaban militando. Se involucran con las tripas. Reparten FE.[1] Un viernes, con el frío de febrero en guardia, se despiden como siempre, con la mano. Los dos llevan bufanda. Pasa un minuto, Matías cambia de calle. Pasa otro, suena un disparo, cinco. Tomás se asusta, da la vuelta. Cuando llega ya está muerto, su amigo, desangrándose. Corre y no para hasta su habitación. Corre y se hunde en su miedo. Al día siguiente no asiste al entierro. No puede. «Por un acceso de melancolía», dirán; el primero. José Antonio llega tarde, estaba cazando; es un petimetre. Otro. Faltan dos años y cinco meses para que estalle la guerra, para que «una parte del ejército de Marruecos se levante en armas contra la República».[2] Cuatro meses más para que a José Antonio lo fusilen por «rebelión militar», en la prisión de Alicante, las armas a menos de tres metros de distancia. Tomás pasa seis días bajo una manta que le trajo su madre de Ezcaray. Sueña en color rojo, con zanjas. El jueves, al fin, regresa y pide agua. «Con mucho hielo».

No olvidó al amigo. Y cada vez que le decían que yo estaba embarazada, se acercaba a mi oreja y susurraba, «si es niño le ponemos Matías». Era su preferida. Y le gustaba que lo supiera. Que le tocó en el bando equivocado lo decía su mujer. «Si es para matar, ningún bando es bueno», insistía él. Y masticaba el hielo. Las primeras bombas le cogieron en Madrid, acabando Derecho. Lo movilizaron; el gobierno legítimo. Le dieron un arma. Lo mandaron «a defender la República». No creía en ella. Tenía veintidós años y un muerto. Empezó a disparar apretando los ojos, sin ver. Rezaba por las noches, en bajo. No era aguerrido. Sabía curar, cerrar heridas; de ver a su padre. Ayudó a muchos. También a Dominica. La iban a fusilar. Era de Acción Católica. La salvó. Tardaron mucho

en volverse a ver. Se acabaron casando; cuando acabó la guerra. Él, de traje oscuro. Ella, porque se sentía en deuda.

—¿Y qué importa si no les has gustado a ellos? Le gustas a él —decía Rosa. Y no dejaba de moverse entera.

Era cierto, Claudio me quería. Quería que yo lo supiera. Me apretaba fuerte, me hablaba despacio, quiso que conociera a sus padres. Del mío no hablé. Tampoco preguntaron. Era parte del pacto, para que no hubiera sorpresas. Una hora más tarde, yo intentaba quitarle el carmín al canto de mi taza, las guindas de Claudio conformaban un castillo y en la jarra solo quedaba hielo. Dominica seguía intacta. Parpadeando lento, con el meñique izquierdo disparado; era zurda. Perfectamente vestida, calzada. Con una pierna más flexionada, girada, con la rodilla mirando a la alfombra, persa. Después de un silencio, de unos nueve segundos aproximadamente, y un carraspeo varonil, llegaron las despedidas.

—Muchísimas gracias, señorita. Por venir.

—A ustedes.

—No. A nosotros no. Déselas a mi hijo —interrumpió Dominica sin tono.

No es que quisiera herirme, ni tampoco ser amable. Lo que no quería es que sus frases enraizaran. Era tan neutra como Suiza, tan puritana. Desconfiaba, miraba de reojo. Olía bien. Me volvió a dar la mano. Salimos. Ninguno dijo nada. Abrimos la cancela y anduvimos hasta mi calle. Sin acompasar. Con la mole de los nuevos ministerios como único horizonte seguro. Empezó a llover, se me mojó la falda. Notaba el agua escurriéndome rápido, entrando en mis zapatos, traspasando mi blusa. Me la había hecho yo. La estrenaba. Quería causarles buena impresión. Se me pegó al cuerpo. Aceleramos. Cada vez más mojados. A Claudio le escurrían gotas de la nariz, de la punta. Seguía serio, concentrado. Tuve miedo, otra vez. A una despedida, a un portazo, a una explicación larga, a una excusa corta. A que se acabara. A que me acabase. La lluvia casi se volvió espesa; el alquitrán, un mar. Frente a mi portal, empapada, tiré de él como si fuera un fardo. Lo acaricié. La puerta de la hullera estaba solo entornada, nunca cerró del todo bien. Tiré más, hasta dar con mi espalda en la pared de tierra. A

penas entraba luz; la que allanaba las juntas. No le miré a los ojos, me perdí en sus pupilas, en ese borrón negro que no paraba de crecer. No hablamos. Me besó. Con la suavidad de una bestia enamorada, con su barba aflorando afilada. Con el corazón loco, agitado, violento. Con la lengua torpe. Con la boca fría. Me besó y me agarró las manos. Me besó y me abrazó fuerte. Me besó y empecé a llorar, sin ruido; dejando que mi pena se mezclara con la lluvia, con mis dudas, con sus besos. Me besó igual que un niño asustado. No opuse resistencia. Casi ni me moví. Tampoco hubiera sabido cómo. Ahí estaba yo, a treinta escalones y un suspiro de mi hermano, de Olga. Con los brazos cayéndome a plomo. Sin hacer. Me siguió besando; la cara, la frente, los párpados, el cuello. Me besó los dedos, las muñecas. Nunca lo había tenido tan cerca. Le escuchaba respirar; rápido, fuerte. Sabía a colonia. Se apoyó en mi cintura. Seguimos en silencio, no nos podía oír nadie. Menos que nadie, Manuela; otra vez el miedo. Claudio era el único modo que tenía para huir, para salir de esa vida. Eso creía. Eso quería. Y lo quería. «Te quiero», le dije. Me besó con más ganas. Con besos largos. Sentí como el estómago se me amontonaba, bajo las costillas; un escalofrío. Me desabrochó un botón, el primero. Otro. Sin maña. Me besó el pecho. Bajó aún más. Me gustó. No sabía nada sobre sexo. Él, poco más. No había visto nunca a un hombre desnudo. Ese día tampoco. Ni siquiera estaba segura de si aquello, ya, era o no pecado. «Sigue», llegué a pensar que le decía, «sigue». Quería ser libre, todo lo libre que podía ser una hembra; y así me sentía, una hembra a punto de aparearse. No me quité la camisa. Se me cayó un pendiente. Lo cogió del suelo y me volvió a besar. Me lo puso. Noté sus caderas, sus ganas. Y ya no sé lo que hice. Me dejé, le di permiso a mi cuerpo. Al suyo. Me dolió. Fue todo muy rápido, extraño. No me quité la falda. Claudio me miraba como concentrado, un poco perdido. Con el pantalón a medio abrir y el ceño fruncido. De repente paró, con los ojos cerrados y gruñendo. No se separó de mí, tardó un rato. Me besó la nariz, suave. «Siempre», me susurró al oído. «Suena bonito, siempre», pensé yo.

Me escocía la boca. Tenía la ropa calada, yo lo estaba; arrugada. Me abrió Olga sin mirar. Sabían que había ido a ver a los

padres de «ese chico». No se fijó en mi pelo deshecho. No preguntaron. Me encerré en mi alcoba. Me metí en la cama. Pensé en el padre de Claudio, en la hermana Mercedes, en Eva y en la Biblia de mi madre. Me acordé de Fernanda. No me sentí sucia. Ni mala. Ni un pájaro.

No se lo conté a Rosa. No se lo conté a nadie. Claudio se había escurrido entre los estertores del aguacero con el «siempre» silbando en la boca, llegué a pensar que para siempre. Me despertó Victoria, quería jugar con la perra. Se subieron a mi cama. Era domingo. Ya estaba embarazada. Desde la noche anterior. No lo sabía. Empecé a inventar un embrollo para no tener que ir a misa; estaba convencida de que el celebrante vería en mi cara la culpa, como si fuera un angioma brillante y denso, un luminoso anunciando la falta. Olía a él. Y eso también me daba terror; por si me descubrían. Me hubiera quedado durmiendo el día entero. Inventé un dolor de cabeza que se acabó haciendo real. «Te castiga Dios», pensé. Olga la supersticiosa se había puesto el velo que siempre llevaba a la iglesia, negro y con una áspera blonda cerrándole el paso al aire. Miguel no hacía más que estornudar; alergia al polvo. Me quedé sola. Me quité la ropa frente al armario de luna de mis padres. Le faltaba un espejo, se había caído. Quería verme entera, escudriñar cada rincón, leerme y hacerme ilegible. Nada. Ni un arañazo. Busqué entre las piernas, dentro de mí. Nada, estaba limpia. Salí al pasillo. Aún notaba presión. Herví agua, le puse flores de manzanilla; me hacía sentir bien. Si a mi padre le dolía el cuerpo, no le daban nada. O un grito. Yo quería que estuviera bien, que pasaran los días para ir a verlo. Y tocarlo. Y así recuperar todo ese tiempo que nos habían robado. Nueve días antes de mi vigésimo primer cumpleaños murió. Avisaron por carta. Le tenía preparada una camisa nueva, blanca. No llegó a usarla. Nueve días, nueve aciagos días. Con sus noches y sus noches. De penumbra. Hasta la muerte. Nueve días en silencio. En suspenso. Nueve días sin sus días, sin sus sueños. Casi en blanco. Nueve días y otro tiempo; harto, viejo. Pleno y plano. Nueve días sin pecho, sin techo. De dolor callado, quieto. Nueve días de mentiras, de promesas. Nueve días sin paz. De sol. Sin luz. A

tientas. Nueve días sin preguntas, con respuestas. Sin beldades. Con certezas. Nueve días de sed, de hambre, de fuerza; sin fuerzas. Nueve días y el olvido. Y la vida. Otra vida, peor. Nueve días y un resuello, solo uno; vasto. Nueve días y el recuerdo, solo uno; basto. Nueve días y un averno. Nueve bestias. Una por día. Todas sin meta.

20

> Duraba tan poco aquella despedida y volvía mamá
> a marcharse tan pronto, que […]
> era para mí un momento doloroso.
>
> MARCEL PROUST

No sé por qué pero lo sabía. Sabía que estaba embarazada. Lo sabía y lo quería; incluso antes de estarlo, de saberlo. Un deseo voraz, impaciente, irreflexivo. Una añoranza lesiva, nueva. Un dardo. Cuando lo pude confirmar, a expensas de Rosa y su padre, lloré. «No es para tanto», me decía una cada vez más rubia y rizada Rosa sin conocer mis ganas; «tampoco te van a matar». Pero yo por quien lloraba no era por mí, era por mi padre. Por una sensación renovada de ausencia. Por todo el agua que no había derramado durante años de árida espera. Y lloré todo lo que no lloré cuando llegó la carta sin pésame, con su nombre: «Don José Cárdenas Gutiérrez ha fallecido por causas naturales». Como ninguno teníamos dinero, lo llevaron a una fosa común, entre cal, sin letras. Al fondo de un cementerio sin un solo ciprés. Y también lloré. Todos los muertos necesitan uno. Una escalera al cielo. Cuando nació Ana Isabel, mi hija, con los puntos todavía en vivo, contraté una de esas pólizas que cubren tu muerte, cuando llega; siempre lo hace. Que pagas en vida. A una empresa que se llamaba La Soledad. No quería que me enterraran entre dunas de cal. No

quería que nadie tuviera que pagar mi entierro. Quería un ciprés. Cada mes, puntual e inapelable como la misma muerte, un cobrador se personaba a retirar el óbolo funesto. En mi casa. Tocaba el timbre y yo me tocaba la cabeza; con el índice y el meñique de la mano derecha. O madera. Siempre tenía preparado el sobre. «Para los muertos». Como si se tratara de una ofrenda anticipada al Hades. No fallé ni una vez, no hubo ni un solo retraso; aunque no lo tuviera. Se convirtió en una especie de superstición pautada. Fueron tres los encargados de tan feliz colecta. Tenían todos los ojos hundidos, envueltos por una especie de matriz azulada, diferentes. Llegué a pensar que se trataba de una exigencia, de un rasgo común del subgrupo Recaudadores. El primero apenas duró; lo que debía tener blanco, en él era amarillo. Se lo llevó una pancreatitis. Aguda. A Bartolomé, el siguiente, lo vi doce veces por treinta y siete años. Estaba mal hecho. Le olía el aliento. Era de una amabilidad enorme, inusitada, impropia. Sonreía con la boca como un nicho. Le faltaban varios dientes. Se cerraba el botón del cuello bajo la nuez; una mata espesa de pelo negro le cubría todo el pecho. Lo sé porque en verano, con el sudor de hacer la calle, de puerta en puerta, la camisa se le pegaba hasta prácticamente desaparecer. Siempre llevaba una carpeta añil pequeña con gomas apretadas. La abría con tiento y extraía un recibo que, más o menos, venía a asegurarte el paso a la otra orilla. Estrenaba una cada septiembre. Hasta principios de octubre tenía las yemas azules. Con los años se empezó a parecer a Caronte, el de Joachim Patinir. Cuando me dijo que se jubilaba, se lo dije: «Es usted como el protagonista de una tabla que hay en el Prado». Y abrió su carpeta, sacó el recibo cuatrocientos cuarenta y cuatro y no dijo nada. Bueno sí, lo de siempre. No volví a verlo. Heredó su «barca» el hombre más delgado que jamás haya visto. Se disolvió al poco. No le debió costar. Ahora, igualmente puntual, me devengan de mi pensión breve la misma cantidad de siempre. Por el banco. Para «traslados, tanatorio, incineración y flores». Dos coronas. Ninguna de plástico. Eso espero.

La Soledad era un expendedor de alivios. Era y es. Anestesiado por el óbito, siempre nuevo en estas lides, presionabas

mecánico un botón invisible y se desplegaban las diferentes posibilidades de cajas y centros en un políptico esmerilado con las esquinas levantadas por el uso. Con el membrete de la casa en lo alto. Todo muy aséptico. Muy poco vivo. No te dejaba pensar. Según tu cuota en vida, te correspondían unas atenciones en la hora de la muerte. Luego estaban los extras, los caprichos *post mortem*; más seda, más velas. De todos, mi favorito, el que hacía referencia a la música. Ahí tenían cabida réquiems lacrimosos y canciones populares, solos de violín y orquestas regrabadas en una casete. Me hubiera gustado incluir *La llorona*. La de Chavela. Ella siempre cantó para huir, para expiar, para templar su pecho abierto. Siempre bebió; como mi padre. Nunca supo lo que es una madre; lo mismo que yo. Y era lesbiana. Como Colette. Como Albertine. Como Adela. Por eso la escondieron. Por eso la obligaron a enfundarse en una corteza espesa. «Haz lo que quieras, pero que no se te note», le impelían. Y se arrancó la trenza y los vestidos de cintas. Yo no voy a hacer lo mismo. No quiero. No puedo. Yo voy a gritar alto que mi hija ama a Virginia. Que yo amo a mi hija. Aunque no lo entienda. Aunque a veces dude de ella, de mí, del mundo. De la soledad.

Quiero una caja de madera. De pino. Simple. Y un par de zapatos de tacón blancos. Quiero que me pongan el velo de mi boda sobre la cara y que no me pinten los labios. No quiero un cojín bajo la nuca, que me coloquen el libro de Caturla que me legó Cristóbal; nada hay tan poco incierto como el morir. Y el disco de Dalida, *pour ne pas vivre seul*. Que en un bolsillo alguien meta los cuatro dientes de leche de la caja de China, uno por hija; y en el otro los primeros pendientes de Adela, minúsculas bolitas doradas. No me quitéis la alianza. Ni las medias. Quiero ir vestida del azul de los ríos que pintan los niños. No me hagáis recordatorios en papel satinado con cruces latinas; simplemente, no me olvidéis. Quiero que estéis tristes. Un poco. Al principio. Y que las flores, cuando las mueva el viento, parezca que están llorando.

Adela nunca pintó los ríos del color del cielo. En sus fichas eran marrones, verdes; nunca azules. En ella todo era verdad. A la maestra no le preocupaba. A mí, sí. No quería que mi hija viera tan pronto el cariz real de las cosas. Parecía feliz, aunque no sonriera tanto. Aunque jugara casi siempre sola. Un día se rompió un poco. Para siempre. Había matado con sus manos a un canario que teníamos en casa. Sin quererlo. Adorándolo. Lo cogió mientras Amalia limpiaba la jaula. Apretó inconsciente. Lo soltó y era un bulto emplumado. Empezó a llorar. Sin consuelo. No le dije nada. Por no mentirle, para no asustarla. Hice como si nada hubiera pasado. Y lo tiré al cubo. Me vio. Lo sacó. No sé en qué momento. Para darle sepultura. En el fondo de un tiesto de arcilla rojiza que había mocho en el balcón. Entre geranios. Aquel verano en que cumplió once años no hubo un solo día que no visitara la tumba. Un verano tan caluroso como todos los demás, con las persianas medio bajadas y el zumbido de un ventilador perenne prorrateado entre sus cuatro hermanas. Con polos de limón caseros al final del congelador. Agua, zumo de limón, azúcar y unas hojas de hierbabuena muy, muy picada. Uno al día. Las mayores, leyendo, riendo, peleando. Y ella seria. Yo, que nunca he dejado de coser, desde que nació Ángela lo hacía en casa. En un rincón de la cocina. Entre sus gritos felices. Con todo el cuidado para que no se manchase nada. Sobre la misma mesa cortaba cebollas y cuellos, hilvanaba y daba el desayuno; galletas con leche. Sin descanso. Con vistas a un patio con un laurel frondoso. Todas las vecinas abusábamos de su copa olorosa. A todas nos dio sabor. Al poco, propuse comprar otro pájaro y Adela ni se inmutó. No quería. No se atrevía a decirlo. No hice nada. Dejé que pasaran los días. Llegó el verano con los trinos de la calle. Daban las dos en punto y apartaba las camisas para hacer tortillas sin cebolla. O huevos rellenos. Y filetes rusos, que nunca he sabido por qué se les llama así. Lo metía todo entre dos platos hondos y lo ataba fuerte con una servilleta que siempre acababa manchada de grasa. Con dos nudos. A las tres y media, con el calor plano y todos los bañadores puestos, estábamos en la piscina municipal, un llano abrasado. En el merendero. Entre familias más o menos como la nuestra. Bajo un

techo de cañizo que dejaba pasar el sol. Que los primeros días nos abrasaba siempre la espalda. A las cuatro, con el café de termo todavía intacto en un vaso de plástico, empezaba la pelea por la falsa digestión obligada. Cada día. Y Adela callada. Sin moverse. Sin mirar. A mi lado. Esperando estoica mi señal. No se quería morir ahogada por un corte. No quería parecerse a Rasputín. Así se llamaba el canario. Idea de Claudio.

Precisamente por no haberla tenido, lo que siempre quise fue una familia. Una de verdad. Desde mucho antes de casarme. Pero ahora estaba embarazada. Tenía que decírselo a Claudio. No sabía cómo. «Pues sin rodeos —insistía Rosa—; tampoco es para tanto». Claro que lo era. Y pecado. Y una temeridad. Y un alivio. Quedamos, como siempre, al final de la calle Ríos Rosas. Junto a la verja del palacio de Santa Coloma. Sentía vergüenza, mucha. Y me dolía la espalda del peso. Llegué tarde. «Estoy embarazada», le dije a menos de un metro de su periódico abierto. Sin un hola. Esperando un adiós. «No saldrá de España. *El Duque de Lerma* no se vende»,[1] podía leer en letras de imprenta negras sobre blanco, en su regazo. Levantó las cejas por encima de la reproducción del cuadro de Rubens. Miré al suelo. Y a la gola inflamada del valido. Y al fragor de la batalla que humeaba bajo sus pies. Quería que pasara pronto. Que me abandonara. Que saliera corriendo y ni siquiera mirara atrás. Me abrazó. Igual de fuerte que en la hullera. No me soltaba. Me besó la nariz, los ojos. «Estoy embarazada», volví a decirle. «Cásate conmigo», contestó. Y ya está. Me quería. Mucho. Más que yo a él. De uno a diez, mil. Se lo dijo a sus padres. No les explicó nada. Dominica puso cara de censor, el resto del año tuvo jaqueca. Don Tomás asintió y bebió agua. Con mucho hielo y limón, aunque fuera noviembre. A Miguel lo encontré en la cocina, intentando matar una mosca con un trapo. Cualquiera hubiera pensado que se parecía a su padre.

—¿Puedo hablar contigo?

—¿Qué quieres?

—Hablar. —Y se hizo un silencio.

—Habla.

—Claudio me ha pedido que me case con él. —Otro silencio más.

—¿Cuándo? —Hice cálculos.

—Ya. Pronto. No lo sé. —No lo sabía.

—¿Por qué? —Entró Olga. Me salvó de mentir. Llevaba una ridícula redecilla en el pelo y unas agujas asomándole de un bolsillo de la bata. Iba a por comida. Un bizcocho de soletilla. Un picatoste empapado en azúcar. Una rosquilla de anís. Cualquier cosa que la sacara del hastío. Cada vez estaba más gorda. «¿Qué pasa?», nos preguntó al verse interrumpida en su insaciable batida glucémica. «Que se casa», dijo Miguel con desdén. Me pareció que ella sonreía. No dijo gran cosa. «Ah, muy bien». Se metió un par de onzas de chocolate negro en el otro bolsillo y salió. La mosca se fue con ella. Tengo la sensación de que también fue engordando. Que nos miraba desde el cortinero tapizado que acababan de instalar. Que me acompañó a la iglesia. Miguel quiso pagar el tafetán de seda para la falda. Gabriel no dejaba de mirarme, con un poso de tristeza; le recordaba a Malika. A la camisa que hice a mi padre y nunca le pude dar, le cambié los botones de nácar por otros forrados en el mismo algodón liso. Le puse unas pinzas bajo un pecho que no dejaba de crecer. Le corté las mangas, por la corona. Olga tricotó unos puños con secuencias abstractas y un cinturón. El velo, de seda salvaje y tul, me lo regaló mi suegro. Fui a recogerlo a la calle de la Montera. No sabía más que el nombre de la *casa.* Y que estaba en una planta primera. Salí del templete de Antonio Palacios con niebla, por detrás. Mirando hacia arriba. El luminoso enorme de Philips enfrente, apagado. Y un poste. Que no vi. «No os fijáis», gritó un viejo. Me llevé la mano a la frente; no había sangre. Me empezó a doler la nuca, toda. Tragué saliva y lágrimas. El hematoma lo escondí con polvos. Los polvos con el velo; por suerte pendía de un tocado con forma de hojas que se descolgaban sobre la cara. Nos casamos el 16 de diciembre. Domingo. Penúltimo de Adviento. Día de Santa Adela. En la iglesia de San Juan de la Cruz, un garaje para fieles con olor a centro comercial, recién estrenada. Dominica me prestó dos medias perlas grises que

heredó de su abuela. Que le devolví al día siguiente en la misma caja de piel. También ella llevaba un velo. Negro. Corto. Hasta la nariz. Y un casquete de fieltro con forma de barca de remos recién estrenado. Llegó del brazo de Claudio. Yo con Miguel. Solo conservo, de aquel día, una foto en la que aparezco con los ojos abiertos. Estamos saliendo del portal, Miguel y yo. Orlados por el cerco pasado de siempre. Él lleva un traje que no debía ser del todo oscuro. Americana cruzada y una flor blanca prendida al ojal, pequeña como su bigote. Yo miro a Rafael, a su cámara, a través del tul espeso y unas pestañas muy maquilladas que me costaba mover. A mi lado, al otro lado, entre sombras, emerge Manuela abrazando su escoba. Sonriente. Mucho más que yo. Lo mismo que la Gala de Dalí se recortaba la cara en sus fotos, con unas tijeras de bordar bien afiladas yo amputé aquel semblante odiado y odioso. Aquellos dientes dispersos. Aquella mueca de inocencia inventada. Le pedí una de las instantáneas que había sacado en Ciempozuelos; a Rafael. De mi padre. En su banco. Y la pegué fuerte. Para que pareciera que estaba conmigo. Para que ocupara su lugar. Mi hija Ana ha heredado esa obsesión mía de cerrar siempre los ojos, en todas las fotos. No creo que vaya a heredar mucho más.

Lo que más me gustaba de su carne, de toda su carne, eran sus huesos. Y todavía más sus tendones. Sobre todo los de los pies. Se los cuidaba. En el cajón de la mesilla de su lado de la cama guardaba un cortador y una lima. Siempre iba descalzo. No teníamos alfombras. Su peso impactaba entero sobre el suelo de terrazo. «Hay que estar en contacto con la tierra», reía. Mi lado de la cama siempre ha sido el de la ventana, el más cercano. Necesito la luz, el aire. Y la seguridad de que, si quiero, podría saltar. Durante todos los años que estuvimos casados cambió muchas veces. Hubo incluso un piso, de los primeros, que simplemente no tenía ventana en el cuarto. Instalamos la cama en el salón. Y la llenamos de cojines. A la turca. Y yo mirando a la calle. Nos duró poco. Diez meses después nació Amalia. Ochomesina. Ya no cabíamos.

Al principio no me atrevía. A mirárselos. Los pies. Eran nudosos. Tenía las uñas redondas, brillantes. Y algo de vello en los

dedos, en el empeine. Se sentaba a leer y los apoyaba en la mesa, uno sobre otro. Yo no lo sabía pero se los quería tocar, besar. Nunca lo hice. Después me acostumbré. Me olvidé. Eso es también el amor. Los últimos meses he sido yo la encargada de cuidarlos, de quererlos. Creo que hasta he hablado con ellos. Tampoco respondían. Desplegaba una toalla sobre mi vientre y los dejaba caer. Les ponía aceite de rosa mosqueta. Con caricias circulares. Ya no sujetaban nada, no había tierra con la que contactar. Ni fuerzas. Se habían vuelto blancos, lampiños, casi transparentes. Por detrás de ellos, nada, cada vez menos. Recuerdos. Solo míos. En el talón izquierdo tenía una marca, un surco profundo, viejo; de un viaje a Jávea. De una caída en la playa, con las niñas. Contra las rocas. No paró de sangrar. Me asusté y me enfadé; él se reía. Ellas también. Lo adoraban. Lo seguían. Querían ser él, estar con él. Anduvo todo el verano destalonado, renco, sin poderse apoyar en la mesa. Los zapatos del otoño le hicieron daño. Se los desanudaba, le colgaban de los dedos. Los mecía. Hasta en el trabajo. Allí había moqueta. Salía tarde. Llegaba tarde. Siempre le costaba aparcar. Y ellas despiertas, esperando a su padre. Con el camisón puesto, arrugado. Llegué a tener celos. Lo tenían todo; que era justo lo que yo quería para ellas. Y para mí. No podía remediarlo. Y me hacía sentir mala. Entonces, dejaba de hablar a Claudio. Desahogaba mi frustración en un silencio que solo rompían sus cejas. Subiendo y bajando. No me entendía; no me extraña. Yo tampoco. Se quedaba dormido en el suelo, con la cabeza apoyada en cualquier lado. Su codo. Una mano. Un cojín. Mis rodillas. Hacía el camino a la cama bostezando. Rascándose un ojo. Los sábados era el último en despertar. Siempre lo hacía contento. Silbaba. Había decidido ser feliz; del todo. No se preocupaba por nada. Siempre estaba sano. Hasta que no lo estuvo más.

Hemos tenido muchas casas. Más de diez. La mayoría alquiladas. La primera en Lavapiés. En una corrala con postes de madera y gritos arañando las ventanas. Atravesada por millones de cuerdas para la ropa. Con sábanas relucientes y paredes manchadas. Con

olor a comino. A ajo. Un dos piezas con cocina y baño. En la planta baja. Por detrás de un muro de rasilla pintado de color naranja, con desconchones. A ras del cemento del patio. Era como un pueblo, como estar en un pueblo, el que nunca tuve; sobre todo en verano. Desde junio, o antes, cada mujer plantaba una silla en el tranco de su puerta. «Para tomar el fresco». Como si allí dentro eso fuese una posibilidad. Sillas de plástico, de enea, de tijera. Incluso un sillón de orejas con la tela rota. Mujeres chatas, guapas, altas, viejas. Y sus voces. Como truenos. Atravesando la ardiente oscuridad. Trepando igual que salamanquesas. Le pusimos algún mueble. Pocos. Claudio se trajo sus libros. Todas querían ver lo que habíamos hecho, saber lo que ocultaban aquellas cajas. No las dejé. Por pudor. Pero las miraba. Desde dentro. Por la mirilla. Aguantando la respiración. Con una barriga de ocho meses que habíamos dicho que era de seis. Ellas deformes. Yo también. Las de las plantas de arriba bajaban banquetas. O se acodaban en sus palcos de forja con un almohadón para que no les quedasen marcas. Y comían pipas, como Olga. Y altramuces. Y hablaban de todo. Entre risas. Había una con las encías negras y los labios rojos que se sentaba mirando a mi casa. Era gitana. Se tuvo que «escapar» para casarse con un payo, Manuel. A ella le decían Fani. Le consultaban todo. Iba de negro. Reía más alto. Se tenía por adivina, siempre con montones de romero en los bolsillos del mandil. Olía a toalla mojada. «No tengas miedo —me dijo un día —; que no te vamos a comer». Estaba haciendo café. En una cafetera italiana que me habían regalado por la boda. Me asusté. Se iba a trabajar, a leer manos. Frente al estanque del Retiro. Con «la tía Remedios». Entre barquilleros. Era temprano, «que no me derrita el sol». Las dos sabíamos que la tregua que otorgaban las mañanas expiraría pronto. Salió. Me puse a coser; me dolía la cintura, el muslo, la corva. Un faldón blanco. A mano. No quedaba nada. Olga calculaba que con diez semanas que faltaban le daría tiempo a tejerme la tierra. No llegó a tiempo. El último mes lo pasé encerrada. Entre esas paredes de papel pintado. Asistiendo al carnaval noctívago de mis compañeras de cueva, viendo a Fani *apostolar*. Decidimos que no me viera nadie, que nadie viera mi

infinita barriga de *pecadora.* Solo Rafael. Él era reservado. Vivía enfrente. No sabía de mujeres ni de barrigas. Los domingos, antes de perderse en Cascorro, me traía un melocotón. Los vendía una mujer joven justo en la esquina de su casa. En una cesta sobre un cajón de chapa. La fotografió de mil formas. Se obsesionó con ella. Colgaba en la pared de su dormitorio, junto a las ventanas, no muy lejos de Cristóbal. Fue lo más cerca que estuvo de su cama. A mí me encantaban. Las últimas semanas ni siquiera les quitaba la piel. Estaban templados y untuosos. Los mordía. Me escurrían por el labio, hasta el pecho. Recuerdo el olor; dulce, empolvado. El tacto. A los nueve meses y un día nació Ana. El tiempo de una condena; que no fue. Pesó más de cuatro kilos. Hubo quien entendió lo que ya intuía, al fin. Los hubo que se sorprendieron, que dudaron. Olga pensó que era un milagro. O una enfermedad. Una rareza que celebró con vasos de tubo llenos hasta el borde de leche merengada. En una terraza a la vuelta del hospital. Bajo una sombrilla. Con canela.

«Estoy embarazada —dijo casi desde la puerta—. Estoy embarazada y pienso abortar». Rosa tenía cuarenta y un años, los ojos azules y unas canas tempranas que le hacían parecer aún más rubia. Fumaba negro. Estaba nerviosa, asustada. Daba vueltas por el salón. «No me lo creo —repetía—. No me lo puedo creer». Vivía sola. En el centro. Bien. Impartía clases de latín. Quedaba con hombres un poco a escondidas. Normalmente en su casa. Desde hacía un tiempo mucho más jóvenes. No le preocupaba lo que pudiese decir ninguno, no le importaba nada. Solamente ser feliz. «Es imposible. —Se mordía los labios—. Imposible». Dejé a Ángela suelta, a su suerte. Adela nos miraba con su ceño fruncido, más que a su hermana, sin pendientes; hacía unos meses que no los llevaba. No los quería. Se le habían empezado a cerrar los agujeros de las orejas. Se los hicieron en el hospital, sin preguntarle, antes de bautizarla. Tampoco le preguntamos si quería ser bautizada. Era mi obligación. Un día me lo recordó atea. Conseguí que Rosa se sentara. Hice café. Cada vez ponía menos en el filtro de papel. Tres

cucharadas planas y un poco. Para no estar nerviosa. Me quedé observando las gotas caer. Una justo detrás de la siguiente. Algunas convertidas en un flujo inconstante, espontaneo. La jarra tenía un pelo anunciando siempre ruina. «Tengo que comprar una», pensé. Y Rosa en el salón. Destrozándose la boca. «Me voy a Londres y tú te vienes conmigo». Vertí el café aguado en dos tazas blancas con un relieve de olas bajas, muy bajas. La miré. Estaba perdida, ahogándose, triste. No era solo una falta, un médico indiferente y locuaz se lo había confirmado. Y que era *añosa*. Bebí y me abrasé el paladar. «No —me escuché al fin—. No lo vas a hacer». Fue lo primero que dije. Despacio. Sin dudar. Se le abrieron más los ojos. Ella esperaba un silencio. Un suspiro. Nunca eso. No se marchó. Me dejó hablar. Lo hice. «Nada se parece a ser madre. No te lo pierdas». Cruzó los brazos. No dijo nada. Todo lo que nos habían obligado a ver, a saber, era para ella un sarpullido. No quería ser lo que quisieron que fuera, lo que decidieron que querían que fuéramos todas. Se declaró en rebeldía. Apostató. Y se rascaba. «¿Que la satisfacción de esos bestias es más importante que la nuestra?».[2] Y soltaba un «ja». Y movía un pie. Eso decía el catecismo. Eso decía Pilar Primo de Rivera. Eso nos hicieron creer. A ella no. Se echó para atrás. Cogió aire. Y mi mano. La apretó con fuerza. Con ira. Antes de irse. No la vi en tres semanas. Volvió. Y yo haciendo café. «Pienso ponerle Lucas».

Los pendientes de oro se le cayeron de las orejas a Adela igual que los dientes de leche a sus hermanas. Sin dolor. Solos. Como hojas.

Buscó al padre y se lo dijo; un doctorando. En el bar de la Facultad. No se inmutó. Le recordó al catedrático. Le ofreció dinero. Sin que se le moviera un solo músculo de la cara. «Para que vayas a Londres». Cada año miles de mujeres iban en avión para «deshacerse del problema». A la clínica del doctor Rutter. Allí era legal. Te esperaban casi a pie de pista. Te hospedabas en una pensión. Te hablaban todo el tiempo en inglés. Te intervenían y te devolvían a la acera, al miedo a que se notara. Con un dolor sostenido y largo. Con un paquete de compresas de celulosa. En una bolsa. «*In case you bleed a lot*»[3]. Muchas iban solas, en chárter.

Volvían vacías. Rosa no necesitaba dinero. Había heredado todo lo que fue de su padre. Dos pisos. Tres cuentas corrientes. Cuatro marcos de plata con sus fotos, de la familia. Y una tabla tardogótica que ya colgaba en Bagur. En la casa de un abuelo que también fue médico. En el salón. Sobre una mesa gustaviana que servía de consola. Sin restaurar. Lo que fuera blanco se había oxidado. Las veladuras no estaban. El oro que orló las cabezas parecía verdín. Ya no brillaba. El tiempo no es que se hubiera comido el color, solo lo había asfixiado. Movido. Alterado. Una tabla estrecha, larga, vertical, de madera de chopo. De una pieza. Cercada por un marco que no era más que un bisel repintado, posterior. Con seis figuras sin escala. La del centro, la Virgen, como un tótem, con una túnica con piñas bordadas y un manto verde que fue azul. La cara enfajada por un velo. Sosteniendo a un niño, san Juan. Se lo ha entregado su prima, desde su cama. Acaba de parir. Tiene ojeras. Está exhausta, rodeada de almohadones. Bajo un palio del color de la sangre, de la Pasión. Con una cruz a su espalda, colgando entre los pliegues encarnados del dosel. Al fondo, detrás de una puerta, en sombra, Zacarías da fe. Con una tablilla en las manos. Sobre unos zuecos de pino. El suelo, que es hidráulico, dibuja escaques y rombos. Parecía extenderse sobre la realidad. Por debajo de la mesa. Hasta Rosa. Cada verano. Hay también una ventana, doble, con un fuste flaco, de jaspe, abierta al jardín; un borrón verde oscuro salpicado de dientes de león esquemáticos. Allí se las vuelve a ver. Abrazadas. Encintas. Entre palmeras. Desdobladas.

A Rosa le gustó siempre la tabla. La colgó en su despacho, en su casa. Al poco de morir su padre. Entre montañas de papeles varados, escritos a mano. Un día, todavía joven, invitó a un catedrático a que la visitara, la tabla. Y a ella. «Para que me des tu opinión». Claro que fue. Con sus gafas. Ella le abrió la puerta y lo llevó ante el cuadro. «Lo recuerdo desde siempre. Mi abuelo lo miraba como lo haces tú». Con la montura en las manos. A modo de lupa. Apretando la frente. Como queriendo juntar las cejas. Era original. «Muy bueno. ¿Puedo descolgarlo?». Pudo. Lo acercó al ventanal. Pasó un dedo sobre la superficie barnizada. «Está sucio».

Se mantuvo dentro un poco más, como seguiría haciendo más tarde. Observando como estaban pintados los ojos, la luz, las manos. Rosa volvió. Con dos vasos anchos de cristal tallado. Puso hielo. Echó whisky. «¿Quieres?». No hacía tanto que había sido alumna suya. Sentada la última. Con las otras chicas. Le gustaba verlo, escucharlo. Tenía la voz grande. Él nunca la vio. «Sí, por favor, póngame». Dejó la tabla. Siguieron de pie. «Mire. —Señaló la frente de la Virgen—. Aquí hubo pintada una diadema». Era verdad. Se veía el perfil de cada eslabón, muy tenue. Y lo que debieron ser perlas engastadas. Justo en la línea del nacimiento del pelo. Se lo veía excitado. Eran las siete. Era viernes. Hacía calor. Bebieron. «Se parecen. Son las dos rubias». Lo eran. Rubias. Las dos. Rieron. A la mujer del cuadro se le veía un mechón pajizo, sobre la sien derecha. Asomando. Rosa vertía sus rizos en una aleación de amoniaco y agua oxigenada que ella misma componía. Que a veces le provocaba llanto. Colocaron un montón de libros y apoyaron la escena. Con una inclinación que bendecía algunas partes. A Zacarías le asomaban de un bolsillo unos anteojos. La Virgen llevaba chapines. Sobre el dintel de la puerta descansaba un incensario. Se acercaron. Más. Bajo la cama había un brasero. «¿Ve esas flores?». Le hablaba de usted. No dejó de hacerlo. «Son posteriores. Un añadido». Brotaban de un búcaro torpe. Pretendían ser azucenas. «Para recalcar la virginidad de María». Rosa era virgen. «No me pienso casar», me decía entre aspavientos. Pero el olor de aquel hombre la removía desde abajo; un olor denso, a tabaco. Se puso más hielo. Se empezaba a sentir mareada. Le cogió la mano. Se la puso a solo un milímetro de los goznes de hierro de las contraventanas; abiertas, replegadas contra la pared. Los clavos, ocho, cuatro por hoja, tenían relieve, más óleo. Igual que la sortija que llevaba la Virgen; un solitario con una aguamarina. Él se había guardado la suya justo antes de subir; una alianza grabada por dentro. Le preguntó por su origen. Le explicó su pasado. Una familia de médicos, una madre muerta, una casa de piedra en Bagur. Le acarició el brazo, el mentón. La miró como solo se mira un cuadro. «Quiero ser como tú», le dijo ella muy bajo. En su oído. Era verdad. Quería ser como él, como un hombre. Libre. La atrajo

hacia su pecho flaco. La miró por detrás de las niñas. Le dijo «hola». Y ella quieta. Tenía un lunar en la frente, cuadrado; lo rozó. Hubiera querido arrancárselo, guardarlo para siempre. Nada es para siempre, aún no lo sabía. Tampoco el calor en su pelvis. Antes de marcharse fue al baño. Dejó la puerta abierta. Podía verlo con su brazo apoyado en la pared de gres, con la camisa a medio abrochar. Escuchó el torrente, el flujo desigual impactando en el agua, la cisterna. No se lavó. Volvió y la besó en los nudillos. Con sus formas de catedrático. Con su barba de catedrático. Con su americana de lana raída de catedrático. Se fue. Rosa volvió a la cama, igual de desnuda, diferente. Se tumbó. No había sentido pena. Ni dolor. Tampoco pudor. Las monjas se equivocaban. Llegó el lunes. Se puso una blusa de seda que brillaba con el día. Una falda gris. Al final de la tarde lo vio. En el pasillo de su Departamento. En la primera planta de la Facultad de Filosofía y Letras. Junto a un mostrador de madera ocupado por un bedel con patillas. No la miró. Nunca más volvió a hablarle. Eso sí le dolió. Infinito.

Le duró muchos días; la angustia, el dolor. No conseguía entender esa distancia impuesta, ese frío. Se le cerró el estómago, el entendimiento. Le ardían los ojos. Pasó dos noches llorando, soñando, inventando, esperando nada. Cayó en la melancolía. Se echó la culpa. Creció. Del todo.

Además de Lucas quería llamarle Eneas. Y que yo fuese su madrina. La acompañé a la iglesia, un barracón frío que pasaba por moderno. La democracia todavía olía a caja de plástico sin usar. Ella era madre soltera. El cura no movió un músculo, como el otro padre. Nos dejó que le explicáramos. Lo hice yo. Cuando al fin habló, intentó humillarla. «Pero claro, la pobre criatura no tiene la culpa. El pecado es suyo». Y miraba a Rosa. «De usted». Todo muy despacio. Respirando en cada coma, en cada punto. Una saliva espesa y blanca le cubría los dientes. Escupía al hablar. «Y ese nombre. ¿De dónde lo han sacado?». Eneas era nombre de héroe, de guerrero. Era el que Afrodita le puso a su hijo. También el de un papa, Eneas Silvio Piccolomini, Pío II. Se lo dijo, enérgica. No le gustó. Ni que osara dirigirse a él, «con su mancha». Cuando era

joven, con su padre, un verano, Rosa se perdió en la Toscana. Y conoció Pienza, la ciudad más bella de Italia. Eso le pareció. También porque le recordaba a Bagur. Un poco. Se hospedaron en casa de otro médico, en la planta primera de un edificio de caliza. En la Via del Corso. Desde allí salían para encontrarse con más belleza. Muy temprano. Cada día. Con un plano que no fueron capaces de doblar bien ni una vez, que terminó desgastado y roto. Regresaban con sol, cansados. Muchas veces con vino de Montepulciano, con pan. Desde Volterra. Desde Siena. Desde Arezzo. Felices. Los galenos charlaban. O dormían la siesta. Rosa se sentaba en el banco corrido del Palazzo Comunale. Cada tarde. Bajo su sombra templada. Con los *Comentarii* del Papa en latín, en la mano; una edición amarilla. Y leía. Y miraba. La fachada del Duomo, la del Palazzo Piccolomini. El cielo violeta. «Si tengo un hijo se llamará Eneas», le dijo al Pozzo dei Cani. Me escribió una carta larga. Me llegó a Lavapiés. Aún vivíamos allí. Fani lo hacía todo por contener a Manuel. «Para que no se me pierda». Pero había noches que se perdía, que no dormía con ella, que consumía. Cuando la última de las vecinas se metía en su casa, Fani salía a la calle. A esperarlo y a jurar. «Por esto. Por esto otro». Se hizo al café, al mío. Yo, «al fresco», no.

En su carta, Rosa me hablaba de un mundo que yo, lo sabía, jamás llegaría a conocer. De una vida que no me correspondía. De una felicidad que se me hacía insoportable. Esa noche dormí boca abajo. De pura envidia. Claudio intentó fondear en mi pena. Con la torpeza de quien nunca aprendió a pensar mal. «¿Qué te pasa?», le dijo paciente a mi espalda. «Nada», rugí yo. No insistió; y yo queriendo que lo hiciera. Caí más. Por el mismo precipicio al que estaba acostumbrada. Deseando que me abrazara fuerte. Necesitándolo. Muda. Equivocada. Por la mañana continuó el silencio. Mi drama. Mi error.

21

> Lloro de tal modo que no molesto a nadie.
>
> VASLAV NIJINSKY

Rosa hacía cola; como tantos. Estaba cansada. Se apoyó contra la cerca de San Jerónimo, bajo la sombra de otoño de sus pináculos fingidos; esos que restauró el rey Francisco. Se llenó la falda de polvo. Un polvo fino, antiguo, húmedo. Hacía sol. Empezaba a notar el peso de otra vida que era suya. El Casón refulgía, como una escenografía recién acabada. Cuerpos sedientos de futuro se agolpaban en procesión, más o menos erguidos. A sus puertas. Como ella. Ocupando cada uno su lugar. Entre un silencio excitado y solemne. Como de do mayor. Llegaban hasta Neptuno, que ya no miraba a Cibeles. Llenaban la acera lo mismo que hormigas amaestradas. Con las espaldas al fin libres. El alimento era un lienzo. Inmenso. Dispuesto en una *ampolla* como la sangre de san Pantaleón. Recién desplegado, desenrollado. Blanco y negro. Venía de América, igual que la leche raquítica del rescate. Todos lo querían ver. Lo rozaron muy pocos. «Han venido acompañando al *Guernica*», dicen que dijo el comandante nada más tocar tierra. En Madrid. A bordo del Lope de Vega[1]. Había esperado cuarenta y cuatro años en una sala del MoMA, frente a un monástico banco de madera de pino. Hasta que «las libertades públicas estuvieran restituidas».[2] Lo estaban. Casi. Tanto como para que a una mujer soltera y embarazada solo se la pudiera juzgar con la lengua. Vio el Retiro, de horizonte; sus copas naranjas. La puerta de Felipe IV; la de las dos reinas. Los coches pasar. Más gente, en torno a un

veintiocho atornillado al muro. Bajo la mirada de un guardia civil trasplantado entre los fustes de piedra, asomando. Entró. No sin antes atravesar un control que le resultó invasivo, procaz. La sala estaba oscura y llena. Olía a verano sin ventanas, aunque fuera octubre. Entre un planisferio de cabezas, por detrás de un cristal provocador, pudo ver las formas obscenas de la guerra, del dolor; rotundas. Madres destrozadas por los hijos muertos, por la sangre seca. Casas vacías por siempre. Tumbas reclamando ofrendas. Una matanza de los inocentes sin Dios. «Por la patria». Otra más. En un rincón de la sala, tieso, alto, inspirando despacio, Tadeo vuelve a mirar el cuadro. Cuarenta y cuatro años más tarde. Junto a otras nucas despejadas. No ha podido esperar. No ha querido. Y se ve en el toro. Y en el caballo. Y en la bombilla apagada. Y ve a Cristóbal con los brazos abiertos, la boca abierta; en el suelo. Y él encima. Hay dos policías de paisano. Confundidos, «por si acaso». No dejan de observarlo. No entienden qué hace ahí, quieto. Tanto tiempo. No lo pueden echar. Sigue mirando, no piensa, no es capaz. Rosa bosteza. Ha dejado de dormir bien. Se pone a su lado, desde atrás no ve más que el cielo que falta. Nota su olor; una mezcla de rosa, violetas y madreselva. Oye como coge el aire; con dificultad mansa, entre pitos. Ella se marcha, él se queda, sigue. Compra una publicación. «No será un catálogo definitivo porque el cuadro siempre será discutido», ha escrito Javier Tusell. Impresa en color, casi verde, en la portada, una mujer muerde un pañuelo, llora; los ojos dos platos. Hondos. Llega a casa y lo coloca en la mesa. Hay más libros. Y traducciones a medio corregir. En un corcho adosado al gotelé cuelgan postales y una foto de su padre, en Lucca, con San Martino y sus arcos detrás. Con un algodón mojado en leche se saca la pintura de la cara. Picasso sigue dentro. Le da vueltas. Todas. Mareada se duerme y sueña. Para no acordarse. Y amanece tranquila.

Hace días que Javier Tusell no duerme; la ansiedad le devora. Y las ganas. Sabe que cuando llegue el rollo se alzarán voces contrarias. También adhesiones sonadas. En su casa, los domingos, el pollo se

come con limón. Hay un niño de ocho años que lo mira como si supiera, como si conociera el secreto. «Javier, come», le dice. El Javier niño mira a su padre con devoción y ganas. Con nostalgia. Solo eso. El adulto, el director general de Bellas Artes del Ministerio de Cultura, no ve más allá de sus obligaciones, muchas. Suena el timbre. Un claxon. El conductor le reclama; no ha soltado el volante. Sale deprisa. Se deja todas las patatas en el plato. Ya ha perdido cuatro kilos. Un coche que al Javier pequeño le parece inmenso engulle al hombre, al padre, al político, al historiador, al filósofo, al pensador. Al responsable de que ese *vero icono,* el *Guernica,* esté al fin en España.

Cuando ya no pudo más, apoyado en sus recuerdos, Tadeo salió del que fuera un día salón de baile. Lento. La luz era distinta. Atravesaba las ramas que se sobreponían medio mondas a la reja del parque. Dibujaba sombras largas. También compró el catálogo. Quiso coger un taxi, estiró el brazo, nadie paró. Empezó a caminar hasta casi chocarse con el Apolo del Prado. Su belleza tranquila, el agua viva, le recordaron a Roma. La suya. Aunque en esa, todo hubieran sido prisas, ansias. De probar, de aprender, de rodar, de rozar. Allí encontró las caricias prohibidas de otros cuerpos como el suyo. El deseo entero de barbas rizadas. La necesidad de que le apretaran la mano manos más fuertes que la suya; fuerte. Hasta su cuarto, un estudio que olía a disolvente y miraba a Borromini, llegaron las ganas de sentir y el aroma a sudor grave. Y un chaval rubio que por la noche, mientras dormían, lo buscaba para no soltarlo; con legañas y mucha ternura. Lo sedujo y le hizo daño. Sin quererlo. Habiéndolo amado sin saber; como siempre. Dejándolo atrás. Porque había encontrado a Cristóbal. Mientras se buscaba a sí mismo. Miró al hijo de Leto para nunca más volver a hacerlo. Cruzó muchas calles, subió a su buhardilla, se quitó la ropa. La dejó doblada sobre un banco. Abrió un cajón, sacó una caja; de la caja una llave, con la llave abrió otro cajón. Más profundo. Envolvió la maleta que allí estaba con papel de seda, una vez; con papel de estraza, dos. Puso mi nombre, mi dirección.

Con letras grandes, negras, claras. Metió una nota y un resuello; que no fue el último. Solo quería empezar a poner orden. Le quedaban muchas noches. Tantas como ciento siete. Él no lo sabía. Nadie lo sabe. Solamente los que se quitan la vida con ganas. Como Cristóbal; su Cristóbal. En la nota había un «gracias» y nada más. Cuando llegó, yo seguía sin estar lista. Pero más serena. O más ocupada. Ángela tenía cuatro años y unas fiebres demasiado largas; mononucleosis. Valen cuidaba de ella.

Valentina apareció al tiempo que nuestro último hogar; este. Era como si estuviera incluida, pegada, empotrada igual que un armario de yeso con puertas de nogal laminadas. Su alegría trepaba, se desbordaba; se coló al tiempo que mi primer mohín. Yo no quería mudarme. Esta vez no. A esta casa sin tejas, no. Me la encontré de inmediato, bajando de la azotea; de tender. Con la sonrisa puesta, un cesto vacío y un buen montón de pinzas de madera. Le pellizcaban el brazo; la manga. Me miró hasta que dije «hola». Lo buscaba. Me dio dos besos; sonoros. Como de madre cariñosa. Justo lo que yo no era. Lo que no soy. Se esforzó en que la viera. Quiso a mis hijas con solo verlas. Sobre todo a Adela. Y no porque la entendiera, que no lo hacía; porque supo ver y no preguntarse.

Deshice el cordón de esparto. Deslicé los dedos entre las diferentes capas de papel gastado. Desplegué la nota y me encontré su «gracias». Desanduve un siglo, me asomé a mi vida, a la de Cristóbal. La piel seguía igual. Cada frasco había sido enjuagado tantas veces que brillaba. No quedaban ni polvos ni carmín. El espejo parecía mayor. Me lo quedé mirando. Y a mí. No pregunté. No me preguntaron. Llené los tarros de hoy; de aceites, de talco. Les di vida. Al colocarle piernas, levanté un altar nuevo a Narciso. Y le quise poner velas. Ángela, ya templada, lo que ponía era color a su cara. Subida a un par de zapatos de tacón prestados. Frente a esa luna picada.

Hacía camisas y una vida normal. Amalia y Áurea dormían juntas. Ángela y Ana también pero en literas. Yo con Claudio. Mirando hacia fuera. Y Adela sola. Boca abajo. Puse la máquina de coser a sus pies. Por vigilarla. Para estar más presente. Sin saber

bien por qué. Sentía que tenía que parecer cercana. Y solo se me ocurrió sentarme en una silla que se regulaba, bajo una luz de flexo floja y al son de una aguja que se rompía en los puños. Me convencí de que aquel canto era igual que una nana. No reparé en que, con cada puntada, montones de palabras se iban por la canilla, igual que por un sumidero en cualquier hemisferio existente. Palabras pequeñas, necesarias; que se nos fueron amontonando, enquistando. Sin darnos cuenta. No demasiada.

Valentina planchaba. Le escurrían por la nariz gotas tan densas que empapaban los tejidos suaves. Caían brillantes. Dibujaban roleos. Con el dorso del brazo se quitaba la humedad. Con la mano derecha tiraba del algodón para que no quedase una arruga. Era zurda. De Garachico, al norte del Teide. Canturreaba folías. Le pedí que me ayudara porque necesitaba otra amiga. Rosa solo miraba a Lucas, había descubierto el amor. Vivía entera para él. Y se decía en alto que «nada se parece a ser madre. Pero soltera». Venía los sábados. A comer. Para que Lucas probase el olor de una familia ruidosa. Yo hacía lentejas. A Claudio le gustaban hechas crema. Nunca quise que intimaran, Valentina y Rosa. Las quería a las dos para mí. Temía que se gustaran y dejar de existir. Que se quisieran y borrarme de sus pechos. Los de ambas eran colosales. El de Rosa desde el parto. El de Valen de siempre, tanto que le cabía un dedo en el canal que habían dejado en sus hombros años de sujetador. Adela soñaba con cargar con el peso del niño. A mí no se me ocurría otra cosa que poner pegas, pretextos. O un montón de cojines en torno a sus ganas. Por detrás del postre, casi siempre un helado de nata que compraba Rosa y al que yo ponía fruta, hablábamos de todo mientras fregaba los platos. Ella sentada. Claudio en el salón; leyendo y cabeceando. Las niñas perdidas. Yo, quejándome. De todo. Desahogándome. De frente al grifo. Con las manos mojadas. «Tú no lo entiendes —le decía—. No imaginas lo cansada que estoy». Lo estaba. Todo iba bien, pero seguía viviendo en precario. Desde dentro. Con la sensación permanente de que algo terrible iba a pasar. Sin dejarme sentir la paz de cuando no pasa nada. O nada grave. Siempre de punta. Afilada. Alerta. Esperando una llamada de Gonzalo. Nunca

sabía dónde estaba. Siempre pendiente. Aparecía y Claudio perdía el paso, no decía nada. No le oí ni una vez censurar a un hombre al que sencillamente no quería porque me quería más a mí. Mucho. Y sabía que me hacía daño. De todas las formas posibles. También por omisión. Por eso callaba. Tampoco Rosa entendía que siguiera atada a ese cuerpo alcoholizado, ni mucho menos que albergara pretensión alguna de salvarle. «¿No ves que no quiere?». Pero yo sí quería. Y no podía abandonarlo, porque a lo que más miedo he tenido y tengo es a eso. A ser abandonada. Otra vez. Valen, lo supe tarde, le daba dinero y comida. A escondidas. Creyendo que me ayudaba.

Cada 14 de febrero hacía bizcochos que colocaba en bandejas de plata, sobre blondas de papel troqueladas. Les ponía azúcar glasé. Dando golpes secos a un colador de acero oxidado. Dibujando cumbres como de enero. Le gustaba celebrar su santo. Yo hacía café y desplegaba un mantel limpio. Sacaba las tazas de fiesta, las cucharitas con el mango abultado. Ese día se planchaba menos, se cosía menos. Todas mis hijas la abrazaban. Ella cortaba porciones enormes. Las distribuía. Rezaba y las bendecía. Era viuda. Lo fue de golpe. Pero no estaba enfadada; lo asumió. Se casó con los zapatos teñidos de rojo. Con su primo hermano. Dormía en el sillón de la sala; no quiso volver nunca a la cama que habían compartido. Ni comprar otra. Se acurrucaba con la televisión encendida. Cambiaba las sábanas; siempre gobernosa. Cobraba dos pensiones. No necesitaba el dinero que yo le daba por pulverizar sobre mis camisas agua de azahar; «para que huelan bien». Gastaba poco, muy poco; «por si nos vienen mal dadas». Se lo guardaba en el escote, primero. Más tarde en una cuenta de una Caja Rural. Los pocos pocos eran todos para mis hijas. Llegaban sin notarse. Con la normalidad del que no busca imponerse. Completaban mi dieta marcial de caprichos. Empleaba en cada una la misma cantidad. Con distintos fines. Todos hedonistas. Solamente con Adela hizo alguna excepción. También Adela las hacía con Valen. Se abría a ella como nunca lo ha hecho conmigo. De forma críptica, estrecha, con sigilo; pero real. Le suponía un poder taumatúrgico, apotropaico. Creía en ella. Y la quería porque era bonita. Lo era. Se

enredaban en sencillos parlamentos que a mi hija le permitían volar. No se sentía juzgada. Ni cuestionada. Ni circunscrita. No tenía nada que esconder. Ni que mostrar porque sí. Ese océano de angustias que rugía por detrás de sus costillas simplemente se calmaba. Es cierto que Valentina siempre le decía a todo sí. A todas. Que asentía enérgica con la frente. Se lo reproché. Y me dijo: «Yo solo os quiero querer. Nada más». Eso hizo. Querernos sin querer que la quisiéramos. Fue por eso que la quisimos tanto.

«Madrina», ahora la llamaba así, «no me ha contestado». Virginia se andaba mostrando fría. «No sé si le pasa algo». Adela necesitaba certezas. «No sé si he hecho algo mal». No asimilaba el silencio, lo transformaba en dolor; tampoco el hierro, siempre tenía anemia. Y era incapaz de no juzgarse. Se habían conocido en clase de Historia. De Historia Antigua. Al inicio del curso. Se fueron a desayunar juntas. Se guardaban sitio en la biblioteca. Se intercambiaban libros, secretos. Se dieron un beso en el baño de chicas. El del sótano. En diciembre. El primero. Muy pronto. Hubo más; muchos. Pero un día cesaron, de golpe. Virginia amainó. Adela se llenó de dudas; y buscaba en Valentina razones. «Pero ¿por qué?». Sembró la escalera de futuros que se fueron enredando con las tardes. No acertó ni uno. Y aunque Valen cabeceara por hacerla sentir bien, le decía «no pasa nada, mi niña»; sin parar. Sí que pasaba. Virginia tenía miedo y amigdalitis. Y una alergia letal a la amoxicilina. Pero su temor no era a lo que otros fueran a decir, que lo harían; lo que la dejó sin palabras fue pensar que la penumbra constante de Adela era desinterés, abulia. Y se replegó entre sus sombras, que también las tenía, aunque fueran pocas. Por resguardarse. La espiral de ausencias se complicó en Navidad. Virginia, que sí tenía pueblo, se confundió con su abuelo. Y le ayudó a poner orden en la almoneda que era el chamizo del jardín trasero. Allí encontró a Safo, en una antología gastada. Y se quiso más. Madrid, aunque lo pareciese, no lo era; un pueblo. Se cubrió de bombillas, de castañas quemadas. De un frío seco. A la Plaza Mayor le creció musgo. Al pino de plástico de mi casa, bolas que me deformaban como si anduviera por el Callejón del Gato. El día 31 Adela no pasó de la uva siete. Y Valen, «no pasa nada, mi niña».

Volvieron las clases y Adela estrenó abrigo. Ancho y largo, sin hombreras. Con los bolsillos enormes. Volvió a ver a Virginia y perdió el resuello. La siguió al baño; de chicas. Le hubiera dicho, «¿qué ocurre? ¿Qué te pasa?». Pero se acordó de lo que Valen dijo que hiciera: «No preguntes, di». Y soltó un «te quiero en mi vida. Como sea». Virginia empezó a llorar. Y a reír. Perdió el miedo. La abrazó. Volvieron los besos. Y en clase de Historia, de Historia Moderna, se agarraron las manos. Sin que las vieran. Aquello precipitó las cosas. Desbrozó el camino. Y llegó el «mamá, quiero a Virginia».

A Valen le salieron unas manchas negras en las piernas. «Hematomas», dijeron por decir. Después, que eran «problemas de circulación. Varices». Y se puso unas medias de compresión que la convertían en una especie de muñeca de trapo. No se lo contó a nadie. No le dio importancia. Como le costaba estar de pie, bajamos la tabla todo lo posible, hasta desde donde poder planchar sentada. Lo achacó a que dormía peor. Empezó a beber valeriana; con un buen montón de azúcar. Se resintieron los cuellos y su lumbar. Continuó la rutina. Adela y Virginia no se separaban. Yo, más lejos. Haciendo café, cada tarde. Claudio sin parar de leer. Si hubiéramos colocado, de canto, todos sus libros, uno detrás de otro, habrían llegado a Rusia. No teníamos cuadros porque lo ocupaban todo. No tuvimos que pintar las paredes porque sencillamente no existían; lomos de todos los colores las colmataban. En los montones más bajos, sobre sus cumbres de palabras, yo aprovechaba y ponía un marco con algún recuerdo helado. Y figuritas de relativo buen gusto. Y una planta del dinero a la que injertaba monedas de veinticinco pesetas; lo mismo que al dedo enhiesto de san Pancracio. Era como vivir en Alejandría después de una invasión de feriantes, en una biblioteca atendida por un adicto al boato. Y a la purpurina.

Valentina planchaba. Una tarde le escurrió densa una gota de sangre brillante. De la nariz. No fue consciente hasta no ver su profundidad grana deslizarse por la urdimbre, teñir la hilatura que construía el ojal. Improvisó un tapón. Frotó la mancha con agua oxigenada. Con un cepillo recio de cerdas duras. Sin brío. Siguió su

tarea. La siguiente tarde no llegó. Estaba cansada. No bajó los treinta y nueve escalones que separaban su casa de la nuestra; eran otros los que empezaban a erigirse. Tampoco me preocupé. Se acabó desmayando. Consintió en volver al ambulatorio. Le extrajeron sangre. «Leucemia». Comencé a rezar. Perdió pelo y peso; la sonrisa, nunca. Y seguía diciendo «no pasa nada, mis niñas». Pasó. Pero pasó lento. Tan lento como para ser partícipes de su declive. De su caída. De sus escaladas postizas. De sus plegarias a divinidades guanches. De todo el sufrimiento que pudo soportar. Menos del que podría haber sido. Más del que nunca pudo imaginar. Adela, más ajena que todas las demás, siempre encontraba un asidero desde el que sobreponerse. No quería ver. Ella, que lo veía todo, cerraba los ojos. Se cerraba a la vida. O a esa parte que le es inherente, la muerte. Que tanto lacera. Que dicen que nos iguala. Que mata un poco al que no muere porque le muestra el camino. Cuando era muy pequeña y las mayores salían, donde fuera, Adela pegaba la cara al cristal para verlas llegar. Tenían toque de queda. Cada minuto que lo infringían era un motivo para sufrir. No lo podía controlar. Temía que no volvieran. Debí trasladarle esa herida en algún recodo de nuestra historia. Mientras la abrazaba, envuelta aún por mi agua; entre el primer y el noveno mes. Mientras Valen luchaba contra un mal que no cesaba, Adela se empeñaba en darle la espalda. No a ella. Eso nunca. A lo que llamaban «sangre blanca». Y no dormía. Se encerraba en su cuarto e intentaba llorar. No podía. Y su cara se volvía, del dolor, una mueca desecada. Que sin darse casi cuenta emitía una especie de lamento ciego, selvático. Yo me apretaba contra la pared que nos descosía en busca de algún signo de tragedia. Al no hallar nada, también callaba. Y me dormía. Y no soñaba. Y Claudio a un paso. Roncando. Con la nariz abierta. Mucho más feliz que nadie. Llegó un momento en que le dolía el cuerpo entero. No se la podía abrazar. Y ella, «no pasa nada, mis niñas». Muy bajito. Con la boca de un bebé; no aguantaba los dientes de porcelana. Al fin nos dejó que la lleváramos a su cama de casada; Claudio la llevó en brazos. No quería hospitales con sábanas relavadas y tubos con la palabra «vacío». Era el vacío lo

que más le asustaba. La dejó en su lado. Sobre el cobertor que su madre la obligó a bordar cuando usaba la imaginación para volar; con tajinastes desvaídos cubriendo el embozo. Su casa de niña era un vergel. Un paraíso de macetones que su madre cuidaba con rigor. Con dalias hinchadas de todos los colores. Y rosas de pitiminí. «Y eléboros, fucsias y crisantemos». Y «Luis Passy violáceo y altair blanco plata con puntas heliotropo».[3] Lo mismo que Saulo, que la madre María Juana, al verla allí tendida, Adela decidió ver. Y la vio como si fuera Ophelia. La de Millais. En el curso de un río imparable y cristalino. Jalonado de naturaleza y llanto. Valentina nació en una isla, con el mismo cabello con el que la enterramos. Hebras finas que la hacían parecer vieja. Amontonadas sobre la frente. Se fue con el ceño atestado de ideas; ni una mala. Muy joven. Demasiado. Con solo cincuenta y seis años. Con leucemia. Las últimas tardes apenas aceptaba el agua que escurría de un pañuelo que Adela sujetaba sobre sus labios rasgados, que ni siquiera apretaba. Gotas templadas que eran vida. Vida breve. Vida plena. «No pasa nada, mis niñas». Pasó. Cayó. Calló. Para siempre. Era domingo. A las cinco de la tarde.

«Al llegar el séptimo día, Dios descansó porque había terminado la obra que había emprendido».[4]

22

> Al igual que el tiempo, el espacio trae consigo el olvido.
>
> THOMAS MANN

Entre las muertes de Valen y Claudio hubo más, muchas más. Todas igual de injustas. Algunas muy de seguido, sin tiempo para guardar luto. La mayoría esperadas. La primera la de Olga. Sobreexcitada y feliz. Diabética. En mitad de un silo de azúcar. De merengue, de suizos, de huesos de san Expedito. De San Ginés. De Casa Mira; «dulces, turrones, mazapanes y peladillas desde 1842». Consiguió serlo, feliz. A base de comida. De comida y paciencia. Se perdonó y la perdoné. Victoria la hizo mejor. No se le parecía mucho, a ninguno de nosotros. Sonreía y hablaba bajo. Tenía los bronquios ligeros. Era delgada. Nunca se sometió a su padre, mi hermano. La hizo abuela. Y tampoco fue buena abuela. Porque no sabía ni quiso aprender. Porque estaba ocupada friendo rosquillas. Y mojándolas en leche entera, con toda su nata. A él, no; él no permitió que le dijeran abuelo. A él, Miguel. A secas. Después se irían Gabriel y Gonzalo —con las manos entrelazadas y amarrado fuerte a un rosario—. Y el propio Miguel; en una residencia sin vistas ni jardín, laica. Tuerto y triste. Y frente a mi cama sus rostros; como en un *memento mori* piramidal. Arriba mi madre, la única foto suya que conservo. Apoyada en el respaldo de una silla. Con un vestido negro tapándole las rodillas y un collar largo de perlas. La raya en medio. Los brazos lisos. Y un abanico amarrado a la mano. También se murió Agapito. Solo y en el más absoluto silencio. Con un dolor perpetuo en la pierna. Sin nadie que le

llorara. Demasiado mayor. Con el miedo intacto al Juicio. Y Dominica, la verdadera «guardiana» del Régimen. Que no me quiso en su día no porque yo fuera pobre, que lo era y mucho, sino «por monárquica». Como si yo tuviese idea de lo que aquello quería decir; aunque lo fuese por tradición. Me acabó aceptando, a la fuerza; y se le pasaron las migrañas. Porque veía a su hijo feliz, inmensamente feliz. El que nunca se ha ido es Tomás, mi suegro. Y hay noches, que con los hombros llenos de polen, acompaña a mi padre en su palco. Y me dice, a su vera, al unísono, bueno, «sigue luchando, hay algo después».

Después de que Valen se transformara en silencio llegaron ruidos nuevos. O viejos pero audibles en su ausencia. Ruidos blancos, impulsivos, graves, lenes. Me quedé todas sus plantas y alcé en mi terraza un jardín que se parecía al de Justa, al de Alba, a los de Sorolla; pero con mucha menos luz porque vivíamos en un bajo. De alquiler. Empecé a planchar yo misma para que nadie ocupara su puesto. Nunca más volvió a oler a azahar. Cada vez que se moría un pensamiento, una alegría, regresaba a su dolor, al nuestro. Aprendí a regar. Mal. Muy tarde. Primero con medida, después como si lloviera. «Tienes que hablarles», me dijo Adela; «como hacía ella». Y empecé a hablar con mis plantas. «En alto, mamá». Y cesaron las confidencias. Se convirtió en una conversación galante, «qué bonitas están hoy. Qué gusto da verlas». Y reverdecieron. No todas. Yo un poco también.

A Lucas me gustaba llamarle Eneas. Rosa no dejó un sábado sin cubrir. Rafael se hizo adicto; y completaba nuestra dieta con kilos de mandarinas. No había vuelto a probar un melocotón. Ni a rozar nada suave; evitaba la butaca de terciopelo que acababa de tapizar, la que sería para siempre la del Claudio silente. Un día, de la esquina de su calle, se disolvió la vendedora ambulante que tanto le había marcado. Sin avisar. No dejó ni el aroma caliente a fruta y sudor. Solo le quedaba el recuerdo. Y una pared dedicada a sus gestos en distinto formato. Los mejores los más saturados, los que se imponían casi rotos, tan de cerca que asustaban, como porciones de un todo inalcanzable y maldito, como en el mostrador de una carnicería. Habían pasado tantos como veinte años y no

había vuelto a comer albaricoques. Ni paraguayas. Ni nectarinas. Seguía sirviendo en el Ritz. Haciendo que la puerta girara e inclinando la cerviz hasta donde le permitía la artrosis. Igual de flaco que siempre. Todos lo conocían. A todos agradaba; por discreto y gentil. No falló nunca. Nunca se puso malo. Tenía la salud de un perro de la calle. Expuesto a todo. A todo acostumbrado. Con las camisas que le hacía su hermana siempre inmaculadas. El olor a mandarina nos duraba en las manos hasta el domingo, que era el día que Rosa dedicaba a traducir. Se había especializado en los Medici. En Lorenzo. En la Accademia di Careggi. En Marsilio Ficino. En Pico della Mirandola. En la dignidad del ser humano. Hizo colocar en su despacho un relieve de Platón, como el de los Grandi, y cada 7 de noviembre celebraba *El banquete*. Como coincidía con el cumpleaños de Ángela, las cuitas neoplatónicas sobre la *humana conditio* se incrustaban entre los platos con restos de tarta, siempre de yema, y el olor a vela soplada. Una por año. Cuando hubo treinta y cuatro a Claudio se le pasó llamarla; era lunes. Había heredado de su madre una especie de manía con las fechas que lo obligaba a guardarlas. A hacerlas suyas. Y era infalible. No se había perdido ni en un santo, ni en una sola entrega; de lo que fuese. Lo recordaba todo con precisión. La hora en la que nació su abuela y cuándo murió Rasputín —después de cuatro intentos—. El día que se cumplía el plazo para pagar el agua y la noche en que asesinaron a Lorca: «¡Cobardes!». Ángela fue su primer despiste. Y a la última que olvidó.

Ángela era rubia cuando nació. Me quedé embarazada en uno de los descansos de la Neogynona. Tomaba veintiocho píldoras al mes. Nunca supimos cuántas semanas gesté exactamente; pensábamos que me había «secado». No era así. Me ingresaron cuando la tripa no me dejaba girar al estar tumbada; «por prevenir». Adela se puso mala al tiempo. Hubo quien me dijo que por celos. Se llevan seis años. Constituyen el vagón de cola, la disposición final de un conjunto que a pesar de estar unido disiente por completo. Que cuanto más se mezcla menos se comprende. Que necesita de cada parte para entender de una vez el todo. Todavía es rubia; con ayuda. Es la más distinta a mí. Llora por todo

pero sin duelo; con mucho hipo. Todo lo que come es crudo. O casi. Lee tanto como su padre; y se pellizca las piernas al tiempo como si se buscara pulgas. Ella dice «qué pelos, mamá», y se deja en los muslos unas muescas que son idénticas a las que imprimen los charranes sobre la arena de la playa. En lo que sí nos parecemos es en que solo bebe café. El suyo americano. Muy aguado. En tazas grandes como ruedos. Con un pellizco, otro, de miel de romero. Es oler romero y pensar en Fani. Nos vemos poco. Ya no se pinta los labios. Lleva un moño apretado y sucio, atravesado por un sarmiento. Por Manuel. Apareció una mañana muerto. En la calle de la Palma. Tirado al fondo de un portal. Con una aguja clavada en el brazo y un trozo de goma haciendo de dique. Lo llevaron a la corrala y ella misma lo lavó; con tino. Y recorrió con su pelo crespo el cuerpo asaetado de ese hombre al que un día se unió para siempre. Le frotó las muñecas con el romero más fresco. Lo besó en la nariz. Le deseó suerte. Nunca más salió al patio. Nunca más bailó «la gallina». A la que siempre le ha gustado bailar es a Ángela. Era muy pequeña y se subía a los empeines de su padre para girar como novios. Y se dormía abrazada a su espalda. Ella, estirada en el sofá. Él, sentado en el suelo, con un libro. No ha dejado nunca de ejercer de pequeña. Lo reivindica. Canta bien. A veces como Dalida; *Laissez-moi danser*. Habla francés regular. En verano la enviábamos a Provence. A Saint-Rémy. En busca de su noche estrellada. Quería que hiciera todo lo que no pude hacer yo, todo lo que no le pude dar a sus hermanas. Quizá por eso sea la menos intensa, la más libre. A la que menos del veneno inoculado para hacer de mí una «mujer limpia» le haya llegado. La que a todo le ponía lejía era Valen; hasta a la verdura. «Una gota». Yo siempre me he conformado con cierta simetría, con que todo parezca ordenado. El armario de Ángela era un dislate. La habitación de Adela una celda trapense. Y en medio mi casa. Decente.

Que Adela quería a Virginia se lo conté a Claudio una noche. Con cara de susto, de honda preocupación. «Pensé que habías visto un fantasma», contestó. «¿Y ya está?», le dije. «Mira Elvira —Y se me quedó mirando—; a mí a quien amen tus hijas me da

exactamente igual con tal de que a ellas las amen siempre un poco más». Y cerró una edición impoluta de *Más grandes que el amor*. Y se levantó a por un vaso de agua. Y me besó en la mejilla.

El 27 de mayo de 1990, mientras Virginia y Adela se abrazan fuerte en los baños de chicas de la Facultad Complutense de Geografía e Historia, la Organización Mundial de la Salud elimina la homosexualidad de su lista de enfermedades psiquiátricas. No han pasado ni tres meses desde que Dominique Lapierre presentara *Más grandes que el amor*; llueve en París ese 23 de febrero. Quince años antes, el mismo día, la Santa Sede amonesta a una de sus ovejas, Hans Küng, por osar poner en duda la Suma infalibilidad del Pontífice. El suyo, Pablo VI, ha asegurado que «todos los elementos de la sexualidad tienen un sentido predeterminado por Dios».[1] No se sabe nada sobre Dios. No se sabe nada sobre SIDA. Sí, que corrompe al sistema inmunológico, que mata; y todo lo que cuenta Lapierre. A Pepe Espaliú, que esculpe caparazones, le han dicho que lo tiene, que se ha contagiado; y empieza a construir muletas que lo puedan sostener mientras llega la parca; desde Roma. Igual que Tadeo. El miedo al propio miedo se une a la sensación de vacío, de otredad. Casi todos los que mueren son homosexuales, maricas, «violetas»; hombres fuertes a los que aíslan. «Por suerte, Adela es mujer», pienso yo. Así de grande es mi pobreza. Mi vergüenza. Mi estupidez. Mi pecado original. Claudio insiste en que Virginia venga a casa; «dile a esa amiga tuya que por favor no tarde tanto en volver». Siempre por delante. Siempre estable.

—¿Cómo estáis?

—Bien.

—¿Y papá?

—Bien. —Cuelgo. No ha pasado mala noche. Está tranquilo. Yo tengo dolor de todo. Le doy su leche con cacao. Caliente. Sonríe, pero no a mí. Sigue siendo guapo. Lo que más me cuesta es afeitarle. No se mueve, cierra los ojos, la boca; pero la hoja se atasca en sus gestos. Ha reído tanto y tan fuerte que dos canales

como inviernos, largos y profundos, le parten la cara en tres. Llega Ángela. Se chupa un dedo y frena los cortes; con tres pedazos de papel blanco. Sabe quién es. Ella sí. Aún. Coge unas tijeras y le corta el cabello. Y canta. Me siento en el filo de un escabel que hay a los pies de la cama. Los veo. No se fijan. No sé si ella es Dalida o Dalila; a él no le quedan fuerzas. Acaba y junta sus pies descalzos a los de Claudio; como si los pisara. Le ayuda a ponerse firme. Bailan. De eso tampoco se ha olvidado. Aún. Bailan lento, sin música; solo la voz de Ángela. *Laissez-moi danser. Laissez-moi. Laissez-moi danser, chanter en liberté. Tout l´été*. Me abraza, a mí también, y se marcha; «hasta mañana», dice mientras se calza las botas. Hay días que me dice «mamá»; Claudio me dice «mamá». No sabe quién soy. Por cada cosa que él no recuerda yo he tenido que aprender mil. Se han borrado todos los libros de su cabeza. Y de mi salón; se los llevó Adela dentro de cajas. Estamos más solos que nunca.

Al principio fueron cosas pequeñas, «de la edad»; no hay edad para fundirse en el silencio. Se dio cuenta. No perdió la prestancia, eso no. Aunque estuviera asustado. Se limitó a concentrarse en cada cosa que hacía, y se le fue escapando quién fue. Era mayo, hacía viento; salió para ver el sol. No dejó de repetirse la lista de zarinas y zares, de los implicados en la muerte de Rasputín; sin tregua. Estaban intactos. Permanecían fijos en su cabeza. Respiró hondo. Se acomodó en un banco; satisfecho. Siguió con la relación inmensa. Iván, Simeón, Teodoro, Dimitri. Miró al frente. No sabía dónde estaba. Sí, junto a un parque, en su piel. En una plazuela con adoquines; pero ¿cuál? No hizo nada. Se quedó quieto, mucho rato. Angustiado, nervioso. Hasta olvidar qué se le había olvidado. Pasó Amalia, iba a vernos. Le vio. Le dijo «papá, ¿qué haces?». «Nada —contestó él—; tomar aire». «¿Vienes?», sugirió tierna. «Claro». Se levantó. Le agarró el brazo. Fue tras ella, aunque no supiera dónde, temblando. No volvió a salir solo. Ángela, igual que mi madre, comenzó a leerle en alto; sobre todo poemas. Él se dejaba mecer por la belleza de esos versos, de esa voz limpia. No es que aceptara el nuevo orden, simplemente no sabía nada del anterior. De tenerlo todo «en la punta de la lengua» pasó a sacarla

obediente, pastosa. Para que le diera sus pastillas; y algún rabo de pasa. Lo peor fue cuando se le vació la mirada, cuando se le escurrió la vida de sus ojos de titán. Yo se los lavaba con manzanilla y me reservaba un poco en un cazo para ver si se iba la angustia. Ángela siguió leyéndole; sobre todo a Kavafis. Convencida de que la oía. Tal vez fuese cierto. Con ella seguía subiendo las cejas.

«No pienso olvidarme de ti nunca, Elvira», me dijo un día. Y yo le creí. Siempre lo he hecho, creerle. Hasta cuando mentía. No era verdad que no le preocupara Adela, que no le asustara aquel amor suyo por otra mujer. Pero prefería callarlo porque quien le preocupaba más que cualquier cosa, era yo. Cuando se lo solté, él ya lo sabía; porque se había molestado en mirar. Y habló con Adela. Y le dijo a Adela que me lo dijera a mí; pero nunca que él había ido antes. Y claro que le preocupó la censura de los que no quieren ver. Y el vicio de la palabra gruesa. Y claro que le asustó ver que no sabía nada. Pero vio en su hija lo que un día vio en mí, tesón. Y la quiso lo mismo; porque era igual. La misma.

Tesón. Del lat. *tensio*, *-ōnis*. 1. m. Decisión y perseverancia que se ponen en la ejecución de algo.

Mismo, ma. Del lat. vulg. *Metipsĭmus*. 1. adj. Idéntico, no otro. 2. adj. Exactamente igual.

Igual. Del lat. *aequālis*. 8. adj. *Geom*. Que se puede superponer a otra de modo que coincidan en su totalidad. 10. adv. De la misma manera.[2]

Verlo desnudo y verlo así no era lo mismo. Ni siquiera se llegaba a parecer. Mirar su piel transparente sobre unos músculos en retirada era avistar el final de una senda, de una hondonada. Ni un pelo. Solo algún flujo azulado, sugerido; como un rayo intentando emerger. Ni una escara. Había algo extraño en todo aquello. Como contrario a lo que debiera ser. Allí expuesto ya no era un hombre. Ni un niño. Y estaba a punto de no ser nada, para siempre. Enchufaba un radiador eléctrico, lo ponía al máximo. Lo tendía en la cama. Le quitaba la ropa, consentía; no quedaba

pudor. Limpiaba su carne manifiesta, marchita, cada pliegue; aplicada, de forma casi mecánica. Poner un pañal no cuesta, no duele. Se tira del elástico para que encaje en su sitio y se aprieta fuerte. Quitarlo tampoco. A lo demás te acostumbras. No dejé que ninguna de mis hijas lo viera así, no les hice partícipes de la ruina. Que creyeran que todo iba bien.

Hasta que perdió la palabra, desde que nacieron, siempre les decía «tus hijas»; mirándome a mí, como si no fueran suyas. Como si no las quisiera más que a nada, menos que a mí. Ahora sé que lo hacía para asegurarme un lugar, el mío, el que siempre quise y tuve; del que no he dejado de dudar. Y mi sitio, mientras él se iba borrando, estaba ahí. A su lado. Ocupada en mantener todo listo. Con mis dedos nadando en orina, en heces; dentro de su boca para que no se ahogara. La primera papilla sí me dolió. Mientras castigaba las patatas, todas viejas, con mi tenedor de acero brillante, entendí que no quedaba sino espera. Y me senté en una salita blanca que dibujé en mi cabeza. Y le colgué un cartel de «SILENCIO», con una de esas enfermeras tocadas chistando tras de su arrogante dedo tieso. Les puse aceite de oliva virgen y limón. Y un cucharón colmado de caldo de pollo hecho con cuellos, con carcasas. Me aseguré de que no hubiera un grumo. Deglutía en vez de comer. A veces se manchaba el pecho, y le ponía una camisa nueva. Le quedaban todas grandes. No le quería en pijama. No le quería *cómodo*. Le quería impoluto, decoroso. Le quería infinito.

No son las siete. Llega Ana. Puntual. «Hola, papá». «Hola», contesta él. Disimula. Se da la vuelta. Me mira. Dice en bajo, «Elvira, ¿quién es esa mujer?». «Tu hija Ana Isabel», digo yo. Y a las siete y veinte, «Elvira, ¿quién es esa mujer?». «Es tu hija Ana». Y a las ocho y cinco, «Elvira, ¿quién es esa mujer?». «Es Ana, Claudio». Y a las ocho y media, «¿Quién es esa mujer, Elvira». «Ana». Y así hasta que a las nueve en punto Ana se va. Y él, «Elvira, ¿quién era esa mujer?».

Ana Isabel es, en parte, reflejo de lo que fue mi suegra. No trabaja. Es madre. Es feliz en su matrimonio. Siempre se queja de que Conrado, su marido, no es tierno. No recibe cartas de extraños, ella no. Vive una existencia todo lo pacífica que puede. Todas las

tardes, a las siete, visita a su padre. Nunca bebe café. No ha probado el alcohol, nunca. No fuma. Es diligente y distante. Distinguida. La barbilla empinada, el pelo negro. Tiene la memoria enjuta, seca; no se permite un matiz. Habla y no opina. A veces sienta cátedra. Nos acompaña siempre al médico. Devora prospectos. Cuando nació, Fani me dijo que lloraba «como un viejo». Además de romero, Fani regalaba predicciones; a cambio de unas monedas o un buen mal de ojo. Hasta que cumplió un año no dejó de llorar, ni un minuto; «como un viejo», repetía Fani. Los viejos lloran con pena, los niños con fuerza. Saber llena los nichos donde habitan los ojos, como pantanos; tanto que a veces necesitan desbordarse, brotar, afluir. Para saber mucho es necesario vivir más. Por eso los niños lloran secos, sin agua. Ana era un torrente; «igual que un viejo». Para callarla, empapábamos sus chupetes en almíbar de anís. Y se quedaba dormida. Y despertaba con más fuerza. Y lloraba más. La primera vez que lo hizo el nuevo y viejo Claudio fue una mañana al creer que estaba solo. Sentado al borde de su cama; ya no dormíamos juntos. Descalzo. Con las manos clavadas en las rótulas. No me vio. No me oyó. No supo llamarme. Y empezó a llorar sin darse cuenta, mordiéndose el labio de abajo; él sí que tenía dientes, todos. Me pareció escucharlo, sonaba igual que Bobò. Salí del baño, me estaba estirando el pelo. «¿Qué pasa, Claudio?», inquirí. «No estabas. No estabas. No estabas». Y se balanceaba apretando los ojos. Empecé a vivir por la noche, un poco. Para estar siempre. Para no volverle a fallar. Lo acostaba y arrancaban las rutinas que requieren de silencio, de intimidad. Y también un duelo que llaman «blanco», como el de las reinas de Francia; *le deuil blanc*. Él siguió llorando, porque sí, mojándonos un poco a todas; hasta que no lo hizo más. De golpe. Como Ana, que lo dejó un día cuando aún no se tenía en pie, en la corrala. Y nunca más volvió a hacerlo. Hasta que se murió su padre.

Se dormía y me encerraba en el baño. Muchas veces a nada. A sentir el aislamiento de un cuarto sin eco, sin ventanas, cubierto de baldosas cuadradas, relucientes; fue Valen quien me dijo que las frotara fuerte, con amoniaco perfumado. Me apoyaba en la cisterna y notaba el frío cerámico en la lumbar. La luz pálida, plana, dejaba

al descubierto todas mis taras, los enganchones de una bata agotada, pobre; de un cuerpo macilento. Las uñas abrasadas por años de esmalte. El vientre alongado. A veces llenaba el bidé y le ponía sal; gorda. Metía los pies y me dejaba ir. El agua muy caliente. Los pies helados. Doblaba una toalla hasta que parecía un cojín, y me recostaba sobre la espesura de sus rizos, como antes en el pecho de Claudio. Lo llaman «blanco» pero el mío era azul; el duelo. Mi duelo era del azul de las baldosas del baño; ahumado, con bisel, en porciones idénticas de doce por nueve. Áurea era la única que alguna vez se ocupaba de mí. El resto venían a ver a su padre, al dependiente, a participar de la sonata otoñal, del réquiem. «Y tú, ¿cómo estás, mamá?». Harta. Enfadada. Ahogándome en medio de este océano vidrioso. Amarrada a un cuerpo menguado. Seca. Cansada. Rota. Casi loca. Eso quería decirle; «como siempre», articulaba recta mi boca. A veces se queda a dormir. En el sofá grande de la sala. Bajo una manta fina de perlé beis. Me miraba sin mirar, evitando todo lo que sabía que me atravesaba por dentro y no me atrevía a decir. Intentando ser buena hija. Lo era. Y buena hermana. También. Le gusta la comida picante. Y las orquídeas blancas. Fue ella quien llenó el comedor de varas de orquídea que se acababan secando. Llegó un momento en que había tantas que parecía invierno; sin olor a hulla. Sin olor a nada. Flores con el aroma en suspenso, robado; brotando de botones densos. Sobre una mesa que no se ponía porque no quedaba nadie por comer. Yo lo hacía en la cocina, de pie. Tampoco mucho. Lo mismo que Claudio, pero sin devastar. El pollo entero, la pescadilla entera, las zanahorias asomando. Si una mesa no es una mesa porque nadie come sobre ella, ¿qué es? *¿Une pipe?*[3] ¿Un jardín? Por la mía habían pasado tantos codos que parecía el fondo de un almirez. Y ahora nada, flores. Flores que regaba los lunes con el grifo abierto, que acababan encogidas como si fuesen papel. ¿Y si le doy la vuelta? ¿Se parecerá a un cuadrilátero? Con las patas igual que mástiles y las flores en la puerta; como cuando nació mi hija Amalia y llenaron la habitación porque creían que me moría. Y las enfermeras, por la noche, «saquen por favor las plantas al pasillo». Y yo, «¿cómo está Gonzalo?». Y ellos, «bien.

Está bien». Hay veces que tengo ideas raras. Y necesitaba un cuadrilátero. Y enfrente de mí a cualquiera. Todos menos él, Claudio no. Para iniciar una guerra. Para compensar los días de abnegación. Para curarme, para defenderme; sin guantes. Los míos son rosas, talla mediana. No cuelgan de una pared. No miran al Apolo Belvedere. Huelen mal, de fregar. Martínez Nadal boxeó. Luis Buñuel también. Y yo. Yo quiero. Lo necesito. Es verdad que pienso cosas raras. Pero la mesa sigue en su sitio. Y las orquídeas no dejan de buscar sol. No sé bien a quién pegaría primero. Quizá a mi padre, por perderse. O a Miguel. Tal vez a mi madre. No tenía que haber muerto, o antes de nacer yo, y yo estaría en el limbo, nadando. Sabría nadar. Al fin. Creo que pegaría a Virginia, por robarme a mi hija; y a Adela, por quererla más que a mí. A mi abuelo José tampoco. Cuando murió le tumbaron en su mesa; le asomaban los zapatos. Era pequeño, la mesa más. Solo pude ver eso, dos suelas. Dicen que me escondí debajo, que no me encontraban. Habían cubierto con una colcha la mesa, que debía parecerse a una cama, y mi abuelo encima. Y yo dormida entre sus patas, que eran iguales a las de una cabra y tenían astillas. Me clavé una, así me encontraron. A veces las mesas son féretros. O zarzas. A veces son nada. La mía es de madera y se puede expandir con un tablero idéntico que se guarda en un armario. Siempre lo hacía encajar Claudio. Era Claudio quien ponía los manteles; con uno solo no llegaba. Ahora es un parterre. Claudio un erial.

Ideas raras siempre he tenido. Con Claudio callado más. Me hubiera gustado saber cuánto le quedaba; por estar segura de que viviría un día más y así guardar bien sus cosas. Envueltas con papel secante. Entre lavanda y membrillos. Dentro de maletas con ruedas. Con cinchas amarradas. Para poder llevárselas yo. Al flanco izquierdo del flujo incesante del Patinir. Al amparo de sus cúpulas bulbosas de cristal límpido. Bajo el cielo que sea que se ve desde el Cielo. Lejos del azufre, del fuego, de la fluoxetina.

Llegó el día en el que empezó a atragantarse. Recogí mis delirios y dejé que fuera la mesa quien soñara. Puse a punto mis dedos y lo adosé a un sillón de orejas verde junto a la única ventana que siempre tiene sol. Él también lo buscaba, a su manera.

Estirando los párpados, empinando la nariz; como un caracol sin concha varado en mitad de una hoja de lechuga rizada. Áurea, que siempre tuvo una caja de zapatos bien provista de gasterópodos bajo la cama, observaba ahora a su padre con idéntica ceguera. Con la misma inquietud que cuando levantaba la tapa, perforada con mimo por sus deditos de niña, sin saber si todos habrían superado la noche. Y sin que yo me diera cuenta, también lo tocaba con un dedo, con golpes casi secos, muy rápidos. Para comprobar que había vida en esa cuerda rota. La del caparazón sigo siendo yo. Inaudito. Pesado. Rocoso. Lleno de nudos, de imbricaciones. Endémico. Asfixiante. Agotador. Estéril. Que con los años se ha hecho más grueso, peor. En parte heredado. Temido. Alimentado. Enfermo. Y yo debajo. Con una presión en el pecho que no me deja reír. Permanentemente asustada, alerta. Incapaz de ser quien soy, quien quiero ser. Ciega y sintiendo todo mucho. Áspera y sin espacio para ternuras. Ávida de piel, de manos. Muda de ruegos, de besos. Al fondo de un pozo sin agua. Embridada con miedos, con ayunos, con rezos, con frases gruesas y golpes secos; al aire. Sin aire. Sin futuro. Con un ayer limitado y castrante. Mutilada. Con cinco hijas expuestas en sus fanales, a la vista de todos. Buscando lienzos para taparlas. Más fuertes que yo. Con algunos de mis traumas. Con toda la luz de su padre. A su lado era imposible apagarse; no generaba sombras. Aunque hubiera puesto cera en mis alas, jamás me hubiera caído. A su lado no. Pero nunca tuve más alas que su sonrisa tranquila, que su paciencia callada. Me quería tanto que le dolía el cuerpo; eso decía. Y yo cerrada. Y él de guardia. Cuando lo abrazaba, por la noche, en febrero, hacía calor. Hacía calor siempre. A su lado siempre. «Pareces una estufa» en vez de un «te quiero»; eso emitía mi paladar, como si otra moviera la boca; cuando lo que más necesito es calor. Hace unos años me diagnosticaron cáncer de piel; «tiene usted un melanoma». Empezaron a mirarme con lupa, a quitarme trozos de mí. «Es usted muy blanca. Ha debido de tomar mucho sol». Nadie pensó en Claudio ni en su enorme poder calórico. Guardo todos los informes en una bolsa colgando del pomo de la puerta del baño. Y los releo para saber más de mí. Cada seis meses me extirpan algo. Tengo la

espalda como una cantera. Debo de pesar dos kilos menos. «No se preocupe, con esto puede usted vivir para siempre». Un joven MIR con gafas redondas de pasta me acababa de dar la vida eterna. Sin darse cuenta. «Entonces, ¿soy inmortal?». Cerró un poco los ojos, frunció el ceño, se echó hacia atrás en su juventud extrema. «Bueno, no; solo que no tiene usted que estar preocupada». Pensó que algo no debía funcionar del todo bien en mi cabeza y se frotó las palmas. Y empezó a escribir otro papel más. No tuve el *Grial* ni treinta segundos; la vida se escurre con facilidad. Si es la eterna, mucho más.

Tampoco Claudio fue para siempre. Y se apagó, se agotó. Como una tea. Muy poco a poco. Con una cresta de luz roja orlándole el cuerpo. Desconectó de esta vida; en la esperanza de un tiempo nuevo. Con media sonrisa en el pecho. Sin miedo. Con todo por aprender. Sin abrir los ojos. Sé que suena raro, pero los que se olvidan de las cosas llegan antes al Paraíso. No necesitan de círculos intermedios donde dejar lo pecado. Ni de Juicios. Ni de balanzas. San Miguel les da paso. Olvidarse es como una confesión sumaria, un vacío en el alma. No requieren de velas ni celebrantes; el viento del Espíritu los atraviesa. Expiró y nos dejó huecas. Heladas. Se extinguió el sol y no podíamos sino vivir. Y vivir es todo lo que precede a no estarlo. Se llenó la casa de abrazos, de recuerdos. Todo lo que Claudio no sabía cuando se marchó, seguía existiendo porque estaba anclado en cuantos lo quisieron. Entre todos sumábamos mil Claudios, cien mil Claudios. Un millón de Claudios. Que un día, a pesar de todo, también se perderían. Permanecí sentada el resto de la noche. En el mismo sillón de orejas verde. Intentando ser razonable. Se lo llevaron. Lo enterramos. Y cuando el mármol estuvo dispuesto, con su nombre y el día en que nació, lo mismo que mi madre, acarreamos con todas las orquídeas que aún vivían en mi casa y las fuimos colocando una a una. Sobre la piedra tibia. Hasta montar un castillo de espuma blanca, un dosel. Otro cielo. Más limpio. Mejor.

Pour ne pas vivre seul,

on vit pour le printemps.
Et quand le printemps meurt,
pour le prochain printemps

Pour ne pas vivre seule,
moi je vis avec toi.
Je suis seule avec toi.
Tu es seul avec moi.[4]

23

Soy un sueño que me sueña,
un espejo que refleja.

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(Elvira ya no ve. No mira. Empieza a juntar papeles. Levanta un monte como el que subió Petrarca, en la mesa de laca brillante; desde el que poder avistarlo todo. Ahí está su vida, la que ella cree que es su vida. En ese montón de cuartillas, de recuerdos, de fotos color sepia. Con errores e imprevistos. Con certezas y señales. Con el frío de un sol de mil inviernos. Con una orquídea blanca renaciendo. Se quedó en casa, cuando Claudio murió solo tenía hojas. Ha despertado, se ofrece intensa. Sin olor. Bella. Todo está hecho, acabado. Elvira se acaricia, se perdona. Dibuja círculos con sus dedos como ganchos, sobre su pecho pequeño. Al fin se levanta. Cae la luz. A un lado, en un extremo, sobre un mueble sencillo, está el tocadiscos, girando. Coge el brazo, la aguja roza el vinilo. Suena Dalida, Pour ne pas vivre seul*; pero solamente en la caja, sobre las tablas. Al público el himno le llega difuso, real. Con la última nota se hace el silencio; grande, ruidoso. Elvira se marcha. Se da la vuelta. Lenta, mucho. Aparece Adela; no se cruzan, están en planos distintos. Lleva el vestido verde y plisado del entierro de Gonzalo, largo hasta la rodilla, con la cinta negra de raso amarrada fuerte a la cintura. Se sigue pareciendo a la Albertine de Proust; en Venecia. Un cañón la apunta. Solo queda ella, sobre su marca. Por detrás sombras, nada más. Habla como si leyera; serena. Con las manos en los bolsillos; por si no supiera qué hacer con ellas).*

ADELA.—Mamá murió el jueves. *(No importa el «hoy» del*

público, siempre estará a punto de volverse ayer. Y Elvira, que ya no tiene mañana, odiaba los jueves por estar en el medio). Hemos hecho todo lo que nos pidió, incluso lo más raro, lo infrecuente. Ana no quería, sobria. Áurea se impuso y por vez primera gritó. Las demás no dijimos nada, y es raro. *(Hace una pausa. Esboza una sonrisa)*. El velo de novia estaba estirado dentro de su armario, colgando de una percha, por detrás de un plástico verde; lo acababan de traer del tinte. *(Pausa)*. Me costó deshacerme del volumen de Caturla; lo tenía subrayado, me lo sé de memoria. Venían días siniestros y mi refugio siempre ha sido el arte. *(Hace otra pausa. Parece incómoda)*. Virginia dice que revivo en lo muerto, porque allí no encuentro resistencia que me pare, ni voces manchadas. *(Pausa)*. Es verdad. Una pintura no miente. Un busto no miente. Puede que se oculten, que se borren, pero no mienten jamás. Y si no lo hacen es porque están muertos y los muertos suelen decir la verdad. *(Pausa)*. Quizá ahora que está muerta sea capaz de entenderla; a mi madre. Quizá ahora que es historia consiga verla mejor. *(Pausa)*. Nació un 6 de septiembre y siempre se sintió sola. No es fácil acompañar a quien dice que está solo; porque te vuelve invisible. A mis hermanas no les pasa, a ellas no. Ellas lo entienden todo. Yo siento más. *(Pausa)*. La presentía; sabía dónde estaba su eje, qué la perturbaba. Notaba su angustia, la vivía con ella; sus ganas de ser otra. No pudo; ser otra. Nunca se liberó de la pena. Y como no lloraba, se inundó como esos pueblos que levantan sobre arroyos. Decía que llorar es igual que perder tiempo, «¿para qué?» *(Pausa)*. Apenas la he llorado; culpa suya. No sé. Y quiero. Quiero dormirme de rabia, amanecer con la cara vuelta del revés, con los ojos rojos. Ser como dicen que hay que ser. Para no fallarle. *(Pausa)*. Otra vez. *(Pausa)*. Fui la pequeña un tiempo, hasta que vino Ángela. He jugado con ella. La he visto bailar. Es feliz, lo ha sido siempre. Me quiere; le encanta decir que mucho. No se pudo despedir de su madre. Ninguna lo hemos hecho. Solo Áurea; y sin saberlo, por casualidad. Estaba allí. No oyó nada. Se había muerto en su cama, con la radio puesta bajito. Me llamó antes que a nadie a mí. No paraba de llorar. Y después Ana. Y todas. Y yo seca, helada; herencia de ella. *(Pausa)*. No hay mucho que repartir. Apenas nada. La medalla que

fue de la abuela y tiene el nombre de papá ya es de Ana. Los pendientes de perlas de Amalia. Yo me he quedado con *Le vite*. *(Pausa)*. No sé quién fue «T» pero yo también le pienso. Ni siquiera sé si fue una mujer pero fantaseo con ello, y la pienso grande, enorme, concentrada en la belleza de esos hombres, en sus obras de gigantes. Con Pontormo tiemblo, me sobrecoge. Pienso en el cielo, en la otra vida, y veo sus cuerpos de viento enroscándose a una idea, a un soplo del hálito divino de un dios ancestral; previo al nuestro, al mío, al que rezo. *(Pausa)*. Fuimos a Florencia con mi madre, Virginia y yo. Y en la iglesia de Santa Felicita, en Oltrarno, en la capilla Capponi, vi como se emocionaba, como se tragaba la humedad de sus ojos semihundidos; como el perro de Goya. Frente a esa tabla danzante, etérea, empolvada, la vi por vez primera pequeña, humana, mojada. Pontormo era tan dramático como ella, tan neurótico, tan difícil. Tan hipocondriaco como lo soy yo. *(Pausa.)* Fue su último viaje. De riguroso negro, por papá. Tuvimos que convencerla. Y ella, lacónica. También vino Áurea; y se compró un sombrero de fieltro por detrás del Carmine, con una pluma de gansa en lo alto. No se lo ha puesto. No lo hará. *(Pausa)*. Las tres dibujaban un conjunto sereno. Yo disonaba. No sé hablar con ella, no me sale. No encuentro las palabras, ni la voz. Cuando la llamo sonrío, aunque no me vea, para sonar amable. *(Cierra los ojos. Se toca la frente)*. Ya no puedo llamarla, y no sé si borrar su número. Amalia ha metido toda su ropa en cajas. *(Pausa)*. Quiero rescatar el abrigo de Florencia, el que llevaba el día que encontró a Pontormo. Para guardar su recuerdo, el de hormiga frente a la eternidad. *(Se coge una coleta, con una goma que le aplasta la muñeca. No lleva pendientes. No puede. No quiere)*. Mi madre no sabía querer, y quería; pero era incapaz. Porque nunca la quisieron como a ella le hubiera gustado, ni siquiera mi padre. Porque nadie nunca le enseñó a amar. Había tanto que llenar en su cuerpo que siempre era poco, aunque no lo fuera. Tanto que cubrir que anduvimos siempre en deuda. Y siempre es demasiado. *(Pausa)*. Mi madre lo que sabía era cuidar. Denodadamente. Hasta la extenuación. Sin límite. Y te miraba cuando tenías los ojos cerrados por algún dolor del cuerpo, no del alma. Y te abrazaba cuando

subía la fiebre, no cuando te encontrabas sola. *(Pensativa. Le cuesta encarar la verdad)*. Yo lo estaba. Y no supe pedir. Lo estaba y ella no supo mirar. *(Pausa.)* Volvía de clase y me encerraba en mis cosas. No dejaba que fueran de nadie más. La veía mirarme mientras enhebraba una aguja, por encima de unas gafas que aguantaban su fatiga. No tenía tiempo para querernos más. Siempre ocupada. Siempre al filo de sus fuerzas. Con el estómago débil, por el racionamiento y el miedo. Trabajando para que no nos faltara nada. Proveyendo de lazos vistosos los regalos más baratos. Los compraba poco a poco, durante el año, y esperaban a que amaneciera el 6 de enero por debajo de su cama. Ocultos. Amontonados. Y para ella nada. Un año sin paquetes, sin pensarlo, sacó de un cajón media cubertería de plata que había heredado de un tal tío Luis. Y se fue al Rastro, a venderla. Con su hermano Rafael. Debieron darle tanto como para dos nochebuenas. Y compró un roscón con nata, aunque le sentara mal. *(Pausa)*. Yo también quiero que me quieran. Y sé que nadie nunca me querrá como lo hizo ella. Porque es imposible. Porque quería como un animal herido, huyendo; como una loba. Como la madre que yo no soy porque me aterra. *(Para. Toma aire. Lo expulsa)*. Ni en eso he estado a la altura. Porque no quería ser ella. Porque me asfixia pensar que nunca seré igual que ella. Ahora que ya no está lo cambiaría todo, no esperaría nada. Me sentaría a su lado y le diría «gracias». Y ya. *(Pausa larga. Sonríe levemente.)* Si volviéramos atrás todo sería igual. Porque somos mulas y el tiempo, su tiempo, no dejó a nadie indemne. Ni siquiera a nosotras. Rastrilló tantas cabezas que desterró corazones, los hizo pedazos. Y los echó al mar. Algunos llegaron a México, otros a Argentina. Desde allí gritaban; también creían. Y cantaban. Cuatro décadas de un desierto que todavía vive, que sigue; como esa lluvia que no cesa, que apenas se siente, que moja.

(Se acerca al mueble que sujeta el tocadiscos. Es de pino color miel. Tiene una puerta al frente. La abre. Saca otro vinilo. Ensobra a Dalida. La última que ha tocado esa aguja es su madre. Debería temblar, pero no lo hace. No cree en fantasmas, solo en la verdad de

las cosas bellas. Suena Vivaldi, Cum dederit, *andante. Si el tiempo no importara dejaría que sonara completa. Callada. De espaldas. Quieta)*.

Durante mucho tiempo mi mayor miedo era perderme, por perderla a ella. Nunca me soltaba de su mano. Se la agarraba tan fuerte que se me ponían las palmas moradas. Luego vino más silencio. Y más dudas. No saber quién era me distanció de todo. Me distanció de mí. Tardé en comprenderme, faltaba a clase, levanté un muro. Puse bestias en el foso. Quemé el puente. Esperé a que mi madre volviera. No lo hizo, seguía sin ver. Crecí. Ella no. Y llegó el día en que sentí que debía decírselo, que había encontrado otra mano que apretar. *(Revive el momento, la frase. Se toca el estómago. Recuerda la mesa, la taza, el espeso olor a café)*. Mamá, amo a Virginia. *(Lo dice lento, en voz baja, y guarda un silencio que llena el teatro)*. Se quedó muda, mirando al papel pintado. Volvió y me dijo «te quiero». Y nada más. Pagué, salimos, fuimos andando, sin hacer ruido. Con ganas de abrazarnos. A miles de metros. *(Pausa)*. Nos debemos tantos besos que ahora que está muerta siento los labios cortados. Y me escuecen; más que los ojos. No dijimos tantas frases que todas las dichas sobran, porque no estaban completas. Ni yo. No lo estaba y no lo estoy. Porque antes creía que me faltaba una madre. Porque ahora que no la tengo ya no creo en nada.

(Vuelve a cambiar de disco, falta una cosa, solo una; que suene La llorona. *Ya que ella no sabe, no puede, que lo haga Chavela; llorar)*. Fin.

Agradecimientos

Gracias a Camilo José Cela por su *Colmena*. A Marcel Proust por ir en busca de un tiempo que a veces parece perdido; por enseñarme a Albertine. Gracias a León Tolstói y a Stefan Zweig. A Gabriel García Márquez y a Don Benito Pérez Galdós. A Carmen Martín Gaite, Gustave Flaubert, Michel Foucault y Teresa de Jesús. Gracias a Carmen Laforet por *Nada*. Y a Federico García Lorca por absolutamente todo; sobre todo por darme alas y un cuchillito.

Gracias a mi padre. A Eloy; siempre. A mis hermanas y a mis sobrinos. A Rosa Pérez y a Fernando Mas. Gracias a Beatriz Blasco y a Ricardo Martínez de la Pera. A Fernanda Orazi, Ana Wagener e Irene Escolar; por prestarme su voz bella. Gracias a Susanna Griso. Gracias a Ana Milán. A Valen y a Clara. A mi madre. A las madres. A todas las mujeres del mundo. Porque son las que lo mueven. Gracias.

Notas

1. De «Vivo sin vivir en mí», santa Teresa de Jesús *(h.* 1571).

1. De «Canto a Teresa», en *El diablo mundo* (1840), José de Espronceda.

2. De *Metamorfosis*, Libro III (siglo I), Ovidio, traducción de Ana Pérez Vega.

1. De *Tratado de la vida elegante* (1830), Honoré de Balzac, traducción de Lluís Maria Todó, Impedimenta.

2. De la ópera *Almira* (1705), Georg Friedrich Händel.

3. De *Utopía* (1516), Tomás Moro, traducción de don Jerónimo Antonio de Medinilla, 1637.

4. En cursiva, estrofas extraídas de la ópera *Don Giovanni* (1787), Wolfgang Amadeus Mozart.

5. De *Sonetos (h.* 1582-1624), Luis de Góngora.

1. De «Es verdad», en *Canciones (1921-1924)*, Federico García Lorca.

1. A lo largo de todo el capítulo, en cursiva, fragmentos del discurso pronunciado el 13 de octubre de 1931 en la Cámara Constituyente por Manuel Azaña, ministro de Guerra del primer Gobierno de la II República.

2. De «Jabberwocky», poema incluido en *Alicia a través del espejo* (1871), Lewis Carroll, versión en español de Jaime Ojeda.

1. *La casa de Bernarda Alba* (1936), Federico García Lorca, Acto III, Parte IV,

2. *Llanto por Ignacio Sánchez Mejías* (1935), Federico García Lorca.

3. De *Diario* (1936), Vaslav Nijinsky, traducción de Helena-Diana Moradell.

1. De la canción, *Laissez-moi danser*, Dalida.

2. Para no estar solas. Hay chicas que aman a chicas.

1. Del acta, *Conducción y entrega del cadáver de S. M. el Rey D. Francisco de Asís María de Borbón*, publicada en la *Gaceta de Madrid*, domingo, 11 de mayo de 1902.

2. Mensaje radiofónico grabado por Eva Perón el 9 de noviembre de 1951, dos días antes de las elecciones presidenciales.

1. *F. E.*, publicación oficial de la Falange Española.

2. Portada del periódico *La Voz*, 18 de julio de 1936.

1. Portada de *Abc* del 11 de noviembre de 1962. Una orden ministerial desestima «el recurso de quienes pretendían que el cuadro fuera exportable». En 1969 ingresó en el Museo del Prado.

2. La Sección Femenina aleccionó a las españolas durante prácticamente todo el franquismo. «Si sugiere la unión, accede humildemente, teniendo siempre en cuenta que su satisfacción es más importante que la de una mujer», disponía.

3. Por si sangras mucho.

1. Nombre del Boeing 747 de Iberia en cuya bodega viajó desde Nueva York el *Guernica*, el 10 de septiembre de 1981.

2. De una carta firmada por Pablo Picasso, el 15 de diciembre de 1969, a instancias de su abogado, Roland Dumas, ante la noticia de que el régimen franquista pretendía recuperar el *Guernica*.

3. De *Doña Rosita la soltera, o el lenguaje de las flores* (1935), Federico García Lorca.

4. Génesis 2, 2.

1. De la encíclica *Humanae Vitae*, Pablo VI.

2. Diccionario de la Lengua Española, vigésimotercera edición, 2014.

3. *Ceci n'est pas une pipe* (1929), René Magritte.

4. *Para no vivir solos, vivimos para la primavera. Y cuando la primavera muere, para la próxima primavera. Para no vivir sola, vivo contigo. Estoy a solas contigo. Estás a solas conmigo.*

© «Pour ne pas vivre seul» (Daniel Faure / Jacques Luent) © 1980 Bajo licencia de EMI SONGS ESPAÑA, S. R. L.

Si te digo que lo hice
Jaime de los Santos

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: Si te digo que lo hice

© del diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la portada, Keystone-France/Gamma-Keystone/Getty Images

© Jaime de los Santos, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier
sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo
electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2022

ISBN: 978-84-670-6529-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!